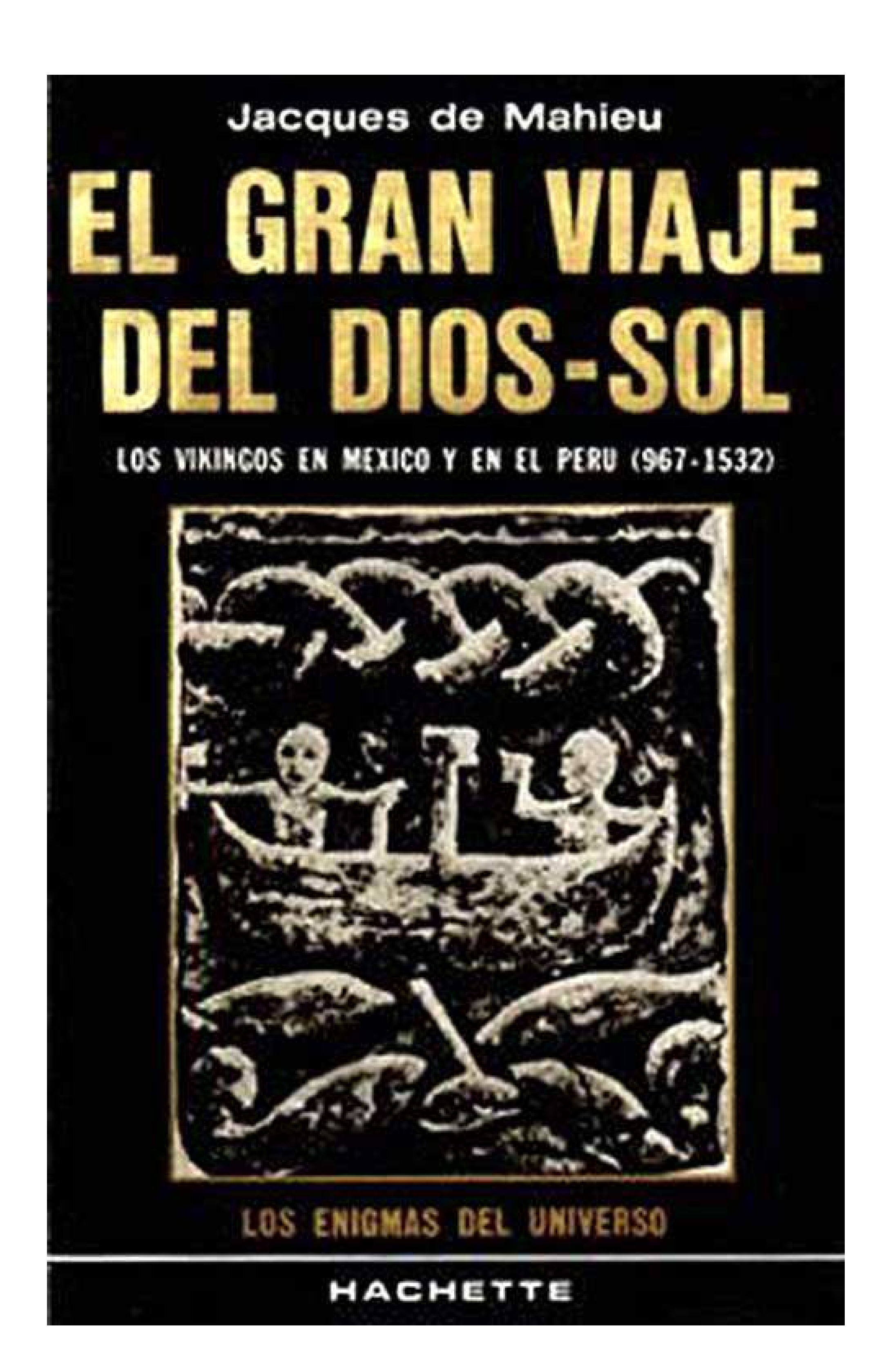
Jacques de Mahieu

# EL GRAN VIAJE DEL DIOS-SOL

LOS VIKINGOS EN MEXICO Y EN EL PERU (967 - 1535)



LOS ENIGMAS DEL UNIVERSO




EDICIÓN INCOMPLETA SIN LAS LÁMINAS ORIGINALES Y SIN LAS NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.
E D I C I Ó N   S Ó L O   D E   R E F E R E N C I A

# JACQUES DE MAHIEU

# El Gran Viaje del Dios-Sol

## Los Vikingos en México y en el Perú
## (967 - 1532)

**PREFACIO DEL AUTOR**

**¿Todos Habrán Ido?**

El autor tiene plena conciencia del riesgo que corre al publicar la presente obra. No sólo por el *odium anthropologicum*, tan ardiente como el *theologicum*, sino también por la falta de seriedad con la cual, muy a menudo, fue tratado el tema con anterioridad. Tanto los cronistas españoles de los primeros tiempos de la Conquista como viajeros posteriores, especialmente del siglo pasado, quedaron deslumbrados ante los vestigios de las antiguas civilizaciones amerindias y se negaron a atribuír su paternidad a los antepasados de los "salvajes" cuyas costumbres primitivas o crueles podían observar. De ahí una tendencia generalizada a buscar y encontrar semejanzas, no siempre muy fehacientes, con civilizaciones conocidas de otros continentes. La literatura existente al respecto es abundante. Se atribuyeron los monumentos de México y del Perú a los griegos, los egipcios, los fenicios, los vascos, los romanos, los tártaros, los chinos, los japoneses, los *khmers* y otros pueblos más.

No faltaron, aun sin hablar de los mormones, quienes descubrieron en América rastros de los antiguos hebreos, identificando con el Amazonas el misterioso Ofir de donde Salomón llevaba maderas y piedras preciosas para el Templo de Jerusalén, y Lord Kingsborough dedicó su vida y su fortuna a demostrar, en nueve tomos, la llegada al Nuevo Mundo de las tribus perdidas de Israel. Los soñadores de la Atlántida y del Imperio de Mu no dejaron, por cierto, de mostrar con qué facilidad pueblos europeos o asiáticos, según el caso —y hasta hombres de Cro-Magnón— habían podido llegar, caminando, a América. A tales tesis aventuradas o disparatadas se agregaron falsificaciones lisas y llanas, tales como los dibujos "mejorados" de monumentos mejicanos que publicó el supuesto "Conde" de Waldeck, o afirmaciones irresponsables, como la de un americanista contemporáneo de fama, cuyo nombre callaremos por caridad, que menciona la presencia de alhajas de *ámbar* en México, por traducir literalmente textos españoles que llaman así a un *topacio* sin relación alguna con la resina fósil del Báltico.

El autor no niega la posibilidad de que navegantes europeos y asiáticos, pertenecientes a algunos de los pueblos arriba mencionados, hayan llegado a las costas americanas mucho antes de los irlandeses y los escandinavos. En primer lugar porque no es éste el tema de su investigación. En segundo lugar, porque existen pruebas de contactos fortuitos, voluntarios o no, entre ambos mundos. El mismo Colón, al llegar por primera vez a la isla de Guadalupe, encontró en una playa restos de un buque europeo.

En 1721, un barco cargado de vino que iba de Tenerife a La Gomera fue arrastrado por un temporal hasta las costas de Trinidad. En 1770, un barco cargado de trigo que iba de Lanzarote a Tenerife fue llevado a Venezuela. Inversamente, Pomponio Mela y Plinio relatan cómo, en el año 62 a.C., una canoa con hombres rojos, que fueron entregados como esclavos a Metello Celer, Procónsul de Galia, fue echada a las costas de Germania. En 1153 llegó a Lübeck un bote tripulado por "salvajes". Para decir verdad, lo extraño sería que, a lo largo de los siglos durante

los cuales buques europeos navegaron más allá de las Columnas de Hércules, jamás uno de ellos hubiera sido arrojado, con sus tripulantes, a algún lugar de la costa americana. ¿No señaló, por lo demás, Alonso de Ojeda, nombrado en 1501 gobernador de Venezuela, la presencia desde hacía unos años de ingleses en la región occidental del país?. Lo antedicho vale, por supuesto, para el lado del Pacífico. Cuando Balboa cruzó por primera vez la América Central, encontró rastros de incursiones anteriores de "capitanes" de nacionalidad desconocida.

En 1725, antes de la colonización por los europeos de las costas Noroeste de América, el indio Montcach-Apé alcanzó el Pacífico desde la Luisiana francesa. Oyó hablar de hombres blancos que venían cada año a buscar madera y a apresar a esclavos indios. Les armó una emboscada y varios extranjeros resultaron muertos en el encuentro. No eran europeos: su vestimenta era muy peculiar, sus armas, más pesadas que las occidentales, y la pólvora que usaban, más grosera. Por lo demás a lo largo del siglo XIX, decenas de juncos japoneses, algunos con sus tripulantes, fueron echados a las costas de California.

También se cuenta que los primeros inmigrantes chinos que en la primera mitad del siglo pasado (XIX) se radicaron en el Perú comprobaron, estupefactos, que se entendían perfectamente con los "indios" de Etén, un pueblo de pescadores situado cerca de Lambayeque, de tipo físico distinto del de los demás habitantes del país. De ahí que no podamos desechar *a priori* el relato del historiador chino Li-Yu, que conocemos a través de la traducción de Guiones, orientalista francés del siglo XVIII. Según el texto en cuestión, cinco monjes budistas chinos, procedentes de Samarcanda, se embarcaron en el año 458 en el Pacífico. A 12.000 *lis* de China, encontraron Nipón; a 7.000 *lis* más al Norte, Wen Chin, el país de los ainos; a 5.000 *lis* de éste, Ta-Han, rodeado de agua por tres costados.

Avanzando 20.000 *lis* más hacia el Este, llegaron a una tierra inmensa, Fu Sang. La descripción que de ella nos da Li-Yu —especialmente en cuanto al uso por la población de vacunos y caballos de tiro— no corresponde, en puntos fundamentales, con lo que sabemos fehacientemente sobre la América de aquel entonces. Pero lo que pudo haber sido el producto de la imaginación oriental no invalida del todo el testimonio. Pues los 20.000 *lis* mencionados —11.600 kms.— son muy exactamente la distancia que, siguiendo la corriente marina Kuro-Sivo, separa China de California.

Todo parece indicar, por otro lado, que contactos fecundos existieron, hace muchos siglos, entre Asia y América. Los trabajos de Heine-Geldern dejan pocas dudas acerca de aportes procedentes de las culturas Cheu, de China del Norte, entre 700 y 500 a.C., Dong-Song, del Anam, entre 400 a.C. y 100 de nuestra era, y *khmer*, entre 800 y 1200. Hasta para el lego, la reproducción en monumentos mesoamericanos prehispánicos de motivos netamente asiáticos —la flor de loto, por ejemplo— son pruebas difícilmente refutables.

El autor no excluye, pues, viajes ni incidencias distintos de los que constituyen el tema de sus investigaciones. Se limita a estudiar, en las páginas que vienen a continuación, el elemento racial blanco en la América precolombina y a demostrar que escandinavos e irlandeses desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de las grandes culturas náhuatl, maya y quechua. Tampoco las comprobaciones que efectúa le hacen negar el carácter autóctono de la civilización amerindia. Tanto valdría, en efecto, rehusar toda originalidad a la Grecia del siglo V a.C. en razón de los aportes egipcios y otros en que se fundó su incomparable esfuerzo creador.

A lo largo de su búsqueda, el autor realizó una mera "tarea de juez de instrucción". Se limitó, en efecto, a analizar, evaluar y ordenar, sobre la base de una hipótesis ya sugerida por Gobineau, el material recogido por otros, desde los cronistas españoles del tiempo de la Conquista hasta los investigadores contemporáneos, lo cual le permitió llegar a conclusiones que considera definitivas. Le gustaría, sin embargo, completar su trabajo mediante una "pesquisa de policía", *in situ*. Está convencido, en efecto, de que existen, en los museos y en las ruinas, muchas más pruebas materiales de su tesis —especialmente ruinas— que las de que disponen. Y está decidido a encontrarlas.

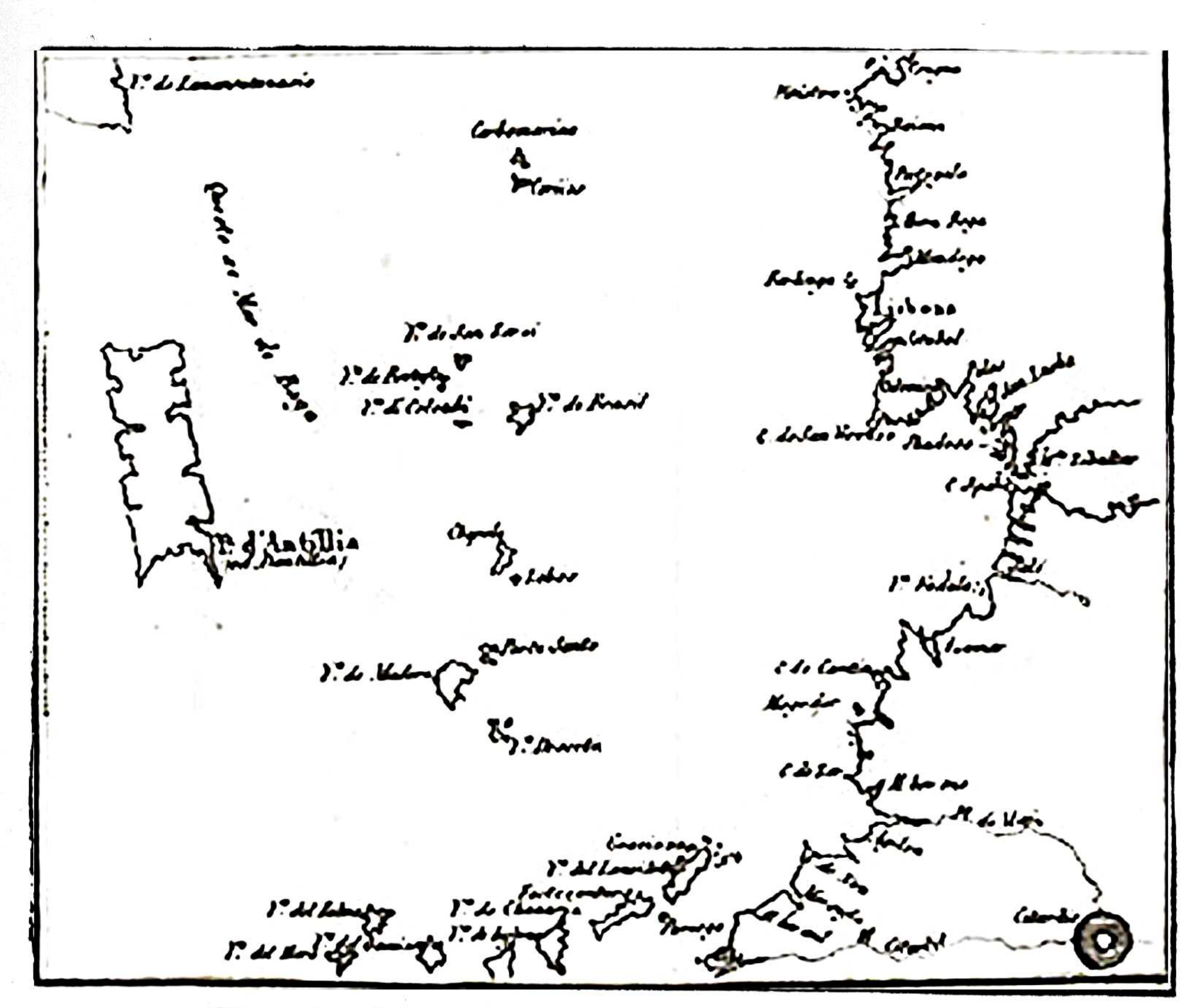


FIG. 2 – *Mapa de Andrea Bianco (1436).*

## I. El Verdadero Descubrimiento de América

### 1. Mapas Precolombinos de América

En un manuscrito de 1440, *Relación Tártara*, que narra un viaje realizado por el Asia en el siglo XIII, además de las islas del Atlántico, la parte que nos interesa representa Groenlandia, con un trazado excepcionalmente exacto, y, al Sudoeste, una enorme isla denominada Vinlandia, con dos anotaciones latinas: "*Descubierta conjuntamente por Bjarni y Leif*" y "*Después de un largo viaje desde Groenlandia, navegando hacia el sur entre los hielos, los compañeros Bjarni y Leif Eiriksson descubrieron una nueva tierra, extremadamente fértil, que hasta tenía vides y que llamaron Vinlandia*".

El mapa en cuestión demuestra un conocimiento preciso de la geografía del Este norteamericano y no pudo, por cierto, ser el fruto ni de la imaginación ni de viajes accidentales. Presentamos en la Figura 3 la "Isla de Vinlandia" en proyección sobre el trazado exacto de la América del Norte. Lo pudimos hacer gracias a un punto de referencia: el río San Lorenzo, cuya dirección y extensión están indicadas con suma exactitud. Sobre esta base, podemos notar un

desplazamiento hacia el Sur del Estrecho y la Bahía del Hudson, por otro lado mal diseñados, como tambien de la Tierra de Baffin y de la parte del continente que enfrenta y con la cual, incorrectamente, hace cuerpo. El Labrador pierde la punta que se sitúa frente a Terranova, isla ésta que no figura en el mapa. Al Sur del San Lorenzo Vinlandia cubre la península canadiense de Acadia (Nuevo Brunswick y Nova Scotia) y todos los Estados norteamericanos del Este, desde Maine hasta Georgia, con una profundidad promedio de 1.000 kms. tierra adentro. [1]

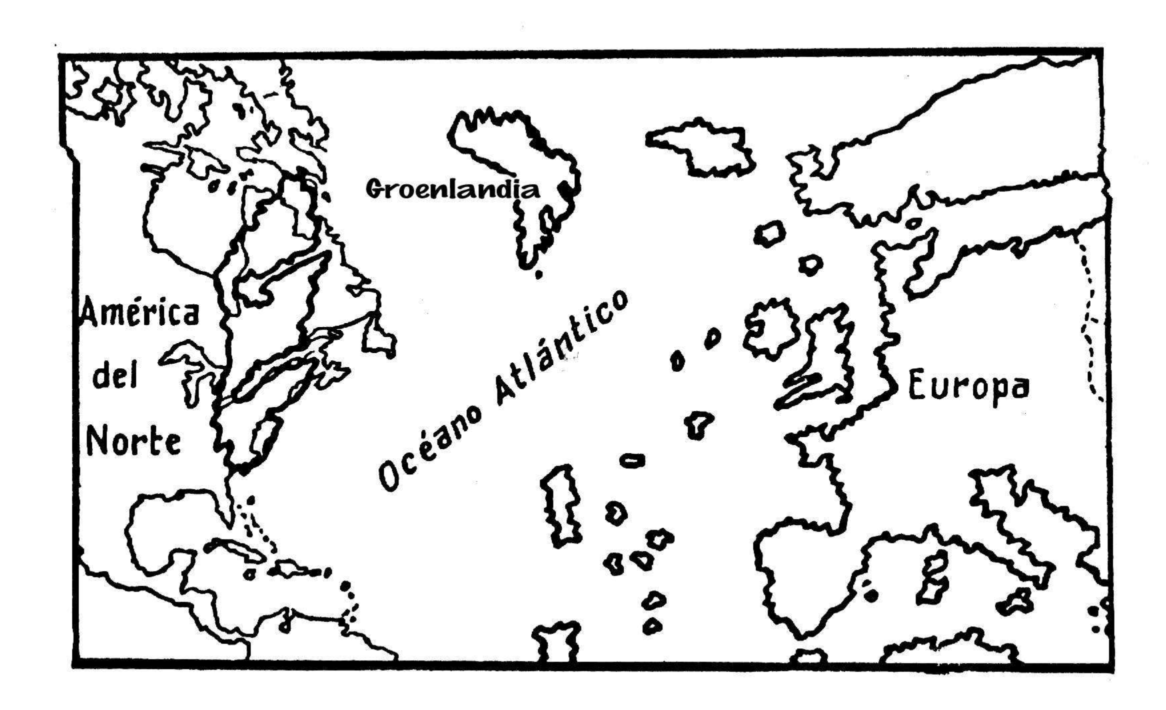



FIG. 3 – *Mapa anónimo de 1440, en proyección sobre el trazado exacto de Norteamérica.*

El cuarto mapa, que reproducimos con las anotaciones toponímicas de Rudolf Cronau (Fig. 4), fue dibujado en 1558, por Nicolás Zeno, descendiente de los hermanos Antonio y Carlos Zeno, sobre la base de mapas y relatos de viaje que el primero habría enviado al segundo entre 1390 y 1405. Nicolás cuenta que había heredado estos papeles cuando era muy joven y, por no atribuírles importancia alguna, los había destruído en parte. Más tarde, trató de reconstituír su contenido y, en particular, el mapa en cuestión, ayudándose con trozos aún existentes y con sus recuerdos. Resumiremos más adelante el correspondiente relato.

Lo que nos llama la atención en el mapa de Nicolás Zeno es la parte, evidentemente americana, que figura con el nombre de Engronelant. Notemos, en primer lugar, que casi todas las designaciones de ríos y cabos tienen consonancia nórdica: Af, Hoen, Diaver, Hit, Feder, Diuer, U Neum, Lande y Boer, en particular. Lo que es más significativo es la semejanza de la parte Oeste de Engronelant, surcada de ríos paralelos, con la costa del Labrador. Parece probado que el territorio situado al Este —donde el nombre está marcado— corresponde a Terranova, ampliada y despojada de su carácter insular. Este último error explica por qué los ríos son representados con un curso invertido, pues que no existe la costa en la cual, de hecho, desembocan en el océano, sustituído por una cadena de montañas.

Queda, por fin, el quinto mapa (Figura 5) que constituye, para nosotros, el documento cartográfico más importante de la serie que reproducimos, por demostrar un conocimiento casi perfecto, antes del descubrimiento oficial del área, del continente sudamericano. Su autor,

**[1] La autenticidad de este mapa fue certificada en 1965 por la Universidad de Yale, después de un estudio exhaustivo del documento efectuado por un equipo de especialistas.**

Martín Waldseemüller, lo diseñó en el monasterio de Saint-Dié, en Lorena, donde se imprimió en 1507. El *mapamundi* completo consta de doce hojas de 45,5 cms. por 67, y en él figura dos veces América entera. La parte Norte del hemisferio occidental se reduce, en forma esquematizada, a las tierras conocidas de los mapas anteriores. Sudamérica, por el contrario, está representada con extraordinaria exactitud.

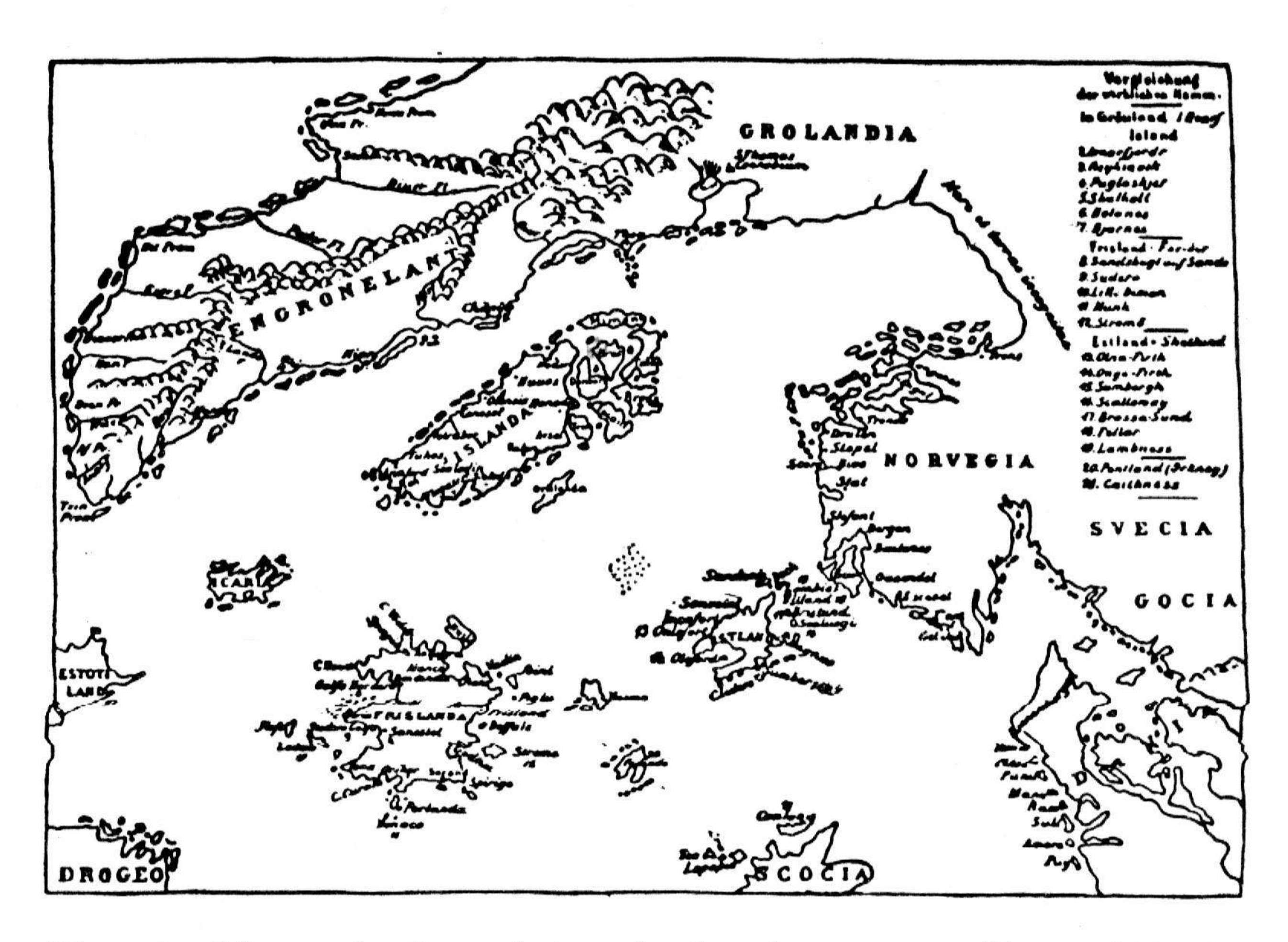



FIG. 4 – *Mapa de los viajes de los hermanos Zeno (1558).*

Ahora bien: en 1507 —y el mapa es anterior, pues ésta es la fecha de distribución de un trabajo que habrá costado, evidentemente, años de elaboración, diseño e impresión— Balboa aún no había alcanzado el Pacífico (1513), ni Magallanes había pasado de un océano al otro por los estrechos del Sur (1520), ni Pizarro había llegado al Perú (1532). Hasta se seguía creyendo que las "Indias Ocidentales" formaban parte del continente asiático. Sin lugar a dudas, pues, Martín Waldseemüller había tenido acceso a una documentación extraoficial, de muy alto valor científico y, obviamente, de procedencia sudamericana. El relevamiento cartográfico se había hecho *in situ*, no en un viaje casual, sino mediante un largo y arduo trabajo de geógrafos o, por lo menos, de marinos excepcionalmente preparados. Aun de ser cierto, y hay serias dudas al respecto, que Américo Vespucio hubiera seguido, en 1501, las costas patagónicas hasta los 50 grados de latitud, el misterio subsistiría cuanto al trazado occidental del mapa, aún más preciso que el oriental.

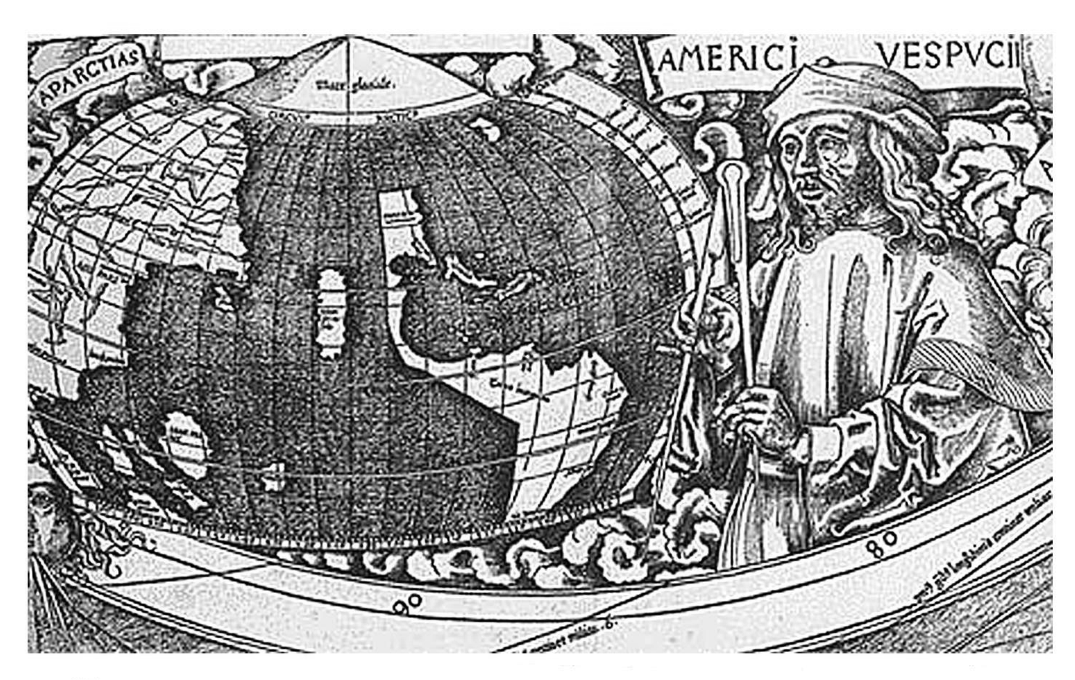



FIG. 5 – *Mapa de Martin Waldseemüller (1507).*

**2. Tradiciones y Relatos No Confirmados**

No es del todo imposible que los mapas de la serie insular se hayan originado en la leyenda de las "Islas Afortunadas", tan difundida en la Edad Media, que se remonta al mito platónico de la Atlántida. Esta explicación es, embargo, altamente improbable.

En efecto, los filósofos la época —por ejemplo, San Anselmo en el *Proslogio*— mencionan las *Insulae Fortunatae* como un caso típico de ideas sin base real y los geógrafos, en un mundo intelectual tan reducido y tan homogéneo como el de aquel entonces no podían mostrarse más crédulos que ellos. Ahora bien, ni siquiera ponían en duda la existencia de las tierras americanas. La afirmaban, por el contrario, con absoluta certeza. Por ejemplo, decía el florentino Toscanelli en una carta de 1474, remitida, con un mapa que desgraciadamente se perdió, al canónigo Fernando Martínez que se hallaba en Lisboa al servicio del rey de Portugal: "*De la conocida isla Antilla hasta la célebre isla de Cipango hay diez espacios. La primera es muy rica en oro, perlas y piedras preciosas, y los templos y palacios se cubren allí de oro puro...".* Lo que importa aquí no es la distancia (40 grados) sino la elección de Antilla como punto de referencia por parte de un geógrafo de tanta fama. Si las islas americanas eran conocidas, era evidentemente porque navegantes europeos las habían alcanzado en viajes llevados a feliz término. De hecho, existen relatos medievales que han llegado hasta nosotros y que se refieren a acontecimientos de esta naturaleza, aunque nada objetivo haya venido a confirmarlos.

El más difundido de ellos figura en un manuscrito del siglo X u XI, *Navigatio Sancti Brandani*, y narra dos viajes que habría hecho por el Atlántico, en el siglo VI, el monje irlandés Brandan, abad del monasterio de Clesainfert. Éste habría emprendido la primera expedición —en 565, según el geógrafo alemán Martín Behaim— con un número de monjes que varía con los relatos (diecisiete en unos y setenta y cinco en otros, pero esta última cifra bien podría referirse al segundo viaje), en busca de la Tierra de Promisión y, tal vez, del Paraíso Terrenal mismo. En el curso del periplo, cuyo itinerario D'Avezac reconstituyó hace unos decenios sobre la base de los datos proporcionados por el relato, Brandan habría descubierto una isla en la cual habría permanecido siete años. La *ínsula Sancti Brandani* figura en casi toda la cartografía medieval del Atlántico y todavía la encontramos en mapas del siglo XVIII. Sin duda, contribuyó poderosamente a la difusión del relato la leyenda de la ballena, que en él se cuenta: tomando por una isla el dorso de un enorme "pez", Brandan habría celebrado en él una misa y, luego,

encendido un fuego para preparar la comida, lo que habría hecho moverse al animal y reembarcarse precipitadamente a los monjes.

La autenticidad de los viajes de San Brandan no está demostrada, pero tampoco se la puede desechar lisa y llanamente. Las descripciones que la *Navigatio* nos da de las Canarias y de la Isla del Infierno, con el impresionante volcán del Teide, y más aún del Mar de los Sargazos, no nos permiten descartar la posibilidad de que el santo abad haya llegado a Florida. Menos fehaciente resulta la leyenda, que recoge Martín Behaim en su famoso *Globo Terráqueo*, según la cual "*en el año 734, cuando toda Hispania estaba conquistada por los herejes del África, fue habitada la descripta isla (ínsula Antilia, llamada Septe Citades) por un arzobispo de Porto Portugar, con siete obispos más y otros cristianos, hombres y mujeres, que habían huído de Híspanla con su ganado y toda su hacienda. En el año 1414 pasó cerca de ella un buque venido de Hispania*". La isla figura en varios mapas de la época con los nombres de Sette Cidades y Siete Ciudades.

Muy distintas son las numerosas referencias medieva a "la costa del bacalao, en el meridiano de Alemania", origen, según el texto que cita Cronau, de los "salvajes” llegados a Lübeck en 1153. No hay duda alguna de que, desde la alta Edad Media —y tal vez anteriormente—, poblaciones costeras del País Vasco, de Gascuña, de Bretaña y de Normandía se dedicaban a la pesca y salazón del bacalao y debían, por lo tanto, de internarse profúndamente en el Atlántico. Tenemos del hecho una prueba tan curiosa como irrefutable: en el mapa del Atlas de Bianco (1436) figura, aproximadamente en el lugar de Terranova, una isla con el nombre —o la indicación— de Stocáfixa, evidente deformación de *Stockfisch*, bacalao seco en todos los idiomas germánicos.

La expedición quebequense dirigida por el P. Levesque descubrió en 1968, en la costa del Labrador, frente a la punta noroeste de Terranova. varios hornos indudablemente vascos, pero no fechados. Cronistas vascos de la época cuentan cómo un navarro, Juan de Echaide, había fundado en la costa americana, probablemente en Terranova, un puerto que sus compatriotas siguieron frecuentando. Lo cual refuerza lo que narra el P. Las Casas, que habría encontrado en el libro de bitácora de Colón —que éste destruyó posteriormente con todos los documentos susceptibles de revelar su raza judía— los relatos de dos marinos, oriundos de Santa María y Murcia, respectivamente, que, al dirigirse a Irlanda, habrían sido llevados por un temporal, en dirección al Noroeste, hasta "las costas de Tartaria".

Colón, por cierto, no carecía de datos acerca de las tierras americanas. Fuera de lo que acabamos de mencionar, se sabe que había realizado un viaje a "Thule" (Escandinavia, tal vez Islandia), donde muy probablemente había oído hablar de Vinlandia. Pero hay más todavía. Numerosos cronistas del siglo XVI cuentan la trágica historia del navegante Alonso Sánchez, natural de Niebla, provincia de Huelva, quien se dedicaba al comercio de vino entre España, Madera y Gran Bretaña. En el curso de su último viaje, un tremendo temporal lo había arrojado hacia el Oeste, donde había avistado tierras desconocidas. Con unos pocos sobrevivientes, había conseguido alcanzar las Azores y, posteriormente, Lisboa. En esta última ciudad, Sánchez había ido a pedir a Colón, que ejercía el oficio de cartógrafo, que lo ayudara a situar en el mapa la "isla" por él descubierta. El futuro Gran Almirante lo albergó en su casa, donde murió poco después, como también, a los pocos días, sus cuatro compañeros de aventura.

Tal vez pudiera relacionarse con Colón, en un punto, el viaje de Jean Cousin, de Dieppe, tal como lo narran las crónicas. Este capitán normando habría partido, en 1488, con rumbo a las Indias Orientales. Un poco al Norte del Ecuador, su barco habría sido arrastrado hacia el Oeste por una violenta corriente y habría llegado a la desembocadura de un enorme río. De allí habría navegado hacia al Sudeste hasta encontrar el extremo meridional del África, luego seguido la costa Oeste de este continente en dirección al Norte y, por fin, vuelto a su patria. De ser cierto este relato, que ningún documento respalda, pues los archivos del almirantazgo de Dieppe fueron quemados por los ingleses, Cousin habría descubierto la desembocadura del Amazonas. Notemos que, doce años más tarde, Alvares Cabral, que intentaba dar la vuelta al África, fue arrojado a las costas del Brasil. Y señalemos también que el teniente de Cousin habría sido un castellano llamado Pinzón...

Queda, por fin, al margen de los relatos sin confirmar, el extraño hecho mencionado por Fray Gaspar Madre de Dios quien dice que, al tomar posesión de la región de San Pablo, Brasil, en nombre del rey de Portugal, Martín de Souza fue poderosamente ayudado por un compatriota, Joao Ramalho, casado con la hija del cacique Tebyrico. Algunas obras contemporáneas indican que el naturalista danés Lund encontró en un acta del 3 de Mayo de 1580, levantada por el notario Lorenzo Vaz con firma de cual testigos, el testamento de Ramalho, en el cual éste decía vivir en San Pablo desde hace noventa años. No hemos visto este documento ni sabemos dónde se encuentra y, por eso, lo mencionamos con las reservas del caso. Si existe realmente, significa que un portugués había llegado a América dos años antes de Colón y al Brasil doce años antes Alvares Cabral.

## 3. Expediciones del Príncipe Galés Madoc

Entre los relatos no confirmados que acabamos de resumir sucintamente y la historia de la colonización de Vinlandia por los escandinavos se sitúan las expediciones del príncipe Madoc, tales como se desprenden de manuscritos galeses medievales que figuran en los archivos de las abadías de Conway y Strat Flur y en los cuales se basan numerosas baladas de la Edad Media, entre otras la del trovador gales Meredith. Según estos documentos, en 1168 ó 1169, fecha en que murió Owen Gwynedd, rey de Gales del Norte, su hijo natural, Madoc, decidió emigrar a las tierras americanas de que había oído hablar. En 1170, con unos pocos barcos, Madoc dio la vuelta al Sur de Irlanda y, luego, se lanzó mar adentro hacia el Oeste. Seis días después de atravesar el "*peligroso jardín del mar, que ninguna tempestad podía destruír y que aprisionaba los barcos*" —evidentemente el Mar de los Sargazos— la flotilla llegó a lo que se supone era la bahía de Mobile, en Alabama. Madoc se estableció con su gente en este país fértil y hermoso. Después de algún tiempo, dejando en América a ciento cincuenta pobladores, retornó al país de Gales donde, con su hermano Rhyrid, organizó una segunda expedición, con diez buques y trescientos hombres. Parece que, una vez reunidos, los galeses entraron en el Misisipi y, luego, en el Ohio, plegándose finalmente sobre el Missouri.

Los fuertes, sin la menor semejanza con las construcciones indígenas de la época, que los españoles encontraron en Alabama, Georgia y Tennessee fueron verosímilmente obra de los galeses. Richard Deacon, que estudió a fondo el problema, cuenta que en 1666 un misionero protestante, el *pastor* galés Morgan Jones, apresado por los indios en Virginia y condenado a muerte, se puso a gritar en su idioma materno. Los aborígenes, maravillados, le contestaron en la misma lengua. Hasta parece que una tribu de la región invocaba al Gran Espíritu con una frase: "*Madoc Mahe Paneta am byd*", deformación del gales: "*Madawc Mawr Penarthur am bith*", lo que significa: "Madoc Gran Espíritu para siempre". En varias tribus de Virginia, Ohio y Missouri se pensó encontrar, en los siglos XVII, XVIII y XIX, rastros antropológicos y lingüísticos de los colonos galeses. Numerosos elementos de juicio llevan a pensar que descendientes directos de los hombres de Madoc fueron los *mandanes*, "indios" blancos de pelo claro, que se extinguieron a mediados del siglo pasado, probablemente en razón de su fácil absorción por la población anglosajona.

## 4. La Colonización Escandinava de Groenlandia

Mucho más importante que las aventuras de Madoc —acerca de cuya autenticidad subsisten ciertas dudas y que, de todos modos, no tuvieron en América incidencia civilizadora alguna— son para la historia las expediciones que en los siglos X y XI realizaron los vikingos en el Ártico. No es éste el lugar de describir las costumbres de los pueblos escandinavos que, empujados por la pobreza de su tierra, habían hecho de la guerra un modo de subsistencia. Limitémonos a recordar que sus escuadras llegaron a dominar todas las costas europeas, inclusive las del Mediterráneo, penetrando por el Elba hasta Hamburgo, por el Rin hasta Colonia y Bonn, por el Loira hasta Orléans, por el Garona hasta Tolosa, por el Tajo hasta Lisboa.

La Iglesia desempeñó un papel importante en la colonización de Groenlandia. El primer misionero cristiano, traído desde Noruega por Leif Eiriksson, había llegado en el año 999. Al principio, la resistencia de la fe tradicional fue considerable y se mantuvo durante un siglo. Pero

el catolicismo se afianzó rápidamente en el curso del siglo XI y se instalaron en todas partes iglesias, conventos y escuelas.

En 1121 Roma dio a la isla su primer obispo, al que siguieron dieciséis más, mencionándose el último de ellos en 1409, aunque hay motivos para pensar que la sede episcopal de Gardar fue abandonada por su titular en 1342, fecha en la cual, según un manuscrito latino redactado por Gissie Oddson, obispo de Skálholt, en el siglo XVII sobre la base del archivo de la ciudad, la población groenlandesa se habría apartado del cristianismo.

Varios fueron los factores que provocaron en el siglo XV la total desaparición de las colonias escandinavas de la Tierra Verde. Noruega se desinteresó de estas poblaciones lejanas, llegando a prohibir todo contacto con ellas, a lo cual se sumó la piratería inglesa que hacía muy poco seguros los mares nórdicos, como lo prueba el saqueo de Eystribygd, en la misma Groenlandia, que sucedió en 1418. Pero, sobre todo, el clima cambió repentinamente, con gran avance hacia el Sur de enormes témpanos que bloquearon las costas, lo cual produjo hambre y enfermedades. La suerte de los groenlandeses sigue siendo un misterio. Las expediciones enviadas, en los siglos posteriores, por los reyes de Dinamarca para restablecer el contacto con ellos demostraron que no permanecían en la isla sino algunos grupos de esquimales. Es totalmente improbable, sin embargo, que la peor de las epidemias haya podido destruir íntegramente una población tan numerosa. Lo más verosímil es que los groenlandeses hayan emigrado hacia tierras más acogedoras. Pero no volvieron a Europa.

El ya mencionado manuscrito del obispo Gissie Oddson bien podría darnos la clave del problema. Pues el texto en cuestión dice que los groenlandeses "*se apartaron de la verdadera fe del cristianismo y, echando al olvido toda virtud y honradez, se unieron con los americanos*". Estas últimas palabras se interpretan generalmente como referidas a u proceso de mestización, bastante poco verosímil, con los esquimales. De ser así, en efecto, los mestizos hubiera estado mejor adaptados al frío que los Blancos y, por consiguiente, hubieran sobrevivido al cambio de clima. Sin embargo, los esquimales encontrados en la isla en los siglos XVII y posteriores eran muy poco numerosos y, por otro lado, de raza pura.

Queda una explicación, que tuvieron presente, como veremos, los escandinavos del siglo XV: que los groenlandeses, al abandonar sus asentamientos bajo la presión de los hielos, se hubiesen unido, en tierras americanas, con sus compatriotas de Vinlandia.

## 5. El Descubrimiento de Vinlandia

En 986, año de la segunda y definitiva radicación de Erico el Rojo en Groenlandia, llegó a Islandia, desde Noruega, Bjarni Herjulfson, hijo de uno de los recién emigrados. Al enterarse de la partida de su padre, Bjarni decidió reunirse con él y se hizo a la mar con toda su tripulación. Habían navegado tres días cuando se levantó un fuerte viento del Norte, con una niebla tan densa que le hizo perder el sentido de la dirección. Después de varios días sin ver el Sol, el cielo se abrió y los viajeros divisaron a cierta distancia, una tierra ondulada cubierta de bosques. No podía ser Groenlandia. Siguiendo la costa con viento Sudoeste, el barco navegó dos días más y sus tripulantes encontraron otra tierra, también llana y boscosa. Tres días después, con el mismo viento, llegaron a una gran isla cubierta de montañas y de témpanos, en la cual pudieron ver venados. El viento Sudoeste los empujó hacia el mar abierto y, en cuatro días de navegación, dieron por fin con Groenlandia.

Por las indicaciones náuticas que nos proporciona el relato, parece que Bjarni Herulfson divisó sucesivamente tierras que se llaman hoy en día Nueva Inglaterra, Acadia (Nova Scotia) y Terranova. Por falta de curiosidad o por prudencia, no desembarcó en ellas. Pero pudo suministrar a quien, según la historia, fue el primer hombre Blanco que pisó tierra continental americana, los datos necesarios para el auténtico viaje de descubrimiento.

En el año 1000, en efecto, el *jarl* Leif, hijo de Erico el Rojo, compró el buque de Bjarni y se hizo a la mar con treinta y cinco hombres, sin otra meta que la exploración de las nuevas tierras. Encontró sin dificultad el último de los países avistados por Bjarni y desembarcó. Se

trataba de una llanura estéril, cubierta de piedras, que terminaba en inmensos témpanos. Leif bautizó la región *Helluland* (Tierra Pedregosa). Prosiguiendo su viaje hacia el Sur, la expedición llegó a la segunda tierra descubierta por Bjarni, llana y cubierta de dunas y de bosques, a la que llamó *Markland* (Tierra de la Madera).

Después de cuatro días de navegación con viento favorable del nordeste, Leif arribó a una bahía en la cual se internó enfilando entre una isla y un promontorio que se apartaba del continente en dirección Norte y Este. Siguiendo el curso de un río, el barco penetró en un lago, en cuya orilla desembarcaron los miembros de la expedición. Leif decidió pasar allí el invierno. Con sus hombres, edificó grandes casas en un sitio que denominó *Leifsbudir* (Casas de Leif). La nueva tierra era fértilísima y el clima, tan suave que no sería necesario encerrar el ganado en establos durante el invierno. Era tan templada que un miembro de la expedición, un alemán que los manuscritos islandeses llaman Tirker —probablemente *Tysker*, *alemán*, en noruego— descubrió vides salvajes, lo que llevó a Leif a dar al país el nombre de *Vinland*, Tierra del Vino.

Llegada la primavera, la tripulación reembarcó y, con un cargamento de madera y un gran bote lleno de uva, retornó sin tropiezos a Groenlandia. ¿Dónde estaba situada Vinlandia? Fuera de indicaciones náuticas un tanto imprecisas, los relatos islandeses nos proporcionan un dato que, de ser exacto, sería definitivo. Nos dicen, en efecto, que en Leifsbudir el día más corto del año duró de las 8 de la mañana a las 3 de la tarde, que corresponde a 41° 24' 10" de latitud, o sea al actual Massachusetts. Algunos especialistas expresaron dudas acerca del sentido exacto de las palabras con las cuales saga define la mencionada duración del día. Veremos, sin embargo, en el capítulo VII, que la arqueología confirma la identificación anterior.

## 6. La Segunda Expedición a Vinlandia

En el año 1002, Thorvald Eiriksson, hermano de Leif emprendió, con treinta hombres y en el mismo barco, una segunda expedición a Vinlandia. Llegó sin la menor dificultad a Leifsbudir, donde pasó dos inviernos, dedicándose, en los meses cálidos, a tareas de exploración. Fue así como en el verano de 1004 Thorvald llegó a un promontorio, orientado hacia el Este y el Norte, que rodeaba una hermosa bahía. Desde esta península, bautizada *Kjalarnes*, Cabo de la Quilla, la expedición alcanzó un segundo promontorio, cubierto de bosques, en el cual se decidió establecer una residencia fija. Thorvald, con todos sus hombres, bajó a tierra, donde se topó con tres seres humanos que se escondían, en la playa, debajo de sendas canoas de piel o de corteza. Se trataba de individuos de pequeña estatura, que no eran esquimales, puesto que usaban arco y hondas, sino probablemente indios algonquinos. Los vikingos les aplicaron, como más tarde a todos los indígenas americanos, el nombre de *skraelinger* —enclenques— con el cual calificaban, hasta entonces, a los lapones. Dos de los indios fueron muertos en la pequeña refriega que sucedió al encuentro casual, pero el tercero consiguió escapar. Por prudencia, Thorvald y sus compañeros se replegaron hacia su buque, el que, unas horas más tarde, fue rodeado por un gran número de botes, desde los cuales los indígenas arrojaron flechas, huyendo, luego, velozmente. Thorvald había sido herido de muerte. Rogó a sus hombres que lo enterraran en el lugar, lo que hicieron, volviendo después a Leifsbudir. En la primavera de 1005, después de cargar el buque con madera y con uva, retornaron a Groenlandia.

De inmediato, Thorstein, el tercer hijo de Erico el Rojo, embarcó, con su mujer, Gudrid, y veinticinco hombres, para ir a buscar el cuerpo de Thorvald. No consiguieron llegar a Vinlandia y, después de errar durante todo el verano, tocaron tierra en Lysefjord, en la costa de Groenlandia, donde una epidemia provocó el fallecimiento de Thorstein y de muchos de sus hombres. Los sobrevivientes, inclusive Gudrid, volvieron a Eiriksfjord, donde fueron sepultados los muertos.

## 7. La Tercera Expedición a Vinlandia

En el invierno 1006-1007, Gudrid volvió a casarse con un "rey del mar", perteneciente a una de las más antiguas y más poderosas familias de Noruega, Thorsfinn Kariselfni, a quien convenció de emprender un nuevo viaje a Vinlandia. En la primavera siguiente salieron tres

barcos cargados de provisiones y de ganado, con sesenta tripulantes y cien pobladores, entre varones y mujeres. La expedición encontró fácilmente Hellulandia, donde se veían gran cantidad de zorros, Marklandia y, por fin, Kjalarnes donde los vikingos desembarcaron. Dos andarines escoceses, otrora regalados a Leif por el rey de Noruega, Olaf Trygvason, efectuaron desde allí un reconocimiento de tres días y volvieron con racimos de uva y espigas de trigo silvestre. Thorsfinn prosiguió su viaje. Descubrió una isla literalmente cubierta de nidos de élderes, a la que llaman Straumg, y Straumfjord la bahía donde ella se hallaba. Mucho más al Sur, llegó a un río que, saliendo de un lago, se dirigía directamente al mar y en cuyo estuario se encontraban algunas islas bastante grandes. Navegando aguas arriba, Thorsfinn alcanzó el lago y comprobó que sus alrededores estaban cubiertos de vid y de trigo. Hizo construír una granja —en el sentido europeo de la palabra— y pasó en ella, con su gente, un invierno tan benigno —sin nevada alguna— que el ganado pudo permanecer todo el tiempo en el campo. Se dio a la región el nombre de Hape.

Un día, los indios —o esquimales— aparecieron con sus botes. Al principio, se establecieron relaciones amistosas. Los vikingos consiguieron todas las pieles que querrían mediante trueque con trozos de género rojo, leche y piezas de metal sin mayor valor. Prudentemente, Thorsfinn había prohibido dar armas en canje de nada. Tuvo razón pues al año siguiente, o sea en 1009, los indígenas volvieron en tren de guerra. El combate fue violento. Los vikingos dejaron dos muertos en el campo de batalla y casi todos los demás resultaron heridos. Los *skraelinger* tuvieron severas pérdidas y, después de un primer momento en que victoria pareció suya, se reembarcaron precipitadamente. Thorsfinn comprendió, sin embargo, que la colonización de Vinlandia no era posible sin fuerzas superiores que aseguraran la paz y decidió retornar a Groenlandia y, luego a Noruega, donde llegó con tal cargamento de pieles y de madera de ley que nadie había visto jamás tantas riquezas juntas. También tenía con él a su hijo, Snorri, nacido en tierras americanas.

## 8. La Cuarta Expedición a Vinlandia

Entre los compañeros de Thorsfinn Karisefni se encontraba una media hermana natural de Leif Eiriksson, Freydis, que tuvo un papel destacado en el combate con los indígenas. De vuelta a Groenlandia, esta mujer de temple excepcional esperó una oportunidad para organizar una nueva expedición a Vinlandia, la que se presentó, en 1011, cuando llegó a Noruega un buque perteneciente a dos islandeses, los hermanos Helge y Finnboge. Freydis convenció a éstos de emprender el viaje en asociación con ella, debiendo cada parte llevar a treinta hombres, además de las mujeres que quisieran acompañarlos. Leif cedió a la expedición las casas que había construído en Vinlandia.

Los buques llegaron sin tropiezos a Leifsbudir en 1012. De inicio surgieron serias divergencias entre los hermanos y Freydis, pues ésta no sólo había embarcado de contrabando a cinco hombres más de los previstos en el convenio, sino que, además, se apropió para sí sola las casas existentes en la aldea. Helde y Finnborge edificaron entonces otra vivienda, más lejos del mar y a orillas de un lago. Pero las relaciones entre ambos grupos se mantuvieron tensas.

Freydis, decidida a apoderarse del buque de los hermanos, armó a éstos una trampa que resultó eficaz. Una mañana temprano, fue a la casa de Helge y Finnborge y fingió negociar con este último un canje de barcos, con el pretexto de que había resuelto volver a Groenlandia. Luego, despertó a su marido, Thorvard, y le contó que había sido maltratada por los hermanos y sus hombres. Thorvard, indignado, se lanzó con su gente sobre sus vecinos que dormían tranquilamente y los apresó. Freydis dio la orden de matarlos a todos y, como ninguno de los hombres de Thorvard quiso ejecutar a las cinco mujeres que integraban el grupo, ella misma, con un hacha, cumplió la faena.

En 1013, los restos de la expedición retornaron a Groenlandia, con un cargamento riquísimo. A pesar de la generosidad con la cual Freydis había recompensado a sus compañeros y de sus amenazas de muerte para el caso de que contaran lo sucedido en Vinlandia, llegaron rumores a oídos de Leif, quien mandó aplicar la tortura a dos de los hombres de su hermana. "*No* (la)

*puedo castigar... como se merece* —dijo Leif—, *pero estoy seguro de que su crimen será pagado por sus descendientes*".

**9. Las Colonias de Vinlandia**

Las expediciones que acabamos de relatar constituyen episodios de una misma "historia de familia". El primer viaje, lo hizo Leif Eiriksson; el segundo, su hermano Thorvald; el tercero, Thorsfinn Karisefni, segundo marido de la mujer de Thorstein, hermano de Leif y de Thorvald y el cuarto, Freydis, hermana de los anteriores. No había que esperar otra cosa, ya que las sagas escandinavas no tenían otro propósito que el de contar hazañas familiares. Los relatos que hemos resumido más arriba se refieren pues, exclusivamente a las expediciones organizadas por los hijos de Erico el Rojo. No excluyen ni viajes anteriores a América, ni menos la exitosa colonización de Vinlandia que tuvo lugar posteriormente y de la cual tenemos pruebas.

Los manuscritos islandeses mencionan a menudo, al pasar, los asentamientos escandinavos del Nuevo Mundo. Cuentan, por ejemplo, que en 1059 el sacerdote anglosajón Ionus o John —tal vez un obispo— fue a Vinlandia con el objeto de predicar la palabra de Dios y habría sido martirizado por los infieles. Sabemos que, por el contrario, el obispo de Groenlandia, Eirik Gnupron, emprendió en 1121 una gira pastoral por las colonias americanas y llevó su viaje a feliz término.

Los datos que han llegado hasta nosotros respecto de hechos posteriores son inconexos y, a veces, imprecisos. En 1279, el arzobispo Ion mandó a un emisario a América para recoger el diezmo destinado a la cruzada que se predicaba por toda Europa. En 1325, el archivo vaticano menciona todavía un diezmo hecho de pieles y de dientes de morsa y vendido al flamenco Jean du Pré. Pero no sabemos a ciencia cierta si el impuesto eclesiástico en cuestión venía de Vinlandia o simplemente de Groenlandia. Poco a poco el contacto fue perdiéndose entre Islandia y sus proyecciones occidentales. Se sabe aún de un viaje a Marklandia realizado en 1347 por diecisiete escandinavos de Groenlandia con el objeto de traer madera de construcción.

Pocos años después, Magnus, "rey de Noruega, Suecia y Escandinavia", encargó a uno de los principales personajes de su corte, Poul Knudsson, organizar una expedición para encontrar y ayudar a los sobrevivientes de los asentamientos groenlandeses: "*Los hombres que deben ir en el* knorr *(buque carguero) los tomará de mi guardia de corps o los eligirá a su arbitrio entre los servidores de otras personas... Le pedimos que acepte esta orden con entera buena voluntad para con la causa, por cuanto la damos por la gloria de Dios y el bien de nuestra alma y en honor de nuestros predecesores que en Groenlandia establecieron el cristianismo y lo sostuvieron hasta ahora, y nosotros no lo dejaremos perecer en nuestros días... Dado en Bergen, el lunes siguiente al día de Simón y Judas, en el año XXX y seis de nuestro reinado* (1154)".

Los hallazgos arqueológicos hechos en el Estado norteamericano de Minnesota y en la provincia canadiense de Ontario (ver capítulo VII) parecen indicar que Knudsson llegó a América, subió por el San Lorenzo hasta el Lago Ontario, dejó el *knorr* en el lugar de la actual ciudad de Toronto y luego pasó de lago en lago con botes susceptibles de llevarse a hombros, alcanzando el Río Rojo (Red River). Otro camino posible, aunque menos probable, habría consistido en entrar en la Bahía del Hudson, dejar el barco en la desembocadura del Río Nelson y navegar aguas arriba en sus botes hasta llegar al Río Rojo. En ambos casos, habría alcanzado la región donde más tarde se edificaría la ciudad de Kensington. La inscripción rúnica encontrada en este último lugar da como distancia desde el punto donde esperaba el *knorr* catorce "días de viaje", o sea 1.680 kms., la misma, aproximadamente, que separa Kensington de Toronto, por un lado, y de la desembocadura del Río Nelson, por otro.




**FIG. 6** – *Mapa de Sigurdur Stefansson (1590).*

36

Los dos itinerarios son, por lo tanto, igualmente aceptables desde este punto de vista. Por lo demás, lo importante no es tanto el camino seguido como la presencia de escandinavos, en la segunda mitad del siglo XIV, en la región de los Grandes Lagos, hecho éste altamente probable, pero no del todo seguro, como veremos más adelante.

Con el tiempo, las tierras americanas fueron adquiriendo un carácter legendario y hasta los conocimientos geográficos que de ellas se tenían fueron desdibujándose. El mapa de la Figura 6 fue trazado en 1590 por el islandés Sigurdur Stefansson. Basta compararlo con los que hemos reproducido en páginas anteriores para comprobar el retroceso que significa, especialmente si se toman en cuenta las explicaciones que da su autor sobre las distintas regiones representadas, que indica con letras:

"A. Hasta esta región llegaron los ingleses. Es conocida por su esterilidad, provocada sin duda por el Sol y el frío.
"B. Cerca de esta región se halla Vinlandia, llamada, por la multitud de cosas útiles que en ella se encuentran y por su fertilidad, Goada (la Buena). Nuestros paisanos han creído que desemboca hacia el Sur en el mar y que un estrecho o fiordo la separa de América". (Vale decir, de la parte de América descubierta por Colón y sus seguidores) .

"C. Este país se llama Riselandia, o País de los Gigantes. Los habitantes tienen cuernos y se llaman *skrikfinna* (fineses temibles).
"D. Es éste un país situado más al este y cuyos pobladores, por sus uñas largas, son llamados *kiofinna* (fineses con garras).
"E. Yptunheimar, residencia de los gigantes contrahechos.
"F. Aquí se cree que hay un estrecho que conduce a Rusia.
"G. País pedregoso, mencionado con frecuencia en las historias.
"H. Esta isla, no sé cuál es, pero es posible que sea la encontrada por un veneciano y a la que los alemanes llaman Frisia".

Los que se basan en este mapa para situar el "Prom. Vinlandiae" en el Norte de Terranova son, por cierto, un tanto imprudentes.

## 10. La Gran Irlanda

Los escandinavos no fueron los primeros europeos que llegaron a América y sus propias sagas son explícitas al respecto. El *Lennama Bok* cuenta cómo, en el año 963, el poderoso caudillo islandés Ari Marson alcanzó involuntariamente el Nuevo Mundo, donde encontró a pobladores de raza blanca:

> "Ari era hijo de Mar de Reikholar y de Thorlatia, hija de Hergills Herappson. Este Ari fue arrojado sobre la costa de *Huitramannaland* (Tierra de los Hombres Blancos), que otros llaman *Irlanda it Mikia* (La Gran Irlanda). Ella está situada en el océano, al oeste, cerca de la buena Vinlandia. Ari, no siéndole permitido volver, fue detenido allí y bautizado. Esto fue referido por Rafn, comerciante de Limerick, que había residido muchos años en Limerick. Y, además, Thorkill Geltson, Conde de las Oreadas, aseguraba que Ari había sido visto en Huitramannaland y, aunque no pudo obtener permiso para volver, era ahí muy estimado".

Más datos podemos extraer del relato que se refiere a los viajes de Bjorn Asbrandson y Gudhieif Gudiangson. El primero es un personaje conocido de la historia escandinava. Combatió, a las órdenes de Palnatoke, con los joma-vikingos en la batalla de Fyrisval, en Suecia, y se ganó por su valentía el título de *Breidvikinga Hape*, el Campeador de Breidevik. Posteriormente, se comprometió en una aventura amorosa con Thurid, hermana del poderoso *jarl* Snorri Godi y éste, a pedido de Thorod, esposo de Thurid, lo desterró en el año 999. Bjorn hízose a la vela con viento Nordeste y, por muchos años, no se tuvo de él noticia alguna.

En 1029, en un viaje de Dublin a Islandia, Gudhieif Gudiangson fue arrojado por un violentísimo temporal hacia el Sudoeste. Después de muchos días de navegación sin rumbo, arribó a una costa desconocida, en la que desembarcó con su tripulación. Pronto los escandinavos se vieron rodeados por cientos de hombres que los encadenaron y los llevaron tierra adentro y, en un idioma parecido al irlandés, empezaron a discutir para saber si convenía matar a los extranjeros o reducirlos a esclavitud.

En el curso del debate, se acercó una numerosa tropa de guerreros, encabezados por un anciano de barba blanca, montado en un caballo, que rodeaban una bandera. Con gran sorpresa de Gudhieif y de sus compañeros, el recién llegado les dirigió la palabra en noruego, preguntándoles de dónde venían y de qué parte de Islandia eran. Les pidió noticias de varios personajes importantes de la comarca y, sobre todo, de Snorri Godi, su hermana ThüTid y el hijo de ésta, Kjartan, señor de Frodo, a quien todos en Islandia consideraban hijo de Bjorn Asbrandson.

Después de deliberar con sus guerreros, el anciano decidió poner en libertad a los islandeses e hizo arreglar su buque. En el momento de la partida, dio a Gudhieif una pulsera de oro y una magnífica espada, encargándole los entregara a Thurid y Kjartan, respectivamente.

—*"¿Y quién diré que les envía estos regalos?",* preguntó Gudhieif.

—*"Diles, contestó el anciano, que se los envía aquel que fue mejor amigo de Thurid de Frodo que de su hermano Godi. Pero si alguien acertase quién ha sido el dueño de esta pulsera y esta espada, diles que prohíbo terminantemente a todo el mundo que vengan a buscarme, pues esta costa es por demás peligrosa si no se tiene la suerte de desembarcar en un sitio tan bueno como el en que lo habéis hecho vosotros. El país es grande pero tiene pocos puertos, y por todas partes amenazan los peligros para los extranjeros".*

Gudhieif volvió sin dificultad a Irlanda y, después del invierno, a Islandia, donde entregó los regalos del anciano. Nadie dudó, en la isla, de que quien los mandaba era el Campeador de Breidevik.

La Tierra de los Hombres Blancos es mencionada, por lo demás, en numerosas oportunidades en las sagas islandesas. Los *skraelinger* de Vinlandia contaban que sus habitantes iban vestidos de blanco y llevaban en la mano varas adornadas con cintas blancas. Solían cantar y rezar en alta voz. Los vikingos dedujeron de estos datos que debía de tratarse de irlandeses, pueblo éste cuyos monjes, los *papar* —vestidos de hábitos blancos— habían colonizado Islandia en 795 y poblado, antes de la llegada de los escandinavos, las islas Oreadas, Feroe y Shetlandia. La existencia de la Gran Irlanda no constituía, por lo demás, ningún secreto en la Edad Media, y el geógrafo de habla árabe Abu Abdallah Mohammud Edrisi la menciona en sus obras, en el siglo XIII, con el idéntico nombre de Irlandeh el Kabirah.

## 11. Las Aventuras de los Hermanos Zeno

A los documentos históricos que hemos resumido en las páginas anteriores corresponde agregar un relato acerca de cuya autenticidad los especialistas divergen y al que acompaña el mapa (Fig. 4) anteriormente reproducido. El comentario hecho con respecto a este último vale para el texto: si fue inventado, indudablemente su autor se basó en datos ciertos de distinta procedencia, y son los datos, y no su origen, los que nos interesan aquí.

Según el libro publicado en Venecia, en 1558, por Nicolás Zeno, uno de los antepasados del autor, de mismo nombre y apellido, cruzó en 1380 —estudios posteriores parecen demostrar que la partida tuvo lugar en 1390— el estrecho de Gibraltar, con el propósito de visitar Inglaterra. Sorprendido por un terrible temporal, el buque zozobró en las costas de Frislandia (o sea la isla Feroe o Ferseyland). La tripulación se salvó y fue acogida amistosamente por el soberano de la isla, el escandinavo Zichmi, quien, hablándole en latín, le ofreció entrar a su servicio. Zeno y sus hombres se incorporaron así a la armada de trece buques de que disponía el soberano, ayudando a éste a someter islas próximas. Nombrado jefe de la flota, Nicolás Zeno mandó llamar a su hermano Antonio, quien, después de una travesía afortunada, llegó a Frislandia.

Después de numerosas victorias locales, Nicolás salió en el mes de Junio, con tres barcos, rumbo a Groenlandia, donde encontró un convento de la orden de los Predicadores y una iglesia dedicada a Santo Tomás, emplazada en la cima de un volcán. Cerca del monasterio había un manantial de agua hirviente con la cual, mediante caños subterráneos, se calentaban la iglesia, el convento y, además, pequeños jardines que producían, a pesar de la temperatura polar, flores, frutas y legumbres. Entre el convento y las islas de Noruega y de Drontheim se establecía en el verano una importante corriente comercial. Los barcos traían leña, madera, tejidos y animales domésticos y se llevaban pieles y, sobre todo, pescado seco, siempre abundante en razón de las grandes concentraciones de peces que se producían en la desembocadura de la corriente de agua caliente. Los botes destinados a la pesca estaban hechos de pieles frescas de pescado (evidentemente, focas), cosidas y estiradas sobre armazones de hueso.

Es de notar que la descripción de este convento, que difícilmente podría haber sido inventada por un veneciano del siglo XII, concuerda en muchas partes con el relato que hizo en el siglo XIV Ivar Bardsen, en aquel entonces vicario del obispado groenlandés de Gardar: "*En la entrada (del Ketiisfjord, en el Oeste de la isla), hay una gran bahía en la que desembocan varios ríos, y cerca de la bahía se eleva una iglesia bajo la advocación de la Santísima Cruz de*

*Auroos, a cuya iglesia pertenecen cuantos terrenos se encuentran en las afueras del fiordo... hasta Petersvig. Un gran territorio inhabitado se extiende allí, territorio en el que se encuentra un lago de 11 kilómetros de ancho, muy rico en pesca, perteneciente a la iglesia de Petersvig, con todas las tierras de los alrededores. No lejos de la iglesia hay un gran convento de canónigos dedicado a San Olaf y San Agustín. Después de Ketiisfjord sigue Rafnsfjord, en cuyo interior se levanta un convento de benedictinos... En el mismo fiordo hay muchas isletas diseminadas en las que brotan varios manantiales de aguas termales que hacen que en el invierno se eleve mucho la temperatura... y que además de servir para baños se utilizan como remedio para diversas enfermedades*".

Nicolás Zeno no pudo acostumbrarse al clima de Groenlandia. Se enfermó y, poco después de volver a Frislandia, murió. Su hermano Antonio heredó sus cargos y riquezas, sin que Zichmi le permitiera retornar a Venecia, pues lo necesitaba para una expedición hacia tierras desconocidas del occidente. Veintiséis años atrás, en efecto, cuatro lanchas de pescadores frislandeses habían sido arrojadas a una isla, llamada Estotilandia —"Tierra anterior al oriente"— que debía de estar a 5.000 kms. al oeste de Frislandia. La tripulación de uno de los botes, compuesta de seis pescadores, fue apresada por los indígenas. Mediante un intérprete que había llegado a la isla después de un naufragio y que hablaba latín, el soberano del lugar ofreció a los escandinavos entrar a su servicio, lo que aceptaron. La isla, más pequeña que Frislandia, era fértil y rica. Sus habitantes eran inteligentes, conocían algunas industrias y cultivaban cereales. Poseían idioma y escritura propios. En tiempos lejanos, habían tenido contactos con europeos, pues existían en la biblioteca del soberano libros en latín que ya nadie podía entender. Aun mantenían relaciones comerciales con Groenlandia, de donde importaban pieles y pescado seco. ¿Estotilandia era Terranova, como se dijo? En este caso, la descripción mejoró extraordinariamente la realidad, lo que no es inconcebible, por lo demás.

Los frislandeses fueron enviados, con doce buques, en dirección Sur, a un país llamado Drogeo, sumamente rico en oro. Pero, a la vuelta, cayeron en manos de antropófagos y sólo uno de los europeos se salvó, por haber enseñado a los indígenas el arte de pescar con red. Vivió trece años en medio de salvajes desnudos que desconocían los metales y sólo estaban provistos de lanzas y arcos. Sin embargo, más al Sudoeste había pueblos de cierto grado de cultura, que vivían en ciudades, tenían templos en los cuales realizaban sacrificios humanos y sabían trabajar el oro y la plata.

El pobre pescador logró por fin fugarse y llegar a Drogeo, donde se estableció como intérprete de los barcos procedentes de Estotilandia. Hizo así una gran fortuna, mandó construír una embarcación y regresó a Frislandia, donde contó sus aventuras a Zichmi. Sobre la base de este relato, y aunque su autor se hubiera muerto tres días antes de la partida, Zichmi zarpó, con Antonio Zeno, en procura de las tierras occidentales. Desde un violento temporal que duró tres días y hundió a la mayor parte de los buques, la escuadra encontró una tierra provista de un buen puerto. Era la isla de Icaria, cuyos habitantes no dejaron desembarcar a los recién llegados. Zichmi se hizo entonces a la mar y, después de seis días de navegación hacia el Oeste y cuatro hacia el Sudoeste, descubrió una tierra dominada por un volcán. Había muchos bosques, y peces y aves marinas en abundancia, cuyos huevos se encontraban en todas partes. Los habitantes que se habían escondido en cuevas a la llegada de los extranjeros, eran pequeños y medrosos. Zichmi bautizó el puerto más seguro de la zona y decidió establecer allí una ciudad. A fuerza de súplicas, Antonio Zeno consiguió, por fin, que el soberano le permitiera volver a su país, al que llegó en 1405, muriendo ese mismo año.

## 12. Irlandeses y Vikingos en América

De los datos que anteceden se desprende la evidencia del conocimiento de América mucho antes de Colón. Los mapas que reproducimos no dejan, al respecto, lugar a duda. El de la Figura 3 prueba que se había explorado, en Norteamérica, un enorme territorio que iba de la Bahía del Hudson a Georgia, con una profundidad promedio de unos 1.000 kms., siendo muy preciso el contorno de la costa desde el estuario del San Lorenzo para el Sur, y menos el de la región del Hudson. El Atlas de Bianco muestra no sólo que permanecía en el siglo XV el recuerdo de tierras situadas más allá del Atlántico Norte, sino también que pescadores

pertenecientes a un pueblo nórdico, o de tradición nórdica, seguían frecuentando las aguas de Terranova, de donde traían *Stockfisch*, bacalao seco, lo cual está confirmado por relatos de viajes de navegantes normandos. En fin, el mapa de la Figura 5 establece que se conocía en Europa, antes de las exploraciones postcolombinas de los portugueses y hasta antes de la llegada de Balboa al Pacífico, el contorno del continente sudamericano, con una precisión que implica un estudio sistemático de sus costas por verdaderos geógrafos.

Los relatos de las sagas islandesas y, con distintos grados de verosimilitud, los que se refieren a viajes no confirmados, incluso el de los hermanos Zeno, nos proporcionan explicaciones satisfactorias en cuanto a las fuentes de conocimiento de Norteamérica. Es indudable que vikingos islandeses llegaron a tierras que forman parte, hoy en día, de Canadá y Estados Unidos y es altamente probable que establecieron allí colonias estables. Las sagas mencionan, por otro lado, la existencia, al Sur de Vinlandia, de un territorio colonizado por irlandeses —la "Tierra de los Hombres Blancos"— y el mapa de la Figura 3 prueba que los vikingos conocían la región.

Ningún texto, sin embargo, se refiere a Sudamérica. A lo sumo se podría identificar con México el Drogeo de Nicolás Zeno. Manifiestamente, las relaciones que mantenían con Europa en la Edad Media los marinos de alto nivel cultural e, inclusive, científico, cuyas observaciones permitieron diseñar el mapa de la Figura 5, constituían un secreto bien guardado. No sabemos, pues, por el momento, quiénes eran estos hombres. A lo sumo podemos suponer se trataba de blancos de origen europeo, por no ser posible que hubieran llegado a Lorena, en aquel entonces, datos cartográficos tan precisos si proviniesen de individuos de otra raza.

# II. Los Indios Blancos

### 1. Las Colonias Desaparecidas

Los datos históricos que presentamos en el capítulo anterior no dejan subsistir muchas dudas acerca de la presencia en América del Norte, entre los siglos X y XIV, de colonias de procedencia europea. Absolutamente indiscutible, por lo demás, es la existencia en Groenlandia, en la misma época, de florecientes establecimientos islandeses, con una población numerosa que desapareció repentinamente como consecuencia del cambio de clima sufrido por la isla a principios del siglo XV. Varias expediciones enviadas por los reyes de Dinamarca, entre los siglos XV y XVIII, o no llegaron a destino, como la del polaco Juan de Kolno (1476), o no hallaron sino ruinas, tumbas con inscripciones rúnicas y unos pocos objetos de uso corriente. En el continente americano también se encontraron ruinas, inscripciones y utensilios de origen europeo precolombino (ver capítulos V y VII), pero ningún conjunto humano identificable como escandinavo, irlandés o gales.

Sin embargo, aún dejando a un lado Vinlandia y otras regiones del continente, las colonias de Groenlandia contaban con una población importante que no regresó a Europa y no pudo desaparecer lisa y llanamente. Ni los esquimales eran lo bastante poderosos para acabar con ellas, especialmente si se tienen en cuenta las sólidas construcciones de piedra de que disponían los pobladores, ni una epidemia, y menos en un clima frío, pudo matar a todos sus miembros. Es lo más probable, pues, que los groenlandeses, ya sin contactos con Europa, se replegaran, ante el avance de los hielos, sobre sus colonias de la buena Vinlandia, las que se encontraban en aquel entonces totalmente aisladas en medio de las poblaciones amerindias. En tales condiciones, era casi imposible que se mantuviera intacta su herencia europea. Pero no pudieron, sin embargo esfumarse sin dejar rastros antropológicos, tanto si se adaptaron a una existencia semisalvaje imitando, bajo la presión de las condiciones de vida comunes, las costumbres de los indígenas, como si se mestizaron con estos últimos. Esto vale también, por supuesto, para los descendientes de otros pobladores blancos eventualmente establecidos en tierras americanas. Vamos a ver que la antropología permite, en efecto, detectar la presencia de un elemento Blanco entre los que formaron las tribus amerindias.

## 2. Los Indios Blancos y Rubios: Testimonios

Desde los albores del Descubrimiento hasta nuestros días —pues el territorio americano no ha sido aún totalmente explorado— conquistadores, "viajeros", como se decía entonces, y científicos a menudo han quedado maravillados al encontrar en tribus amerindias a individuos que, por una o varias de sus características antropológicas esenciales, cuando no desde todo punto de vista, se parecían a europeos nórdicos. En algunos casos se podía sospechar ia incidencia de un proceso de mestización con Blancos post-colombinos. Pero, en otros, tal posibilidad se excluía, por tratarse de tribus hasta entonces totalmente alejadas de cualquier contacto con los nuevos colonizadores. Vamos a mencionar, yendo del Norte al Sur, los datos principales de que disponemos al respecto y, por motivos que aparecerán claramente en el capítulo III, les agregaremos algunas indicaciones de la misma naturaleza relativas a Oceanía. Nos limitaremos en eso a seguir los trabajos de Jean Poirier y de Thor Heyerdahl.

Los primeros testimonios que corresponde citar, por referirse al actual Labrador, vale decir, a una región situada al Norte de la Vinlandia propiamente dicha y de Marklandia y frente a Hellulandia (Terranova), conciernen a "esquimales blancos". Louis Jolliet que exploró la región en el siglo XVI, escribe: "*Se encuentran a lo largo de las costas del Labrador gran número de esquimales... Son de elevada estatura y tienen la cara y el cuerpo blancos, y los cabellos rizados. Cada uno tiene varias mujeres, muy blancas y bien conformadas: sus cabellos llegan hasta tierra. Son muy diestras para la costura. Como los hombres, visten con pieles de lobos marinos y tienen para cualquier cosa mucha industria*". Brouage, yerno y adjunto de Courtemanche, Comendador de la Costa Norte, tuvo que enfrentarse, a fines del siglo XVI y principios del XVII, con estos "esquimales" de tipo tan peculiar. Los describe como hombres blancos y barbudos.

Samuel de Champlain, el gran explorador francés del Canadá, alude a indios blancos radicados, a principios del siglo XVII, al Oeste de los Grandes Lagos: "*Los salvajes con los cuales tuvimos contacto... nos dijeron varias veces que algunos prisioneros de cien leguas les contaron que hay pueblos semejantes a nosotros por su blancura y otras cosas, habiendo visto por ellos mechones de cabellera de estos pueblos, que es muy rubia, a los cuales mucho estiman por lo que dicen ser como nosotros. Sólo puedo pensar sobre esto que es gente más civilizada que ellos y que dicen parecemos*". Más extraño, a primera vista, es que se haya encontrado a "indios blancos" en la costa Pacífica de Canadá. Un traslado de vinlandeses por vía terrestre, a lo largo de unos 4.000 kms., resulta difícil de admitir. Pero tenemos que recordar que, en la época de la colonización escandinava, el clima septentrional era mucho menos frío que hoy y que, por lo tanto, la ruta transoceánica del Norte debía de estar abierta varios meses por año. La increíble semejanza que se nota entre las grandes canoas de guerra de los indígenas del Noroeste y los buques vikingos viene a reforzar la hipótesis de viajes marítimos de Groenlandia o Vinlandia al Pacífico.

El capitán Cook, el primer europeo post-colombino que tomó contacto con las tribus *nootka*, en la costa oceánica de la isla de Vancouver, dice de estos indígenas: "*La blancura de la piel parece casi igual a la de los europeos y recuerda más bien el tinte pálido que distingue a los de nuestras naciones meridionales. Sus niños, cuya piel no ha sido nunca cubierta con pintura, son también iguales a los nuestros en cuanto a blancura*". Cook agrega más adelante, hablando de las tribus del Estrecho del Príncipe Guillermo, en Alaska, que "*la complexión de algunas de mujeres, y de los niños, es blanca, sin ninguna mezcla de rojo*". Confirma el testimonio de Cook el relato de viaje del capitán Dixon, quien escribe pocos años después: "*En cuanto a su complexión, no es fácil determinar qué color tienen; pero si puedo juzgar por la poca gente que vi tolerablemente limpia, esos indios son muy poco más oscuros que los europeos en general*". Vancouver, hablando de los indígenas del Canal de Burke, en la misma región, es más preciso aún: "*Por la nobleza de su porte y la regularidad de sus rasgos, se parecen a los europeos nórdicos*". Y agrega que, si no fuera por el aceite y la pintura, "*hay buenas razones para pensar que su color habría sido muy poco diferente del de los agricultores europeos que constantemente están expuestos a la inclemencia y las variaciones del clima*".

Más tarde, Scouler llega a las mismas conclusiones en lo que atañe a las tribus *haidas* de las Islas de la Reina Carlota: "*Su complexión, cuando están lavados y sin pintura, es tan blanca como la del pueblo de la Europa meridional*". Y Niblack, hablando de los indígenas de la misma región, dice: "*En cuanto a la complexión, ambos sexos son extrañamente de color claro. No se debe de ninguna manera a la mestización con los blancos... Los haldas son de piel marcadamente más clara que los demás, pero hasta el tinte oscuro es totalmente aparente y la exposición al sol siempre lo refuerza*". Otros viajeros —La Perouse, Maurrel, Merares, Marchand, etc.— confirman a los ya mencionados y definen a los indígenas de la costa Noroeste como de pura raza blanca.

Encontramos un cuadro semejante si consideramos las tribus indígenas del Centro y el Sur de los actuales Estados Unidos. Ya nos referimos, en el capítulo anterior, a los mándanos del Missouri, estudiados detenidamente en los siglos XVII, XVIII y XIX por viajeros (Kurz, Wied, Catlin, Hennig, La Vérendrye, etc.) que notaron entre ellos la existencia de una fuerte minoría de individuos de pelo rubio, rojo y castaño, y de ojos azules y grises. Pero no es éste un caso único, ni mucho menos. Los kiarvas, los kaskaias y, sobre todo, los lee-panis del Alto Missouri aparecían, aún en el siglo pasado, como Blancos de pelo rubio y ojos azules. Verrill menciona testimonios concurrentes de Dampire, Ringrose, Esquemeling y muchos otros viajeros.

Ni los Conquistadores ni, lógicamente, los exploradores posteriores encontraron tipos europoides entre los indios de México. Pero las tradiciones locales explican esta laguna de modo satisfactorio: "*En la fecha chiconahui tochtli (9-conejo)*, dice el Príncipe Ixtlilxóchitl que citamos según Goupil, *se halló en la montaña un joven niño blanco, con cabello rubio muy hermoso. Fue llevado al palacio. Topilzin* (el último rey tolteca, de "barba larga entre cana y roja", según el cronista Padre Diego Duran. N. del A.) *juzgó que este hallazgo era de mal agüero, aunque él mismo era blanco y barbado, y dio la orden de devolver al niño al lugar donde se lo había encontrado. Pero, en seguida, la cabeza de éste cayó en putrefacción y expendió un olor insoportable, a consecuencia del cual una peste se desencadenó y diezmó a la población*". Goupil agrega que, entonces, se promulgó una ley especial que permaneció en vigencia hasta la llegada de los españoles, en virtud de la cual se sacrificaba todo niño rubio a la edad de cinco años.

Si no tenemos, en cuanto a la población de Centroamérica, sino indicaciones terminantes pero imprecisas sobre los "indios blancos" del Istmo de Darién, los datos abundan tan pronto cuando abordemos Sudamérica y, en primer lugar, las Guayanas. Coudreau dice de los waiswais: "*Es la raza india más hermosa que he visto jamás. Los tipos rubios anaranjados de ojos azules no son pocos entre ellos... El color de su piel es amarillo claro y no tiene nada del rojo pardo de las otras tribus*". El etnógrafo neerlandés De Groeje, citado por Poirier, menciona "*ojos verdes grisáceos, con algo de pardo o azul*". En una memoria inédita, también citada por Poirier, el ingeniero geógrafo J. Hurault escribe: "*Algunos pretenden que los indios blancos de ojos azules no han existido nunca... Podemos precisar un tanto el asunto... En el curso de una misión, en 1936, encontramos en la tribu de los emerillones, en el Alto Tampoc, una mujer casi blanca, con ojos azules y pelo negro. Se nos indicó que se había recogido a esta india cerca de la desembocadura del Río Ouaqui... Las observaciones que pudimos hacer sobre las mujeres encontradas nos permiten afirmar que pertenecen realmente a una raza particular. Tienen la piel blanca, casi lechosa. Los ojos son azules. El pelo es duro y negro*". También en cuanto a la Guayana, Crevaux menciona que, en el Alto Maroni, una tribu salvaje, los bonis, perseguida por holandeses y franceses, encontró una banda de hombres que recogían huevos de iguana. Eran de elevada estatura, tez pálida y pelo y barba rubios. Se parecían en todo, menos en la vestimenta, a los holandeses. Varios autores, dice Poirier, notaron los ojos claros de wayacules y triometesems, también en las Guayanas.

No faltan informaciones semejantes acerca de los puinaves, los bacairis, los bororos y los nahucas, de Colombia y zonas adyacentes, los arawaks, los botocudos y los nambicuaras, del Amazonas, y una tribu del río Envira, también en Brasil, que Stegelmann descubrió en 1903 y cuyos miembros tenían el pelo rojo claro.

Los arawaks merecen un lugar aparte en esta enumeración, pues a ellos se refiere una carta enviada en 1502 ó 1504 a los Reyes Católicos por Angelo Trevisano, quien los describe como de

tez clara, con largas cabelleras y barbas. Estos "indios blancos" existen todavía en el Amazonas: son los waikás de la isla de Maracá, en el río Velho Veneno, blancos, de frente alta, ojos grandes y pelo largo y suave de color castaño claro. Así los vio, en 1959, Marcel Homet, cuyo testimonio es de fiar, aunque no sus teorías. No conocemos, desgraciadamente, estudios serios al respecto.

El coronel Fawcett, que no debía volver de su última expedición en busca de las "ciudades perdidas" de la Sierra de Purima, en el Alto Xingú, también había encontrado, en 1925, a "indios blancos", pelirrojos y de ojos azules y declara terminantemente en sus notas de viaje: "No son albinos". Transcribe, además, el relato del director francés de la plantación de heveas de Santa Rosa, sobre el río Abuna, afluente del río Madeira: en 1906, "*había indios blancos en los alrededores del Río Acre. Mi hermano la recorrió agua arriba en canoa. Un día, se le aseguró que había indios blancos en la vecindad. No lo creyó y se rió de estos cuentos, pero con todo bajó a tierra y notó rastros indiscutibles de la presencia de indios. El segundo hecho cierto es que él y su gente fueron atacados por salvajes altos, bien conformados y muy hermosos, de tez perfectamente blanca, de pelo rojo y de ojos azules. Se batían como demonios. Mucha gente cree que no existen indios blancos y, cuando se les enseña algunos, sostienen que se trata de mestizos de españoles e indios. Es preciso no haberlos visto para hablar así: el que los vio tiene una opinión del todo distinta*".

Más al Norte, en Venezuela, se señala la presencia de un grupo de motilones blancos, cuyo pelo tiene el color de lino o de paja característico de los pueblos escandinavos. Varios autores, entre ellos Thor Heyerdahl, mencionan el estudio que les habría dedicado en 1926 un tal Harris. Desgraciadamente, no hemos podido dar con él.

Con respecto al Perú, los testimonios abundan, empezando por el de Pedro Pizarro, que nota que los miembros de la aristocracia incaica tenían la piel más blanca que la de los españoles y el pelo, color de trigo maduro. Pizarro agrega que los indígenas consideraban a los individuos blancos y rubios "hijos de los dioses del Cielo". Los antiguos documentos recopilados por Izaguirre mencionan en varias oportunidades a "estos infieles blancos y rubios", "blancos y rubios a manera de nosotros".

Siguiendo para el Sur, encontramos la referencia de Frezier a indios blancos y rubios, lo que confirma José Toribio Medina, que, citando al *Compendio de Historia Civil* de Molina, alude a un grupo de indígenas de la provincia de Boroa como "blancos y rubios sin ser mixtos" y, según Rosales, en *Conquista Espiritual de Chile*, a los chonos que "eran completamente blancos y rubios, (debido a la) frialdad de la tierra y cercanía del polo". Hasta en Tierra del Fuego Skottsberg pudo notar el pelo castaño de los alacalufes, en contraste con el cabello negro de los demás fueguinos, y el color azul oscuro de los ojos de los niños.

### 3. Los Polinesios Blancos: Testimonios

El fenómeno que acabamos de señalar con respecto a América se repite, con una frecuencia mucho mayor, en las islas del Pacífico. El tema escapa del marco de nuestro estudio, aunque le está estrechamente vinculado. Nos limitaremos, pues, a unas pocas citas referentes a descubrimientos y viajes de los siglos XVII y XVIII. Los testimonios posteriores, salvo pocas excepciones, son sospechosos en razón de la gran promiscuidad sexual imperante entre los polinesios.

En los primeros años del siglo XVII, Alvaro Mendaña de Neira descubrió las islas Marquesas y su piloto, Pedro Fernández de Quirós, describe a los indígenas como "*casi blancos y de muy gentil talle, grandes, fornidos, membrudos... los cabellos, como mujeres, muy crecidos y sueltos... eran muchos de ellos rubios*". Antonio de Murga, al referirse al mismo viaje, habla de más de "cuatrocientos indios (de las Islas Salomón), blancos y de muy gentil disposición, (con) lindísimos cabellos sueltos, y muchos dellos rubios". Encuentros semejantes se multiplicaron a lo largo de la travesía. Limitémonos a mencionar un episodio acontecido en Taumaco (Isla Duff): "*Llegóse luego allí otro indio a mirar con gran espanto a los nuestros que no con menos*

*cuidado lo estaban mirando a él por ser de color tan blanco y tan bermejo de barbas y cabellos, que por esto lo llamaban el flamenco*".

En 1615 los holandeses Schouten y Le Maire descubrieron las Tuamotu, señalando la presencia de indígenas "totalmente blancos" con largos cabellos amarillos. Su compatriota Cari Frederick Behrens, compañero de Rogeveen, dice de los habitantes de la Isla de Pascua: "*Estos insulares por lo general son morenos como los españoles; sin embargo, los hay bastante negros y otros que son totalmente blancos*".

Wallis, La Perouse, Felipe González, Crozet, Andía y Varela, Bonacorsi, Gayangos, Cook, Forster hijo, Parkinson y muchos más se refieren, unánimemente, a polinesios blancos y rubios. Bougainville precisa que "*el pueblo de Tahiti está compuesto de dos razas de hombres muy diferentes, quienes, sin embargo, tienen la misma lengua y parecen mezclarse entre sí sin distinción: la primera, y es la más numerosa, produce hombres de la mayor estatura: es común encontrarlos de seis pies y más... En nada se distinguen por sus rasgos de los europeos y, si estuvieran vestidos... serían tan blancos como nosotros. Por lo general, su pelo es negro. La segunda raza es de estatura mediocre y tiene el pelo crespo y duro como crin. Por su color y sus rasgos difieren poco de los mulatos*". Las palabras "por lo general" indican evidentemente la existencia de los individuos de pelo claro que los demás viajeros encontraron en Tahiti como en casi todas las islas de Polinesia.

## 4. Los "Indios Blancos": los Antis

Debemos al naturalista francés Alcide d'Orbigny, que pasó treinta años de su vida, a principios del siglo XIX, en América del Sur, un ilustrativo estudio sobre los "indios blancos" del Beni boliviano. No se trata, desgraciadamente, de un trabajo científico de antropología —ni la época ni la especialización del autor lo permitían— pero sí de un conjunto de observaciones hechas por un sabio en un medio que conocía en todos sus aspectos. De ahí su importancia. Las cinco tribus antisianas contaban, en tiempos de d'Orbigny, con 14.557 individuos, de los cuales 2.000 eran salvajes. Vivían en los últimos contrafuertes de los Andes, en una selva tropical cálida y húmeda. Una de ellas, la de los yuracarés —la más interesante para nosotros— comprendía a 1.337 individuos: 337 mansos y 1.000 salvajes.

El color de los antis era mucho más claro que el de los quichuas y aymaráes del Altiplano. Los maropas y los apolistas tenían la piel ligeramente cetrina, con poco de amarillo. Los yuracarés, los mocetenes y los tacanas eran casi del todo blancos. Su altura promedia variaba entre 1,66 m entre los yucararés —algunos llegaban a 1,76 m— y 1,64 m entre los apolistas, apreciablemente superior a la de los demás indios de la región. Su conformación no era desproporcionada, como en los hombres del Altiplano, que tienen un torso enorme y piernas cortas. Por el contrario, presentaban "*bellas formas, proporciones masculinas y graciosas al mismo tiempo; su cuerpo es robusto, algo elevado, semejante al de los europeos. Los mejor formados de todos son los yuracarés; las otras naciones son por lo general más macizas*".

"*Los yuracarés* —dice d'Orbigny— *tienen formas muy hermosas, el aspecto vigoroso, las espaldas anchas, el pecho combo, el cuerpo bastante esbelto y con buena musculatura. Todo en ellos anuncia la fuerza y la agilidad. Son derechos y bien plantados. Su aire orgulloso y arrogante está perfectamente de acuerdo con su carácter y la alta idea que tienen de sí mismos. Creemos que son los mejor constituídos de todas las naciones que hemos visto. Las mujeres son también muy bien constituídas, más fuertes y robustas en proporción que los hombres; sus miembros son repletos y musculosos, sin que sus formas dejen de ser graciosas*".

"*Su rostro (de los yuracarés) es casi oval, sus pómulos son poco salientes, su frente es estrecha, ligeramente combada, su nariz bastante larga, generalmente aquilina, ni muy chata ni muy ancha en la base, sus fosas nasales son poco abiertas; sus ojos negros, muy pequeños y horizontales, sus orejas pequeñas, sus cejas estrechas y arqueadas, cuando no se las sacan; su barba recta, poco tupida, crece tardíamente y solamente en el mentón y sobre el labio superior: se la arrancan. Sus cabellos son negros, rectos y largos. Su fisonomía es fina, llena de*

*vivacidad, de orgullo, y no le falta cierta expresión alegre... Las mujeres... se puede considerarlas bonitas*".

Los yuracarés vivían exclusivamente de la caza y de unos pocos cultivos a cargo de las mujeres. Lo más probable es que, anteriormente, la guerra constituía su actividad principal. Así parece indicarlo su nombre, que viene de quichua *yurak*, blanco, y *kari* (o, más exactamente, *k'kari*) que d'Orbigny traduce por *hombre* y que significa, en realidad, *guerrero*. Netamente mestizos, con predominio del elemento blanco, estaban adaptados a la vida libre de la selva. Un detalle, mencionado por d'Orbigny, llama poderosamente la atención. Esta tribu, cuya artesanía era pobrísima, conocía la imprenta, totalmente ignorada por los demás pueblos amerindios, inclusive por sus vecinos quechuas. Utilizaban, en efecto, para colorear sus túnicas de corteza, planchas de madera tallada, o sea el mismo procedimiento empleado en la Edad Media europea, antes del invento de Gutenberg.

## 5. Los "Indios Blancos": los Guayakis

Raza en vías de extinción, los guayakis viven en la selva virgen subtropical del Oriente paraguayo. Quedan, según las estimaciones, entre 300 y 500, divididos en pequeños grupos. Andan totalmente desnudos y se alimentan del producto de la caza, de fruta silvestre y de miel salvaje. Su nivel cultural, neolítico, es muy bajo, y parece que practican cierto canibalismo ritual. El territorio que ocupan, o más bien que recorren sin cesar, pues son nómades, es incontrolado y, en sus fronteras mal deslindadas, se producen a menudo choques sangrientos. Los guayakis han llamado la atención de los etnólogos, e importantes estudios se han dedicado a su modo de vida y al dialecto, de raíces guaraníes, que hablan. No ha sucedido lo mismo en lo que atañe a sus caracteres somáticos, salvo algunas pocas mediciones tomadas de un número insuficiente de sujetos. Los etnólogos en cuestión no pudieron, sin embargo, dejar de mencionar algunos aspectos físicos, inexistentes en todas las razas amerindias, y en especial el color blanco de la piel de la mayor parte de ellos. De los cinco grupos conocidos, cuatro están compuestos de guayakis blancos y uno, de guayakis morenos. Existen muy buenas razones para pensar que estos últimos provienen de la mestización de guayakis blancos con un grupo de indios matacos que, escapados de la reducción argentina de Santa Ana, se refugiaron, a fines del siglo pasado, en territorio guayakí.

Los caracteres diferenciales de los guayakis blancos nos hicieron considerar la posibilidad de que se trate de descendientes de arios de procedencia europea. Para confirmar o desechar esta hipótesis de trabajo, el Instituto de Ciencia del Hombre, de Buenos Aires, envió, a pedido nuestro, en Enero de 1970 una misión [2] exclusivamente encargada de verificarla. La mayor parte de los etnólogos habían podido anteriormente trabajar con cierta facilidad: en 1961, en efecto, el gobiero paraguayo había logrado fijar, en el campamento de Arroyo Morotí, cerca de la villa de San Juan Nepomuceno, un grupo de guayakís blancos y uno de guayakís morenos: unos sesenta adultos en total. La mortalidad elevada, debida al cambio de alimentación —mandioca y maíz— y al contacto con la población local, y también el deseo de utilizar el campamento como centro de atracción para los grupos selvícolas, hicieron recientemente transferir a los sobrevivientes más al Norte, en la región de San Joaquín, a nueve kilómetros dentro de la zona incontrolada. A pesar de los consejos de las autoridades paraguayas —y gracias a su apoyo— la Misión logró alcanzar el nuevo campamento de Cerro Morotí y realizar en él el estudio programado. No sin dificultades, por lo demás, ni sin peligros.

Precisemos que el estudio en cuestión pudo efectuarse en excelentes condiciones científicas. La población del campamento, que divide su tiempo entre la aldea y la selva, ha recobrado la salud, aunque la mandioca y el maíz que siguen constituyendo la base de su alimentación provocan, en sus miembros, una hinchazón intestinal permanente. Se ha enriquecido con elementos procedentes de grupos salvajes de la región. Por otro lado, todos los sujetos estudiados eran guayakís puros. Aun los que venían de Arroyo Morotí habían salido adultos de la selva. En el estado natural, los guayakís vivían y siguen viviendo en un completo aislamiento,

---

[2] Compuesta por el profesor Pedro E. Rivero y por Eduardo Codina y Xavier de Mahieu.

sin contacto alguno, salvo conflictos esporádicos, con la población paraguaya. Ninguna mestización con individuos de raza blanca ha podido producirse, pues.

La primera comprobación hecha por la Misión es que guayakís blancos y guayakís morenos ofrecen los mismos caracteres somáticos, salvo en cuanto al color de la piel y a los rasgos mongoloides de los segundos. Son individuos de baja estatura: 1,57 m, en promedio, entre los varones (máximo, 1,61 m; mínimo, 1,49 m) y 1,49 m entre las mujeres (máximo, 1,56 m.; mínimo, 1,43). Las piernas son relativamente largas y el tronco, extremadamente desarrollado: 85 cms. de perímetro torácico en los varones, lo que equivaldría a 97,5 cms. en un individuo de 1,80 m. Notemos, a título de comparación, que el promedio de la raza aria nórdica es, para los individuos de esta última estatura, de 93,5 cms. El índice cefalométrico de los guayakís es, en promedio, de 81,4 entre los varones (máximo, 86,7; mínimo, 76,7) y de 82,8 entre las mujeres (máximo, 86,1; mínimo, 78,3). La raza oscila, por lo tanto, entre la mesocefalía de los varones y la sub-braquicefalía de las mujeres. Se sitúa desde este punto de vista, entre los arios alpinos (84,3 entre los varones y 84,2 entre las mujeres) y los arios nórdicos (79,2 y 78,3, respectivamente).

Los guayakís machos tienen un aparato genital de conformación semejante a la de los arios nórdicos (pene alargado, en particular), mucho más desarrollado que el de los amerindios. Están provistos de un abundante sistema piloso, en las piernas y los brazos y, sobre todo, en la cara. Se afeitan cuidadosamente, pero la Misión tuvo la suerte de poder fotografiar a un sujeto portador de una barba espléndida. No se trata de un caso particular: el examen de la cara de los demás muestra que todos eran extremadamente peludos. Ahora bien: los indios son generalmente lampiños y los que hacen excepción, casi siempre ancianos, sólo tienen una barba rala, y únicamente en el mentón. Las mujeres guayakís tienen las piernas muy velludas, a diferencia de las indias.

A este sistema piloso, característico de las razas arias, se agrega, en los varones, una fuerte tendencia hacia la calvicie, fenómeno éste que desconocen totalmente las poblaciones amerindias. La piel de los guayakís blancos no se diferencia en absoluto, en cuanto al color, de la de los europeos, numerosas mujeres tienen la complexión lechosa de las nórdicas. El color del cabello va del negro al castaño claro, a menudo con reflejos rojos. El de los ojos, del negro al castaño claro. Los individuos de edad —pero son pocos— tienen cabello y barba grises o blancos, lo que no sucede entre los indios. De modo general, el cabello parece tan fino como el de los europeos y algunos varones lo tienen ondulado. El análisis de las muestras traídas por la Misión se está haciendo en el momento en que escribimos las presentes líneas, pero el Laboratorio de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires que ha tenido a bien encargarse de él ya nos ha trasmitido sus primeros resultados y éstos son altamente significativos: los cabellos de cinco muestras estudiadas tienen una sección ovoidea al modo europeo y no redondeada como es el caso para los indios.

Los rasgos de la cara ofrecen una variedad considerable, signos de degeneración aparte. Algunos varones podrían circular en cualquier región de Europa sin llamar la atención. Otros tienen el aspecto de japoneses de la capa étnica superior, como también es el caso de casi todas las mujeres. Otros más podrían pasar por polinesios. En fin, algunos ancianos tienen apariencia de aino. Estas semejanzas no son el fruto de la casualidad. Japoneses, polinesios y, en menor medida, ainos tienen un origen común: son los productos de mestizaciones entre blancos y mongoloides. Agreguemos que los guayakís ríen a menudo, lo que, por sus músculos faciales, no pueden hacer los indios.

El estudio no ha dejado susbsistir, por lo tanto, ninguna duda en lo que atañe al origen racial de los guayakís. Éstos son blancos mestizados con guaraníes. La mezcla es reciente: la falta de homogeneidad en lo que concierne a los rasgos de la cara y al índice cefalométrico lo prueba. ¿Quiénes eran los blancos primitivos? El análisis antropológico nos aporta en este punto datos precisos. Los guayakís tienen, en efecto, un biotipo compuesto. Por debajo de la cintura, son longilíneos; por encima, brevilíneos respiratorios. Tienen el tórax hipertrofiado de los indios quechuas y aymaráes del altiplano de Bolivia, pero de ningún modo sus piernas cortas. No hay, pues, sino dos posibilidades: o bien los guayakís son montañeses brevilíneos que, en la llanura,

han adquirido piernas largas; o bien son longilíneos que, en las alturas, vieron desarrollarse el tórax.

La primera hipótesis es de descartar, pues los guayakís no tienen nada más que el tronco que los acerque a los indios andinos. Por lo tanto, descienden de blancos longilíneos —como los nórdicos— establecidos durante mucho tiempo en el Altiplano, donde la baja presión atmosférica provoca un aumento de la capacidad torácica. Lo que refuerza considerablemente esta conclusión es que la palabra "guayakí" es quechua y significa "blancuzco de la llanura" (de *huailla*, blancuzco, y *k'kellu*, llanura; la letra *elle* y la letra *ye* se pronuncian del mismo modo; la e y la i se confunden, en quichua, en una sola vocal). No se hubiera podido encontrar un nombre más apropiado para habitantes blancos de la montaña refugiados en la selva, al pie de la Cordillera. Allá, en un medio y con un clima hostiles a toda civilización, esos hombres degeneraron y luego, recientemente, se mestizaron, llevados por un fenómeno biológico que también se señala entre los waikás del Amazonas: la insuficiencia numérica de los nacimientos femeninos. Estos dos factores negativos explican a la vez la baja estatura y el bajo nivel cultural de los guayakís.

La Misión del Instituto de Ciencia del Hombre de Buenos Aires ha confirmado, pues, plenamente nuestra hipótesis. Mejor aún: trajo una prueba difícilmente refutable de su exactitud. Uno de sus miembros descubrió, en efecto, en la choza del jefe paraguayo del campamento una "tablilla" de terracota cubierta con signos (ver Fig. 7) que le recordaron algo. Interrogado, el "dueño de casa" contó que se trataba de un fragmento de vasija desenterrado en los alrededores y en el cual una mujer guayakí de la aldea había trazado algunos signos tradicionales de la tribu. Ahora bien: la inscripción que lleva la "tablilla" es indudablemente rúnica. De sus doce letras, nueve son runas.

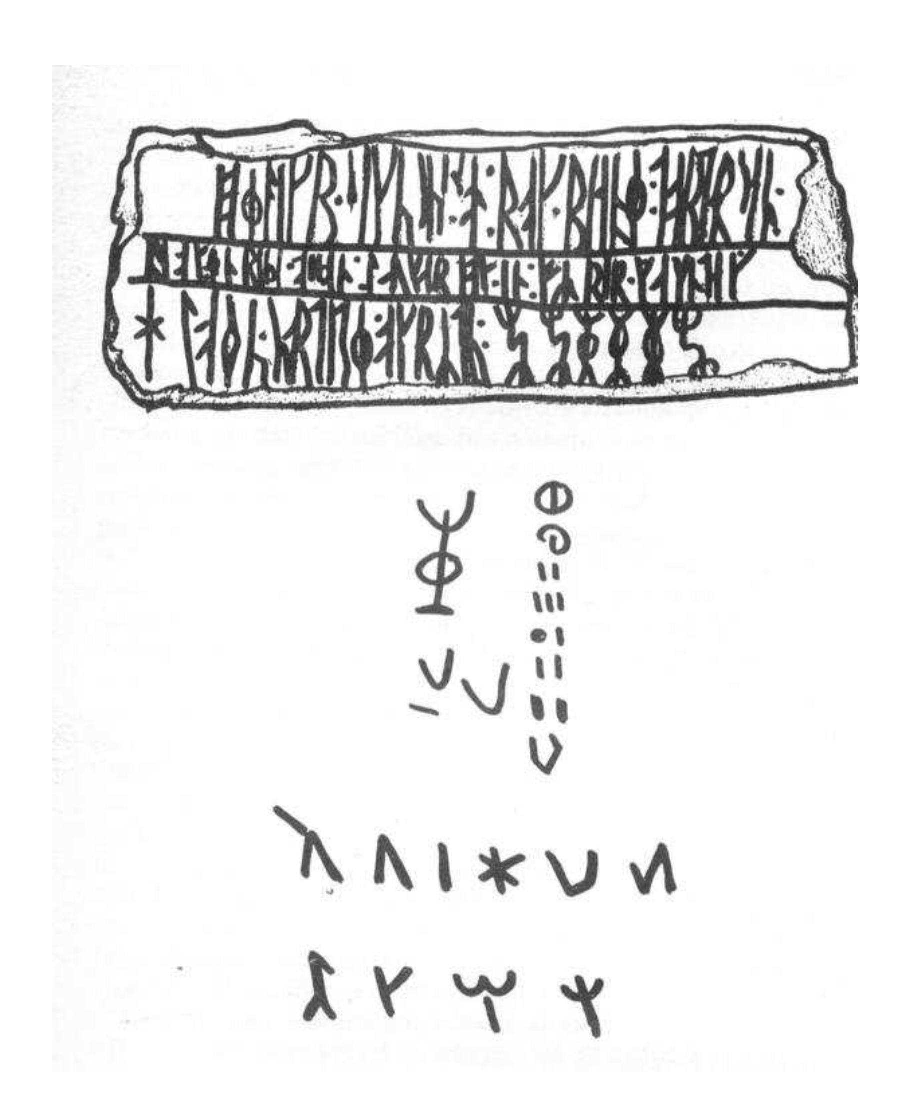


FIG. 7- Arriba: inscripción rúnica de la isla Kingiktorsoak, Groenlandia. El penúltimo signo es la cifra 10; en el centro, caracteres rúnicos en un instrumento de música guayakí, incluso el mismo signo; abajo, inscripción guayaki en caracteres rúnicos (Instituto de Ciencia del Hombre, Buenos Aires) perfectamente dibujados, y es muy sencillo trasponerlos en caracteres latinos: NUIMM.IA L..IM. Las tres restantes, de las cuales dos son idénticas y que hemos representado con puntos en nuestra transcripción, son dudosas: runas deformadas, runas invertidas, o también *u* y *v* latinas.

¿Es posible un fraude? No lo creemos. El objetivo de la Misión se había mantenido en el mayor secreto. El jefe del campamento —un suboficial retirado que, por cierto, nunca había oído nombrar la escritura rúnica— no atribuía importancia alguna a la "tablilla" que no había ofrecido en venta ni mostrado siquiera. Por otra parte, la "Tablilla de Cerro Morotí" no es el único objeto guayakí conocido de su especie. Tomasini trajo, en 1965, del campamento de Arroyo Morotí la foto de un instrumento de música cubierto con caracteres rúnicos (ver Fig. 7) que no supo identificar: les atribuye un simple valor simbólico. Uno de estos caracteres, especialmente complicado, es la cifra 10. Estos indios blancos, cuyo nombre quechua significa "Los blancuzcos de la llanura" y cuyo biotipo indica que se trata de mestizos cuyos antepasados de raza blanca vivían en el Altiplano conservan aún, a pesar de su degeneración, el recuerdo preciso de un alfabeto, y este alfabeto es escandinavo. Tenemos con eso, pues, una prueba de la procedencia nórdica de los blancos precolombinos.

Un detalle más, que refuerza lo antedicho: los jefes guayakís llevan, como símbolo de su dignidad, una gorra de piel puntiaguda que, como veremos (Fig. 34) viene de los vikingos.

## 6. Las Momias de "Indios" Blancos y Rubios

Si todavía hoy, después del proceso de mestización que inevitablemente ha producido un contacto multisecular, encontramos a "indios blancos" en Sudamérica, la lógica indica que se debería hallar también rastros de sus antepasados, más puros, en antiguas sepulturas. Desgraciadamente, mucho antes de que arqueólogos y antropólogos se dedicaran a hacer excavaciones con fines científicos, la inmensa mayoría de las tumbas precolombinas habían sido violadas por buscadores de tesoros, que no se preocupaban en absoluto por los restos humanos que en ellas descansaban. En las regiones colonizadas por los españoles y portugueses, a menudo no hay garantía de que tal o cual esqueleto de características arias no provenga, aun cuando se lo encuentre en un cementerio indígena, de algún Blanco o mestizo posterior a la Conquista. De vez en cuando se descubre, sin embargo, en áreas prácticamente inexploradas, restos humanos inconfundiblemente europoides que pertenecen, a tribus "autóctonas". Es esto lo que sucedió con unos esqueletos hallados, en 1959, por Marcel Homet en urnas funerarias de la Serra do Machado, en el Amazonas.

En un caso, sin embargo, la situación se ha presentado de modo muy diferente: el de cientos de momias descubiertas, a partir de fines del siglo pasado, en tumbas prehispánicas del Perú y, especialmente, las que se encontraron en 1925 en cuevas de la península de Paracas, a 18 kms. de Pisco. Estas momias no son representativas de la población toda, pues si algunas se conservaron naturalmente en razón del clima seco de la región o por haber sido enterradas en la arena, la mayor parte de ellas fueron embalsamadas y pertenecían, por lo tanto, a miembros de familias dirigentes de su época.

Las momias en cuestión corresponden a dos tipos raciales bien diferenciados. Unas son innegablemente mongoloides: baja estatura, cara achatada, cabeza braquicéfala y pelo negro azulado, y pertenecen a individuos semejantes a los indios que todavía pueblan la región. Las demás, por el contrario, son de alta estatura, cara alargada, cabeza dolicocéfala y pelo claro, con variaciones que van del castaño al rubio "paja", pasando por todos los matices del rojo, sin descoloración artificial. Quien viera, sin indicaciones de procedencia, la momia reproducida en la Lámina VII no vacilaría en atribuirla a una mujer aria de raza nórdica. No se trata de meras apariencias, y los especialistas opinan del mismo modo. Algunos pensaron, en un primer

momento, que las medidas de la cara y del cráneo podían provenir de una deformación artificial como la que efectivamente, los indios peruanos producían a menudo en los niños, y que el color del pelo podía ser la consecuencia de la acción del tiempo. Estas hipótesis tuvieron que ser desechadas.

La cabeza dolicocéfala y la cara alargada se encuentran, en efecto, en momias que no muestran las inocultables señales de deformación artificial. El pelo, por otro lado, no puede haberse descolorado con el tiempo, puesto que tal fenómeno habría afectado también los cabellos negros azulados de los individuos mongoloides, lo que no sucedió. Por lo demás, el pelo de los individuos de raza blanca no se diferencia solamente por el color sino también por la contextura: es un 30% más fino y más liviano que el de los indios, cuando la desecación no produce una reducción de más del 5%, y tiene una sección ovalada, distinta, como lo hemos visto más arriba, de la sección redonda del pelo negro de los indígenas de raza amerindia.

La presencia, en el Perú precolombino, de Blancos de biotipo nórdico no puede, por consiguiente, ponerse en duda. El problema es saber a qué época pertenecen las momias que lo prueban. Como siempre cuando se trata de cronología prehispánica, las opiniones varían al respecto en cientos y miles de años. Thor Heyerdahl menciona prudentemente que el método del Carbono 14 "sugiere" que las momias de Paracas datan del año 500 a.C., con un margen de error de 200 años en más o en menos. Desgraciadamente, el método en cuestión es de por sí muy poco seguro, pues se basa en la hipótesis de una intensidad constante de las radiaciones cósmicas a lo largo del tiempo, lo que no sólo carece de toda confirmación científica sino, más aún, parece altamente dudoso.

Por otro lado, ignoramos cómo fue realizada la datación por el Carbono-14 de las momias peruanas y nos parece difícil que se haya quemado en cada caso el kilo de materia orgánica —vale decir de momia— indispensable, según los partidarios del método, para obtener un resultado válido. Dos posibilidades, pues: o bien la datación es tan fantasiosa como tantas otras efectuadas en bases distintas, y las momias rubias pueden pertenecer a descendientes de los escandinavos e irlandeses de Vinlandia y Huitramannalandia, o a antecesores inmediatos suyos, de las mismas procedencias; o bien el Carbono-14 tiene razón y habría que admitir una emigración nórdica, muy anterior a la que la Historia señala, que se remontaría al siglo XII a.C., cuando los hiperbóreos invadieron la Europa central y meridional y atacaron sin éxito el Egipto bajo el reinado del faraón Meneptah, de la IIIª dinastía, replegándose en Palestina donde la *Biblia* los menciona con el nombre de Filisteos. Los hiperbóreos venían de Dinamarca y del Sur de Noruega, de donde los habían expulsado cataclismos naturales. Eran marinos excepcionales y contaban con barcos de altura. No sería extraño que parte de ellos se hubiera dirigido por mar hacia el Oeste.

A favor de la primera hipótesis está el hecho de que conocemos, por un testimonio fidedigno, la existencia de una momia rubia perteneciente a un individuo que vivió en una época muy posterior —que precisamos en el capítulo III— al viaje de Leif Eiriksson. El cronista Juan Polo de Ondegardo rescató del saqueo del Cuzco por los Conquistadores las momias de los emperadores incas. Una de ellas tenía el pelo tan rubio que casi parecía blanco. Era la del octavo soberano de la dinastía incaica, Huirakocha, que la tradición nos describe como blanco y barbudo y cuya hermana y mujer había sido llamada Mama Runtu —Madre Huevo— "*por ser más blanca de color que lo son en común todos los indios",* según dice Garcilaso.

## 7. Los Blancos Precolombinos y sus Descendientes

Hemos visto, en este capítulo, que tanto cronistas españoles de la Conquista como innumerables viajeros posteriores, hasta el siglo pasado, señalaron la presencia, en el seno de la población indígena de las tres Américas, como también en las islas polinésicas, de individuos que ofrecían rasgos antropológicos correspondientes a la gran raza blanca y, a menudo, a la raza nórdica. A estos testimonios claros y precisos, que a menudo reflejan la estupefacción de sus autores, se agrega, como prueba material de la presencia en el Nuevo Continente de pobladores blancos precolombinos, el hecho de que todavía existen tribus de "indios blancos" en el Beni boliviano, en Venezuela, en el Amazonas y en Paraguay, vale decir en toda la zona

selvática, hasta hace muy poco —y, en cuanto al Amazonas, en parte hasta nuestros días— inexplorada, que se extiende al Este de la Cordillera de los Andes.

De los Antis del Beni, no quedan sino individuos mestizados, pero Alcide d'Orbigny pudo estudiarlos a principios del siglo (XIX) pasado. Los motilones de Venezuela fueron objeto de serias investigaciones a principios del nuestro (XX). La información que tenemos sobre los waikás del Amazonas es menos fehaciente. Pero los guayakís de Paraguay no dejan lugar a duda en cuanto a su filiación étnica y bastarían como prueba viviente de que los "indios blancos" no son ni materia para reportajes fantasistas ni simples temas folklóricos.

Su presencia en Sudamérica sólo puede sorprender, por otro lado, a quienes desconocen la existencia de los centenares de momias peruanas, indudablemente preincaicas aunque su datación sea discutida, que presentan las características peculiares de la raza nórdica. Había, pues, en la América del Sur precolombina, en medio de la población mayoritaria de ascendencia mongólica, grupos de blancos que, desde el punto de vista antropológico, tenían un tipo ario nórdico. Es lógico suponer, a título de hipótesis de trabajo, que de ellos, o de algunos de ellos, provinieron los datos cartográficos mencionados en el capítulo anterior.

## III. Las Aventuras Americanas de Ullman y de Heimlap

### 1. El País de los Antepasados

La presencia en el Nuevo Mundo, antes del Descubrimiento, de hombres blancos de apariencia nórdica no tiene como único respaldo los testimonios históricos y las pruebas antropológicas que reseñamos en los capítulos anteriores; también la mencionan, en efecto, las tradiciones de los pueblos civilizados de las tres Américas. La palabra "tradición" no debe llamarnos a engaño. Los relatos que indígenas cultos hicieron a los cronistas españoles inmediatamente despues de la Conquista y los textos que redactaron entonces, en castellano o en idiomas locales, indios en cierta medida hispanizados no se referían a meras leyendas oralmente trasmitidas generación tras generación, pues los pueblos de Mesoamérica tenían libros de Historia escritos con caracteres ideográficos y los del Perú, *quipus*, conjuntos de piolines con nudos, que constituían para los *amautas*, especializados en su composición e interpretación, una base mnemónica segura.

La extraordinaria coincidencia e ilación de tradiciones que pertenecían a pueblos tan distintos y tan alejados los unos de los otros —hayan tenido o no contactos esporádicos— como los nahuas y los quechuas, casi excluye, por otra parte, la posibilidad de que se trate de simples productos de la imaginación o de mitos carentes de fundamento reales. Ahora bien; sabemos por los cronistas y por los Conquistadores mismos que los indígenas no se asombraron de la llegada de los españoles ni intentaron seriamente ofrecerles resistencia. Cortés entró en Tenochtitlán (la actual ciudad de México) con 400 hombres y Pizarro emprendió la conquista del Perú con 177 oficiales y soldados. En todas partes, los recién llegados, blancos y barbudos, fueron considerados como "Hijos del Sol" y se les rindió pleitesía como a dioses.

La explicación de semejante actitud la encontramos claramente expuesta en el discurso que Moctezuma pronunció ante Cortés, cuando lo fue a visitar en el palacio de su padre Axaiaca, que había puesto a la disposición de sus huéspedes: "...(Os tengo) *a vosotros por parientes; ca, según mi padre me dijo, que lo oyó también del suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que dende a poco se fue a su naturaleza; y que al cabo de muchos años, tornó por ellos; más no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. El se volvió muy descontento de ellos, y les dijo a la partida que enviaría sus hijos a que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían los de aquella parte a nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de donde venís*...".

Tampoco se sorprendió el emperador inca Huayna Kapak cuando, en 1523, ocho años antes de la llegada de Pizarro, recibió la noticia de que "gente extraña y nunca vista en aquella tierra" —era la expedición de Vasco Núñez de Balboa— andaba en un navio por la costa Norte del Perú. Moribundo, reunió a sus hijos, sus capitanes y los jefes indígenas que lo acompañaban y les dijo:

> *"Muchos años ha que por revelación de Nuestro Padre el Sol tenemos que, pasados doce reyes de sus hijos, vendrá gente nueva y no conocida en estas partes y ganará y sujetará a su Imperio todos nuestros reinos y muchos otros; yo me sospecho que serán los que sabemos que han andado por la costa de nuestro mar; será gente valerosa que en todo os hará ventaja. También sabemos que se cumple en mí el número de los doce reyes. Certifícoos que, pocos años después de que me haya ido de vosotros, vendrá aquella gente nueva, y cumplirá lo que Nuestro Padre el Sol nos ha dicho, y ganará nuestro imperio y serán señores dél. Yo os mando que les obedezcáis y sirváis como a hombres que en todo os harán ventaja; que su ley será mejor que la nuestra, y sus armas poderosas e invencibles más que las nuestras. Quedaos en paz, que yo me voy a descansar con mi padre el Sol que me llama"*.

Este testimonio no es tan preciso como el anterior, tal vez por la trasmisión oral que lo hizo llegar a oídos del cronista; pero no deja de ser significativo, pues Huayna Kapak no habría podido esperar a la "gente nueva" de no haber tenido anteriormente su pueblo o su linaje algún contacto con ella.

El llamado *Popol Vuh*, texto quiché-maya de que nos ocuparemos en el próximo capítulo, nos proporciona indicaciones que aclaran singularmente los relatos anteriores: *"¿Qué hemos hecho, decían los sacerdotes? ¿Cómo hemos podido abandonar a nuestra patria, a Tulán-Zuiva? ¡Y nuestros dioses, los que trajimos desde aquellas tierras del Oriente, yacen ahora entre las parásitas y el musgo de los árboles, sin tener siquiera una tabla en qué descansar!".*

¿De dónde habían venido los antepasados de Moctezuma y de los quichés?. Las tradiciones azteca y maya dan la respuesta a través de las versiones complementarias de casi todos los cronistas. Éstos se refieren al lejano país de origen de los toltecas, el pueblo civilizador por excelencia del Anáhuac, cuya acción se proyectó hasta el país maya. El príncipe azteca hispanizado Ixtlilxóchitl nos habla de la grande y opulenta ciudad de Tula, antiquísima capital de los toltecas antes de su llegada a México. Nos describe sus templos y sus pirámides dedicadas al Sol y a la Luna. Menciona su religión, exenta de todo culto sangriento, y su elevado nivel cultural. Un canto fúnebre tolteca agrega un detalle altamente significativo, como veremos: había en Tula un templo de madera, material éste que ningún pueblo náhuatl ni maya empleó jamás para la construcción de sus edificios religiosos.

El *padre* Bernardino de Sahagún, historiador de los mayas, también transcribe tradiciones indígenas relativas a Tula, cuyo nombre adopta, al cambiar el idioma, las formas de Tolán y Tulán. Según ésas, la ciudad sagrada se encontraba en un verdadero paraíso terrenal. Sus ricos palacios de jade y de concha blanca y rosa estaban rodeados de campos donde las espigas de maíz y las calabazas alcanzaban el tamaño de un hombre y donde el algodón crecía de todos los colores. Era el "país de Olman". Había en él caucho y cacao en abundancia y sus habitantes llevaban joyas incomparables y lujosa vestimenta, inclusive sandalias de goma.

Notemos de inmediato que la descripción de Sahagún no es sino la de un país de ensueño, tal como podía imaginarlo un pueblo tropical. Lo que quedaba, para los mayas, de la tradición de Tula era simplemente el recuerdo, embellecido por una fantasía basada en la realidad vivida, de la tierra lejana de donde habían venido, no sus propios antepasados, sino los de los toltecas. Pues no hay duda alguna de que éstos llegaron al Yucatán desde el Anáhuac, como habían llegado anteriormente a los valles mejicanos desde el Norte. Se trataba, pues, de una tradición ajena, y no es de extrañar que se haya modificado profundamente con el tiempo.

Enterarse de que los toltecas, de quienes sabemos que entraron en el territorio de México en el siglo IX, procedían de un país lejano no carece, por cierto, de interés.

Pero mucho más importante sería establecer dónde estaba situada Tula. En vano se ha tratado de identificarla con Teotihuacán o Xicotitlán, pero estas ciudades que los toltecas ocuparon a su llegada al Anáhuac se hallaban, respectivamente, a 50 y 100 kms. de Tenochtitlán y difícilmente pueden ser consideradas como capital de un país lejano. El problema queda planteado, pues, y sólo por deducción podemos llegar a una hipótesis al respecto. El ya mencionado detalle del templo de madera nos suministra una indicación preciosa. La única región donde existía, en la Edad Media, este tipo de edificio religioso era, en efecto, Escandinavia. Si consideramos que la ciudad donde se encontraba el templo en cuestión se llama Tula, palabra ésta extrañamente parecida a Thule, nombre primitivo de las tierras del Gran Norte europeo, los hechos relatados por los cronistas empiezan a tomar cierto sentido. Hay más todavía: el nombre del "país de Olman" —a veces, "Oliman" u "Oloman"— de donde, para los mayas, venían los toltecas. Se quiso hacer derivar Olman de *ulli* u *olli* —la u y la o se confunden en los idiomas americanos—, palabra maya que significa "caucho" y que el castellano incorporó con la forma *hule* y, por lo menos en México, con el mismo sentido.

Esta interpretación no es imposible, por supuesto, pero sí altamente improbable. Pues, para los mayas, el caucho era un producto de lo más común que no podía de ninguna manera constituir la característica esencial de una tierra lejana y extraordinaria. Lo lógico sería que Olman —o Ulman—, en la expresión empleada por Sahagún, se refiriera al nombre del país de donde procedían los recién llegados o al nombre del jefe de estos últimos. Ahora bien: Ull o Ullr es, en la mitología nórdica, el dios de los cazadores. *Ullman* significa, pues, en cualquiera de los idiomas germánicos, "el hombre de Ull", nombre o apodo adecuado para un guerrero escandinavo.

Agreguemos que las crónicas también dan otro nombre al país de origen de los toltecas. Lo llaman Zuyua o Zuiva, según las transcripciones. Se trata evidentemente de la misma palabra, escrita con una *u* o una *v*, pero esta variación ortográfica nos impide saber cuál era su pronunciación. De cualquier modo, el nombre no es náhuatl ni maya. Encontramos, por el contrario, posibles raíces en el antiguo escandinavo: *sol*, sol, y *huitr* —o *hvitr*—, blanco. El "sol blanco" es el del alba, que aparece en el Oriente. Tal vez no sea por casualidad, pues, que Quetzalcóatl, el Dios Blanco de los nahuas, tenga entre sus apodos mas comunes, el de "Señor de la Aurora" y que Manko Kapak, el Hijo del Sol fundador del imperio incaico, haya salido, al comienzo de su empresa, de un lugar llamado Pakkari Tampu, vale decir Albergue de la Aurora.

Por supuesto, tales argumentos etimológicos son extremadamente dudosos si los exponemos de modo aislado y, en este punto de nuestra búsqueda, el lector tendría todo el derecho de considerarlos descabellados. Pero vamos a ver que no hacen sino confirmar pruebas de naturaleza muy distinta.

## 2. Quetzalcóatl, el Rey Blanco de los Toltecas

La historia del pueblo tolteca es muy breve. Se inició en 856 de nuestra era, cuando los recién llegados al Anáhuac empezaron a construír, al Norte de la actual ciudad de México, un gran centro urbano. Diez reyes se sucedieron hasta 1174, año en que los chichimecas tomaron e incendiaron la ciudad. El quinto soberano, que reinó en la segunda mitad del siglo X, nos interesa particularmente: era blanco y barbudo y venía de un país lejano. Los toltecas, que lo llamaban Quetzalcóatl, lo consideraban un dios, hijo del Sol. A él debían su alta cultura, su religión, sus leyes, su calendario, y también las técnicas de la agricultura y las artes de la metalurgia.

Quetzalcóatl había desembarcado en Panuco, sobre el Golfo de México, con un grupo de guerreros blancos y barbudos como él. Después de subir hasta la meseta del Anáhuac, se había impuesto a los toltecas, convirtiéndose en su rey. Unos veinte años más tarde, emprendió, con un grupo de los suyos, una expedición al Yucatán, donde sólo permaneció unos años. De regreso al Anáhuac, se encontró con que los guerreros blancos que había dejado al mando de un lugarteniente —que los nahuas llamarán Tezcatlipoca y del que harán el dios solar de la descomposición (el Sol putrefactor) se habían casado con mujeres indígenas. Quetzalcóatl trató

vanamente de imponer su autoridad. Sus hombres se dividieron en dos grupos. Con los que le quedaron fieles, el rey bajó hasta la costa del Atlántico, en la desembocadura del río Coatzacoalcos. Aquí, las tradiciones divergen. Una dice que desapareció sin que nadie se diera cuenta de cómo lo hizo. Otra, que murió y que su cuerpo fue quemado. Una tercera, que construyó un "barco de serpiente", se reembarcó con los suyos y desapareció por el mar. Sin embargo, casi todos los relatos coinciden en un punto: Quetzalcóatl anunció que, un día, hombres blancos y barbudos como él llegarían del Oriente para vengarlo y dominarían el país.

Acerca de la personalidad del rey de los toltecas, no queda duda alguna. Quetzalcóatl fue un personaje histórico de raza blanca, que en poco más de dos decenios transformó e incrementó, con su enseñanza, la cultura del Anáhuac. Había llegado del Este por el mar y se fue hacia el Este, lo que excluye toda posibilidad de que se tratara de un mito solar. Pues, en este último caso, habría desaparecido en dirección al Oeste. El motivo de su partida fue de orden racial: no pudo soportar la mestización, de parte de sus compañeros y los abandonó a su suerte para salvar la pureza de sangre de los que permanecían leales a su estirpe. La impresión que dejó en los indígenas su breve reinado fue tal que éstos lo incorporaron a su mitología, como veremos en el próximo capítulo. El había establecido el culto del Sol: ellos lo consideraron encarnación de su nuevo dios.

¿Qué significado tiene el nombre del rey blanco?. El quetzal es un pájaro mejicano (*trogon splendens*) de magnífico plumaje verde. *Cóatl* quiere decir serpiente. Quetzalcóatl se traduce, pues, por serpiente-pájaro y, menos literalmente, por serpiente emplumada. Es éste un nombre extraño para un rey como para un dios, aun teniendo en cuenta la fértil imaginación de los indios. Y tanto más cuanto que la expresión parece haberse aplicado no solamente al jefe blanco sino, en cierta medida, a todos los forasteros e inclusive, posteriormente, a los descendientes de los que permanecieron en el Anáhuac. Tal vez nos ayude a comprenderlo la apariencia que podía tener, para los indígenas, un barco vikingo, con su proa levantada y afilada, su gran vela cuadrada y, en sus bordas, los escudos relucientes en el sol. No era sin razón que los escandinavos llamaban *snekkar*, serpientes, a sus barcos de menor tamaño que sus grandes *drakkar*.

La hipótesis es reforzada por las descripciones que las crónicas nos dan de Quetzalcóatl. Todas nos lo muestran como un hombre Blanco, de elevada estatura y larga barba. Pero la unanimidad se detiene en esta apariencia física. Los textos no se ponen de acuerdo en cuanto a su vestimenta. Según algunos, llevaba un largo vestido blanco y, encima, una manta sembrada de cruces coloradas, usaba sandalias, cubría su cabeza con una especie de mitra y tenía en la mano un báculo. Otros lo pintan como vestido de una casaca de tela negra grosera, con mangas cortas y anchas, y cubierto con un casco ornamentado con serpientes.



FIG. 8 – *El Quetzalcóatl guerrero (dibujo de Abel Mendoza, según el Códex Borgia, in Séjourné, Laurette:* El mundo de Quetzcalcóatl, *México, 1962); el Quetzalcóatl ascético, id, ibid.*

Tampoco coinciden las definiciones psico-sociales del personaje. Por un lado, en efecto, Quezalcóatl aparece como un sacerdote de costumbres austeras. No tenía mujer ni hijos y se entregaba, en la montaña, a prácticas ascéticas. La religión que predicaba no debía de parecerse mucho a la que encontraron los españoles, pues prohibía terminantemente los sacrificios humanos. Por otro lado, Quetzalcóatl era un temible guerrero que no reparaba en los medios para alcanzar la victoria. Al comprobar esta antinomia,

que la iconografía azteca confirma (ver Fig. 8), se tiene la impresión de estar frente a dos personajes distintos que se superpusieron a lo largo del tiempo y se confundieron en un nombre genérico que expresaba su origen común y dejaba a un lado sus respectivas características peculiares. Lo cual está confirmado por las tradiciones mayas que se refieren claramente a dos dioses Blancos distintos.

## 3. Itzamná y Kukulkán, los Dioses Blancos Mayas

Los mayas del Yucatán recordaban dos llegadas sucesivas de hombres blancos y barbudos. La primera —la Gran Llegada— fue la de un grupo encabezado por un sacerdote, Itzamná, que vino por mar desde el Oriente. El jefe tenía todas las características físicas y morales del Quetzalcóatl ascético. Dio a la población sus dogmas y sus ritos, sus leyes y calendario, y también la escritura. Le enseñó las virtudes medicinales de las plantas y le transmitió el arte de curar.

La segunda llegada, que fue posterior —la Ultima Llegada— trajo al Yucatán un grupo menos numeroso, conducido por un guerrero blanco y barbudo, Kukulkán, que vino del Oeste —vale decir del Anáhuac—, tomó el mando de los itzáes que, verosímilmente, lo habían llamado y con ellos sometió todo el país, en el cual fundó, sobre las ruinas de un poblado anterior, la ciudad de Chichén-Itzá. Así estableció la paz y la prosperidad. Pero una sublevación indígena lo obligó a reembarcarse. Es de notar que el nombre de Kukulkán es la exacta traducción de Quetzalcóatl: *Kukul* es el pájaro quetzal y *kan* significa serpiente. No nos extrañará pues, comprobar que en las tradiciones mayas, si bien Kukulkán siempre es distinto, como personaje histórico y como dios, de Itzamná, adquiere a veces las características de este último. Quetzalcóatl y Kukulkán son la misma persona, pero el primero representaba, para los nahuas, a la vez el sacerdote y el guerrero, que los mayas seguían distinguiendo. De ahí que los relatos nos describan a Kukulkán como si se tratara de Itzamná: ascético, humanitario y con un largo vestido blanco flotante. El proceso de unificación de los dos personajes estaba en marcha, pero no tuvo tiempo de completarse.

La confusión aparece otra vez como total entre los tzendales del Chiapas, pueblo de habla maya instalado al Oeste del Yucatán. Allá llegó, en una época indeterminada, un civilizador extranjero que trajo, con el orden y la paz, el calendario, la escritura y las técnicas de la agricultura, sin hablar de las creencias y ritos religiosos. Él y sus compañeros usaban largos vestidos blancos flotantes. Terminada su misión, el dios blanco dividió la región en cuatro distritos, cuyo gobierno encargó a subordinados suyos, y entró en una cueva, desapareciendo en las entrañas de la tierra. El nombre que los tzendales daban a Kukulkán no deja de llamar la atención: Votan o Uotán, como el dios germano Wotan, Wuotan o Voden, también conocido como Odín.

## 4. Bochica, el Dios Blanco de los Muiscas

Con distintos nombres y características menos definidas, podemos encontrar al dios blanco y barbudo en casi todas las regiones de Centroamérica. Condoy sale de una cueva entre los zoques de la costa, al pie de las sierras de Chiapas. En Guatemala, los quichés lo llaman Gucumatz —traducción de Kukulkán— e Ixbalanqué. Las tradiciones de los cunas, de Panamá, lo mencionan, pero sin nombre. Tal vez se trate de una mera asimilación por contacto. Pues si es lógico que Itzamná o Quetzalcóatl haya, desde el Yucatán, recorrido Chiapas y hasta Guatemala, regiones de población maya, parece improbable que haya viajado más al Sur. En cuanto a Quetzalcóatl, sabemos que se quedó sólo pocos años en Centroamérica y pronto volvió al Anáhuac.

De cualquier modo, no fue por el Istmo que Quetzalcóatl —y tal vez, anteriormente, Itzamná, sobre quien, por más antiguo, estamos mucho peor informados— alcanzó América del Sur donde lo encontramos en las tradiciones de los muiscas o chibchas, con los nombres de Bochica, Zuhé (o Sua, o Zué) y Nemterequetaba, y también con el apodo de Chimizapagua, palabra que parece significar Mensajero del Sol. Pues Bochica entró en la actual Colombia por

Pasca, después de haber cruzado los llanos de Venezuela, donde encontramos su recuerdo, como en muchas tribus tupi-guaraníes, hasta el Paraguay, con los nombres de Zumé, Tsuma, Temú y Turné; pero nada más que su recuerdo, lo cual no deja, con todo, de plantear un problema, pues parece difícil que se haya producido una difusión por simple contacto a través de la selva amazónica.

Bochica era un hombre de raza blanca, con abundante cabellera, larga barba y vestido flotante, conforme a las descripciones anteriores. Encontró a los muiscas en un casi competo estado salvaje. Los agrupó en pueblos y les dio leyes. Cerca de la aldea de Coto, los indios veneraban una colina desde la cual el civilizador predicaba a las muchedumbres reunidas en su base.

## 5. Huirakocha, el Dios Blanco Peruano

¿A dónde se fue Bóchica? Las tradiciones son vagas y contradictorias al respecto, Tenemos motivos para suponer, sin embargo, que embarcó con su gente en el Pacífico, pues vemos a los blancos barbudos llegar, en canoas "de piel de lobo" (o sea en barcos semejantes a los grandes *umiaks* de los esquimales o a los *curachs* irlandeses), a la costa del actual Ecuador. Como lo habían hecho al desembarcar en el Golfo de México y como lo harán en el Perú, y verosímilmente por las mismas razones climáticas, abandonan rápidamente la zona tórrida y se instalan en la meseta andina, donde fundan el reino de Kara —o de Quito— que más tarde los incas anexarán a su imperio. No sabemos nada de sus actividades. Sólo nos queda el título que ostentaban sus reyes: se hacían llamar Sciri —o Scyri—. Esta palabra no tiene sentido alguno en quechua —el idioma de la región—, pero en antiguo escandinavo *skirr* significa "puro" y *skírri*, "más puro". En la época cristiana, *skíra*, "purificar", tomará el significado de "bautizar" y se llamará a Juan el Bautista como Skíri-Jón.

Estamos mejor informados sobre la etapa siguiente de nuestros viajeros: la costa del Perú donde, desde hacía siglos, estaba establecido el pueblo chimú. El P. Miguel Cabello de Balboa, cronista del siglo XVI, relata en efecto que, según la tradición local, había venido del Norte una gran flota al mando de un poderoso jefe, Naymlap, al que secundaban ocho dignatarios de su casa real. La expedición había tocado tierra en la desembocadura del río Paquisllanga (Lambayeque). Naymlap se había adueñado del país y sus descendientes lo habían gobernado hasta la conquista de la región por el emperador inca Tupak Yupanki, al final del siglo XV. No sabemos a ciencia cierta en qué época sucedió la llegada de la flota en cuestión, pero podemos deducir el dato de la historia misma de los chimúes, pues el imperio del Gran Chimú desapareció repentinamente y con un cambio de dinastía, alrededor del año 1000, lo que corresponde perfectamente, como veremos más adelante, con la cronología mesoamericana. La tradición relatada por Balboa no nos dice quiénes eran *Naymlap* y sus compañeros. Pero el nombre del jefe "venido del Norte", tiene, para aclarar este punto, un valor inestimable, pues se vincula indudablemente con algún pueblo germano. *Heim* —que se pronuncia casi como *naym* en español— significa en efecto, tanto en antiguo alemán como en antiguo escandinavo, "hogar" o "patria", mientras que *lap* se traduce por "pedazo". *Heimlap* —Pedazo de Patria— podría perfectamente haber sido el apodo dado al jefe de una colonia nórdica establecida en el suelo americano, o el nombre de esta misma colonia, confundido por la tradición indígena con el de su fundador.

También es posible que Naymlap sea una deformación de Heimdallr, dios guerrero de la mitología escandinava. Ésta lo llama "Centinela de los dioses", por estar encargado de vigilar, durmiendo siempre con un ojo abierto, la entrada del Cielo, y también "Enemigo de Loki" —el dios malo— porque, dios del fuego como este último, pero del fuego benéfico, aniquilará, cuando el Ocaso de los Dioses, al dios infernal y será aniquilado por él. Pero su apodo más común es el de "dios blanco", lo cual explica suficientemente por qué, en tierras indias, un *jarl* vikingo haya podido usar su nombre. Notemos, en respaldo de esta segunda hipótesis, que la deformación de *dallr* en *lap* es insignificante si consideramos que la palabra, de difícil pronunciación, se trasmitió entre los indígenas, por vía oral, durante siglos y que sólo la conocemos a través de la trascripción fonética de un religioso que no tenía, por cierto, ningún conocimiento de filología. Agreguemos que el dios de los chimúes se llamaba Guatán, nombre

éste que se parece mucho al de Votan o Uotán, y era dios de la Tempestad, como el Votan mesoamericano y como el Wotan u Odín germánico.

Volvemos a encontrar a hombres blancos barbudos más al Sur, en el altiplano del Perú, a orillas del lago Titicaca, a donde, según el cronista Velasco, habían llegado por el mar desde el Ecuador. Los españoles, poco después de la Conquista, encontraron las enormes ruinas de Tiahuanacu, y los indios aseguraron que ya estaban allá cuando se fundó el imperio de los incas. Los monumentos no eran obra de los pueblos indígenas sino de hombres Blancos que, primitivamente instalados en la Isla del Sol, en medio del lago, habían poco a poco civilizado la región. La tradición los menciona con el nombre de *atumuruna*, acerca de cuyo sentido los estudiosos del idioma quechua no consiguen ponerse de acuerdo. Brasseur de Bourbourg ve en esta palabra una deformación de *hatun runa*, hombres grandes, mientras que Vicente Fidel López traduce literalmente "pueblo de los adoradores —o de los sacerdotes— de Ati", vale decir de la Luna decreciente.

La dificultad procede de la imprecisión con la cual los cronistas transcribieron los términos indígenas, lo que es muy explicable, por lo demás no sólo el quechua no se escribía en la época de la Conquista, sino que el alfabeto latino no conseguía expresar fielmente todos los sonidos del idioma. Esto, sin hablar de la dicción apagada que caracteriza aún hoy a los indios del Altiplano, que pronuncian todas las vocales no acentuadas más o menos como la "e" muda francesa. Tratándose del nombre quechua de los hombres Blancos de Tiahuanacu, tenemos derecho a preguntarnos si *atumuruna* no debería leerse en realidad *atumaruna*, lo que sígnifica "hombres de cabeza de luna", expresión equivalente al "cara pálida" de los indios norteamericanos. Tenemos un ejemplo de confusión entre la "a" y la "u" en la misma palabra. Según Garcilaso, los españoles llamaban Vilaoma al Sumo Sacerdote del Sol, en lugar de Villak Umu. Y veremos más adelante que los cronistas dan indiferentemente a una de las fiestas incaicas los nombres de Umu Raymi o de Urna Raymi. De cualquier modo, la referencia a la Luna decreciente parece poco aceptable, pues sabemos a ciencia cierta que los hombres Blancos del Titicaca adoraban al Sol (Inti) y la Luna (Quilla) y que Ati no era para ellos sino una divinidad secundaria.

En cuanto a la interpretación de Brasseur de Bourbourg, no es de descartar, ni mucho menos, especialmente si se toma en cuenta que *hatun* parece proceder de *yotun*, gigante en antiguo escandinavo. Más importante que el nombre quechua de los primeros pobladores de Tiahuanacu es el de su jefe, Huirakocha, que los españoles escribían Viracocha. Nos encontramos a su respecto con las interpretaciones más fantasistas. Algunos traducen "espuma (*Huira*) del mar (*kocha*)". El cronista Montesinos, llevado por su imaginación abusiva, no vacila ante una trasposición más bíblica: "espíritu del abismo". Desgraciadamente para él, el inca Garcilaso, cuya lengua materna era el quichua, hace notar que, en ese idioma, el genitivo precede al sustantivo que complementa y, por otro lado, se muestra más prosaico: Huirakocha significaría "mar de sebo". ¡Es éste, admitámoslo, un extraño nombre para un dios!. Tal vez sea oportuno buscar una etimología que corresponda al presumible idioma de los recién llegados.

A título de mera hipótesis, pues en el campo de la filología —y volveremos sobre el asunto a principios del capítulo V— toda prudencia es poca, notaremos entonces que *huitr*, o *hvitr*, palabra ésta que cualquier indio del Altiplano pronunciaría *huir*, significa "blanco" en antiguo escandinavo y *god*, "dios". El sonido particular que tiene la d (idéntico al de *th* en inglés) en esa lengua existe en el quichua, pero no en el castellano. Es normal que, en este último idioma, se haya convertido en *ch*. Sin embargo, las tradiciones peruanas no concuerdan más que las mesoamericanas en lo que atañe a la personalidad y apariencia del Hijo del Sol. Guerrero para algunos cronistas, Betanzos, que estaba casado con una indígena y estaba así en estrecho contacto con los quechuas, describe a Huirakocha como a un sacerdote tonsurado, blanco y con barba de un palmo, vestido con una sotana blanca que le caía hasta los pies y portador de un objeto parecido a un breviario. Veremos más adelante que no se trataba del producto de su imaginación. Notemos que en aymará, idioma de los indios del Altiplano boliviano, sometidos por los incas, el nombre de Huirakocha era Hyustus, según la transcripción española, y se pronunciaba exactamente como el latín *justus*.

Los *atumuruna* impusieron su autoridad a las tribus aymaráes y quechuas, extendiendo su imperio hasta más al norte del Cuzco. Al mismo tiempo, construyeron la ciudad de Tiahuanacu, que no llegaron a terminar. Lo que los incas y, más tarde, los españoles encontraron no fue un conjunto de edificios en ruina, sino un obrador. Un cacique indígena de Coquimbo, Cari, se sublevó en efecto contra la dominación de los Blancos. Vencidos en sucesivas batallas, éstos se replegaron en la Isla del Sol, donde tuvo lugar el último combate, que fue también para ellos una derrota. Los indios degollaron a la mayor parte de los varones. Sólo unos pocos consiguieron huír. Emprendieron viaje hacia el Norte y llegaron al actual Puerto Viejo, en la provincia ecuatoriana de Manta, donde se encontraba la madera especial con la cual se construían las balsas. Y Huirakocha "se fue caminando sobre el mar". No pereció en el viaje. Pues sabemos de su llegada a la Isla de Pascua y a los archipiélagos polinésicos, donde sus descendientes se recuerdan con el nombre de *arii*. No hace falta insistir sobre este punto, perfectamente demostrado por Thor Heyerdahl.

El cacique Cari, vencedor de los Blancos, permanece aún en la memoria de los indios bolivianos. Es para ellos lo que Atila para los franceses, y las madres amenazan con él a sus hijos, como los europeos con el "hombre de la bolsa" o el "croquemitaine". ¿Pero el degollador de los *atumuruna* se llamaba realmente Cari, o se le dio el nombre conocido de algún genio maléfico?. Nos lo podemos preguntar, pues Kari, en la mitología escandinava es el siniestro gigante de la tempestad, de muy mala fama: se lo llamaba "él devorador de cadáveres".

## 6. Los Incas, Hijos del Sol

La derrota y eliminación de los *atumuruna* hundió al Perú en el caos. Huyendo de los invasores, la población se dispersó y no tardó, según el relato que Garcilaso pone en boca de un tío suyo, en volver al estado salvaje: "*Las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir. Vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra*...".

Sin embargo, no todos los Blancos habían desaparecido. Un grupo de "hombres del Titicaca", cuatro varones y cuatro mujeres, todos hermanos —vale decir, sin lugar a duda, de la misma raza— se había refugiado en la montaña, detrás de la quebrada del Apurimac, al mando de diez tribus leales. Reunidos en consejo, los cuatro jefes decidieron: *"Hemos nacido fuertes y sabios y, ayudados por nuestros pueblos, somos poderosos. Partamos en demanda de tierras más fértiles que las que poseemos y, al llegar a ellas, sojuzguemos a sus pobladores y demos guerra a quienquiera no nos reciba por señores".*

Saliendo de las cuevas de Tampu Toku —el Albergue-Refugio— y después de detenerse un tiempo en Pakkari Tampu —el Albergue de la Aurora—, el ejército emprendió su marcha hacia el Cuzco, a unos 40 kilómetros. Los Blancos y sus guerreros indígenas hicieron varias etapas de unos años, la última en Matahua, en la entrada del valle del Cuzco y, finalmente, reconquistaron la ciudad que había pertenecido a sus antepasados, edificando de inmediato el templo del Sol. Durante el largo viaje, uno de los Blancos, Manko Kapak, se había librado, por medios desconocidos, de sus tres "hermanos" y se había proclamado rey. Otra versión sólo menciona a él y a su mujer y hermana, Mama Oclo, simplificando así el relato y, probablemente, tratando de echar el manto del olvido sobre las rivalidades internas del grupo. En las tradiciones indígenas, los cuatro varones blancos llevaban mismo título: *ayar*. La palabra, nos dice Garcilaso, "no tiene significación en la lengua general del Perú (el quichua); en la particular de los incas, la debía de tener".

Señalemos aquí, adelantándonos al capítulo V, que los señores escandinavos se llamaban *jarl*, término éste que se traduce habitualmente por "conde" y cuya pronunciación por un indio quichua sería idéntica, salvo en cuanto a la *a* aumentativa antepuesta, a la de *ayar*. A esta similitud se agrega una duda muy seria acerca del significado de Kapak, título de Manko y de todos los emperadores incas, sus sucesores. Garcilaso nos da dos interpretaciones distintas, lo que demuestra su inseguridad al repecto. Por un lado nos dice que Capa Inca significa "Solo

Señor" (*capa* = solo) y, por otro, que Capac tiene el sentido de "rico y poderoso en armas". Ahora bien: *capa* y *capac* son dos formas de la misma palabra. Nos podemos preguntar, pues, si no correspondería buscar en la "lengua particular" de los incas una acepción más satisfactoria. La encontramos en el viejo escandinavo *kappi*, héroe, campeón, caballero. El origen del nombre de Manko, que no tiene sentido en quichua, no es menos evidente. Pues, en antiguo escandinavo, *man* significa "hombre" y *ko* parece ser una abreviatura de *konr*, "rey". El fundador de la dinastía incaica se llamaba, pues, "hombre rey": el hombre que se convirtió en rey.

Los descendientes de Manko Kapak y Mama Oclo —o más probablemente los de todos los "hombres del Titicaca"— constituyeron una casta aristocrática: los incas de sangre real, que se casaban exclusivamente entre sí. Más aún, los miembros de la familia imperial lo hacían entre hermanos, para conservar pura su sangre de "Hijos del Sol". Ahora bien: ¿de dónde viene la palabra *inca*, que no es quichua ni aymará?. La respuesta es fácil: en el antiguo germano, la desinencia *–ing* servía para designar a los miembros de un mismo linaje, como en las palabras merovingio, carolingio y lotharingio, por ejemplo. No es por casualidad ni por equivocación, pues, que la mayor parte de los cronistas españoles escriben *inga* en lugar de *inca* como lo hacemos hoy en día. Los incas eran, por lo tanto, los Descendientes por excelencia: los descendientes de Manko y de sus "hermanos".

Los soberanos, sin embargo, tenían concubinas que no todas eran de sangre real y, por otro lado, en los comienzos del Imperio, se habían creado "incas de privilegio" entre los jefes indios que habían colaborado en la reconquista. En la teoría, se trataba de un estrato social situado inmediatamente debajo de los incas de sangre real, con los cuales no se debían mezclar. De hecho, sin duda alguna, se produjo cierto mestizaje. Los emperadores incas, tales como fueron retratados en los frescos de la iglesia Santa Ana del Cuzco, tenían la tez muchísimo más clara que sus subditos. No eran blancos puros, sin embargo. Entre las momias reales encontradas por los españoles, se mencionan como excepciones la de Huirakocha, de pelo rubio muy pálido, y la de su mujer, "blanca como huevo".

## 7. Itinerario y Cronología

Consideremos ahora el conjunto de las tradiciones que acabamos de resumir. Es imposible dejar de comprobar su perfecto encadenamiento. El Dios-Sol y sus compañeros, blancos y barbudos como él, desembarcan en la costa atlántica de México. Con el apoyo de los toltecas, Quetzalcóatl se impone en el Anáhuac, a cuyas poblaciones aporta religión y cultura. Organiza una expedición al Yucatán donde, conocido como Kukulkán, emprende con la colaboración de los itzáes una tarea semejante que termina en una sublevación indígena. De vuelta al Anáhuac, indignado por el comportamiento de los Blancos que había dejado allá, abandona el país embarcándose en el Atlántico, lo que elimina toda interpretación mítica de sus hazañas.

Lo reencontramos, como Bochica, llegando a Cundinamarca, en la actual Colombia, desde los llanos de Venezuela, en cuyas costas atlánticas evidentemente había desembarcado. Se hace de nuevo a la mar, esta vez en el Pacífico, en barcos de piel de lobo y alcanza el Ecuador donde funda el reino de Quito. Siguiendo para el Sur, llega a la región de Arica y, como Huirakocha, sube al Altiplano donde se establece en las islas y orillas del lago Titicaca e impone su mando a las poblaciones indias que civiliza. Una sublevación indígena lo obliga a huír, y lo vemos reembarcarse en el Pacífico para un viaje que lo llevará a Polinesia. Sólo queda en el Perú un reducido grupo de blancos que, después de reorganizar sus fuerzas, marchan victoriosamente sobre el Cuzco y fundan el Imperio de los incas, que perdurará hasta la llegada de los españoles. Nada más coherente, salvo en cuanto a la ya mencionada superposición de dos dioses blancos, que sólo en el país maya las tradiciones distinguen hasta cierto punto, problema éste sobre el cual volveremos en el capítulo IV.

Queda por saber si la cronología permite semejante unificación de los distintos relatos. No podemos confiar en las fechas que dan los especialistas: son a menudo altamente fantasiosas, y no es excepcional notar entre dos autores serias variaciones de siglos, cuando no de milenios. Afortunadamente, tenemos dos puntos de referencia exactos y seguros.

El primero es la fundación por Quetzalcóatl —o, si se quiere, la segunda fundación, puesto que ya existían las ruinas de un centro poblado anterior— de la ciudad maya de Chichén Itzá. Ya vimos que el Dios-Sol bajó de la meseta mexicana unos veinte años después de su desembarco en Panuco y que sólo permaneció unos pocos años en el Yucatán. Ahora bien: conocemos la fecha de su llegada a Chichén Itzá: katún *4 Ahau* del calendario maya, vale decir el año 987 de nuestra era. Por lo tanto, Quetzalcóatl surgió del océano en 967, aproximadamente.

El segundo punto de referencia es apenas menos preciso. Cuando llegaron los españoles, acababa de ser asesinado por su medio hermano mestizo, Atahualpa, el último emperador inca, Huáscar. Sin contar a éste habían reinado doce soberanos, desde Manko Kapak, pero dos de ellos lo hicieron conjuntamente por ser mellizos. Una generación equivalía, en aquel entonces, a unos veinte años. Así, en la misma época y en condiciones de vida bastante parecidas, para los once reyes de Francia que se sucedieron entre Felipe III, que ascendió al trono en 1270, y Carlos VIII, fallecido en 1498. La genealogía de los reyes aztecas entre 1375 y 1520 nos da nueve soberanos, con un promedio de dieciséis años por reinado. Ahora bien: Huayna Kapak, el emperador de la undécima generación, murió en 1525. Luego, Manko Kapak fundó su imperio alrededor del año 1300.

Ignoramos, por cierto, la fecha del desembarco de Huirakocha en el Perú. Pero podemos presumir que tuvo lugar poco después de la partida de Quetzalcóatl de México y que el viaje entre la desembocadura del río Coatzacoalcos y el actual puerto de Arica fue relativamente breve. De ser de otro modo, encontraríamos a lo largo del itinerario del dios Blanco rastros de su estada, cuando sólo hallamos recuerdos de su paso. Por el contrario, los edificios de Tiahuanacu, sobre los cuales volveremos en el capítulo VII, demuestran que los *atumuruna* se habían radicado definitivamente en la zona del Titicaca. Salido de México sobre el final del siglo X, el Dios-Sol pudo haberse desplazado hacia el Sur, en sucesivas etapas, durante medio siglo o un siglo. Llegó a Tiahuanacu, pues, entre 1050 y 1100 y le quedaron unos dos siglos para crear su Imperio y construír su capital inconclusa: más de lo que hacía falta, en cuanto a esta última tarea, si se piensa que en Europa, durante el mismo lapso, se edificaban las catedrales góticas.

En resumen, estamos en condiciones de trazar el siguiente, esquema cronológico:

—967 Desembarco de Quetzalcóatl en Panuco, Golfo de México.
—987 Llegada de Kukulkán al Yucatán.
—989 Regreso de Quetzalcóatl al Anáhuac, reembarco en el Golfo de México y desembarco en la costa venezolana.
—1050/1100 Desembarco de Huirakocha en Arica, Perú.
—1280/90 Derrota de Huirakocha en la Isla del Sol, huída y embarco en el Pacífico.
—1300 Conquista del Cuzco por Manko Kapak y fundación del imperio incaico.

## 8. Los Héroes Blancos Precolombinos

Las tradiciones de los distintos pueblos considerados se encadenan, pues, perfectamente. Nos muestran a un grupo de guerreros Blancos, de tipo nórdico, que desembarca en la costa mexicana y deja algo de su cultura en el Anáhuac, el Yucatán y zonas adyacentes. Con el apodo de Quetzalcóatl en el país náhuatl, de Kukulkán en tierras mayas, de Votan en Guatemala, de Zuhé en Venezuela y de Bochica en Colombia, el jefe blanco, que verosímilmente se llamaba Ullman, se convierte en el recuerdo indígena, con el tiempo, en un dios civilizador, a pesar de las dificultades encontradas por él durante su estada en los distintos países. ¿Cuánto tiempo dura exactamente el viaje que lleva a los Blancos hasta la costa colombiana del Pacífico, y cuándo muere Ullman? No lo sabemos. Pero sí la tradición nos muestra a los nórdicos, ya al mando de un nuevo jefe, Heimlap o Heimdallr, llegan en barcos de piel de lobo al Ecuador, donde fundan el reino de Quito, y luego al Perú, donde se radican en la zona del lago Titicaca y empiezan a construír una metrópoli: Tiahuanacu.

Vencidos, después de unos dos siglos, por una invasión de indios chilenos, los Blancos se dispersan. Unos se desplazan por la costa hacia el Norte y se embarcan en balsas que los conducen hasta las islas oceánicas. Otros escapan del Altiplano y desaparecen en la selva amazonica, donde se encuentran, hasta hoy, sus descendientes. Unos pocos, en fin, se refugian en la montaña desde donde, con la ayuda de indios leales, reconstruyen su Imperio. La tradición nos permite, gracias a los nombres y títulos que nos ha trasmitido, identificar a los blancos que capitaneaba el Dios-Sol. En efecto, Ullman y Heimlap o Heimdallr son nombres escandinavos, y encontramos el mismo origen para los títulos *sciri* (de *skirr*, puro), *ayar* (de *jarl*, conde) e *inca* o *inga* (de *ing*, descendiente), así como para el apodo *Huirakocha* que viene del antiguo escandinavo *hvitr*, blanco, y *god*, dios.

Sin embargo, los textos nos señalan la actuación anterior, en Mesoamérica, de un dios Blanco de características diferentes —pacífico y ascético— que, en el Anáhuac, se confunde en el recuerdo con Quetzalcóatl y le da una segunda personalidad incompatible con la primera, pero, en el país maya, conserva, con el nombre de Itzamná, una realidad autónoma. ¿De dónde venían Ullman y sus hombres? La cronología que hemos establecido excluye toda posibilidad de una procedencia vinlandesa, puesto que el viaje de Leif fue posterior en varios decenios a la llegada del Dios-Sol a Panuco. Sólo se puede tratar, por lo tanto, de una expedición anterior a las que nos cuentan las sagas, cuyo alcance limitado mencionamos en el capítulo I. Por el contrario, Itzmná pudo, por la fecha, haber venido de Huitramannalandia. Pues los relatos escandinavos indican que la Gran Irlanda ya existía en la segunda mitad del siglo X.

# IV. El Dios-Sol

## 1. Dos Mitologías

Un grave peligro acecha a quienes, sin tener una profunda formación teológica, entran a considerar las creencias religiosas de los pueblos amerindios. Conocemos a éstas, en efecto, casi únicamente a través de los relatos de los cronistas españoles o hispanizados que se limitaron a describirnos "las idolatrías" de los nahuas, mayas y quechuas tales como los indígenas se las contaron, y lo hicieron, con pocas excepciones entre las cuales se destaca la del *padre* Bernardino de Sahagún, con poco discernimiento y menos benevolencia. Ignoramos todo, por lo tanto, de la teología americana prehispánica, que se nos presenta encubierta por mitos múltiples, a menudo contradictorios cuando no incoherentes. De ahí una doble tentación: la de considerar las relaciones indígenas como sartas de supersticiones y ritos mágicos, y la de introducir en las imágenes que nos han llegado elementos teológicos, metafísicos y místicos que les son extraños. Lo cual nos llevaría, por un lado, a rebajar a los pueblos civilizados de la América precolombina al nivel de las tribus animistas del África negra, o, por otro, a hacer de Teotihuacán una segunda Alejandría.

No es muy fácil, para nosotros que estamos acostumbrados a religiones reveladas, comprender el sentido de una mitología y casi diríamos su procedimiento. El vedismo, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo se basan en textos inmutables de los cuales los teólogos deducen racionalmente los dogmas, al modo de un matemático que desarrolla un postulado, y los exponen mediante fórmulas más o menos sencillas, para ponerlos al alcance de todos los creyentes, cualquiera que sea su nivel mental. Los pueblos paganos, por el contrario, recurrían a representaciones simbólicas que servían de simple marco para interpretaciones cuyo grado de profundidad variaba con la capacidad intelectual y mística de cada uno. Nos encontramos, pues, ante la mitología germana o mejicana, por ejemplo, un poco en la situación de quien sólo dispusiera, para estudiar el catolicismo, de esculturas de catedrales, relatos populares sobre la vida de Jesús, extraídos de los evangelios canónicos y apócrifos, y libros de hagiografía barata. Lo más probable es que tal estudioso llegara a la conclusión de que los cristianos adoraban a tres dioses principales y una diosa, madre de uno de ellos, y que figuraban en su panteón una multiplicidad de dioses secundarios, unos benéficos y los otros

maléficos, que se peleaban entre sí. Le resultaría, por cierto, imposible reconstituír, sobre esta base, la *Summa Theologica*, y ni siquiera un catecismo de nivel escolar.

El problema se complica, para nosotros, por el hecho de que toda mitología perteneciente al pasado es un complejo incoherente de fábulas, en el sentido propio de la palabra, que responden a simbolizaciones yuxtapuestas y sucesivas. No solamente cada tribu y hasta cada aldea expresaban a su modo una creencia común, lo que hace que el mismo cuento nos llegue en distintas versiones a veces contradictorias, sino que los personajes míticos mismos a menudo carezcan de consistencia. De un dios se desprende en determinado momento una nueva individualidad que no es sino expresión simbólica de una calidad o potencia de su "padre", mientras que, por el contrario, dos dioses pueden llegar a "fusionarse" sin perder por ello las apariencias distintas con las cuales se los conocía anteriormente. Este último fenómeno se nota especialmente en la mitología mesoamericana, por la superposición que se produjo, en el Anáhuac y el Yucatán, con la llegada tanto de los civilizadores Blancos como de tribus de cazadores nómades, que se mezclaron con pueblos de antigua cultura y, a menudo, los dominaron. Todos traían a sus dioses, y éstos fueron incorporados al panteón preexistente que enriquecieron y modificaron sustancialmente, en el marco de lo que podríamos llamar un panteísmo sincretista.

"*Lo que más admira al estudiar el sistema religioso de los aztecas* —dice William Prescott — *es la disimilitud de sus diversas partes; unas parecen ser emanación de un pueblo culto, y otras respiran un espíritu de ferocidad indómita; con lo que, naturalmente, viene la idea de atribuírle dos orígenes diversos, y de suponer que los aztecas recibieron una fe mansa y suave, en la que después injertaron la suya propia*". También pudo haber sido al revés, injertándose una religión "mansa y suave" en un mundo salvaje —o meramente cruel— preexistente. Y también pueden haberse producido aportaciones sucesivas de sentido contrario, con el dios Blanco ascético y el dios Blanco guerrero.

La "ferocidad" que Prescott nota en el culto náhuatl se refiere evidentemente, en efecto, a los sacrificios humanos. Es probable que éstos, que tanto horrorizaban a los españoles —como la tortura española horrorizaba a los indios—, hayan pertenecido a costumbres primitivas de las tribus locales, puesto que la tradición nos dice que el Quetzalcóatl ascético los abolió. Pero no podemos excluír su aceptación y regulación por el Quetzalcóatl vikingo. Pues los escandinavos efectuaban sacrificios humanos, aunque no de modo habitual y sistemático como lo hacían los nahuas. Adán de Bremen, al describir el gran templo de Gamia Upsala en la época de su relato (alrededor de 1070), cuenta que *"cada nueve años tiene lugar en Upsala una festividad en la que intervienen todas las regiones de Suecia. La asistencia es obligatoria, y reyes, pueblos e individuos envían sus ofrendas, con excepción de los que se han convertido al cristianismo, quienes están obligados a pagar una multa. El sacrificio que se lleva a cabo en dicha ocasión consiste en la matanza de nueve varones, cuyos cuerpos se cuelgan en un bosquecillo cercano al templo...".*

Un texto del año 1000, el Tietman germano de Merseburg, relata que, cada nueve años, en el mes de Enero se sacrificaban en Lejre, Selandia (en Dinamarca), ante la vista de todos, noventa y nueve seres humanos. También en las ciudades náhuatl la asistencia a los sacrificios humanos era obligatoria, y esta coincidencia en un aspecto secundario del rito refuerza poderosamente la hipótesis de una regulación, por el Quetzalcóatl guerrero, de prácticas anteriores.

Al margen de esta dualidad que señala Prescott, lo que caracteriza la mitología mejicana es la personificación antropomórfica de las fuerzas de la Naturaleza, consideradas como emanaciones, hipóstasis o avalares de un dios supremo que a la vez crea el mundo y le pertenece. No es ésta una concepción original: la encontramos entre los pueblos arios y, en particular, entre los germanos.

Tratemos de presentar el cuadro fundamental de semejante cosmovisión mitológica:

*"Al principio era el caos. Todo estaba en suspenso, todo inmóvil. No había aún ni tierra, ni animales, ni seres humanos. Sólo existía, encima del inmenso abismo de la noche eterna, el Padre del Cielo, que vive en todo tiempo y rige su reino con poder absoluto.*

*"El Padre del Cielo decidió entonces crear la tierra y el hombre. Se unió a la Madre del Cielo, o Madre Tierra, que era a la vez su madre, su esposa y su hija, y en ella engendró a los dioses creadores. Estos ordenaron el caos e hicieron la tierra, una esfera cuyo eje es el Árbol del Mundo, sostenida en los cuatro puntos cardinales por sendas deidades. Luego crearon los animales y, por fin, se dedicaron a formar al hombre.*

*"Sus primeros intentos resultaron en fracasos. Dieron vida a gigantes malvados que tuvieron que ahogar en el Diluvio universal. Tomaron entonces dos maderos e hicieron con ellos la primera pareja humana. El hombre recibió un alma inmortal. En la cima del Árbol del Mundo está el Paraíso de los Guerreros, donde éstos moran con los dioses. En las profundidades del mundo subterráneo, un Infierno helado, de nueve círculos, recibe a las almas condenadas. El mundo así formado tiene un fin previsto, pues al lado de todos los dioses creadores que lo conducen está el dios malo que trata de destruírlo. Con sus acólitos, éste atacará y vencerá a los dioses buenos, y monstruos a sus órdenes devorarán el cosmos. Volverán las tinieblas y el caos. Sin embargo, el Padre del Cielo resucitará a sus hijos, y todo volverá a empezar".*

¿Esta exposición, que hemos puesto entre comillas, corresponde a la mitología germana o a la mejicana? No lo hemos precisado, justamente para dejar subsistir la duda. Pues el esquema que acabamos de presentar vale tanto para la una como para la otra, y lo vamos a demostrar.

## 2. El Cosmos Mesoamericano

Fuera de los relatos de los cronistas españoles e hispanizados, la fuente fundamental de los datos que tenemos acerca de las convicciones religiosas de los nahuas y mayas es un texto anónimo, el Manuscrito de Chichicastenango, redactado poco después de la Conquista, que conocemos con el nombre de *Popol Vuh*, con el cual lo publicó Brasseur de Bourbourg. En realidad, su autor, un indio cultísimo recientemente convertido al cristianismo, declara en la obra misma que quiso salvar, escribiéndola en su idioma pero con caracteres latinos, el patrimonio religioso e histórico del pueblo quiché-maya al que pertenecía, "*porque ya no se ve el Popol Vuh... que tenían antiguamente los reyes, pues ha desaparecido*". Veremos, en el capítulo siguiente, cuáles son el significado y el origen del título de esta obra perdida.

El Manuscrito de Chichicastenango empieza con una descripción del cosmos antes de la creación: *"Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio, todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo. Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques; sólo el cielo existía. No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaba el mar en calma y el cielo en toda su extensión. No había nada junto, que hiciera ruido, ni cosa alguna que se moviera, ni se agitara, ni hiciera ruido en el cielo. No había nada que estuviera en pie; sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia. Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche...".*

No faltaron comentadores para señalar el parecido de este texto con el primer versículo del Génesis: "...*la tierra era nada y vacío, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas*", y para sospechar que el autor del *Popol Vuh* —respetemos la costumbre de llamar así al Manuscrito de Chichicastenango— debe haber introducido en su obra, para conseguir el beneplácito de los españoles, elementos cristianos. La hipótesis no es de descartar totalmente, aunque el resto del libro no hace concesión alguna a la nueva fe. Pero la concepción del caos originario, en realidad muy poco cristiana puesto que contradice el dogma de la creación *ex nihilo*, no es privativa de la *Biblia*. La encontramos en los libros sagrados de todos los pueblos arios. Así dice el *Rig-Veda*: *"Entonces no había ni ser ni no ser. Ni universo, ni atmósfera, ni nada encima. Nada, en ninguna parte, para el bien de quien*

*fuera, continente o contenido. La muerte no era, ni la inmortalidad, ni la distinción del día y de la noche. Pero eso palpitaba...".*

Y el *Voluspá* escandinavo, poema del siglo IX, anterior al cristianismo, que forma parte de las *Edda*, reza: "*En los viejos días — nada existía — ni la arena ni el mar — ni las olas arrolladoras; — no había tierra — ni firmamento — ni una brizna de hierba; — sólo el Abismo abierto*".

En formas apenas diferentes, la idea es la misma en los cuatro textos: la del caos, o sea de la materia desordenada, distinta a la vez del ser, que supone orden, y del no-ser —el *nihil* de la teología cristiana— que excluiría toda potencialidad. Y, también en los cuatro textos, el Ser absoluto está presente por encima del caos: el Corazón del Cielo, en el *Popol Vuh*; el Espíritu de Dios, en el *Génesis*; el Padre del Cielo, en los *Vedas*; el Padre de Todo, en las *Edda*. Dejemos a un lado las cosmogonías hindú y hebraica para considerar exclusivamente las que nos interesan aquí: la mesoamericana y la escandinava. En ambas, la creación del cosmos se da del mismo modo: mediante la introducción de *Dios* en la Materia. De *Dios* se desprenden los Dioses Creadores que dan forma al caos. De su obra surgen la tierra y el firmamento, luego las plantas y los animales. La creación del hombre resulta tarea más difícil. Los Creadores, dice el *Popol Vuh*, hicieron en primer lugar un hombre de lodo, pero carecía de entendimiento y se humedeció, deshaciéndose. Hicieron entonces muñecos de madera que hablaban como el hombre y poblaron toda la tierra. Pero sus hijos no tenían alma, y el Corazón del Cielo los aniquiló en un gran Diluvio. Algunos sobrevivieron: sus descendientes son los monos.

Tradiciones náhuatl de Michoacán y mayas de Chiapas nos presentan una interesante variante de este relato. Según ellas, esos primeros seres pseudohumanos fueron gigantes. Siete de ellos consiguieron salvarse del Diluvio y edificaron —en Cholula, precisa la tradición náhuatl— una gran pirámide gracias a la cual pretendían escalar los cielos. Pero *Dios* los destruyó con una lluvia de fuego.

La cosmogonía escandinava es casi idéntica. Del caos nacieron en primer lugar los Gigantes Helados, encabezado por el hermafrodita Ymir que los había engendrado. Los Dioses los aniquilaron mediante un Diluvio del que sólo uno consiguió salvarse con su familia. Con el cuerpo de Ymir, los Creadores hicieron la Tierra.




FIG. 9 – *El Arbol de Vida azteca, eje del mundo (dibujo de Abel Mendoza, in Séjourné, Laurette:* Pensamiento y religión en el México antiguo, *México, 1957).*

También la formación del hombre ofrece gran semejanza en ambas cosmogonías. Según el *Popol Vuh*, los Dioses hicieron cuatro varones con masa de maíz, les dieron vida, aunque limitando su sabiduría, y durante su sueño hicieron sus mujeres. Para los mixtecos del Anáhuac, el hombre salió de un árbol. En las *Edda*, los Creadores tomaron dos maderos arrojados por las olas, según una versión, o dos árboles, según otra, y los tallaron con forma humana, dándoles alma y vida. Así completada la obra de creación, ¿cómo resultó la estructura del cosmos?.

En cuanto a Mesoamérica, no es al *Popol Vuh* al que podemos recurrir para encontrar la respuesta, sino a los relatos de los cronistas, plenamente confirmados por los códices. Nos esperaría una sorpresa si no hubiéramos adelantado el hecho en el inciso anterior.

Tanto para los nahuas como para los mayas, en efecto, la Tierra era redonda. Los griegos lo sabían, por supuesto, pero el Occidente europeo de la Edad Media lo había olvidado. El globo terráqueo tiene como eje al Árbol del Mundo, o Árbol de la Vida (ver Fig. 9), cuyas raíces se hunden en el mundo subterráneo, reino de la muerte, y cuyas ramas se elevan hasta el cielo. Cuatro genios —los *bacab* de la mitología maya: Kan, Muhuc, Ix y Canac— sostienen el mundo

en sus cuatro puntos cardinales. También para las *Edda* el cosmos es redondo y un árbol constituye su eje: el fresno *Yggdrasil* (ver Fig. 10), que también es símbolo fálico, o sea vital, y en cuya cima anida un águila. Este último detalle carecería de importancia si no encontráramos también, a menudo, un águila, símbolo del Sol, en la cima del Árbol del Mundo náhuatl y maya.

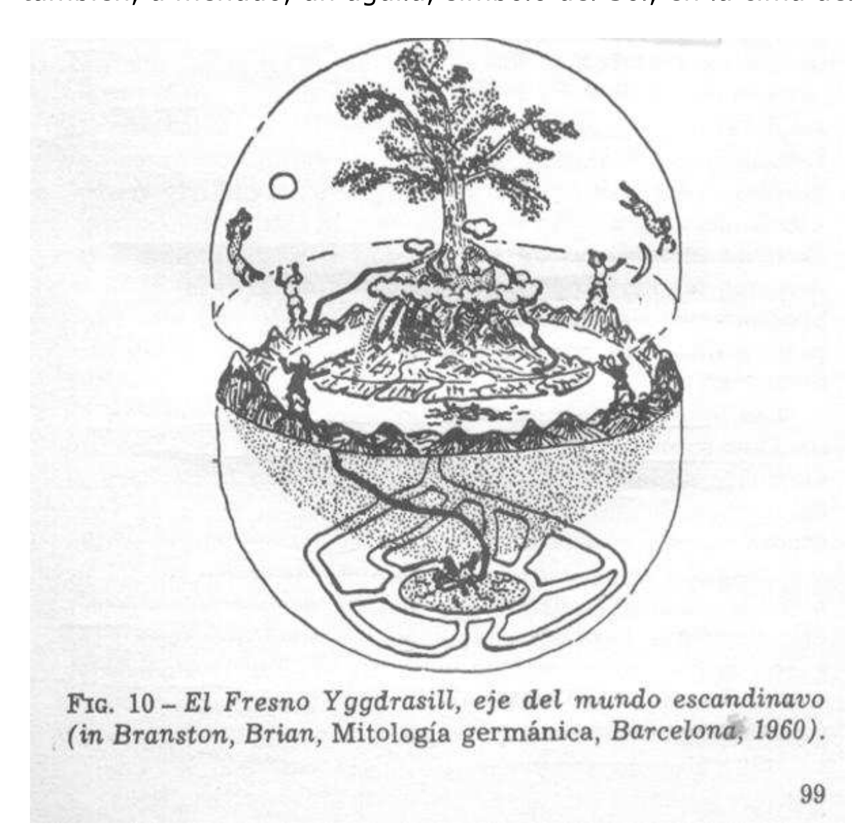



FIG. 10 – *El Fresno Yggdrasill, eje del mundo escandinavo (in Branston, Brian,* Mitología germánica, *Barcelona, 1960).*

El cosmos que conocemos —el quinto sucesivo para los pueblos de Mesoamérica, y uno de los nueve contemporáneos para los escandinavos— no es eterno. Así como nació del caos, volverá al caos. Instrumentos del dios malo, el tigre y la serpiente, según las creencias mesoamericanas, o el lobo Fénrir, en la mitología nórdica, devorarán al Sol y a la Luna, y todo acabará hasta un nuevo renacer.

**3. Dios y los Dioses de Mesoamérica**

El error más común que se comete con respecto a la religión mesoamericana es el de creer que nahuas y mayas adoraban al Sol. En realidad, adoraban al Padre del Cielo, directamente o a través de sus personificaciones diferenciadas —sus avatares, en buen lenguaje teológico—, los dioses creados. Y sucedía exactamente lo mismo entre los escandinavos y, de modo general, en todos los pueblos "politeístas". Por supuesto, no debían de faltar creyentes que aceptaran los mitos en su sentido literal, como hay cristianos de poca formación religiosa que no interpretan correctamente el *misterio de la Trinidad* o hasta toman a las diversas *Madonnas* por personas distintas. ¿No es el mito, precisamente, la representación imaginaria de una idea compleja o de difícil comprensión, que se pone así al alcance de todos?.

Los mesoamericanos, como los escandinavos, creían en un dios supremo, creador y conservador del universo, un dios "invisible y no palpable, bien así como la noche y el aire", dice Sahagún. "*El dios por quien vivimos; el Omnipotente que conoce todos nuestros pensamientos y dispensador de todas las gracias; aquel sin el cual nada es el hombre; el dios invisible, incorpóreo, de perfecta perfección y pureza, bajo cuyas alas se encuentra descanso y seguro abrigo*". No se rendía culto alguno a este Padre del Cielo, porque estaba más allá de los sacrificios, era inaccesible a las plegarias y no se podía representar físicamente. Se lo honraba en la persona de los dioses creados, que no eran sino expresiones diversificadas de su poderío absoluto. Sólo entre los mayas parece haber tenido un nombre: Hunab-Ku, y ni eso es muy seguro. Los nahuas sólo lo designaban por perífrasis: "El de la vecindad inmediata" y "Aquel por quien vivimos". Este dios no tenía estatuas porque nadie "lo había conocido ni visto hasta ahora", como dice Ixtlilxóchitl. Y sólo sabemos de un templo dedicado, por el rey Netzahualcóyotl, al "dios desconocido y creador de todas las cosas".

La necesidad de un dios supremo para pueblos panteístas la explica perfectamente Snorri Sturlusson, el autor islandés de la *Edda* en prosa (1189-1241) en el prefacio de su obra:

"*Surgió entre ellos la idea de que debía haber un rector de las estrellas del firmamento, alguien que podía ordenar su curso según su voluntad y que debía ser fuerte y tener un gran poder. Y creyeron que eso era verdadero: que si gobernaba las cosas más importantes de la Creación, debió de haber existido antes que las estrellas del cielo, y comprendieron que si regía el curso de los cuerpos celestes también debía de gobernar el brillo del Sol, y el rocío del aire, y los frutos de la tierra, y todo cuanto crece en ella, y, de la misma manera, los vientos del espacio y las tempestades del mar. No sabían aún dónde se encontraba su reino, pero creían que ordenaba todas las cosas en la tierra y en el firmamento*...". Un siglo más tarde, el Inca Tupak Yupanki hará el mismo razonamiento casi con los mismos términos, como veremos más adelante.

Sin embargo, el Padre del Cielo se personificaba más especialmente, a los ojos de los creyentes, en un dios principal que se consideraba como el jefe de los dioses creados y a quien se rendían los máximos homenajes. Pero este dios no era necesariamente el mismo en todas las épocas ni para todos los pueblos de una misma fe. No solamente cada grupo, cada estrato social y cada comunidad tenían un dios protector, sino que también elegían según su conveniencia al dios principal. Así entre los escandinavos de nuestra era la máxima personificación del Padre del Cielo era Tyr (o Tiu, o Ziu, del sánscrito *dyeva* que dio origen al griego Zeus y Theos, al latín Jupiter, y al germano antiguo Tiwaz), mientras que en la época vikinga, Odín (Odinn o Voden, en Escandinavia, Wuotan o Wodan, en Germania) lo había suplantado, no sin que Thor le disputara el rango, por lo menos en las capas inferiores de la población.

La elección de Odín como dios principal era perfectamente lógica. Avatar del Padre del Cielo, la Madre Tierra, Yord o Frigg, es a la vez su esposa y su hija, y hasta parece que también su madre, lo que basta para demostrar que las genealogías divinas son puramente simbólicas. El dios Creador está en el Abismo Abierto, vale decir, en la materia —su madre—, como es normal en una religión panteísta. Pero no puede ordenar dicha materia ni dar así nacimiento a la Tierra —su hija— sin haberse unido a ella —su esposa—. Como Creador, Odín es el enemigo de la oscuridad, y el Sol es uno de sus ojos. Ya que su soplo anima la materia, es el dios del viento. Y se le atribuye además la función de psicopompo, o sea, de guía de las almas.

Odín tiene su equivalente en la mitología mesoamericana con un dios principal —en náhuatl, *teotl*, palabra semejante, por su común origen (*dyeva*) al *theos* griego— que lleva entre los nahuas el nombre de Ollin Tonatiuh y entre los mayas el de Kinich Ahau (Señor de la Frente del Sol). Es el dios solar por excelencia, lo cual significa simplemente que el Sol —Nuestro Padre el Sol— es su representación visible. Su nombre maya, pues, no plantea problema alguno. Pero sí su nombre náhuatl. Tonatiuh no tiene sentido en el idioma del Anáhuac, y tanto los cronistas como los autores modernos traducen la palabra por "Dios" o por "Sol", vale decir, por lo que expresa. Ollin (las dos "l" se pronuncian separadamente) significa *movimiento*, y también temblor, terremoto, lo que no tiene sino una relación muy lejana con la divinidad. Lo extraño es que la palabra Tonatiuh parece compuesta de los nombres de dos dioses germanos: Thonar (Thor) y Tiu (Tyr). Ante tal comprobación, uno empieza a preguntarse si Olin no es una deformación, por lo demás ligera teniendo en cuenta la imprecisión de las transcripciones españolas —Sahagún escribe Donadiu por Tonatiuh— del nombre de Odín. Tendríamos así una tríada al modo escandinavo —Odín, Vili y Vé; Odín, Thor y Frey, etc.— como al modo mesoamericano: el Corazón del Cielo de los quichés-mayas es triple, compuesto por Calculhá-Hurakán, Chipi-Calculhá y Raxa-Calculhá. Se trataría, pues, de una Trinidad *sui generis* que abarcaría a Odín, dios principal, dios del Sol y dios del viento; Thor, dios del trueno, su hijo; y Tyr, dios de la guerra. Notemos que el dios solar azteca, Uitzilopochii —el Mago Colibrí—, unificado con Olin Tonatiuh cuando la conquista del Anáhuac por los cazadores nómades, es dios de la guerra.

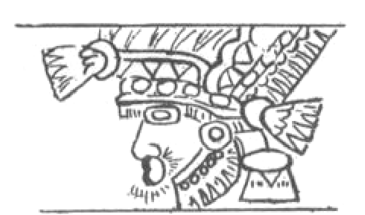
Podríamos proseguir nuestro análisis comparativo y mostrar cómo Yord encuentra su equivalente americano en Coatlicue, la Madre Tierra; Loki, el dios malo, en el Tezcatlipoca náhuatl y en ei Zotzilahá-Chamalcán maya, etc. Pero, en realidad, tales identificaciones no probarían gran cosa, pues toda religión que personifique las fuerzas de la Naturaleza tiene, para definir a sus dioses, un número reducido de posibilidades. Por lo demás, las analogías que

hemos señalado hasta ahora —dejando a un lado el nombre de Olin Tonatiuh, que tiene una implicancia mucho mayor— se hacen insignificantes cuando se enfoca a Quetzalcóatl.

Ya encontramos en el capítulo III a este personaje histórico, rey de los toltecas en el siglo X y civilizador de los pueblos náhuatl y maya. Vimos cómo, disgustado con la actitud de sus compañeros, se había hecho a la mar en dirección a Sudamérica, donde pudimos seguir su rastro. Si bien desapareció físicamente del Anáhuac y del Yucatán, Quetzalcóatl no sólo perduró en las memorias, sino que se convirtió en un dios que llegó a dominar el panteón mesoamericano. El dios Quetzalcóatl, blanco y barbudo como lo había sido el hombre, pierde las características guerreras que habían pertenecido a una de las dos personalidades de este último (ver Fig. 8). Es el sacerdote y reformador religioso el que se proyectó hasta el Cielo, y se le hace una biografía mítica correspondiente a su nueva dignidad y, sobre todo, a los valores que representa.

No es fácil ubicar a Quetzalcóatl entre los demás dioses mesoamericanos. No se agrega, en efecto, a la mitología preexistente como lo pudo hacer Uitzilopochii, que encontró sin mayor dificultad a un dios con el cual fusionarse, sino que se superpone a ella y en gran parte, la contradice. Pugna con Olin Tonatiuh para desplazarlo de su rango de dios principal y lo consigue, pero sin anular a su rival. En ciertos aspectos, se confunde con él, ya que ambos aparecen como hijos de Coatlicue, la Madre Tierra, y su concepción tiene el mismo carácter muy peculiar, pues reproduce, virginidad aparte, el misterio cristiano de la Encarnación: Coatlicue quedó encinta de Tonatiuh después de haber escondido en su vestido una pluma blanca encontrada en un templo, y de Quetzalcóatl, después de haberse tragado una piedra preciosa. Dios principal, o sea máxima expresión del Padre del Cielo, se convierte en el Creador, en el dios de la vida y, como Odín, en el dios del viento a través de su hipóstasis Ehecatl, o Hurakán, entre los mayas.

No es éste, sin embargo, el aspecto más importante de su personalidad: sólo la consecuencia del ascendiente que adquirió en el marco de un mundo que lo había vencido. Lo que aporta Quetzalcóatl a los hombres es una nueva concepción de la vida y, por lo tanto, de la moral. Trata de sustituír el culto sanguinario del heroísmo por una religión de la penitencia. Con él aparecen las nociones asociadas de pecado, remordimiento y perdón. Y, como corolario, la de redención. La vida mítica de Quetzalcóatl, calcada de su vida real pero totalmente transformada, es altamente ilustrativa al respecto. Tezcatlipoca se convierte en su hermano, dios del Sol de la Tierra —el Sol putrefactor—, y, con sus cómplices Ihuimécatl y Toltécatl— este último nombre se refiere claramente a la participación de los toltecas en los acontecimientos que llevaron su jefe a irse—, consiguió embriagar al Sacerdote y hacerlo dormir con la bella Quetzalpétatl. Al despertar, Quetzalcóatl lloró por su pecado y se marchó hacia el mar. En la costa, lloró de nuevo y se prendió fuego. El alma del hombre-dios bajó a los Infiernos donde consiguió, no sin peligros ni terrores, arrancar al Señor del Reino de los Muertos un fardo de huesos de condenados. Quetzalcóatl vertió sobre ellos sangre sacada de su miembro viril y, con esta penitencia que imitaron todos los dioses, salvó a la Humanidad.



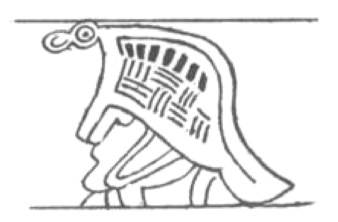


Fig. 11 – *El Quetzalcóatl guerrero (id. Fig. 8); Odín, según una escultura escandinava (in Branston, op. cit.). Dibujo de la Señora de Rivero.*

105

La Redención por la sangre de un dios: es imposible no pensar de inmediato en Cristo. También podría recordar el mito de Bálder, el segundo hijo de Odín, matado por el dios ciego Hodr engañado por Loki —el dios malo— y que, dios sangrante y dios de lágrimas, bajó a los Infiernos de donde retornará tras el Ocaso de los Dioses, redimido por sus sufrimientos y por el llanto del mundo, para entrar en el nuevo Cielo. Esta doble

comparación no es de extrañar: a menudo, en la Edad Media europea, Jesús y Bálder se superponen y se fusionan. Tal vez no sea por mera casualidad que el significado originario de "Báldr" es *señor* y que Jesucristo es llamado "Nuestro Señor". Y los nahuas decían habitualmente, al mencionar a su dios redentor, "el Señor Quetzalcóatl".

Las características del Itzamná-Redentor de los mayas son semejantes a las del Quetzalcóatl ascético. Kukulkán, por el contrario, conserva, como dios, la configuración del Quetzalcóatl guerrero que, en el Anáhuac, tiende a confundirse con Olin Tonatiuh, el dios de la guerra, y toma, en la iconografía, las apariencias de Odín (ver Fig. 11).

**4. La Suerte de los Hombres y de los Dioses en Mesoamérica**

Sin la doble idea de pecado y de penitencia, la existencia del Cielo y del Infierno carecería de sentido. Hubo autores, sin embargo, para afirmar que la suerte de las almas era, entre los nahuas y los mayas, puramente estamental: los guerreros muertos en combate, las mujeres fallecidas durante el parto y los sacrificados a los dioses iban a unirse con el Sol; los campesinos y los ahogados eran recibidos en los limbos del Tlalocán, y los demás caían en el Mictlán, el Infierno. Después de Quetzalcóatl, evidentemente ya no fue así, pues la Redención no se puede concebir sin pecado ni castigo. Pero la sangre del dios no hizo sino generalizar la salvación que ya aseguraba, individualmente, la sangre de los guerreros, de las parturientas y, lo que prueba nuestra aserción, de las víctimas de los sacrificios humanos.

Los elegidos eran conducidos por Teoyaomiqui, mujer de Uitzilopochii, a la Casa del Sol, el Paraíso de los mesoamericanos. Convertidos en "compañeros del águila", himnos guerreros y combates simulados ocupaban su eternidad. Cada día, seguían al Sol hasta el cénit, donde los sustituían las mujeres muertas al dar a luz. Los campesinos, de vida vegetativa, sin grandes méritos ni grandes culpas, y también los que mataba el rayo, los ahogados, los leprosos y los sarnosos, iban a una especie de paraíso terrenal donde encontraban todas las satisfacciones que hubieran deseado tener en vida. Los réprobos eran echados en el Mictlán, un mundo subterráneo situado debajo de las heladas y sombrías estepas del Norte. Era el reino de Mictlantecuhtli, el dios de los muertos. Ni siquiera era fácil llegar hasta él. Acompañado por un perro psicopompo, el condenado vagaba durante cuatro años en medio de vientos helados, perseguido por monstruos, y debía finalmente cruzar los Nueve Ríos, detrás de los cuales encontraba el descanso de la Nada. El *Popol Vuh* nos da de los Infiernos, el reino de Xibalbá, una descripción más completa pero concordante. Para los quichés-mayas, los condenados pasaban por cinco moradas donde sufrían otros tantos castigos: la Casa Oscura, la Casa Helada, la Casa de los Tigres, la Casa de los Vampiros y la Casa de las Navajas. El Libro no nos dice cómo acababa el viaje, ni si acababa alguna vez.

Con el agregado del Tlalocán, de vaga reminiscencia cristiana, la concepción que los nahuas y los mayas tenían del Cielo y del Infierno parece calcada, hasta en sus menores detalles, de la mitología escandinava. En Asgard, residencia de los dioses, situada en lo alto del Fresno Yggdrasil, está el *Valholl*, la "Morada de los Matados", adonde los guerreros muertos heroicamente en el combate —los Campeones— son conducidos por las *walkirias*, "seleccionadoras de los que murieron violentamente". Éstas tienen la doble misión de recorrer los campos de batalla y elegir a los héroes, y de asegurar el servicio doméstico del *Walhala*. Los Campeones se pasan el tiempo comiendo, bebiendo hidromiel y peleando. Cada día salen al campo de maniobras y combaten, hiriéndose y matándose. Pero, al atardecer, todos recobran integridad o vida.

Los demás muertos, los réprobos, van al *Hel*, el "Lugar de Ocultación" situado en las profundidades subterráneas. Es una región fría y neblinosa, dividida en nueve círculos superpuestos, cada vez más helados a medida que se va bajando. Se llega a ella entrando por una puerta que guarda el perro Gármr y se cruza un río de navajas y afiladas espadas hasta llegar al reino de la diosa Hel, donde los pecadores —perjuros, asesinos y adúlteros— llevan una vida miserable, rodeados de serpientes. En el Hel está Loki, el dios malo, el dios caído, que muchos autores emparentan con Lucifer.

La estada de los condenados en los Infiernos no será eterna. Un día Loki se escapará del Hel, encabezándolos y, con la ayuda de los gigantes, descendientes de la familia que había sobrevivido al Diluvio, del lobo Fénrir y sus hijos y de la Serpiente del Mundo, que Thor había tratado vanamente de pescar y que Odín había echado al mar que rodea la tierra, se lanzará al asalto de Asgard. Llegará el *Ragnarok*, el Ocaso de los Dioses, pues éstos serán vencidos. El lobo Fénrir y la Serpiente del Mundo, antes de morir en el combate, devorarán al Sol y a la Luna. Las heladas se apoderarán del mundo y todo habrá terminado. Pero Bálder, el Redentor, resucitará a los dioses y un nuevo cosmos nacerá.

La misma concepción del fin del mundo, aunque conocemos menos detalles a su respecto, formaba parte de las creencias mesoamericanas. Cuatro Soles, o sea cuatro Mundos, fueron destruídos hasta llegar al nuestro: el Sol de Tierra o de Noche, el Sol de Aire, el Sol de Lluvia de Fuego y el Sol de Agua. El Quinto Sol, o Sol de los Cuatro Movimientos, perecerá a su vez cuando los Monstruos del Crepúsculo surjan del fondo del Occidente, instigados por Tezcatlipoca, el dios malo, para destruír a los seres vivos, mientras el Monstruo de la Tierra quiebre el globo entre sus fauces. Se acabará el género humano. Pero nacerá un Sexto Sol: un nuevo mundo en que los hombres estarán sustituídos por los planetas, vale decir por los dioses.

## 5. La Religión del Imperio Incaico

Los conocimientos que tenemos acerca de las creencias religiosas imperantes en el Imperio incaico son mucho menores que los que nos han llegado con respecto a Mesoamérica. Tal vez esta diferencia se deba en parte al hecho de que el Perú no tuvo a ningún cronista del nivel intelectual de Sahagún. Pero, de cualquier modo, el motivo fundamental está en la simplicidad y pureza de una religión que prácticamente carecía de mitología. Tales características no excluyen, sin embargo, una dualidad primitiva que se manifestaba aún, de modo atenuado, en la época considerada.

La capa más antigua de la religión peruana estaba representada por los setenta y ocho dioses que, en el Panteón del Cuzco, manifestaban las creencias de los pueblos incorporados al Imperio. Los incas toleraban y hasta acogían favorablemente sus ídolos, como lo hacían los césares romanos, por conveniencia política. Uno de esos dioses, sin embargo, gozaba de una situación privilegiada, y el mismo Emperador condescendía a veces a celebrar sacrificios rituales en su gran templo del Rimac. Era Pachakamak, el dios del fuego de los chimúes, cuyo nombre significa "Animador de la Tierra", el Creador inmanente cuya obra está personificada hasta hoy, entre los aymarães de Bolivia, en Pachamama, la Madre Tierra. Pachakamak es el espíritu ordenador por el cual el caos se da forma y dura. Pues *pacha* es a la vez la tierra y el tiempo. Desgraciadamente, no sabemos nada de la cosmogonía peruana que, de existir en épocas lejanas, habrá sido borrada de las mentes por el imperial e imperioso culto del Sol.

Nuestra ignorancia de la teología preincaica también abarca el tiempo de los *atumuruna*, lo cual es muy explicable, puesto que los "hombres de Tiahuanacu" desaparecieron casi todos como consecuencia de su derrota de la Isla del Sol. Hubo una solución de continuidad en la civilización creada por ellos, y el Imperio incaico recogió una herencia espiritual simplificada. Sabemos, sin embargo, que las creencias de los Blancos que desembarcaron en la costa del Perú no debían de ser muy distintas de las que dejaron en Mesoamérica: lo prueba la teología incaica.

La religión cuyas bases echó Manko Kapak y que conocieron los españoles a su llegada, se reduce aparentemente traer a los seres humanos una Revelación y una Redención. Dios invisible y todopoderoso, no necesitaba de nadie ni de nada. Por ello no se le rendía culto alguno ni se le elevaban templos. El templo que el Inca Huirakocha —a quien se le había aparecido en sueños y que, por este motivo, había adoptado su nombre— hizo construír, estaba dedicado al "fantasma" del dios. El cronista García cuenta cómo, según las creencias indígenas, en el tiempo en que todo era noche y no había aún ni luz ni día, salió de un lago situado en la provincia de Collasuyu (el Titicaca) un Señor llamado Contice-Viracocha (Kon-Ticsi Huirakocha) que creó en un momento el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas. No tenía "huesos, ni miembros, ni cuerpo" y "veía mucho y muy rápidamente... como hijo del Sol que decía ser".

Pero Pachakamak lo venció y lo obligó a huír. Maldiciendo a los hombres que lo habían abandonado y se habían convertido en animales, Kon-Ticsi Huirakocha bajó a la costa hasta la provincia de Manta y "se hundió en el mar con todos los suyos"; según la versión de García, o "extendió su manto sobre el mar y desapareció para siempre en el seno del océano", según Velasco. Es ésta la exacta transposición mítica de la historia de Huirakocha, tal como la relatamos, según la tradición, en el capítulo III.

Huirakocha es, por lo tanto, a la vez el creador y el hijo del Sol. Como Creador, es inmaterial y todopoderoso. Por el contrario, como Redentor —hijo de su propia creación— es vulnerable y lo vencen las fuerzas de la Naturaleza. Como Quetzalcóatl, con el cual históricamente se confunde, si no como individuo, por lo menos como grupo racial, Huirakocha nos hace invenciblemente pensar en el dios del cristianismo, Creador y Redentor, Padre e Hijo de sí mismo, inmaterial y encarnado, todopoderoso y crucificado por los hijos del Diablo. Ya vimos en el capítulo III cuál es el origen y sentido del nombre de Huirakocha: "Dios Blanco", en antiguo escandinavo. No nos extrañará, pues, comprobar que Kon, en nominativo *Konr*, significa "Rey" en el mismo idioma. En cuanto a Ticsi, palabra que se traduce por lo general, arbitrariamente, por Creador, tal vez no sea abusivo encontrar en ella la raíz "Ti" del antiguo germano Tiwaz, nombre del Padre del Cielo.

Al lado de tan elevada teología, resulta de poco interés agregar —y sólo lo hacemos para que nuestra exposición sea completa— que, en el culto popular, la Luna era una diosa, esposa del Sol; que se veneraba una tríada —*Illapa*— de "esclavos del Sol" —el Relámpago, el Trueno y el Rayo— que no eran dioses, y que el dios Kanopa representaba los siete planetas conocidos. Más importante es notar que la religión incaica enseñaba la inmortalidad de las almas y hasta la resurrección de los cuerpos. Los elegidos tenían su destino en el Cielo, situado encima de la Tierra, donde llevarían una vida de Paraíso Terrenal, mientras que el Infierno, dominio del demonio Kupay o Supay y situado debajo de la Tierra, recibiría a los réprobos, que sufrirían en él los peores tormentos.

Mencionemos, por fin, una tradición del Diluvio, semejante a la de Mesoamérica: las aguas destruyeron a los primeros hombres. Según una versión, siete de ellos sobrevivieron y salieron de una cueva para poblar otra vez el mundo. Según otra, todos perecieron y Huirakocha creó una segunda Humanidad. En Quito, se creía que el Diluvio había sido la consecuencia de un combate con la Gran Serpiente, que escupió tanta agua que anegó el mundo.

En resumen, encontramos en la teología incaica los mismos elementos que en la mesoamericana, pero dispuestos diferentemente y con un valor relativo distinto. En el Perú, el Quetzalcóatl ascético, "manso y suave", ha superado su derrota y, gracias a Manko Kapak, se ha impuesto a los residuos "salvajes" de los cultos indígenas y ha borrado el recuerdo del Quetzalcóatl guerrero. También han desaparecido el dios malo y la lucha entre dioses. Apenas subsiste un ligero resabio de maniqueísmo teológico en el combate del dios de la materia, Pachakamak, con el dios del espíritu, Kon-Ticsi, y esto sólo en un mito geográficamente muy localizado y en vías de desaparición. Tampoco hay dios de los infiernos ni dios de los muertos. Sólo queda un demonio al estilo de Satanás. Todo se ha simplificado, depurado y armonizado. Un dios binario —Padre e Hijo—, cuya expresión y símbolo visible es el Sol, gobierna las fuerzas cósmicas y salva a los hombres por la Encarnación. Se trata todavía, por cierto, de un paganismo panteísta al modo escandinavo, pero no es difícil reconocer en él un aporte extraño que ya habíamos encontrado, tan definido pero menos afirmado, en la religión de Mesoamérica.

### 6. Elementos Cristianos en las Religiones de Mesoamérica y el Perú

El aporte extraño al que acabamos de referirnos es indudablemente de origen cristiano. No queremos, por cierto, caer en el error de esos cronistas españoles, ridiculizados por Garcilaso, que "*han hecho trinidades... no habiéndolas imaginado los indios*", con el objeto de asimilar "*su idolatría a nuestra santa religión*". No fue, sin embargo, por un afán de sincretismo —la última cosa en que pudieran pensar— que dichos cronistas, y en especial los sacerdotes que había entre ellos, señalaron y hasta exageraron las similitudes que encontraban entre el cristianismo y las religiones amerindias. No fue por obra de su imaginación que llegaron a hablar de una

predicación en América del apóstol Tomás, por analogía fonética con uno de los nombres —Pay Tomé— del dios Blanco. Hasta les habrá costado mucho dar muestra de tal lealtad intelectual, por lo menos en cuanto atañía al culto náhuatl cuyas características sanguinarias los horrorizaban. La evidencia fue, sin duda alguna, más fuerte que sus prejuicios y su sensibilidad.

Tampoco era por simpatía ni por consideración que los Conquistadores llamaban *papas* a los sacerdotes náhuatl. Nada debía de parecerles más indecoroso, para no decir sacrílego, que dar a esos ministros de los "ídolos", por más que llevaran sotanas negras con capuchones "como los de los dominicos", el título del Sumo Pontífice de la cristiandad. Si lo hacían, era porque los sacerdotes de Olin Tonatiuh y los de Quetzalcóatl se designaban a sí mismos con este nombre, Ahora bien, en idioma náhuatl, sacerdote se dice *tlamacazqui* y, por otro lado, *papa* no es vocablo náhuatl. Los indios utilizaban esta palabra para hacerse entender por los Blancos, y lo conseguían. ¿Pero cómo conocían el término, que los españoles no empleaban, por cierto, para designar a sus capellanes?; ¿dónde se llamaban "*papas*" los simples sacerdotes? En Irlanda. Los *papas* (*paba*, del latín *papa*) eran los monjes anacoretas que poblaron las islas del Atlantico Norte, inclusive Islandia, antes de los escandinavos que los conocían muy bien y los llamaban *papar*. Por otro lado, sabemos por las sagas que los irlandeses habían colonizado *Huitramannaland*, tierra situada al Sur de Vinlandia y sólo separada de México por Florida, como lo muestra el mapa de la Figura 3, y que entre sus pobladores había sacerdotes. Lo inverosímil para ellos son los aspectos a la vez profundos y secundarios de su fe que guerreros analfabetos, o poco menos, no habrían sabido exponer. Los elementos a que nos referimos son más tangibles y sólo pueden haber sido aportados por cristianos.

Tampoco aludimos a los relatos de tipo bíblico que recogieron los cronistas después de la Conquista y que pueden haber sido el producto de la imaginación sincretista de los indios. Vale la pena, sin embargo, mencionar, cuanto más no fuera a título de curiosidad, dos versiones del Diluvio, en las cuales se nota una doble influencia local y hebraica. En Michoacán, se decía que Tezpi y su mujer escaparon del Diluvio en un bote, llevando consigo aves y animales (*sic*). Después de un tiempo, el Noé náhuatl echó a volar un buitre, que se quedó devorando cadáveres de gigantes ahogados. Luego, soltó un colibrí, que volvió con un ramo en el pico. En Chiapas (actual Guatemala), se contaba que Votan era nieto del ilustre anciano que se salvó con su familia, en una balsa, de la gran inundación en la cual pereció la mayor parte de los seres humanos. El dios-hombre cooperó en la construcción de un gran edificio gracias al cual se pretendía escalar los cielos. Teotl se enojó. Destruyó por el fuego la pirámide sin terminar, dio a cada familia un idioma distinto y mandó a Votan a poblar el país del Anáhuac.

Reencontrar en la meseta mejicana el Misterio de la Encarnación es, por cierto, más sorprendente y no hay, en este caso, probabilidad de sincretismo, pues el mito constituye uno de los fundamentos de la teogonia náhuatl. Ya hemos relatado más arriba cómo Olin Tonatiuh y Quetzalcóatl tenían la misma madre, Coatlicue —también llamada Cihuacóatl, *mujer serpiente*— que concibió a sus hijos sin intervención masculina, al segundo al tragarse una piedra preciosa y al primero, al esconder en su seno una pluma blanca —algunos textos dicen una bola de plumas— recogida en un templo que estaba barriendo como castigo por haber arrancado la rosa prohibida. Coatlicue, que los nahuas llamaban Madre Tierra y Nuestra Señora y Madre, es así, como la Eva bíblica, la responsable del pecado —y de los dolores del parto, con los cuales el dios lo sanciona— y, como la Virgen María, la madre del Redentor milagrosamente concebido.

¿Podría un analista extremadamente suspicaz dudar de la autenticidad de estas últimas coincidencias y atribuírlas a la astucia de los indios, deseosos de congraciarse con los sacerdotes españoles?. Semejante escepticismo no cabría, de cualquier modo, ante la existencia, entre los nahuas, de cuatro de los siete sacramentos de la Iglesia Católica: el bautismo, la confesión, la comunión y el matrimonio. El orden debía de existir también, puesto que el sacerdocio estaba rígidamente organizado y reglamentado. Sólo se desconocían la confirmación, que tenía poca importancia litúrgica en el catolicismo medieval, y la extremaunción, que no es sino una forma particular de absolución de los pecados.

El sacramento náhuatl del bautismo no necesitaba del sacerdote, cuya intervención tampoco es imprescindible para el bautismo cristiano. Su ministro era la partera que, después de cortar el cordón umbilical, dirigía esta plegaria a la diosa del agua, Chalchiuhtlicue: "*Ya está en*

*vuestras manos. Lavadla (la criatura) y limpiadla como sabéis que conviene. Purificadla de la suciedad que ha sacado de sus padres, y las mancillas y suciedades, llévelas el agua y deshágalas, y limpie toda inmundicia que en ella hay. Tened por bien, Señora, que sea purificado y limpio su corazón y su vida*...". Unos días después, se celebraba, en medio de grandes festejos familiares, el bautismo propiamente dicho. Con sus dedos mojados, la partera depositaba algunas gotas de agua en la boca del recién nacido: "*Toma, recibe. Con esta agua vivirás en la tierra, crecerás y reverdecerás. Por ella recibimos lo que nos es necesario para vivir en la tierra. Recibe esta agua*". Luego, mojaba del mismo modo el pecho del niño: "*Esta es el agua celeste. Esta es el agua purísima que lava y limpia tu corazón. Recíbela. Que tenga por bien purificar tu corazón*". Después, la partera le echaba unas gotas en la cabeza: "*Que esta agua entre en tu cuerpo y viva en él, esta agua celeste, esta agua azul*". En fin lavaba todo el cuerpo del recién nacido: "*Dondequiera estés, tu que podrías perjudicar a este niño, déjalo, anda, apártate de él, pues ahora este niño nace de nuevo, de nuevo lo forma y le da luz nuestra madre Chalchiuhtlicue*".

El sacramento náhuatl de la penitencia se recibía, como el *Consolamentum* de los cátaros, sólo una vez en la vida, y mediante confesión auricular. El sacerdote decía al penitente: *"Estos son tus pecados, que no solamente son lazos y redes y pozos en los cuales has caído, pero también son bestias fieras, que matan y despedazan el cuerpo y el ánima... Por tu propia voluntad te ensuciaste... y ahora te has confesado... has descubierto y manifestado todos ellos (los pecados) a Nuestro Señor que es emperador y purificador de todos los pecadores... Ahora nuevamente has tornado a nacer, ahora nuevamente comienzas a vivir, y ahora mismo te da lumbre y nuevo sol Nuestro Señor Dios... Conviene que hagas penitencia trabajando un año o más en la casa de Dios...".*

El sacramento náhuatl de la comunión se daba, una vez por año, a los adolescentes, que sólo podían recibirlo después de un año de penitencia. Con harina molida por ellos mismos, los sacerdotes preparaban la masa con la cual hacían el cuerpo de Uitzilopochii. Al día siguiente, un hombre que representaba a Quetzalcóatl —tal vez el Sumo Sacerdote de este dios— disparaba una flecha en el corazón de la hostia. Luego, se deshacía el cuerpo. El corazón se repartía entre los jóvenes. "*Cada uno comía un pedazo del cuerpo de este dios* —dice Sahagún— *y los que comían eran mancebos, y decían que era el cuerpo del dios*".

El casamiento se realizaba mediante dos ceremonias distintas. En la primera, los novios se sentaban cerca del hogar y las casamenteras anudaban juntos el manto del joven y la blusa de la joven. Ya estaban casados, pero sólo podían consumar el matrimonio después de cuatro días de plegarias en la cámara nupcial. El quinto día, un sacerdote bendecía su unión echando sobre ellos un poco de agua consagrada.

Hemos dicho más arriba que los nahuas no conocían el sacramento de la confirmación. Éste constituía, por el contrario, entre los mayas, uno de los ritos de mayor importancia. Se realizaba en el patio del templo, en cuyas esquinas se sentaban cuatro honorables ancianos, sosteniendo una soga. En el cuadro así formado se ubicaban niñas de doce años y varones de catorce. El sacerdote, con su sotana blanca y sus ornamentos, los purificaba con *copal* —el incienso de Mesoamérica— y los jóvenes confesaban públicamente sus pecados. Luego, después de la debida amonestación, el oficiante aplicaba a cada uno "agua virgen". No sabemos si esta ceremonia reemplazaba el bautismo y la confesión o se agregaba a ellos. El matrimonio maya era semejante al náhuatl y, como éste, comportaba una bendición sacerdotal.

Más "cristiana" en su teología que la mesoamericana, la religión peruana lo era menos en cuanto a sus ceremonias. Probablemente porque sólo conocemos de ella la forma que adoptó en el Imperio incaico, cuando el Emperador, encarnación del Sol, centralizaba en su persona —y a veces confundía— el orden político y el orden religioso. Es así cómo el matrimonio tenía un mero carácter civil, formalizado por el soberano para los miembros de la familia Real y por los *curacas* —los señores indígenas— para el pueblo, con la simple unión de las manos de los contrayentes. No sabemos si existía en el Perú algo parecido al bautismo. Estamos muy bien informados, por el contrario, respecto de la comunión que formaba parte de las fiestas de *Intip Raymi* y de *Uma Raymi*. En la primera, que Garcilaso asimila a las Pascuas cristianas y que tenía lugar, poco después de éstas, en el solsticio del verano europeo (o sea en el solsticio de

invierno austral), las Vírgenes del Sol, para los incas, y "doncellas" para la gente común, como dice Garcilaso, preparaban una grandísima cantidad de una masa de maíz, que se llamaba *zancu*, y hacían con ella panecillos redondos del tamaño de una manzana, de los que se tomaban dos o tres bocados al principio de la comida. Al día siguiente, cuando salía el Sol, el Emperador iba a la plaza mayor del Cuzco y tomaba dos grandes vasos de oro, llenos de su brebaje. El vaso que tenía en la mano derecha, lo volcaba en un tinajón de oro, que se comunicaba por un caño con la Casa del Sol. Del vaso de la mano izquierda, el Inca tomaba un trago y, luego, repartía el resto entre los demás incas, dando un poco a cada uno en un pequeño vaso de oro o plata. Los *curacas*, que estaban en otra plaza, recibían la misma bebida, preparada por las Vírgenes del Sol, pero no tocada por el Emperador. Nada más parecido que este rito a la Santa Cena de algunas iglesias protestantes.

En la segunda de las mencionadas fiestas, se preparaban dos tipos de pan de maíz. Uno, amasado normalmente, se comía con el desayuno, después de la salida del Sol. El otro, preparado con sangre de niños de cinco a diez años, a quienes se lo extraía de la juntura de las cejas, hombres y mujeres se lo pasaban por el cuerpo y luego lo pegaban a los umbrales de la puerta de su casa. Notemos que las dos fiestas en cuestión eran los únicos días en que los incas y sus súbditos usaban pan.

Los cronistas mencionan también la existencia, en el Perú, de la confesión pública. Pero hay ciertas dudas acerca de su significación. Mientras los españoles de la Conquista le atribuían un carácter religioso, algunos autores de hoy piensan que se trataba más bien de una autocrítica hecha ante las autoridades civiles, lo cual confirmaría lo que hemos dicho más arriba acerca de la secularización de la vida religiosa en tiempos del imperio incaico.

Las ceremonias náhuatl, mayas e incaicas a menudo estaban acompañadas de ayunos y mortificaciones. El mismo Quetzalcóatl, o mejor uno de los dos personajes históricos que la tradición fusionó con este nombre, llevaba una vida ascética, se flagelaba y se levantaba de noche para rezar. Pero Quetzalcóatl —el Señor de la Penitencia— era "manso y suave". No así los nahuas que lo habían echado. Para ellos, el autosacrificio debía ser sangriento. Quetzalcóatl "*punzaba sus piernas y sacaba la sangre con que manchaba y ensangrentaba las puntas de maguey*", lo que no pasaba de una práctica común entre los místicos cristianos, y sus sacerdotes seguían el ejemplo. Pero los fieles de Uitzilopochli, en vísperas de las fiestas o, de modo mucho más riguroso, como penitencia posterior a la confesión, iban mucho más lejos: se sangraban las orejas y se traspasaban la lengua con espinas de maguey, pasando por el agujero "muchos mimbres delgados". Peor aún entre los mayas, que se agujereaban el miembro viril.

El ayuno precedía todas las ceremonias. Los jóvenes mejicanos que aspiraban a ingresar en la Orden de *Caballeros Águilas* y *Caballeros Tigres*, por ejemplo, ayunaban de cuarenta a sesenta días. En el país maya, los padres de los confirmandos y los oficiantes de la ceremonia debían abstenerse de alimentos y de relaciones sexuales durante determinado lapso. Para la fiesta de *Intip Raymi*, los incas y sus súbditos se preparaban con tres días de ayuno riguroso, en los que sólo comían un poco de maíz blanco crudo y no dormían con sus mujeres. No son éstos sino ejemplos, pues este tipo de penitencia se practicaba en innumerables oportunidades, tanto en Mesoamérica como —a diferencia de las mortificaciones sangrientas— en Perú.

Mortificaciones y ayunos formaban parte de la vida monástica que los sacerdotes náhuatl llevaban en sus conventos, reuniéndose para orar tres veces durante el día y una vez a medianoche. Pero es en el Perú donde encontramos la institución más parecida a nuestras órdenes religiosas, no sólo por el modo de vida, sino también y sobre todo por los votos perpetuos. Nos referimos a las Vírgenes del Sol, verdaderas monjas que vivían en clausura absoluta en las Casas de Escogidas. Las del Cuzco, todas de sangre Real, eran las esposas del Sol, como las religiosas católicas son las esposas de Cristo. En los conventos esparcidos por todas las provincias, jóvenes de sangre mezclada y hasta, por favor especial, indias puras eran las esposas del Emperador, Hijo del Sol, quien tomaba a las más hermosas por concubinas. Sólo en este último caso las monjas podían quebrar su clausura y su voto de castidad perpetua. En los conventos, las escogidas se dedicaban, al margen de sus obligaciones religiosas, a hilar, tejer y coser las vestimentas que el Emperador empleaba o regalaba. También preparaban la

bebida y el pan que el Inca utilizaba para la "Santa Cena" del *Intip Raymi* y del *Uma Raymi*. Pero su misión principal consistía en conservar, como las Vestales de Roma, el Fuego Nuevo que, en el día del *Intip Raymi*, los sacerdotes prendían con un espejo o, de estar el cielo nublado, con dos palillos "barrenando uno con otro".

La coincidencia de las fechas en las cuales los pueblos americanos celebraban sus principales fiestas con el calendario litúrgico de la Iglesia Católica puede provenir simplemente de una fuente única: el cielo astronómico. Más difícil resultaría explicar del mismo modo las coincidencias de significado que se notan. Ya hemos visto que la fiesta incaica del *Intip Raymi*, que Garcilaso identifica con la Pascua cristiana, tenía lugar, poco después de estas últimas, en el mes de Junio. Pero la ceremonia del Fuego Nuevo, que se celebraba en esa fecha, no tenía sentido alguno en el solsticio austral de invierno. La iglesia sudamericana comete hoy el mismo error al bendecir el Fuego Nuevo, símbolo del Sol Nuevo, en la misa pascual de medianoche, vale decir, a principios del invierno austral, pues festejar la Resurrección del Dios-Hombre, como la del Dios-Sol, tiene sentido en la primavera, cuando la Naturaleza se despierta e inicia un nuevo ciclo vital, o a principios del verano, pero no en el otoño ni a principios del invierno, cuando la noche va desplazando el día y la tierra se adormece.

Primitivamente, *Intip Raymi* era también el Día de los Muertos. La familia Real visitaba las *huakas* donde descansaban las momias de sus antepasados y, en cada hogar, había ritos en homenaje al Kanopa (Penate) de la casa. Pero el Inca Yupanki trasladó estas recordaciones al mes de Noviembre-Diciembre, haciéndolas coincidir, por lo tanto, con el calendario litúrgico cristiano, y también con el Día de los Muertos de los nahuas. Estos últimos, por otro lado celebraban a su manera, en Mayo, la Pascua de Resurrección: se sacrificaba en el altar de Tezcatlipoca a un joven hermoso y educado que personificaba al Sol. Luego se colocaba en la cima de una pirámide una estatua de Uitzilopochli. ¡Muerte y resurrección del dios!.

Veremos en el capítulo VII que las comparaciones que acabamos de efectuar no constituyen las únicas pruebas de la incidencia del cristianismo en la América precolombina, pues quedan rastros arqueológicos de significado indiscutible. Limitémonos aquí a mencionar, con los cronistas españoles, que la cruz se veneraba en innumerables templos de Mesoamérica y del Perú, y que los mayas del Yucatán colocaban cruces en las sepulturas. En una ruina de Palenque, que por esto se llama hoy en día Templo de la Cruz, figura, esculpido en bajorrelieve, el símbolo cristiano de la Redención, con a su pie un niño orando. En Cozumel se veneraba una gran cruz de diez palmos de largo. Y podríamos citar muchos casos más. Entre otros, el que cuenta el cronista Zamora: según las tradiciones indígenas, Sua-Kon, también llamado Hukk-Kon, enviado por Kon Ticsi Huirakocha para civilizar los pueblos del Norte peruano, les enseñó a pintar cruces en sus mantos para vivir santificados en su dios.

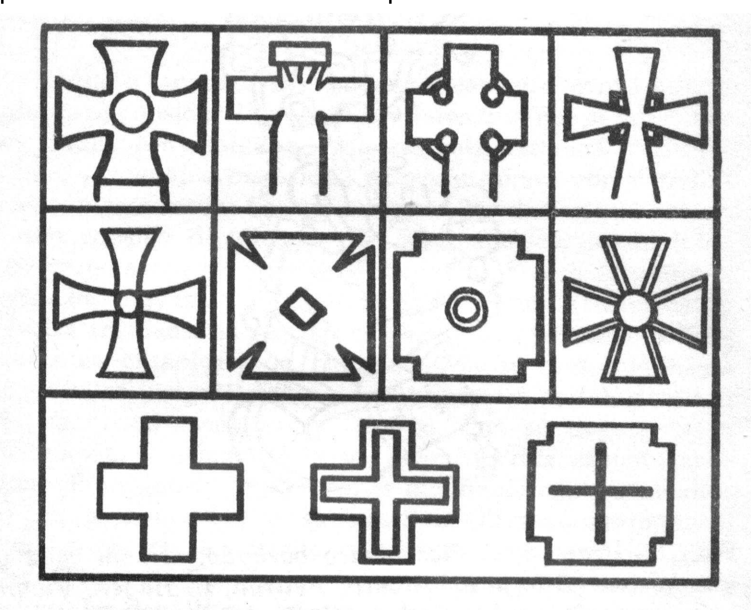


FIG. 12 – *Arriba, cruces vikingas; en el centro, cruces de Quetzalcóatl; abajo, cruces de Tiahuanacu. (Dibujos de la Señora de Rivero, según fotografías de monumentos y códices).*

Sabemos, por supuesto, que la cruz es anterior al cristianismo y que, en las civilizaciones paganas, simboliza a menudo los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales, y en forma de swástika, el Sol en movimiento. No es éste el caso, sin embargo, de cruces netamente cristianas como la llamada cruz de Malta, ya conocida por los escandinavos en la Edad Media, y es ella la que adorna buena parte de las representaciones de Quetzalcóatl. La encontramos igualmente en Tiahuanacu. (Ver Fig. 12).

Las "trinidades", como decía Garcilaso, que se encuentran en la América precolombina nos merecen menos fe que las cruces: Bochica, el

dios Blanco de los muiscas, tenía un solo cuerpo y tres cabezas, y estatuillas de las mismas características fueron halladas en el Perú. Es muy probable, sin embargo, que no tengan ningún origen cristiano y representen meramente algunas de las tríadas conocidas, por ejemplo la del Relámpago, el Trueno y el Rayo. Por el contrario, la iconografía maya nos muestra a un Itzamná (ver Fig. 13) indiscutiblemente cristiano. No hay duda alguna de que el objeto que tiene en la mano izquierda es un cáliz de forma medieval con, encima, una hostia, tal como el sacerdote la coloca, durante la misa, en el momento de la Consagración.



FIG. 13 – *Itzamná, el dios blanco barbudo, con un cáliz y una hostia. (Dibujo de Alberto Beltrán, in Hagen, Victor von:* El mundo de los Mayas, *México, 1964).*

Concluyamos este inciso con una anécdota histórica bastante reveladora. Cuando, cerca del Cuzco, los soldados españoles penetraron por primera vez en el único templo dedicado a Huirakocha, llegaron a la capilla central y hallaron en ella, en lugar del oro que buscaban, la estatua de un anciano barbudo y erguido, que tenía en la mano una cadena atada al cuello de un animal fabuloso tendido a sus pies. No tuvieron vacilación alguna: era la venerada y bien conocida imagen de San Bartolomé.

## 7. Mitos Nórdicos y Ritos Cristianos

Nuestros análisis del presente capítulo confirman y refuerzan considerablemente los datos que nos suministran las tradiciones indígenas. Quetzalcóatl, Itzamná y Huirakocha, personajes históricos, aparecen ahora como divinidades, más o menos confundidos con los dioses que habían traído consigo de Europa. En Mesoamérica, la dualidad que ya notamos entre el Quetzalcóatl guerrero (Kukulkán entre los mayas) y el Quetzalcóatl ascético (Itzamná) se precisa mediante la superposición de dos teologías difícilmente conciliables: una, panteísta, que se confunde, hasta en detalles insignificantes de su expresión mitológica, con el paganismo escandinavo; la otra, con su dogma de la Redención, que manifiesta un inconfundible espíritu cristiano. El origen de la primera es indudablemente germano: lo prueba el nombre de su Dios-Sol: Olin Tonatiuh, en el cual se unifican los dioses de la tríada nórdica: Odín, Thonar (Thor) y Tiu (Tyr). Lo que llama aquí la atención es que los dos últimos dioses mencionados figuran con sus nombres alemanes, y no escandinavos. Lo cual nos permite precisar, como veremos en el capítulo X, la procedencia danesa de Ullman y sus compañeros.

En el Perú, la teología nos aparece más unificada y más depurada: más cristiana, a pesar de su trasfondo panteísta, por privar en ella el dogma de la Encarnación. Kon-Ticsi-Huirakocha —el Rey-Dios Blanco— es dios y hombre a la vez: el dios eterno que se encarna para llevar a la Humanidad el orden y la paz. A la teología se agrega, como aporte cristiano, la práctica de sacramentos —bautismo, penitencia, comunión y matrimonio, entre los nahuas; confirmación, que incluye el bautismo y la penitencia, y el matrimonio, entre los mayas; comunión en el Imperio incaico—, dos de los cuales —la penitencia y la comunión— se encuentran exclusivamente en el ritual cristiano. No olvidemos las fiestas religiosas, en especial la del *Intip Raymi* que, con su ceremonia del Fuego Nuevo, se celebraba, como sigue haciéndose para las Pascuas cristianas actuales, cerca del solsticio de invierno austral y no en el de verano, como sería lógico. Contrasentido éste que sólo puede explicar un cambio de hemisferio sin modificación de la fecha anteriormente establecida conforme a las estaciones europeas.

Los relatos de la Conquista nos permiten identificar el origen de este aporte cristiano, por lo menos en cuanto a Mesoamérica: los *papas*, monjes irlandeses que, según las sagas escandinavas, se habían instalado en Huitramannalandia, muy cerca del Golfo de México, sabemos ahora que llegaron al Anáhuac, personificados por el Quetzalcóatl ascético, y al país maya, donde se los recordaba con el nombre de Itzamná. Ignoramos si el paganismo cristianizado del Perú incaico provino de la fusión de los grupos Blancos cuando la partida de Quetzalcóatl hacia Sudamérica, o de una evangelizacion posterior, ya en el Altiplano, de los *atumuruna*, cuyas nuevas creencias sólo habrían sobrevivido parcialmente al degüello o huída de la mayor parte de ellos después de su derrota de la Isla del Sol.

## Cap. V. Lengua Danesa, Escritura Rúnica

### 1. Las Lenguas Americanas

En medio de centenares de dialectos informes, groseros e inestables, se encontraban, en la América prehispánica —y se encuentran todavía— cinco idiomas que, por su gramática y su vocabulario, constituían vehículos de cultura apreciables: el náhuatl, el maya, el quichua, el aymará y el guaraní. El último, que se hablaba desde las islas del Caribe hasta el litoral de la actual Argentina, escapa del campo de nuestra búsqueda. El anterior —el aymará— había perdido, varios siglos antes de la Conquista, toda posibilidad de desarrollo, al ser incorporada su área al imperio incaico cuya "lengua general" era el quichua, y había permanecido, como permanece aún hoy, como simple medio de expresión de los campesinos del Altiplano boliviano. Por el contrario, el náhuatl, el maya y el quichua pertenecían a pueblos de alto nivel cultural, a sólidas estructuras sociales y políticas, y manifestaban a principios del siglo XVI un vigoroso dinamismo. Desgraciadamente, no nos quedan, de las correspondientes literaturas, impiadosamente destruídas por los misioneros españoles, sino trozos de poca importancia, trascriptos con ayuda del inadecuado alfabeto latino por sacerdotes bien intencionados pero de pocos conocimientos filológicos o por indios hispanizados que dominaban mejor el latín que sus respectivos idiomas maternos.

El náhuatl, el maya y el quichua son lenguas aglutinantes, como las del grupo turanio. Aunque las declinaciones y conjugaciones del quichua se acercan a las flexiones que caracterizan a los idiomas indoeuropeos, las tres se constituyen con raíces de sentido y forma inmutables, a las cuales prefijos y sufijos se agregan para expresar todos los matices del pensamiento. Así, en quichua, citando a Vicente Fidel López: "Si la palabra elegida es *Hamuni*, *vengo*, por ejemplo, la forma fundamental es *Ham*; pero *Ham* no significa de por sí ni *vengo* ni *venida*; expresa simplemente la idea general y abstracta de *venir*. Es esta parte totalmente impersonal la que se llama la raíz... Después de la raíz, distinguimos una o varias sílabas que se agregan a la palabra primitiva y determinan lo que se llama el tema. En *Hamuni*, la segunda parte se reduce a una sílaba y sólo comprende una letra: U. La raíz era *Ham*; el tema es *Hamu*. La adjunción de esta sílaba tiene por efecto el de hacer pasar la raíz del estado abstracto al estado concreto y designar a las personas o las cosas a las cuales corresponde aplicar la idea abstracta que la raíz indica. *Ham* expresa la idea general de venir; hamu expresa la idea concreta de venida. En fin, la tercera parte consiste en una o varias sílabas que se aglutinan a continuación del tema y sirve para marcar las vinculaciones mutuas y las relaciones de tiempo, espacio y causa... La sílaba *ni*, agregada al radical *hamu* indica la relación en la cual me encuentro con respecto a la idea de venida, y el conjunto se traduce por vengo. La sílaba *ri*, intercalada entre el tema *hamu* y la terminación *ni* indica un matiz más y determina mejor la relación en la cual me encuentro con la idea de venida: *hamurini* significa vuelvo. Asimismo, *hamuchini* querrá decir: hago venir; *hamupayani*, vengo a menudo, etc. Nada parecido, por lo tanto, con la construcción de los idiomas indoeuropeos.

De las tres lenguas "políticas" del Nuevo Mundo, dos —el maya y el quichua— retienen nuestra atención. En efecto, se descubrió en ellas una cantidad considerable de raíces arias que, por el motivo arriba indicado, no pueden ser originales, y, por consiguiente, hubieron de

introducirse mediante aportes efectuados por grupos extracontinentales. Sabemos muy bien, por supuesto, cuales son los peligros de análisis lingüísticos de este tipo: un "buen" filólogo conseguirá, sin mayores dificultades, hacer derivar cualquier palabra de cualquier otra, mediante sustituciones, desdoblamientos, inversiones y fusiones sucesivas de algunas de sus letras. Por ello sólo hemos tomado en consideración palabras que son idénticas en lo esencial, dejando a un proceso de transformación, por lógico que éste fuera desde el punto de vista filológico. Aun así, existe la posibilidad de una coincidencia puramente casual: madre se dice *mamá* en quichua, en guaraní, en chino, en castellano y en congoleño, lo cual no implica un mismo origen para estos distintos lenguajes, ni pasó la palabra en cuestión de uno a otro. Pero cuando dos idiomas tienen en común cientos de palabras complejas, y no simples onomatopeyas ni sonidos espontáneos del recién nacido, no hay prudencia que nos pueda impedir llegar a la conclusión de que algún contacto hubo entre pueblos que los hablaban.

El hecho de que sólo consideremos aquí los idiomas maya y quichua no significa que el nahuátl y el aymará carezcan de interés para nuestra búsqueda, sino simplemente que nunca se han realizado en lo que a ellos atañe análisis etimológicos parecidos a los que vamos a reseñar o que, si se hizo alguno, no lo conocemos. Unas pocas observaciones filológicas casuales muestran que, muy verosímilmente, se podrían encontrar, también en las mencionadas lenguas, raíces europeas. Por ejemplo, la palabra nahuátl *lan* –y no *tlan*, como a menudo se dice– con el sentido de "lugar", recuerda irresistiblemente el *land* germánico, del mismo significado, y la tentación es fuerte de hacer derivar el nombre del pueblo Gualilán, situado en una región aurífera, de *land*, lugar, y *güel*, oro en antiguo alemán: "lugar del oro", "tierra del oro". ¿Y cómo se podría considerar casual la semejanza de *papillo* y de *papalotl*, mariposa en latín y en náhuatl, respectivamente?. Asimismo llaman la atención hasta al lego las palabras aymaráes *huta*, casa, cuando encontramos, con el mismo sentido, *Hutta* en el antiguo alto alemán e *hytta* en danés, *suca*, surco (latín, *sulcus*, ídem) o *sataña*, sembrar (latín *satus*, la siembra).

Inclusive en idiomas indígenas desaparecidos, trabajos lingüísticos que datan de los primeros siglos de la Conquista nos permiten encontrar raíces germánicas y latinas. Hermann Leicht señala algunas en el único vocabulario mochica que nos ha llegado, establecido en el siglo XVII por el mestizo Fernando de la Carrera. Hallamos así en la lengua de los chimúes: ANMANN-vecino; alemán *Anmann*, el hombre de al lado. ENG o INGA, madre (ya vimos en el capítulo III que *ing*, en todos los idiomas germánicos, es un sufijo que marca la pertenencia a un linaje, vale decir la descendencia). FEIN, mentir; latín *fingere*, fingir (la transformación de *fin* en *fein* se da en el francés *feindre*, fingir). JUNGEIS, cría de animales; alemán *jung*, joven. MOIN, yo; alemán *mein*, mi (francés, *moi*, yo, mi). PIS, malo; latín *pejus*, malo (francés, *pis*, de modo peor). SAPP, boca; alemán *saufen*, beber. TAERAEG, perezoso; alemán *trage*, ídem. TSITSU, pecho; alemán *Zitze*, pezón.

El estudio de que disponemos con respecto al maya no se refiere al idioma de este nombre empleado en el Yucatán, sino a una de sus variantes, el quiché, hablado por un pueblo de Guatemala, al que debemos el Manuscrito de Chichicastenango, conocido como *Popol Vuh*, que analizamos en el capítulo anterior. Fue realizado por el abate Etienne Brasseur de Bourbourg, que llegó en 1853 a Guatemala, donde desempeñó el cargo de cura párroco de Rabinal, pueblo de 6.000 indios de lengua quiché, y de San Juan Sacatepequez, donde se hablaba un dialecto maya muy parecido al quiché, el cakchikel. De vuelta en París, Brasseur de Bourbourg publicó no sólo el llamado *Popol Vuh*, con el texto quiché y la traducción francesa, sino también —en 1863— una *Grammaire de la Langue Quichée* que contiene, además de notas filológicas, un extenso vocabulario en el cual figuran unas trescientas palabras con indicación de raíces danesas, alemanas, flamencas, inglesas, francesas y latinas, sin hablar de unas pocas gaéiicas, siempre idénticas o muy parecidas a formas germánicas.

Tal multiplicidad de fuentes se debe al hecho de que el autor trabajó con diccionarios modernos. En realidad, las raíces alemanas, flamencas e inglesas tienen un origen común en el antiguo alemán —y las flamencas o neerlandesas son las más numerosas por ser el idioma de los Países Bajos el que más formas arcaicas ha conservado, como lo señala Bourbourg—, mientras que las francesas proceden del latín o del antiguo alemán. Por no ser filólogo, nos limitamos a reproducir, en los incisos siguientes, las indicaciones del autor, eligiendo para cada

grupo las palabras quichés cuya procedencia resulta más evidente para el lego. Este procedimiento nos ha llevado a dejar a un lado los vocablos cuya etimología Brasseur de Bourbourg da como inglesa, pues la búsqueda de las raíces germánicas primitivas constituye una tarea que no estamos en condiciones de efectuar. En cuanto a las pocas raíces francesas, no tuvimos dificultad en remontarnos a sus fuentes originarias, y son éstas las que indicamos.

Pocos años depués de la *Grammaire de la Langue Quichée*, en 1871, el discutido historiador argentino Vicente Fidel López publicó en París una obra, *Les Races Aryennes du Perou*, que se basaba en un descubrimiento análogo, esta vez con respecto al quichua. Al analizar este ultimo idioma desde el punto de vista filológico, encontro en él unas trescientas palabras de raíz sánscrita. Dedujo de ello, un tanto apresuradamente, que el pueblo quichua era de raza aria. El absurdo de semejante conclusión no quita nada, por cierto, al estudio lingüístico en sí. Este, sin embargo, es evidentemente incompleto, pues faltan las palabras europeas a través de las cuales las raíces sánscritas penetraron en el quichua. Al considerar el idioma como esencialmente ario, López descartó una intermediación que, para nosotros, resulta imprescindible. Sin ser filólogo, hemos encontrado algunas fuentes. Pero, en este campo, todo queda por hacer. Las tradiciones indígenas nos suministran dos indicaciones preciosas acerca del camino seguido por las raíces indoeuropeas en cuestión. Sabemos, en efecto, por un lado, que los altos funcionarios de Mayapán, capital de la Confederación Maya, se reclutaban mediante un examen en el cual debían demostrar su conocimiento de la "lengua de Zuyua", y por otro, que los incas —vale decir los integrantes de la aristocracia blanca del Perú— poseían una "lengua particular" que estaba prohibido a los indios aprender. En vano se ha tratado de identificar este idioma, ya desaparecido en la época de la Conquista. Alcide d' Orbigny supone que se trataba del aymará, lo cual, además de gratuito, no resiste el menor análisis, puesto que los aymaráes constituían un pueblo sometido por el imperio incaico. No se entiende cómo los Hijos del Sol habrían podido elegir como lengua sagrada el idioma de los vencidos. Por otro lado, las pocas palabras de esa "lengua particular" que conocemos por Garcilaso no son aymaráes. Y, de cualquier modo, no fue de un idioma indígena que provinieron las raíces arias del quichua. Es mucho más lógico aceptar como hipótesis de trabajo que la "lengua de Zuyua" y la "lengua particular" de los incas eran el idioma primitivo —europeo— de los dioses Blancos.

## 2. Raíces Danesas del Quiché-Maya

Damos a continuación, según Brasseur de Bourbourg, una lista de raíces y palabras quichés (en mayúsculas), con, para cada una, el vocablo danés (en bastardillas) de donde presumiblemente procede. AH, (aj) caña, mazorca; *Ax*, espiga (la "h" quiché es aspirada, como la "j" castellana). AMAG, pueblo; *Amt*, distrito. AU, sembrar; *Aul*, agricultura. BA, mascar; *Bage*, amasar. BAN, hacer; *Bane*, hacer posible. BEY, camino; *Bei*, id. BOX, encender el fuego; *Bloese*, id. CAR, pescado; *Karpe*, carpa. ETAL, posteridad, señal, exposición, escaparate; *Aet*, nacimiento, origen, y *stald*, tabla, puesto. HACH, cortar, dividir; *Hakke*, hachar. HAL, mazorca seca; *Halm*, caño de la gavilla. HIATZ, convidado; *Giest*, huésped, convidado. HITZ, ahorcar, colgar; *Hidse*, suspender, izar. HOC, desmontar; *Hug* y *Hugge*, cortar, podar. HUKUB, barco; *Hukert*, id. HUL, hoyo; *Hul*, id. HUZ, alcoba; *Hus*, casa. IL, culpa, mal; *Ilde*, mal, malo. LAG, juntar, pegar, habitar; *Lak*, cola, laca, y *lag*, lecho. LAM, callo, impedir caminar; *Lam*, cojo, parada. LEK, sacar agua del pozo; *Laek-ke*, correr (el agua). LEM, declarar, concertar; *Lempe*, arreglar, preparar. LITZ, malévolo; *List*, astucia. LOM, apretar chupando los carrillos; *Lomme*, bolsillo. LUG, limpiar un campo de yuyos, inclinar, doblar; *Luge*, limpiar un campo de yuyos, y *lude*, inclinar, doblar. MATZE, guardar secreto, cubrirse; *Maske*, máscara. NOH, henchir, hartar; *Nok*, bastante, suficientemente. PAH, medida, medir, pesar, contar; *Pagt*, pacto, contrato. PIL, desollar, descortezar, desvainar; *Pille*, id. QOH, máscara de teatro; QOHIR, ponerse la máscara; QOHER, bailar con máscara; *Kogler*, bufón. RAP, azote, azotazo; *Rap*, golpe. RATIN, hucarán, torbellino; *Rat* y *rattet*, rueda. RIK, desplegar, ensanchar, extender, alcanzar; *Rigelig*, abundante, amplio. TEC, amontonarse, ajustar una cosa sobre la otra; *Toekke*, cubrir. TEM, viga, madero de carpintería; *Timmer*, madero de carpintería. TEX, espesor; *Toet*, espeso. TIX, planchar, aplanar, coser; *Stifc*, punta, costura. TUT, capa con capucha; *Tut*, papalina (cofia antigua, con alas). TZAM, alzar del suelo, colgar, coger; *Samb*, alzar del suelo, coger.

### 3. Otras Raíces Germánicas del Quiché-Maya

Las raíces alemanas, que señalamos con la abreviatura *Al.* en la lista siguiente, y las flamencas (*Fl.*) son, según las indicaciones de Brasseur de Bourbourg, más numerosas en el quiché-maya que las danesas. Pero, en realidad, los tres idiomas tienen un origen común. Así como las raíces flamencas que se mencionan no son sino supervivientes del antiguo alemán, es muy posible que en algunas palabras este último idioma haya incidido en el quiché a través de formas posteriores que pertenecieron al antiguo danés y que no se encuentran más en el danés moderno con cuyo diccionario trabajó Bourbourg.

BAZ, quién, qué; Al. *Was*, id. BUKU, arquear; Al. *Bogen*, arco. COC, tortuga; Fl. *kog*, cáscara; *koker*, estuche. COR, masa de maíz; Fl. *koren*, trigo, grano. COU, fuerte, recio; Fl. *koen*, audaz, ("*oe*" en flamenco se pronuncia "*u*"). CUM, calabaza, taza; Fl. *kom*, taza, bacía. CHAB, rayo, flecha; Fl. *schab*, rayo. CHAI, maltratar, herir; Fl. *schaden*, maltratar. CHAR, hender, partir; Fl. *schqer*, tijeras; *scheur*, rasgadura. CHEK, rodilla; Fl. *scher*, hueso de la pierna, pantorrilla. CHIL, desnudar, descorte; Fl. *schillen*, pelar, piel de fruta, vaina. CHIT, echar chispas; Fl. *schieten*, flechar, arrojar el dardo, penetrar. CHOP, atenazar, hacer pedazos; Fl. *schoppen*, maltratar. CHUR, hender, rajar; Fl. *scheuren*, hender, desgarrar. ER, levantar (en todas las lenguas germánicas, *er*, prefijo que marca el movimiento hacia arriba). GAB, bostezar; Fl. *gapen*, id. GAIL, hiel; Al. *Galle*, id. GER, semejar, igualar (en todas las lenguas germánicas, *ger*, prefijo que marca derecho, igualdad, justicia). GULUL, muy hermoso; Fl. *gul*, claro, franco, abierto, generoso. HAK, bocado; Fl. *haksel*, pedazo, trozo. HAN, cuándo; Al. *wann*, id. HAR, hasta cuándo; Al. *horren*, esperar, tardar. HEC, menospreciar; Fl. *hekelen*, criticar. HEK, colgar; Fl. *haek*, gancho. HEL, allegar hacia sí; Fl. *halen*, arrastrar. HOC, hoja seca; Al. *Hocke*, gavilla. KELEY, piedra; Fl. *kei*, id. KUXIH, morder, echar bocado; Al. *Kuss*, beso. LACH, separarse, divorciarse; Al. *lassen*, abandonar, dejar. LIG, tenderse; Fl. *liggen*, id. LIZ, el que hace mal, el demonio; Al. *listig*, astuto, maligno. LOBIH, alabar; Al. *toben*, id. LOG, precioso, caro, querido; Fl. *lokkaes*, cebo, atractivo. LU, soplo, aullido; Al. *Luft*, aire, viento. LUTZ, bisojo; Fl. *losch*, id. MACH, golpear, trabajar en varias cosas; Al. *machen*, hacer, y *Macht*, fuerza. MAL, ungir, pintar; Fl. *malen*, pintar. MICH, mentir, engañar; Fl. *mis*, engañado, falso. NABE, próximo, primero; Fl. *naby*, cerca, próximo. NAG, pegar, encajar, juntar; Fl. *nagelen*, clavar, atar. NAKAHIH, acercar; Fl. *naken*, id. NIZ, pedo, peerse; Fl. *niezen*, estornudar. PAN, tapador para abrigar la ropa; Fl. *pan*, teja, y *pand*, almacén. PAP, empanarse la boca; Fl. *pappen*, empastar. PI, chillar; Fl. *piepen*, id. PIT, meollo; Fl. *pit*, almendra, meollo. POGO, brotar; Al. *Pockig*, brote. POH, dar bofetada; Al. *pochen*, pegar. QOT, cavar, cincelar; Fl. *kot*, hoyo, agujero. QUIMAR, crecer el pasto; Fl. *kiemen*, germinar. RATZ, rasgar, hendir; Fl. *ryten*, id. TER, seguir; Fl. *terug*, atrás. TI, carne; Al. *Tier*, animal. TZELVACHIH, tener esperanza; Fl. *op den zell wachten*, esperar en el umbral. TZER, dar vahído, oscurecerse la vista; Fl. *zeer*, dolor, mal. VAC, gavilán; Fl. *valk*, halcón. VOR, barrenar, horadar; Fl. *boren*, horadar, y *vorm*, gusano. VUH, libro; Al. *Buch*, id. (la pronunciación es la misma). XOP, volar saltando; Fl. *schoppen*, balancearse, dar patadas. XVAR, dormilón; Al. *schwer*, pesado. YAN, gruñir como el cerdo; Fl. *yangsen*, chillar. ZEE, remero, carpintero; Al. *See*, mar. ZIM, plato sabroso; Fl. *ziem*, miel. ZITZ, arbitrar, juzgar; Al. *Sitz*, sitial, y *sitzen*, estar sentado como lo están los jueces.

### 4. Raíces Latinas del Quiché-Maya

Las raíces latinas encontradas por Brasseur de Bourbourg en el quiché-maya pueden, evidentemente, tienen el mismo origen que las anteriores. Las indicamos en bastardillas. BOL, rollizo; *Bulla*, cualquier cosa arredondada. BOM, bueno, hermoso, pingüe; *Bonus*, id. CUL, garganta, pescuezo; *Collis*, cuello. CUN, partes secretas de la mujer; *Conus*, id. CUR, andar cruzado de una parte a otra; *Curvatim*, de modo curvo. CHUB, saliva, escupir; *Escupire*, escupir. ELEZAH, sacar, librar; *Eligere*, elegir. EN, raíz de ENAH, guardar encerrado; *In*, en. EX, partícula significando pasado; *Ex*, id. GOL, resina, ungüento; *Colla*, cola. GUZ, sabroso, gustoso; *Gustus*, gusto. IR, partícula indicando el pasado, e IBIR, ayer; *Ire*, ir, pasar. LEU, ponerse algo liviano en la cabeza; *Levis*, liviano. LIBAH, de buena gana; *Libenter*, id. LIQUILA, desleír; *Liquidus*, líquido. MEL, palabra suave, de amor; *Mellis*, dulce. MEXQUENA, azadón;

*Machina*, máquina. MITZ, arrojar; *Mittere*, id. MOL, juntar, amontonar; *Molis*, masa. MOR, áspero, duro, atormentar; *Mors*, muerte, y *mordere*, morder. MUL, vez (partícula para contar); *Multus*, mucho, y *multiplicare*, multiplicar. Raíz de CUMULE, acumulo; *Cumulare*, colmar. MUT, cualquier producto molido; *Molitura*, id. ÑOR, comprender el bien y mal; *Ignorare*, ignorar, y *Gnarus*, el que sabe. PIM, gordo; *Pinguis*, id. POPOL, comunitario; *Populus*, pueblo. PUH, podredumbre; *Putrefactio*, id. PUN, poner; *Ponere*, id. PUZ, moho, lo podrido, lo hediondo; *Putrefactio*, podredumbre. QUIT, cortar, quitar; bajo latín *quittare*, id. QUM, calabaza de comer (especie de pepino); *Cumumerus*, pepino. RAM, trozo grande de madera; *Rama*, rama. RARUH, restringir como la fruta verde; *Rarus*, escaso, restringido. REG, abrir los ojos, cuidar, estar alerta; *Regere*, gobernar. REL, dejar de hacer algo; RELIC, lo que se deja; *Relinquere*, dejar, y *reliquiae*, restos (bajo latín, *reliquias*). TOL, desamparar, despoblar; *Tollere*, llevar. TZIB, escritura, y TZIBA, escribir; *Scribere*, escribir. TZOM, consumir; *Sumere*, id. UTUYIH, usar una herramienta; Bajo latín, *utensilia*, herramienta, de *uti*, usar. VAGATIRABIC, vagar, pasearse; *Vagabundus*, vagabundo. VOXLINIC, llamar repetidamente; *Vox*, voz, ruido. YAM, ya; *Jam*, id. ZEC, hallar algo escondido; *Secretum*, secreto. ZOLIH, apartarse, retraerse; *Solus*, solo.

El nombre que lleva el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los reyes quichés, resulta de especial interés para nuestra búsqueda. Está compuesto, en efecto, del sustantivo *vuh*, idéntico en cuanto a pronunciación al alemán *Buch* (pero no al danés *bok*), y del adjetivo *popol*, que deriva indudablemente del latín *populus*, pueblo. Era el "Libro del Pueblo", pero lo tenían los reyes, vale decir la élite que debía dominar la "lengua de Zuyua", que probablemente era nórdica con incrustaciones latinas.

## 5. Vocablos Escandinavos en el Quechua

Ya vimos en los capítulos anteriores que los títulos incaicos eran todos escandinavos. Recordémolos aquí: AYAR, título de los cuatro fundadores del Imperio; en antiguo escandinavo, *jarl*, jefe de guerra, conde. INKA (INGA según las transcripciones españolas de la época de la Conquista. La letra G no existe en el quichua); *Ing*, sufijo que en todos los idiomas germánicos indica el linaje, la descendencia. KAPAK, título del emperador inca; en antiguo escandinavo, *kappi*, hombre valeroso, héroe, campeón, caballero. SCYRI, título de los reyes de Quito; en antiguo escandinavo, *skirr*, brillante, puro (comparativo: *skirri*); *skira*, purificar, bautizar; Skiri-Jon, San Juan (en la época cristiana, el bautista).

A estos vocablos ya mencionados corresponde agregar: AUKI, infante, titulo que usaban los hijos del inca hasta su casamiento; en antiguo escandinavo, *Auki*, retoño. PALLAS, mujer inca. El origen de esta palabra es más dudoso, parece ser el antiguo escandinavo *Félaga*, esposa. La *f*, que no existe en quichua, se habría transformado en una *p*. La *e*, larga y abierta, habría adoptado el sonido de una *a*. Sin embargo, todo esto no es nada evidente. HUIRAKOCHA, de *hvitr*, blanco, y *god*, forma primitiva de *gud*, dios, cuya *d*, pronunciada al modo escandinavo — como la *th* inglesa— se convirtió en *ch* en la transcripción castellana del quichua. Asimismo en cuanto a dos nombres de emperadores incas, de los que Garcilaso nos dice que no tenían sentido en la "lengua general" pero sí debían de tener uno en la "lengua particular" de la aristocracia peruana: MANKO, nombre del fundador de la dinastía, viene, ya lo vimos, de *man*, hombre y *konr*, rey. ROKA, nombre del segundo emperador, al que precede el adjetivo quichua SINCHI, valeroso, parece proceder del nombre escandinavo Hrodgar, que ha dado Roger en francés y Rogelio en castellano.

Hay otro vocablo, íntimamente vinculado con la dignidad imperial, que, según Garcilaso, pertenece a la "lengua particular" de los incas: COREQUENQUE, que Vicente Fidel López ortografía más correctamente KORAKENKE, sin que la sustitución de vocal modifique apreciablemente su pronunciación. Es éste el nombre del pájaro rarísimo que el quichua llama *allkamari* y que suministraba al soberano las dos plumas blancas y negras que ornamenta su tocado. López descompone la palabra en *korak* e *inka*; en *korak*, un derivado del sánscrito *kárava*, cuervo, que ha dado *κόρακι* en griego. Ya hemos mencionado más arriba el origen germánico de inka: *ing*. El de *korak* no es menos claro. Los derivados de *kárava* a veces pierden y otras veces modifican la primera vocal de la palabra sánscrita. Así, en latín, encontramos

*corbellus*, cuervo, y *crocire*, graznar; en francés, *corailler* y *croasser*, que son sinónimos: graznar. Ahora bien, en danés, cuervo se dice *krage*. Puesto que el quichua no contiene ningún vocablo que empiece con dos consonantes distintas, es lógico que una vocal se haya re-introducido entre la *k* y la *r*. *Krage* se convirtió así en *korage* y, por no existir la *g* en el quichua, en *korak*. KORAKENKE significa, pues, en danés, cuervo-inca: el cuervo que pertenece a la aristocracia blanca y, en especial, al emperador.

Señalemos aquí un detalle de interés. Según Garcilaso, el *korakenke* vivía en el valle de Vilkanuta, cerca del Cuzco. Ahora bien: VILKA (HUILKA, según la ortografía actual) significa fortaleza y viene del danés *virk* que tiene el mismo sentido. En cuanto a KANUTA, la palabra sugiere irresistiblemente la transcripción castellana —Canuto— del nombre Knud, llevado por varios reyes de Noruega y de Dinamarca. En el campo de la toponimia, todo queda por hacer; sin embargo, podemos mencionar tres otros nombres de lugares peruanos cuyo origen es evidente:

AYA VIRE, nombre de una ciudad importante del Perú pre-incaico. La palabra no suena a quichua y su etimología escandinava no deja lugar a duda: *yarl*, conde, y *virk*, fortaleza: la Fortaleza del Conde. Notemos que, en este vocablo arcaico, *virk* no había tomado aun la forma que adoptara en quechua —*huilka*— sino aquella misma que encontramos en Normandía donde el nombre de la ciudad de Vire tiene el mismo origen.

KUNDINAMARKA (Cundinamarca, según la transcripción española), nombre que llevaba en la época incaica —y sigue llevando aún hoy día— la meseta de Bogotá; la actual Colombia, límite Norte del imperio de los incas. MARKA tiene el mismo sentido en antiguo escandinavo que en quichua: el de marca, de provincia de frontera. KUN o KON (recordemos que la *u* y la *o* se confunden en el quichua) procede de *konr* —la r es la desinencia nominativa y desaparece en los demás casos—, palabra ésta que significa "hombre noble", "descendiente de una familia noble" y, por extensión, "rey", tomando posteriormente con este último sentido, las formas *konungr*, en noruego, y *konge*, en danés. Quedan las dos sílabas DINA en las cuales vemos una deformación de DANE, posterior a la Conquista, sugerida y casi impuesta a los cronistas de la época que no tenían nada de filólogos, por la palabra castellana Dinamarca. El vocablo primitivo, KUNDANEMARKA, significaría, pues, en danés, "Marca Danesa del Rey".

KUSKU, nombre de la capital de los incas, que escribimos hoy en día Cuzco. Garcilaso nos dice que la palabra pertenecía a la "lengua particular" de los incas, y significa "ombligo, centro del mundo". Nos encontramos ante un hecho sumamente revelador: no es en el antiguo escandinavo donde tenemos que buscar el origen de este nombre, sino en el finés: *keskus*, centro, medio. Los escandinavos conocían perfectamente a los fineses, a los que llamaban *Skraelinger* —enclenques—, apodo éste que aplicaron, como ya vimos, a los esquimales y amerindios. Hasta se habían introducido en el finés algunos vocablos germánicos: por ejemplo, *kuningas*, rey (de *konungr*) o *kaunis*, hermoso (de *skounis*). El proceso inverso no es, por lo tanto inverosímil. Hasta es posible que fineses hayan integrado la expedición de Üllman, pues los vikingos a menudo reclutaban a soldados extranjeros. Creemos, no obstante, que hay una explicación más satisfactoria: cuando los *atumuruna* conquistaron el Perú, dieron un nombre finés a la ciudad indígena más poblada, un poco como llamamos "*supermarkets*" nuestros almacenes de estilo norteamericano.

## 6. Raíces Indoeuropeas del Quechua

No es nuestro propósito reproducir aquí el "Vocabulario Ario-Quichua" (*sic*) que ocupa cuarenta y cuatro páginas de la obra de Vicente Fidel López. Sólo puede interesar a los especialistas que lo tienen a su alcance. Repitamos, por otro lado, que no contiene sino datos indicativos y que el análisis, en función del antiguo escandinavo y del latín, de los vocablos que incluye queda por hacer. Limitémonos, pues, a dar algunos ejemplos de este trabajo incompleto. A lo más nos permitiremos, en algunos casos, agregar, entre paréntesis, a las referencias del autor tal o cual palabra escandinava o latina, conocida hasta por el lego que somos, que nos parece poder constituír el origen directo del vocablo citado.

AKKA, cerveza de maíz; sánscrito, *aka*, bebida fermentada; latín, *aqua*, agua; gótico *ahva*, id.; danés *akvavit*, aguardiente (N.del.A: el sánscrito *aka* no figura en ninguno de los diccionarios que consultamos). ALLPA, tierra; sánscrito, *halá*, ara (antiguo escandinavo, *alpia*, montaña). AMAUTA, los astrónomos del Perú; sánscrito, *amata*, *amati*, tiempo, año, luna. (antiguo escandinavo, *amala*, adivino). ANKA águila, (textualmente, garra); sánscrito, *nak'a*, *nak'am*, uña, garra; latín *unguis*; alemán *Nagel*, garra; danés, *negl*, garra. ANKALLINI, quejarse, gritar; sánscrito, *ahas*, *ahatis*, dolor; zend, *azañh*, dolor; latín, *ango*, *angustus*, *anxius*. ARARIHUA, granjero, mayordomo (N.delA.: en Argentina, se llama mayordomo al jefe de explotación de una estancia); latín, *arare*, *arator*, *aratio*, *aratrum*, *arvus*, *arvum*; gótico, *arjan*[3], arar, y *aha*, *aran*, arar (antiguo escandinavo, *ard*, arado). APANI, llevar, levantar; sánscrito, *apa*; zend, *apa*; latín, *ab*, *abs*; gótico, *af*, fuera de; antiguo alto alemán, *aba* (danés, *af*, de, fuera de). AYMURALLU, cobertizo de cañas debajo del cual se colocan las cosechas; sánscrito, *ahi*, serpiente, y por derivación, pliego, lugar, y *mur*, rodear, vestir; latín, *murus*, muralla; antiguo alto alemán, *mura*, muro. AYRI, hacha; sánscrito, *ir*, herir, golpear; latín, *ira*, ira, y *arma*, armas. AYUNI, cometer adulterio; sánscrito, *yu*, juntar, unir, y *yoni*, unión sexual (latín, *jungere*, juntar, unir). KAKKA, cumbre de montaña; sánscrito, *kakút*, cumbre (antiguo escandinavo, *har*, alto; alemán, *hoch*, id.; danés, *hog*, id.). KALLA, huso; sánscrito, *krt*, hilar, tejer (latín, *colíus*, huso). KOLLI, hogar, cenizas; sánscrito, *culli*, hogar (escandinavo, *kol*, carbón). KUNANI, aconsejar, predicar; sánscrito, *kun*, dirigir la palabra, dar un consejo (danés, *kundgore*, publicar, promulgar). KUS, tos; sánscrito, *g'us*, dar un sonido, hacer ruido, y *kas*, toser; lituano, *koster* (danés, *hoste*, tos). KUTANI, moler; sánscrito *kut*, dividir, romper (inglés, *cut*, cortar). K'KAMANI, crear, procrear; sánscrito, *kama*, amor (latín, *cama*, cama estrecha). K'KATANI, rodear, cubrir; sánscrito, *c'ad*, hacer sombra; griego, *σκοτάδι*, oscuridad; gótico, *skadus*, sombra; inglés, *shade*; lituano, *szétra*, tienda. K'KAUNI, hojas verdes del maíz, secadas para servir de forraje; griego, *εγκαυμα*, quemar, quemadura; gótico, *hais*, antorcha, y *hauri*, olla; lituano, *kaistu*, estar caliente. K'KEA, pus, materia corrompida; latín, *caca*; lituano, *szizu*. KOCHA, mar, lago, estanque (antiguo alto alemán, *cocho*, barco). K'KORI, oro; sánscrito, *hiranam*; zend, *zaranu*, oro; gótico, *gulth*; alemán, *gold* (danés, *guld*, oro). CHAKRA, granja; sánscrito c'akra, provincia, distrito; griego, *κύκλος*, círculo; latín, *circus*, circo, y *circum*, alrededor de; antiguo alto alemán, *kring*, anillo (danés, *ring*, *Kreds*, distrito, círculo). CHAPUNI, amasar, moldear la tierra; sánscrito, *kopatí*, cavar; lituano, *kapas*, tumba; gótico, *ship*, arado; alemán, *schafjen*, crear, moldear; inglés, *shape*, forma. CHUPE, sopa; sánscrito, *supa*, salsa (danés, *suppe*, sopa). HAKKALLU, pico verde (danés, *hakke*, picar). HAMUNI, venir; sáncrito, *ga*, *gam*, *hamm*, ir; zend, *ga*, *gam*, ir, *j'am*, venir; gótico, *quimón*, *queman*, *koman*, venir. HANAK o HANAN, arriba (*hana pacha*, cielo); gótico, *ana*; eslavo, *na*, hacia, sobre, arriba. HARKANI, proteger, cuidar; latín, *arx*, *arca*, *arceo*. HATUN, grande; sánscrito, *att*, sobrepasar, sobresalir, elevarse (antiguo escandinavo, *yotun*, gigante). HUAKU, gavilán (se pronuncia casi VAKU); sánscrito, *vaka*, pájaro, demonio (danés, *falk*, halcón). HUASI, casa; sánscrito, *vas*, habitar (danés, *hus*, casa). HUAHUA, niño; sánscrito, *su*, engendrar, *sutas*, *sunnus*, hijo; zend, *hunu*, hijo; gótico, *sunus*; eslavo, *synus*; lituano, *sunus*; alemán, *Sohn*; inglés, *son*; irlandés, *hua*, *ua*, hijo (danés, sön). HUILKA, persona o plaza sagrada, sacerdote, iniciación (se pronuncia casi VILKA) (N.delA.: en quichua, la palabra se emplea casi siempre con el sentido de fortaleza); sánscrito, *vil*, cubrir, esconder, y el sufijo *ka*, misterio (escandinavo, *virk*, fortaleza). MAKTA, joven, robusto, mozo; sánscrito, *mahat*, grande, fuerte; latín, *magnus*; lituano, *maknu* (danés, *magt*, fuerza, poderío). MARKA, torre, fortaleza de frontera (N.delA.: en realidad, marca, provincia de frontera); gótico, *mark*, frontera (antiguo escandinavo, *marka*, marca). MUKA, la sariga[4]; sánscrito, *mushas*, rata; latín, *mus*; eslavo, *mysi*, rata, laucha (danés, *mus*, rata). NAKKANI, matar, degollar; sánscrito, *nac*, desaparecer, perecer; zend, *nacu*, cadáver; latín, *nex*, *necare*; gótico, *naaus*, *navis*, muerte, cadáver. PAKTA, precaución, ardid, igualdad, examen; sánscrito, *pac*, mirar, examinar, tener cuidado (danés, *pagt*, pacto, contrato). PILLU, pluma, corona, guirnalda; sánscrito, *plu*, volar; latín, *pluma*, pluma. PIRKA, muro, muralla; sánscrito, *prc*, unir, atar; alemán, *Burg*; inglés, *borough*; antiguo alemán, *Pwrg* (danés, *borg*, castillo, fortaleza). PIRRHUA, granero; sánscrito, *pura*. RIMANI, hablar; sánscrito, *ruh*, *ru*, hablar (danés, *rim*, rima, *rimelig*, razonable). RUMI, piedra; latín, *roma*, *ruma*, piedra. TAUNA, bastón, tallo; sánscrito, *tan*, alargar, *tanu*, delgado; latín, *tenuis*. YSKAY, dos; sánscrito, *dva*, dos; alemán, *zwei*; inglés, *two* (danés, *to*, dos).

---

[3] El texto de López dice ayan, probablemente por un error de imprenta no corregido.

[4] Error de traducción de López: no hay sarigas en el Altiplano. Debe de tratarse de algún roedor.

## 7. La Escritura

Con el problema filológico se vincula estrechamente el de la escritura. Puesto que encontramos en los idiomas americanos precolombinos numerosas palabras de origen europeo, ¿cómo es posible que los nahuas, mayas y quechuas hayan desconocido la escritura fonética?. Una explicación sencilla sería que los vikingos que llegaron a América eran analfabetos, cosa común en la alta Edad Media europea, inclusive entre los señores, y que la influencia de los *papas* no fue bastante profunda ni bastante duradera como para trasmitir a los indígenas una técnica tan complicada. Pero tenemos que desecharla, pues la tradición nos dice claramente que Quetzalcóatl trajo la escritura a los pueblos mejicanos. No podía tratarse de los jeroglíficos que nahuas y mayas utilizaban en tiempos de la Conquista y que no tienen relación alguna con los sistemas gráficos del Viejo Mundo. Por otro lado, la tradición mesoamericana parece indicar vagamente que otro tipo de escritura se había empleado en otra época pero, posteriormente, había sido olvidada.

Los peruanos tenían un recuerdo más preciso. Montesinos nos relata, con detalles que su incomprensión natural no le hubiera permitido inventar, cómo en una época de *chilhi* —palabra que traduce por "mala suerte"— tribus extranjeras atacaron al Perú y destruyeron su dinastía. *Chilhi* nunca significó "mala suerte", pero los hombres de Cari, que vencieron a los *atumuruna*, eran chilenos. Fue en aquel tiempo, dice el cronista, cuando se perdió el uso de la escritura alfabética. Los sacerdotes explicaron, en efecto, a Topa Kauri Pachacutec, jefe de los sobrevivientes del desastre, escondidos en la montaña en Tambo-Toko (Tampu-Tuku, el Albergue-Refugio) la causa de las calamidades ocurridas. El príncipe prohibió entonces, bajo las penas más severas, usar pergaminos y hojas de banano para trazar en ellos caracteres algunos. La orden fue tan estrictamente cumplida que nunca más se empleó el alfabeto. Unos años después, un *amauta* –un sabio– inventó una nueva especie de letras, pero murió en la pira. La medida no impidió, por supuesto, que los invasores siguieran con sus depredaciones ni que el país volviera al estado salvaje, del que, más tarde, lo sacarían los incas.

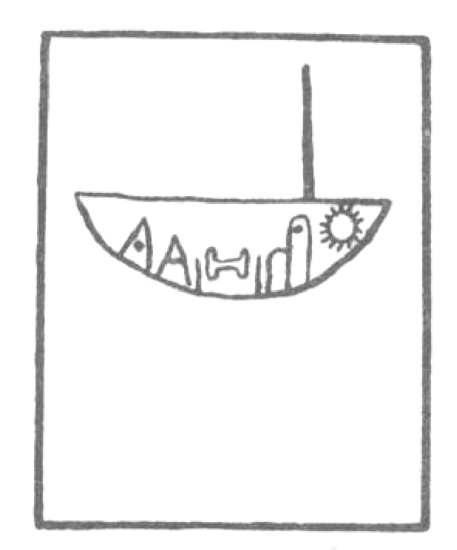


FIG. 14 – *Inscripción del Chinkana, en la Isla del Sol.*

145

¿Hubo realmente tal prohibición de la escritura alfabética?; ¿se aprovecharon los sacerdotes de la situación imperante para destruír, mediante un *auto de fe* total y definitivo, una cultura laica que atentaba contra su poder?; ¿o bien la escritura se perdió lisa y llanamente como consecuencia de la derrota y de la huída de todos los *Atumuruna* que sabían utilizarla?. No lo sabemos. Pero el hecho parece innegable: los Blancos del Altiplano tenían un alfabeto cuyo empleo desapareció en el período de regresión cultural que siguió a la batalla de la Isla del Sol.

Por lo demás, han llegado hasta nosotros dos inscripiciones peruanas de indiscutible carácter alfabético. La primera se halla en un edificio de la Isla del Sol, en el lago Titicaca, el Chinkana, convento de las Vírgenes del Sol (ver Fig. 14). En ella reconocemos sin mayores dificultades algunos caracteres latinos: dos A, una H de trazos verticales acortados y una M o N deformada

en función del marco. La segunda se encuentra en una de las piedras esculpidas de Sahhuayacu, a unos 300 kms. al Nordeste del Cuzco (ver Fig.15). A eso tenemos que agregar una serie de caracteres que adornan trajes y vestidos de altos personajes del Imperio incaico (ver Fig. 16), tales como los diseñó, en la segunda mitad del siglo XVI, el mestizo Felipe Guamán Poma de Ayala.

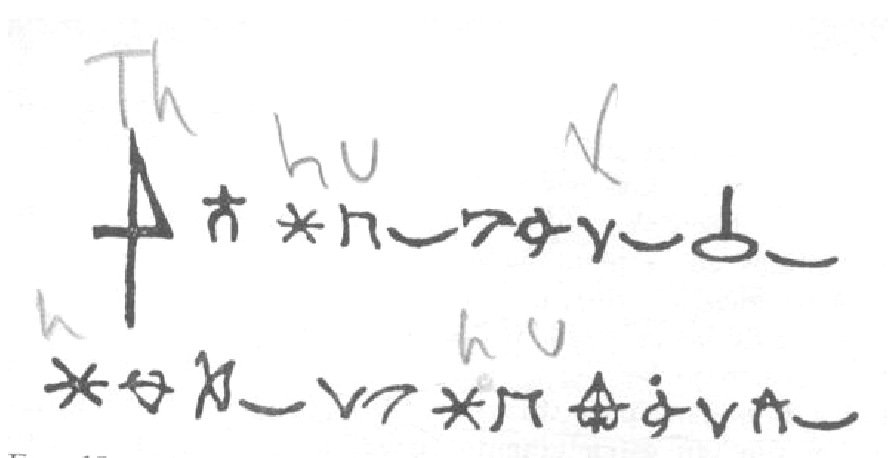


FIG. 15 – *Inscripción de Sahhuayacu, Perú (in Verrill*[14]*).*

Se podría sospechar, en este último caso, una trasposición anacrónica de símbolos post-hispánicos, aunque no se entendiera cómo el autor, que procura dar, en las ilustraciones de su libro, una idea exacta de lo que era el mundo incaico, hubiera podido caer en tan craso error. Parecen excluír esta hipótesis, por otro lado, las coincidencias que se notan entre dos de estos signos y otros tantos caracteres de la inscripción de Sahhuayacu (ver Fig. 17).



**FIG. 16** – *Caracteres alfabéticos como elementos de decoración de la túnica del Inca blanco y barbudo, según Guaman Poma de Ayala*[45].

Es probable que una búsqueda sistemática, que nunca se ha realizado, permitiría encontrar en otros lugares de Sudamérica y en Mesoamérica numerosas inscripciones del mismo tipo. Respalda esta opinión la existencia, en el corazón del alto Amazonas, de la llamada Piedra Pintada, imponente bloque aislado en una inmensa planicie, que lleva unos seiscientos metros cuadrados de dibujos. Reproducimos, según el explorador Marcel Homet, sus partes más importantes. No faltan en ellas signos de apariencia alfabética, algunos de los cuales coinciden con caracteres de las inscripciones anteriores (ver Figs. 18 y 19).

| POMA de AYALA | PIEDRA PINTADA | SAHHUAYACU | GUAYA-KIES | RUNAS |
|---|---|---|---|---|
| | A | A | | A (ü) |
| + | + | | | + (e) |
| | σ | ♁ | Φ | ɸ (m) |
| ∞ | ∞ ∞ | | | R (o) |
| | Π | π | π | ᚢ (u) |
| Y | V | V | V | Y (k) |
| o | o | | | |
| ✱ | ✱ | ✱ | ✱ | ↑ (h) |
| 4 ▷ | | ↑ | | ▶ (th) |
| Λ | | | Λ | Λ (u) |
| | B | | B | B (b) |
| | Ψ | | Ψ | Ψ (m) |
| | T | | | ↑ (t) |
| | X | | | + (n) |
| | M | | | M (e) |
| | F | | | ᚠ (f) |
| | ɺ | | | ɺ ᚠ (o) |
| | ↑ | Λ | | ᛦ (R) |

FIG. 17 – *Cuadro de coincidencias: signos sudamericanos de apariencia alfabética y runas.*

148

Lo que resulta más interesante aun es la semejanza de dichos signos con letras rúnicas (ver Fig. 17). Se sabe que las runas tenían, para los pueblos nórdicos de la alta Edad Media, un doble significado. Por un lado constituían un alfabeto, derivado del griego y del latino, o viceversa, y, por otro, cada una de las letras tenían un sentido simbólico y hasta mágico. De ahí que no sea nada extraño encontrar runas sueltas, utilizadas como motivo de decoración en lugares y objetos de culto.

No podemos dejar de mencionar, en el mismo orden de ideas, las inscripciones amazónicas reveladas por Bernardo da Silva Ramos y que Pierre Honoré, en un libro de limitado carácter científico, declara haber visto en la región de Manaos (ver Fig. 20). Da Silva Ramos, un riquísimo dueño de explotaciones de heveas, de muy limitada cultura, quiso ver en las piedras halladas por él inscripciones fenicias y... ¡las tradujo!.

Ahora bien: los signos copiados por este buen hombre no tienen, pro cierto, mucho parecido con la escritura de Tiro y de Sidón. Son, por el contrario, nítidamente rúnicos, hasta el punto que resulta fácil leer algunas de sus series. El grupo 1 de la Fig. 20 se trascribe totalmente, con apenas una ligera duda en cuanto al antepenúltimo signo: ATEPUOPMN. El grupo 2 permite leer tres de sus cuatro letras: UTA. El grupo 3 reproduce los tres primeros signos del primero: ATE. ¿Estas series significan algo en algún idioma europeo o americano?. Planteamos el problema a los filólogos. Pero el hecho de que Silva Ramos no se dio cuenta de la naturaleza —o, para ser más prudente, de la semejanza— de los signos que reprodujo habla a favor de la autenticidad de su descubrimiento. Con todo, no hay seguridad absoluta al respecto y, de cualquier modo, las inscripciones no están datadas.

La presencia de runas en el Amazonas puede parecer sorprendente, en un primer momento. Pensemos, sin embargo, que los vikingos, al ocupar el Perú, llegaron necesariamente al río-mar y que, tales como los conocemos, les hubiera sido difícil resistir la tentación de seguir su curso. Ya señalamos, por otra parte, en el capítulo II, la existencia actual de "indios Blancos" en esta región.

Al margen de las inscripciones alfabéticas, otra forma peruana de escritura debe retener nuestra atención. En la Isla de la Luna (Koaty) y en Sampaya, puerto de la península de Copacabana, sobre el lago Titicaca, se encontraron pergaminos con textos aymaráes en caracteres ideográficos: los *kellka* (ver Fig. 21). Estos textos son trozos de catecismo, redactados en el siglo XVII por los misioneros con vistas a la evangelización de los indios, pero la mayor parte de sus ideogramas son muy anteriores a la Conquista. La tradición nos enseña, en efecto, que inscripciones del mismo estilo estaban grabadas en las tablillas de oro y de plata que ornamentaban los templos de las Islas del Sol y de la Luna y que fueron robadas y fundidas por los españoles. Los misioneros se aprovecharon de una escritura preexistente para componer su Doctrina cristiana en forma de *rezapaliche*, como llaman los aymaráes a los *kellka* católicos.

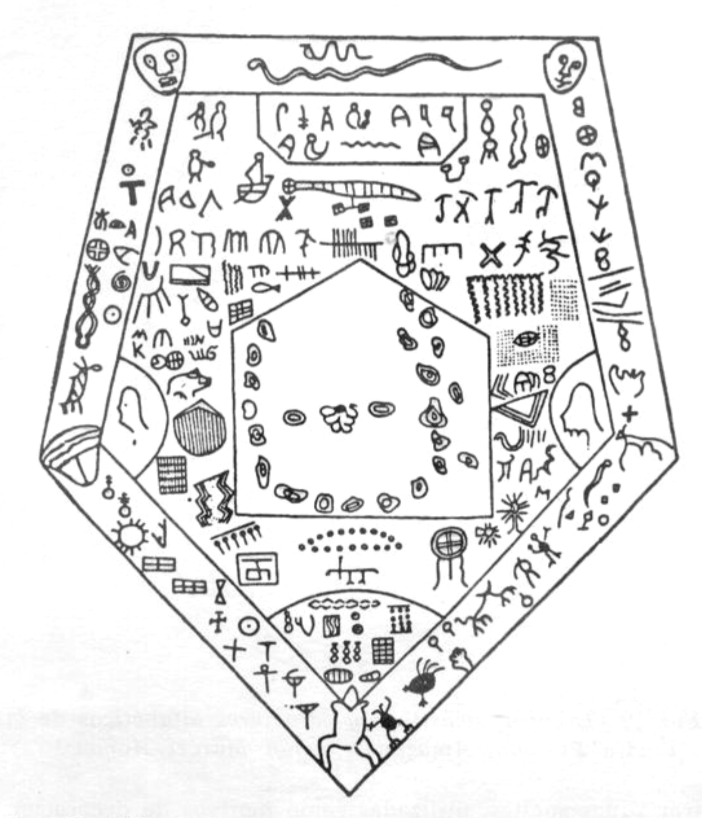


FIG. 18 – *Dibujos y caracteres alfabéticos de la Piedra Pintada, Amazonas, según Marcel Homet* [19].



FIG. 19 – *Dibujos, swástikas y caracteres alfabéticos de la Piedra Pintada, Amazonas, según Marcel Homet* [19].

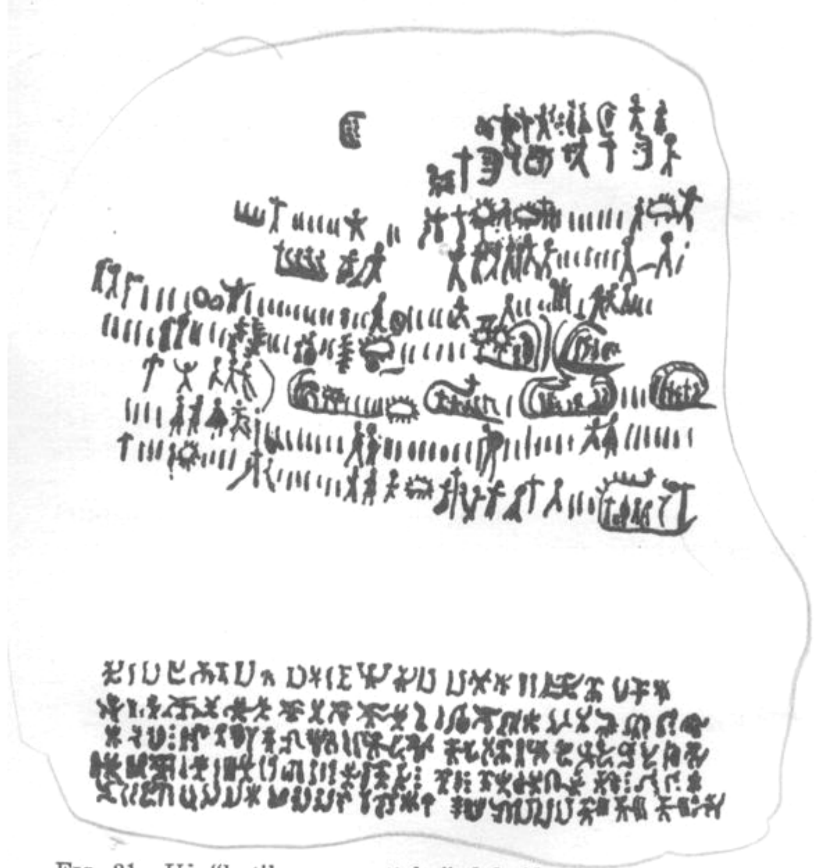


FIG. 21 – *Un* "kellka rezapaliche" *del Altiplano; un* rongo-rongo *de la Isla de Pascua.* (*In* Tiahuanacu, *La Paz, 1910*).

Ahora bien: esta escritura ideográfica no es originaria del Perú o, si lo es, pasó al Viejo Mundo. La encontramos, en efecto, en una tumba de Kivik, en Suecia (ver Fig. 22). Los *kellka* tienen una extraña particularidad conocida como *bustrófedon* (*recorrido del buey que ara*): para leerlo, se empieza, con la primera línea, de derecha,a izquierda y se continúa, con la segunda, de izquierda a derecha, y así sucesivamente.

Este curioso procedimiento no es exclusivo del Perú. Lo encontramos en algunos catecismos ideográficos redactados en náhuatl, poco después de la Conquista, en manuscritos de los indios cuna de Panamá y en los *rongo-rongo*, textos todavía no descifrados de la Isla de Pascua, cuyos signos tienen algún parecido con los caracteres de los *kellka* y, de modo más general, con la simbólica y el estilo de los escultores de Tiahuanacu, lo cual no nos extrañará, puesto que ya sabemos, por las tradiciones indígenas, que los *atumuruna* huyeron por el Pacífico y llegaron a las islas oceánicas. Pero las inscripciones rúnicas más antiguas de Escandinavia están escritas, también ellas, en *bustrófedon*.

Los escandinavos trajeron, pues, la escritura al Nuevo Mundo, y esta escritura era rúnica, como correspondía. En Mesoamérica, su estada fue demasiado breve para dejar, en este campo, otra cosa que un vago recuerdo: probablemente los guerreros que permanecieron en México después de la ida de Quetzalcóatl eran analfabetos.

En el Perú, por el contrario, los Blancos utilizaron la escritura durante unos dos siglos, y las runas, cuyo diseño no estaba fijado en el siglo X como lo estaba el alfabeto latino, fueron evolucionando, para adaptarse a las particularidades fonéticas de las lenguas indígenas, hasta adquirir formas parcialmente originales. Con la derrota de la Isla del Sol el secreto de la escritura alfabética se perdió. Sólo permaneció una ideografía —tal vez de origen escandinavo— que los *atumuruna* utilizaban verosímilmente, como lo hicieron más tarde los españoles, para la instrucción de los indios analfabetos.

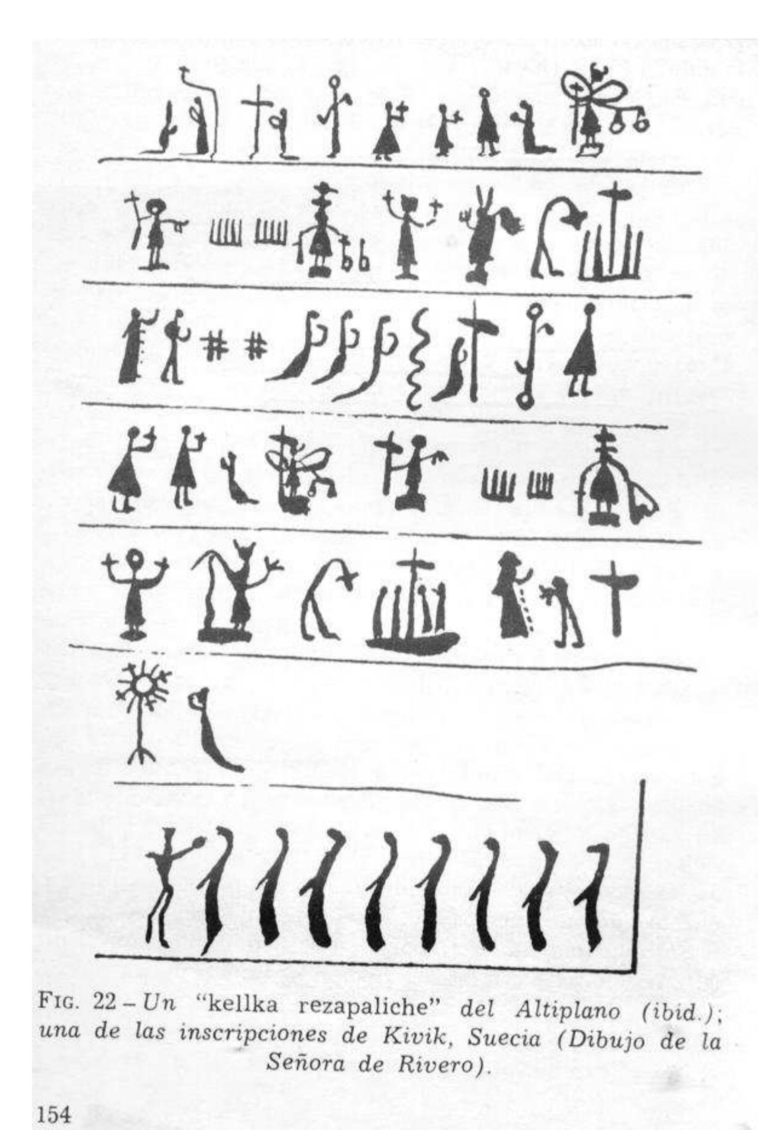


Fig. 22 – Un "kellka rezapaliche" del Altiplano (*ibid.*); una de las inscripciones de Kivik, Suecia (Dibujo de la Señora de Rivero).

154

### 8. Una Extraña Mezcla

Los estudios filológicos que acabamos de reseñar nos muestran que los hombres blancos que llegaron a América en el siglo X hablaban danés, alemán y latín, puesto que encontramos, en los dos idiomas indígenas que fueron objeto de los debidos análisis, raíces y hasta palabras completas procedentes de las lenguas mencionadas. Los daneses sufrían, en el siglo X, una fuerte influencia alemana, lo que basta para explicar que un grupo de vikingos pudiera incluír a individuos de habla germana propiamente dicha. En cuanto a los irlandeses, si bien dejaron algunas palabras gaélicas —y no es seguro—, su aporte a los idiomas americanos provino sobre todo del latín, lengua culta, además de litúrgica, de toda la cristiandad medieval y, por lo tanto, de los *papar* (sacerdotes) que, ya lo sabemos, llegaron a Mesoamérica. Nada prueba, sin embargo, que ellos fueran los que introdujeron raíces latinas, y hasta uno de los nombres de Huirakocha —Justus—en el Perú.

La tradición nos ha dejado una vaga indicación acerca de la permanencia, en el país maya, de la "lengua de Zuyua", cuya naturaleza desconocemos. Es categórica, por el contrario, en cuanto a la "lengua particular" que siguieron hablando los incas, la que, por las palabras que de ella conocemos, era el danés. Lo cual está confirmado por palabras toponímicas que no dejan lugar a duda al respecto.

Con los idiomas europeos llegaron el alfabeto o, mejor, dos alfabetos: el rúnico y el latino. La escritura fonética se perdió con el tiempo, tanto en Mesoamérica como en el Perú, y sólo subsistió, en esta última región, una escritura ideográfica que se utilizaba también en Escandinavia. Nos quedan, sin embargo, algunas inscripciones no descifradas y letras sueltas, empleadas como motivo de decoración. Debe de tratarse, en el primer caso, de una adaptación a la fonética indígena de un alfabeto europeo, o de los dos, y, en el segundo, de reminiscencias o de caracteres usados con un sentido simbólico o mágico. Casi siempre, en efecto, los signos en cuestión reproducen o recuerdan runas nórdicas.

## VI El Zodíaco Ario de los Incas

### 1. Los Dos Calendarios

De todos los astros que se pueden observar desde la Tierra, dos se destacan, no sólo por estar más cerca que los demás, sino también por determinar en nuestro planeta fenómenos cíclicos que inciden en nuestras condiciones de vida: la Luna y el Sol. A la sucesión de las fases

de la Luna corresponden el ritmo biológico de la mujer y el movimiento de las mareas, mientras que el desplazamiento aparente del Sol en medio de las "constelaciones fijas" acarrea los cambios de estación y, por lo tanto, de clima, con sus consecuencias sobre la vegetación. El ciclo lunar es, por su constancia y su brevedad, el más fácil de aprehender. El ciclo solar, más complejo, es el más útil de definir, pues de él dependen las tareas agrícolas. De ahí que los pueblos nómades y los que, siendo sedentarios, vivían en un sistema predominantemente teocrático se hubieran regido por un calendario lunar, mientras que los que habían alcanzado un más alto nivel de civilización o dependían fundamentalmente de la producción del suelo hubieran medido el tiempo en función del Sol. Sabemos que en el antiguo Egipto coexistían los dos calendarios: el primero, religioso y el segundo, civil. Es ésta la situación que existía entre los nahuas y los mayas.

No es nuestro propósito analizar los sistemas cronométricos del Anáhuac y el Yucatán: lo hacen detalladamente obras que son clásicas y hasta innumerables libros de vulgarización. Notemos meramente que, con apreciables variaciones, los pueblos en cuestión utilizaban, para su vida religiosa, un calendario de 260 días divididos, entre los nahuas, en trece meses lunares y, entre los mayas, en veinte grupos de trece días. Paralelamente, empleaban para su vida civil un año solar de 365 días: dieciocho meses de veinte días, más el agregado de cinco días nefastos. Los dos sistemas coincidían en un "año largo" de 18.980 días, que correspondía a cincuenta y dos años solares y, a la vez, a setenta y tres años lunares.

Hubo un tiempo en que el año lunar nahuatl constituía una parte del año solar. Pero, más tarde, los nombres de las trece lunas —por otro lado muy relativas— se perdieron y, tal como en el país maya, se numeraron los días de uno a trece, según un ciclo que parece ser el del planeta Venus. En cuanto al calendario solar, era insuficientemente preciso, pues no tomaba en cuenta las seis horas adicionales que absorben hoy en día los años bisiestos. Esta dualidad de calendario puede haber surgido espontáneamente, por no responder el sistema lunar al nivel de civilización alcanzado —ni al modo de vida adoptado— en determinado momento. Los astrónomos mesoamericanos pueden haber buscado y encontrado un procedimiento más satisfactorio. También es posible que el calendario solar haya sido aportado a los nahuas y mayas por Quetzalcóatl, conforme a la tradición. Lo que refuerza esta segunda hipótesis es que, según los cronistas, y en especial el obispo Diego de Landa, el año solar en vigencia en la época de la Conquista marcaba un retroceso con respecto a una división anterior del tiempo en períodos de 365 días y seis horas, repartidos en meses de treinta días, más las adiciones necesarias para completar la cuenta. Tal hecho sería incomprensible si el calendario así deformado hubiera sido autóctono, vale decir si hubiera correspondido a una necesidad experimentada, que por cierto no había desaparecido. Es lógico, por el contrario, si se trataba de un sistema traído desde afuera e impuesto artificialmente por gobernantes momentáneos. Ido Quetzalcóatl, su calendario cayó poco a poco en desuso y se volvió al anterior, inexacto pero de aplicación rutinaria, que no había tenido tiempo de desaparecer totalmente ni de las costumbres ni menos aun de las memorias.

Si el Dios Sol se hubiera establecido en Mesoamérica, sin duda alguna su sistema cronológico se habría generalizado, inclusive hasta eliminar el calendario lunar. Lo podemos afirmar porque es exactamente lo que sucedió en el Perú.

El Imperio incaico utilizaba un calendario solar con un año de 365 días y seis horas, dividido en doce meses de treinta días más los días *epagómenos* y, cada cuatro años, el día correspondiente al aditamento bisiesto. Pero no siempre había sido así. Antes de determinado período, los peruanos tenían un calendario lunar de 348 días, dividido en doce meses de veintinueve días. Por supuesto, una diferencia anual de diecisiete días con el curso del Sol resultaba intolerable. Para absorberla, se formaba un ciclo de sesenta años, o sea 20.880 días, que daban cincuenta y ocho años vagos de 360 días. Bastaba agregarle un año lunar más para regularizar la cuenta. Sin embargo, el desfase progresivo de las estaciones seguía produciéndose dentro del marco del período de sesenta años.

Según el cronista Montesinos, el cambio de calendario fue obra de un soberano preincaico, Inti Kapak, que habría reinado en el siglo XV antes de Cristo. Carente de todo sentido crítico, por un lado, y empecinado, por otro, en hacer remontarse la cronología peruana al diluvio

bíblico, Montesinos es el menos fidedigno de los cronistas en cuanto a fechas y nombres. Pero se lo puede creer ciegamente cuando habla de astronomía, pues demuestra no entender absolutamente nada de lo que relata, lo cual, en él, es la mejor garantía. Por supuesto, no hubo tal Inti Kapak. El nombre significa, en quechua, Rey Sol, y se refiere evidentemente a Huirakocha, quien, según la tradición, trajo en efecto el calendario a Sudamérica. Y el cambio cronológico no tuvo lugar en el siglo XV a.C., pues en esa época Huirakocha no había llegado, ni nadie, en un pueblo que carecía de historia escrita, hubiera podido referirse a un hecho ocurrido 3.000 años atrás. Confirma nuestra interpretación el mismo Montesinos cuando narra que los descendientes de Inti Kapak, vencidos por una sublevación, tuvieron que refugiarse en la montaña, lo que les sucedió, en efecto, ya lo vimos, a los *atumuruna* de Tiahuanacu.

Por otro lado, es también Montesinos quien relata cómo otro supuesto soberano preincaico, Sinchi Apuski, "cambió el nombre del dios supremo" llamándolo Huirakocha, como complemento de una modificación del calendario, que hizo empezar el año con el solsticio de invierno, el 23 de Septiembre. No sabemos si la fecha es correcta, pero correspondería entonces, en el hemisferio austral, al equinoccio de primavera, o si lo es la mención del período astronómico, pero la fecha sería en este caso, la del 23 de Junio. Lo único que nos interesa, por lo demás, es la correlación del calendario con la aparición del Dios Sol.

## 2. El Zodíaco Incaico

El paso del calendario lunar al calendario solar no pudo producirse en pueblos que demostraban una fuerta vocación por la astronomía, sin un estudio profundizado del curso del Sol en el cielo austral, vale decir, en relación con las "constelaciones fijas" especialmente teniendo en cuenta el hecho de que el Dios Blanco era un marino acostumbrado a navegar — pues ni los escandinavos ni los irlandeses conocían la brújula— por la observación de las estrellas. Los conocimientos que tenemos acerca de los pueblos mesoamericanos no nos proporcionan, en este campo, ningún dato útil para nuestra búsqueda, salvo uno que, considerado aisladamente, carece de significado, por extraño que sea: entre los nahuas la constelación del Escorpión tenía el mismo nombre que en Europa. En el Perú, por el contrario, las coincidencias son tan abundantes que ya no pueden ser el fruto de la casualidad. La mayor parte de las informaciones que tenemos acerca de la astronomía peruana se reducen a una nomenclatura de constelaciones que nos da, sin orden, el *padre* Acosta, cronista sumamente serio y fidedigno. Vicente Fidel López consiguió, sobre esta base, reconstituír la casi totalidad del zodíaco incaico y probar que éste era idéntico al que llegó de Europa, desde el Asia, por intermedio de Babilonia, y que servía durante la Edad Media, como lo hace todavía hoy, para la adivinación astrológica. No podemos aquí sino seguir de muy cerca al filólogo e historiador argentino, pues su trabajo es perfecto.

El zodíaco está definido por los dos puntos extremos entre los cuales el Sol oscila durante su curso anual. El primero, o trópico de Cáncer, corresponde a los tres meses del invierno boreal, de Diciembre a Marzo, mientras que el segundo, o trópico de Capricornio, abarca los tres meses del verano septentrional, de Junio a Septiembre. Los dos trópicos figuran en posiciones exactamente opuestas sobre la elipse zodiacal. Inútil es agregar, aunque muchos de los cronistas españoles y, en especial, Montesinos no se dieron cuenta del fenómeno, que las estaciones y, por lo tanto, los ángulos que cada una de ellas describe en la elipse se invierten al pasarse del hemisferio boreal al hemisferio austral. En Sudamérica, el verano se coloca bajo el signo de Capricornio y el invierno, bajo el signo de Cáncer. Así lo comprobamos en el zodíaco peruano que ubica el Venado en el trópico de verano y el Cangrejo en el trópico de invierno. Los pueblos del Altiplano no conocían la cabra y el nombre de Capricornio era, por lo tanto, intraducibie al quichua. Pero tenían una especie de ciervo, cornudo como la cabra. De ahí que Capricornio se transformara en Tarukka, venado: lo que importaba era que se tratase de un animal con cuernos. La cabra, sin embargo, simbolizaba el invierno boreal y no correspondía, pues, a la inversión nacida del cambio de hemisferio. Todo parece indicar que quienes trajeron a Sudamérica el zodíaco europeo tuvieron conciencia de la dificultad. Pues agregaron a Tarukka el adjetivo *topa*, ardiente, con la doble referencia que tiene la palabra, en quichua, al sol estival y al ímpetu genésico. Así conservaban el signo primitivo, apenas modificado por adaptación a su

medio zoológico, y a la vez señalaban el cambio de estación que se había producido. Nada más lógico, ni nada más claro.

En el hemisferio boreal, el nombre de Cáncer proviene de que el Sol, después de alcanzar el punto solsticial, empieza hacia el Sur un movimiento retrógrado. En el hemisferio austral, el mismo fenómeno se produce en sentido contrario: el Sol se repliega sobre sí mismo en la inercia del invierno. El Dios Sol no tuvo aquí que buscar un símbolo nuevo. El *Cáncer* —vale decir el cangrejo o el langostino— existía en el Pacífico. Se lo llamaba *Machakhuay*, el viandante borracho. Tampoco hacía falta agregar a la palabra un calificativo que expresara las características del invierno, pues el cangrejo, que camina de costado y con paso inseguro, no sólo parece borracho sino también medio dormido. Vicente Fidel López nota que los diccionarios traducen *machak-huay* por serpiente, como símbolo de *amaru*, pero precisa que los indios que todavía hablaban el quichua en el siglo pasado distinguían perfectamente entre *amaru*, culebra, *katari*, víbora, y *ma-chak-huay*, palabra con la cual designaban a los demás reptiles, y hasta al escorpión, pero también a los crustáceos.

Veamos ahora si encontramos la misma correspondencia en lo que atañe a los demás signos del zodíaco. Sistematizando el estudio de Vicente Fidel López, lo haremos según el orden que les conocemos.

ARIES. El carnero del Viejo Mundo no existía en América. Pero sí tenía un equivalente en la alimentación de los pueblos quechua y aymará: la llama o, como decían los españoles precisamente por este motivo, "el carnero de la tierra". No se comía la carne del macho, dura y fétida, sino solamente la de la hembra y, de preferencia, del recién nacido *k'katu*. Si los diccionarios contemporáneos sólo dan para esta palabra el sentido derivado de "mercado de carne", Acosta le atribuye el significado de cordero, carnero y oveja, siempre referido a la llama, por supuesto. De ahí que *k'katu-chillay*, una de las constelaciones peruanas, signifique "Astro (o Constelación) del Cordero", nombre idéntico al de Aries.

TAURO. Tampoco existían vacunos en el Perú prehispánico, y el toro no podía por lo tanto, ser utilizado como símbolo del ardor genésico de los animales, que se despierta en el mes de Mayo del hemisferio boreal. Pero la especie, aquí, es secundaria. Lo que importa es el macho, *urku* en quechua. Y, de hecho, encontramos *Urku-chillay*, la constelación (o el astro) del macho. No sabemos desgraciadamente si los pueblos del Altiplano la ubicaban en Abril-Mayo, al modo europeo, como hicieron los españoles al aplicar ciegamente en Sudamérica un calendario litúrgico que perdía así gran parte de su sentido, o si, por el contrario, trasladaron el signo al período Octubre-Noviembre para respetar su significado.

GEMINIS. Situado en los meses de Mayo y Junio, el signo de los Gemelos, representado por dos jóvenes, simbolizaba la igualdad de los días y las noches y, al mismo tiempo, el nacimiento del calor vital. *Mirku-k'koyllur* tiene exactamente el mismo sentido entre los quechuas: las estrellas de la unión o, mejor, las estrellas unidas.

CANCER. Ya hemos mencionado este signo al hablar de los trópicos.

LEO. En Europa, la constelación del León domina el cielo a fines de Julio, cuando el Sol, alejándose de Cáncer, retoma su curso y dirige sus rayos hacia el Sur. En el Perú, el Sol de Julio se encuentra en la parte inferior del zodíaco. Se va alejando de la oscuridad del Norte y lanza sus rayos hacia el hemisferio austral. Los griegos, dice López, hablaban de los dardos de Apolo. Los quichuas, de la lanza. *Chukin-chinka-chay* significa, en efecto, "vuelta de la lanza del tigre escondido". *Chay* es vuelta; *chinka*, el jaguar americano que se aplasta contra el suelo antes de saltar; *chuki*, lanza y, con la *n* final, la lanza. La imagen es perfecta. Notemos que no hay leones en Sudamérica y que el *puma*, que a veces se llama así en castellano, es un felino más parecido al *chinka* que al león africano.

VIRGO. En Agosto-Septiembre, la Tierra, después de haber dado su cosecha, sigue siendo virgen, dispuesta a concebir otra vez. El símbolo carece de significado en el hemisferio austral, salvo que los peruanos hayan trasladado el signo a los meses equivalentes de Febrero-Marzo, lo que no sabemos. De cualquier modo, encontramos en el zodíaco incaico a una mujer: *Mama*

*Hana*, la Madre Cielo, vale decir el cielo como madre. No hay necesariamente identidad, pero sí, por lo menos, un gran parecido.

LIBRA. La balanza simboliza, en el hemisferio boreal, el equinoccio de otoño, o sea la ruptura, en Septiembre-Octubre, del equilibrio de las horas. Para la América austral, el movimiento se invierte pero manifiesta el mismo desequilibrio creciente, que los quechuas representaban con la escalera, *Chakkana*, figura ésta aún más expresiva que la balanza.

ESCORPIO. Era, para los pueblos de la Antigüedad y de la Edad Media, el signo de la enfermedad, que marcaba, en Octubre-Noviembre, el comienzo de la estación fría. El zodíaco peruano nos da una idea equivalente con *Huakra-onkoy*, "la enfermedad hiriente". Vicente Fidel López señala que, en toda la zona tropical de Sudamérica, el principio de la primavera se caracteriza por epidemias de fiebres. Podría ser ésta la explicación, suponiendo que el signo hubiera ocupado, en el zodíaco austral, el lugar que correspondía en el boreal. Parece que así era, pues *Huakra-onkoy* debía de coincidir con el ascenso hacia el Norte de las Pléyades, *Onkoy-k'koyllur* (la constelación de la enfermedad, entre otros nombres), que nunca entra en la proyección del plano zodiacal, y referirse a una constelación vecina.

SAGITARIO. Hay aquí un vacío en la nómina de Acosta. No sabemos cómo se llamaba el signo correspondiente.

ACUARIO. El signo simboliza la crecida de los ríos, provocada por la fundición de la nieve. Lo encontramos en el zodíaco peruano con el mismo sentido y con mayor acierto. *Miki-k'kiray* significa "momento de las aguas". En Enero-Febrero, la nieve de la alta cordillera acaba de fundirse y los ríos que bajan de la montaña crecen violentamente.

PISCIS. Ignoramos el nombre quechua de este signo. En resumen, el zodíaco incaico nos ha llegado con diez signos y dos huecos. De los diez signos conocidos, siete son prácticamente idénticos a los del zodíaco europeo: el Cordero (Aries), el Macho (Tauro), las Estrellas Unidas (Géminis), el Cangrejo (Cáncer), la Vuelta de la Lanza del Tigre Escondido (Leo), el Venado (Capricornio) y el Momento de las Aguas (Acuario); uno es muy parecido: la Madre Cielo (Virgo); y dos tienen el mismo significado pero un símbolo distinto: la Escalera (Libra) y la Enfermedad Hiriente (Escorpio). El azar no puede explicar semejante similitud. Indudablemente, el zodíaco europeo fue traído al Perú, y sólo europeos lo pudieron hacer.

### 3. Solsticios y Equinoccios en el Zodíaco Incaico

No menos reveladora es la división del año incaico ei cuatro estaciones definidas por los solsticios y los equinoccios, exactamente al modo europeo, cada una con su día festivo. Montesinos nos relata el hecho con errores que demuestran a la vez su ignorancia con respecto al tema y su buena fe. Nos dice, en efecto, que el equinoccio de primavera (Mayo) se llamaba *Quira-toca-corca* y el de otoño (Septiembre), *Camay-topa-corca*. Ahora bien: esto nombres tienen un sentido exactamente inverso del que les da el cronista. "Montesinos —dice Vicente Fidel López— sitúa en Mayo el equinoccio de primavera cuando la palabra quichua que cita dice otoño. *K'hokay* significa rama, lado; *topa*, sombra, oscuridad; *korka*, sección. La expresión completa se traduce por sección del lado oscuro, otoño y no primavera. *Kamay-topa-korka* es, por el contrario la sección del calor creador (*kamay*), la primavera". Montesinos, evidentemente, no tomó en cuenta la inversión de las estaciones en el hemisferio austral.

De ahí las cuatro estaciones europeas, debidamente invertidas para corresponder a la realidad del cielo meridional:

1. SITÚA, o *Kamay-topa-korka*, la primavera, que empezaba en el equinoccio de primavera (Septiembre) con la fiesta de *Umu-Raymi*, o *Uma-Raymi*, la más importante de todas porque celebraba el despertar de la Naturaleza. *Raymi*, nos dice Vicente Fidel López, viene de la raíz *ra* que encontramos en el verbo *raurani*, flamear, despedir llamas. *Ray* es el infinitivo de un verbo perdido, *rani*. El sufijo *mi* es la tercera persona del verbo ser. *Raymi* significa, pues, literalmente *antorcha*. *Uma* quiere decir cabeza. No hace falta, por lo tanto, recurrir a una peligrosa

poetización, como lo hace López al traducir *Uma-Raymi* por "la frente o la cabeza del Sol" y su alternativa, *Umu-Raymi*, por "el santo misterio del Sol". La antelación quichua del genitivo bastaría, por lo demás, para prohibirlo. *Uma-Raymi* tiene, en efecto, un sentido tan claro como expresivo: "La antorcha de la cabeza", vale decir "del principio". *Umu-Raymi* —la antorcha del sacerdote— no es, evidentemente, sino el fruto de una mala transcripción de los cronistas españoles, provocada, como ya lo mencionamos, por la pronunciación quechua. Junto con el *Uma-Raymi*, los peruanos celebraban la fiesta del *Huaraka*, parecida a la ceremonia en la cual los jóvenes romanos recibían la toga viril. Terminados sus estudios, los adolescentes rendían exámenes de ciencia, gramática, gimnasia y táctica. Luego, enfrentaban una serie de pruebas —ayunos y luchas— después de las cuales recibían el *huaraka*, distintivo de la virilidad, y las armas del soldado.

2. El verano no tenía nombre o, por lo menos, no le conocemos ninguno. Tal vez se lo designara por la fiesta del *Raymi*, o *Kapak-Raymi* —Antorcha Máxima— o también *Kuski-Raymi* —Antorcha de la Alegría—, con la cual empezaba en el solsticio de verano (Diciembre): ceremonias pastorales y ofrenda al Sol de las primicias.

3. ASITÚA —opuesto a Sitúa—, o *K'kokay-toka-korka*, el otoño, comenzaba en Marzo con una fiesta de acción de gracias, que marcaba el principio de la distribución de los productos comunitarios.

4. El invierno tampoco tiene nombre conocido, pero sí la fiesta con la cual se iniciaba en la fecha del solsticio (Junio): *Intip-Raymi*, la Antorcha del Sol. Pues, como entre los pueblos arios, el principio del invierno marcaba el inicio de un nuevo ciclo agrícola, con las promesas de la futura cosecha. Se celebraba la vieja fiesta pagana del Fuego Nuevo, que la Iglesia Católica y la Ortodoxa incorporaron a la liturgia de Pascuas. El Sumo Sacerdote prendía un pedazo de algodón concentrando en él, con ayuda de un espejo cóncavo de metal, los rayos solares. Este fuego divino se trasmitía a los templos donde las Vírgenes del Sol se encargaban de alimentarlo.

Estas cuatro fiestas corresponden exactamente, teniendo en cuenta, salvo en un caso, la inversión de las estaciones, al ritual nórdico. Los antiguos escandinavos celebraban en Septiembre (equinoccio de otoño) la fiesta de las primicias, con sacrificios humanos cuando la cosecha anterior había sido mala. En Diciembre, la *yulfest*, posteriormente convertida en Navidad, marcaba la continuidad cíclica de la vida. Era la fiesta de la familia, y antes del cristianismo, el día de los Muertos. En Marzo (equinoccio de primavera), la vuelta del Sol se simbolizaba con la bendición del Fuego Nuevo (posteriormente, en Pascuas) y con el lanzamiento de discos y ruedas encendidos. En Junio, por fin, (solsticio de verano) figuraba la Fiesta del Fuego, que todavía se celebra en la noche de San Juan. La identidad no puede ser mayor. Hasta resulta abusiva, puesto que en el Perú la Fiesta del Fuego Nuevo tenía lugar en la misma fecha que en Europa, cuando, para conservarle su sentido, se habría debido trasladarla a Diciembre, o sea al solsticio de verano austral. Recordemos que los nahuas celebraban en primavera (Mayo) la muerte y resurrección del Sol (ver capítulo IV), con más lógica que los quechuas, puesto que pertenecían al hemisferio boreal.

### 4. Una Cosmografía Europea en el Hemisferio Austral

La coexistencia en Mesoamérica de dos calendarios, lunar y solar, y el recuerdo en el Perú del abandono del primero por el segundo, vienen a confirmar las tradiciones según las cuales Quetzalcóatl y Huirakocha trajeron al Nuevo Mundo el sistema cronométrico vigente en Europa. Mucho más definitoria, en cuanto a la procedencia de estos conocimientos, es la coincidencia, notada por Vicente Fidel López, entre el zodíaco incaico y el que, desde el Oriente había llegado por Grecia a Europa Occidental donde, en la Edad Media, había alcanzado una gran difusión a través de la astrología. De los diez signos del zodíaco incaico que han llegado hasta nosotros, siete son prácticamente idénticos a los de Europa y dos tienen el mismo significado, pero con una simbolización diferente, mientras que el décimo tiene el mismo símbolo y un sentido muy parecido, aunque distinto.

Por otro lado, en el Perú el año estaba dividido en cuatro estaciones por solsticios y equinoccios, con los días festivos correspondientes. Ya vimos en el capítulo IV, y lo hemos vuelto a mencionar más arriba, que la Fiesta del Fuego Nuevo se celebraba en Junio, como en Europa, cuando la inversión de las estaciones habría exigido que se hiciera en Diciembre. Lo cual demuestra la procedencia septentrional del rito.

Si las fiestas religiosas pueden tener tanto fuentes paganas como cristianas, puesto que la Iglesia Católica se limitó a dar un nuevo significado a ceremonias preexistentes, no sucede lo mismo en cuanto al zodíaco. Los escandinavos paganos lo desconocían, mientras que, paradójicamente, la astrología lo había difundido en los pueblos ya cristianizados. ¿Habrá llegado al Nuevo Mundo, pues, con los irlandeses que, ya lo sabemos, evangelizaron a los nahuas y los mayas?. No es imposible, aunque precisamente no encontramos rastro alguno del zodíaco en Mesoamérica. De no ser así, tendríamos que suponer un nuevo aporte cristiano, efectuado directamente desde Europa a Sudamérica.

# VII Tiahuanacu, Ciudad Normanda

## 1. Los Rastros Materiales de Vinlandia

Las expediciones de los escandinavos a Vinlandia, a principios del siglo XI, y el posterior establecimiento en la región de colonias del mismo origen no tienen para nuestro estudio un interés directo, puesto que ya sabemos que Ullman llegó a México varios decenios antes del viaje de Leif Eiriksson. No carecen, sin embargo, de importancia para nosotros, por demostrar la posibilidad y, por lo tanto, la verosimilitud del desembarco de Panuco. Las sagas islandesas son, por cierto, fidedignas. Pero más aún lo son los rastros que los vikingos dejaron en Norteamérica y que la arqueología nos da a conocer.

Frecuentemente, desde mediados del siglo pasado (XIX), se descubrieron en Canadá y en Estados Unidos ruinas que fueron atribuídas a pobladores escandinavos pero acerca de las cuales surgieron dudas bien fundadas. En tres casos, por el contrario, la certeza es casi absoluta, y a ellos nos limitaremos. El primero consiste en el descubrimiento en Massachusetts, en la década de 1880, por el profesor Eben Horsford, de construcciones que corresponderían a Leifsbudir. Citemos a Cronau: "*A orillas del Charles River, cerca de Cambridge, no tan sólo ha encontrado este hombre de ciencia los restos de dos grandes casas construídas con bloques, sino que también los de cinco chozas cuya planta y configuración concuerdan perfectamente con las que tenían las construcciones de origen normando de Groenlandia. En la vecindad de estas viviendas antiquísimas había tres grandes trampas destinadas a los peces que eran allí arrastrados por la corriente durante el flujo del mar y que, como al bajar la marea quedaban en seco, eran cogidos por los pescadores con gran facilidad. La existencia de esta clase de trampa está consignada en las tradiciones antiguas que tratan de los colonizadores groenlandeses. Éstos, según pudo observar Horsford, también construyeron canales artificiales, diques y sitios de reunión en forma de mesetas o terrazas. En los lugares estudiados por el sabio mencionado se encontraron algunas piedras para contrapeso de las redes... como también un gran mortero de piedra, semejante a los que en tiempos remotos usaban en Noruega para moler el trigo y otros granos*".

Las segundas ruinas indiscutibles fueron descubiertas en 1963 por la expedición Helge Ingstad, cerca de L'Anseau-Meadow, en la península Norte de Terranova. Consisten en una casa de tipo groenlandés, de 21,3 mts. por 15, y otras más chicas. Las excavaciones efectuadas permitieron encontrar un yunque de piedra y una pieza de hilar, de típico estilo noruego.

El tercer descubrimiento es mucho más imponente, pero los trabajos de excavación están apenas empezados. Lo debemos al *padre* René Levesque, presidente de la *Société d'Archéologie de la Cote Nord*, de Quebec. Consiste en las ruinas de dos aldeas situadas en la Bahía de Bradore, frente a la península de Terranova: una cerca del actual pueblo de Blanc-Sablon, la otra en la Pointe des Belles-Amours. En ambos casos se encontraron casas rectangulares o

cuadradas, las primeras de 9 mts. por 6, rodeadas de chozas redondas; conjunción ésta que es característica de la edificación groenlandesa. En Blanc-Sablon, una sepultura, desgraciadamente saqueada, suministró un envoltorio de corteza cosida, delicadamente decorado con pinturas coloradas, cuyo borde es de cobre europeo. No hay duda alguna de que los trabajos de Levesque nos proporcionarán, en los próximos años, un material mucho más abundante. Lo que ya se descubrió es suficiente, sin embargo, para atribuír el conjunto de la Bahía de Bradore a una colonia escandinava, numerosa y estable.

A las ruinas que acabamos de mencionar se agregan algunos objetos, de indudable procedencia noruega, que se encontraron en los *mounds*, túmulos que los indios de Massachusetts utilizaban, al modo de los escandinavos, como sepulturas. Dejemos otra vez la palabra a Cronau:

*"Quisiera llamar la atención de los exploradores hacia algunos objetos apenas conocidos hasta el presente, y los cuales se encuentran entre los tesoros del Real Museo Etnográfico de Copenhague.*

*"Éstos están reunidos en el estante o cajón señalado con el número 41, y consisten en diversos objetos de bronce, cobre y plata hallados en sepulcros indios de las cercanías de Middieborough y Four Corners (Massachusetts), y que desde el año 1843 se guardan en el citado museo.*

*"Entre dichos objetos parécennos de mayor importancia científica la capa exterior y algunos pedazos de una vasija hecha con una lámina de plata muy delgada, algunas cucharas de bronce y cobre, dos puntas de flecha de bronce y los fragmentos de un cinturón muy particular.*

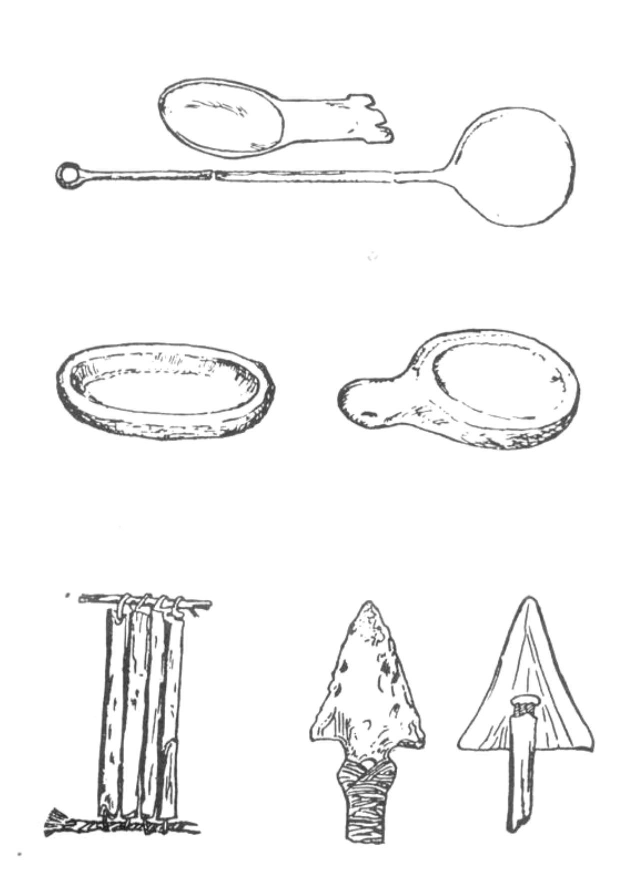


FIG. 23 – *Objetos de procedencia escandinava encontrados en sepulturas indias (mounds) del Massachusetts. (Dibujos de Cronau* [2]*).*

173

*"La más ligera observación es suficiente para ver que los objetos que nos ocupan revelan que sus constructores poseían singular destreza en la manera de trabajar los metales, y además se observa que el bronce allí empleado tiene hermosa y bien entendida aleación. Los primitivos habitantes de la América del Norte y de las costas atlánticas jamás supieron fundir los metales ni trabajarlos por lo tanto sino en frío, y en consecuencia mal podían entender de combinar los metales de diversas clases. Además de lo dicho, figúrasenos que la forma de las cucharas y puntas de flecha en que nos ocupamos difieren bastante de la de los objetos indios de esta clase.*

*"Los primitivos pobladores dé América, como igualmente los actuales indios, acostumbraban a fijar sus sólidas y nunca melladas puntas de flecha con ayuda de tendones o nervios de animales, de modo que dichos tendones, dando la vuelta al mango, se enrollaban alrededor de dos prominencias que había en él, como asimismo otras en la parte superior.*

*"Las puntas de flechas a que nos referimos, que en su mitad tienen un agujero redondo la una y la otra cuadrado, presentan las citadas ligaduras reemplazadas por cordoncillos o hilos de lana y difieren en absoluto tanto de la antigua como de la actual*

*usanza americana. Igualmente llaman la atención las formas de las cucharas, cuyo diseño damos en un grabado anterior (cf. Fig. 23), y sobre todo la más larga, que es de cobre y recuerda las europeas, mientras que entre todos los utensilios domésticos indios sería sumamente difícil encontrar uno que se le pareciese. El ojo o anillo que ostenta al final del mango parece indicar su procedencia europea, pues probablemente tenía por objeto el que se pudiera colgar de un clavo en la pared. Los habitantes de América, así los primitivos como los actuales, ni conocían los clavos ni tenían costumbre de poner colgadero a los objetos de su uso.*

*"Los antiguos escandinavos y los colonizadores de Groenlandia usaban, por el contrario, desde mucho tiempo antes, cucharas semejantes.*

*"Son igualmente muy curiosos los fragmentos de cinturón encontrados sobre las caderas de un esqueleto que se exhumó en el año 1831 cerca de Hall River. Está hecho de una fila de canutos de caña, colocados cada uno dentro de una funda o cubierta de cobre y unidos entre sí, según puede apreciarse en el grabado, por medio de tiras de cuero o cordoncillos de lana.*

*"Nuestra opinión es que estos objetos, sobre todo las puntas de flecha y las cucharas, son indudablemente de origen europeo, y que por medio de intercambio comercial o por otra circunstancia cualquiera, que se ignora, pasaron de manos de los navegantes a poder de los indígenas de Massachusetts".*

Muchas piezas de la misma procedencia debieron de ser encontradas y destruídas en épocas en que no se las podía valorar debidamente, mientras que otras deben de dormir, desconocidas, en museos y colecciones particulares. Una mención aparte merecen los hallazgos efectuados en la región de los Grandes Lagos, a que ya aludimos en el capítulo I, al referirnos a la expedición de Poul Knudsson.

En 1898 un campesino sueco radicado cerca de Kensington, en Minnesota central, Olaf Ohman, encontró, enredada en las raíces de un álamo que acababa de arrancar, una piedra de 77 cms. de largo por 40 de ancho y 15 de espesor, cubierta de caracteres rúnicos. Casi analfabeto, Ohman no entendió de qué se trataba ni buscó nunca, posteriormente, sacar ventaja de su hallazgo. Entregó la laja al banquero del pueblo, quien la remitió a la Universidad de Minnesota, donde un especialista en cultura escandinava, el profesor O. J. Breda, no tuvo mayores dificultades para descifrarla en su casi totalidad. Sólo le quedaron incomprensibles algunos caracteres que, más tarde, fueron identificados como cifras.

El texto completo de la inscripción reza: "*8 godos y 22 noruegos en viaje de exploración al Oeste de Vinlandia. Acampamos cerca de dos islas rocosas, a un día de distancia al Norte de esta piedra. Y pescamos un día. Al regresar encontramos 10 hombres ensangrentados y muertos. AV M, líbranos del mal. Tenemos 10 cerca del mar cuidando nuestro barco, a 14 días de viaje de esta isla. Año 1362*". Las letras AV M, eran latinas y constituían una habitual abreviatura de AVE MARÍA.

El profesor Breda consideró que la piedra era una falsificación, por ser el idioma y los caracteres empleados muy posteriores a los del siglo XI, época de los viajes de Leif Eiriksson y sus hermanos. Coincidían perfectamente, por el contrario, con el lenguaje y la escritura del siglo XIV. Al descifrarse la fecha que figura en la inscripción, las dudas respecto de la autenticidad de esta última empezaron a esfumarse, tanto más cuanto que la edad del árbol arrancado por Ohman demostraba que la laja ya debía de haber estado en el lugar durante el decenio 1850-1860, vale decir, en una época en que sólo había en la región poquísimos pobladores Blancos, rodeados de indios bravíos de las tribus *sioux*. Los geólogos certificaron, por otro lado, que la descripción geográfica de la zona, tal como se encuentra en la piedra, era correcta para el siglo XIV, pero ya no para el siglo XIX, pues entre tanto tiempo el lago se había transformado en un pantano y las islas habían desaparecido como tales, proceso éste que sólo un especialista habría podido conocer.

Posteriormente al descubrimiento de la Piedra de Kensington, se encontraron numerosos artefactos —piedras horadadas que los vikingos utilizaban para amarrar sus barcos, eslabones de hacer fuego, hachas de combate, lanzas medallones, etc.— que algunos atribuyeron a los

escandinavos, pero acerca de cuyo origen no hay unanimidad entre los estudiosos. Es de notar, a favor de su autenticidad, que fueron hallados cerca del Red River y del Cormorant Lake (el de las dos islas rocosas) y en el Oeste del Minnesota, a lo largo de la ruta que habría seguido Knudsson. En 1931, se encontraron, cerca de Beardmore, en la provincia canadiense de Ontario, numerosas piezas medievales de indudable procedencia escandinava, pero existe cierta sospecha de que hayan podido ser enterradas en épocas recientes.

La autenticidad de la Piedra de Kensington se ha convertido en el tema de controversias apasionadas en las cuales los factores científicos del problema no son, desgraciadamente, los únicos en juego. No nos compete, por cierto, expresar al respecto una opinión definitiva. Limitémonos a decir que los argumentos positivos nos parecen mucho más sólidos que los negativos y que la cuestión fue oficialmente resuelta a favor de los primeros cuando, hace unos años, la piedra fue incorporada a las colecciones del Museo Nacional de Estados Unidos, que administra, en Washington, la Institución Smithsoniana, lo cual refuerza indirectamente la tesis de la autenticidad de por lo menos parte de los artefactos encontrados en la región.

Nos hemos apartado un tanto, en los párrafos anteriores, del problema de las construcciones europeas precolombinas de Norteamérica. Nos queda por mencionar, en este campo, la conocida Torre de Newport, (cf. Fig. 24), situada en los alrededores de Bostón. Se trata de un edificio redondo, cuya puerta está ubicada a cuatro metros de altura, vale decir, construído con un propósito defensivo, además de servir de atalaya. La torre no es post-colombina y los indios norteamericanos nunca edificaron nada parecido. Pero, por el contrario, encontramos en Irlanda y en Bretaña construcciones idénticas —como la Torre de Lanleff en el último de estos países— que datan de los siglos IX y posteriores. ¿Fue la Torre de Newport obra de los irlandeses de Huitramannaland?. No es seguro, pues los vikingos habían aprendido en Irlanda el arte de las construcciones circulares.

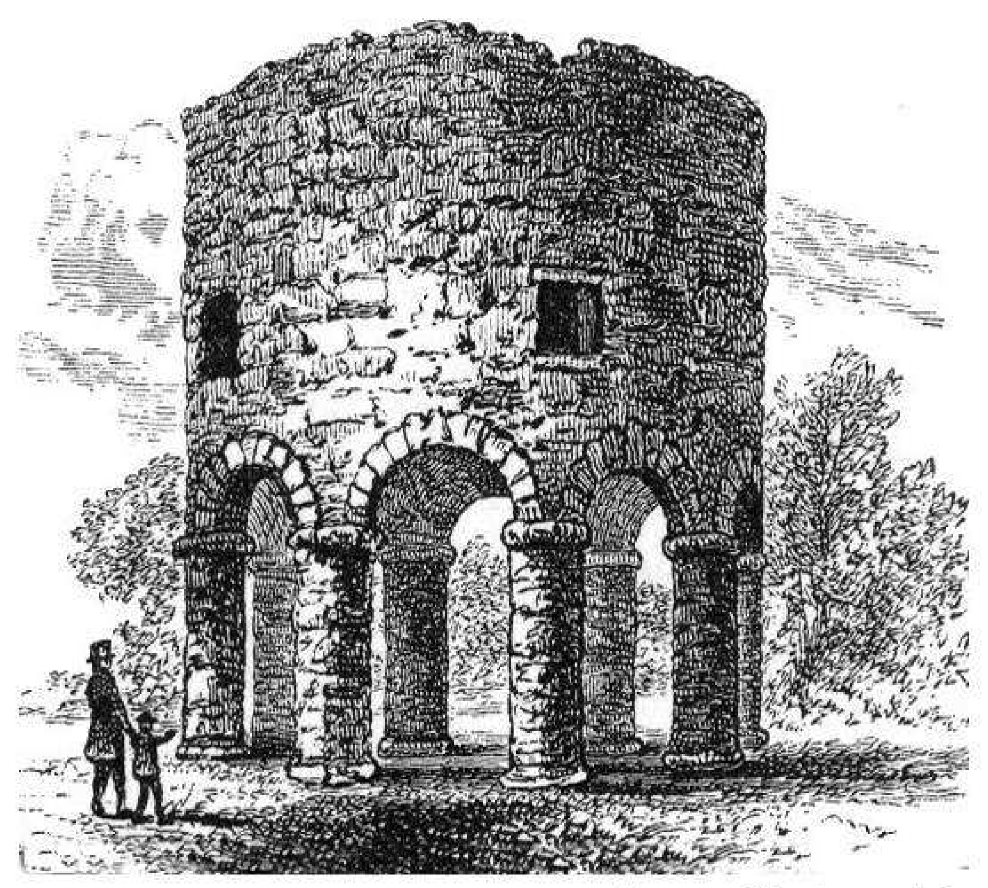


FIG. 24 – *La torre de Newport, según un dibujo anónimo.*

## 2. Hombres de Raza Blanca en la Iconografía Precolombina

El material arqueológico que nos suministran Mesoamérica y Sudamérica es, por cierto, mucho más rico que el que proviene de la parte Norte del continente. No nos ofrece solamente restos de edificios y unos pocos objetos, sino numerosas representaciones iconográficas de hombres de raza blanca. Al presentar aquí, a título de ejemplos, algunas de ellas, dejaremos a un lado, por supuesto, al contrario de lo que hizo Thor Heyerdahl, las figuras barbudas de rasgos mongólicos, que abundan en México y, especialmente, en la costa del Pacífico Sur. Tal vez se trate de mestizos, pero no tenemos seguridad al respecto, pues no todos los indios son totalmente lampiños y a menudo la barba les crece con la edad, como sucede con los asiáticos.

El personaje que representamos en la Lámina IX es un *caballero águila*, o sea un miembro de la Orden Militar azteca. Los tres primeros de la Figura 25 vienen de Chichén Itzá, en el país maya, y el cuarto, de Tiahuanacu. No hacen falta largas disquisiciones al respecto. Los rasgos fisionómicos hablan de por sí: se trata, no solamente de hombres blancos barbudos, sino más precisamente de individuos de raza nórdica.

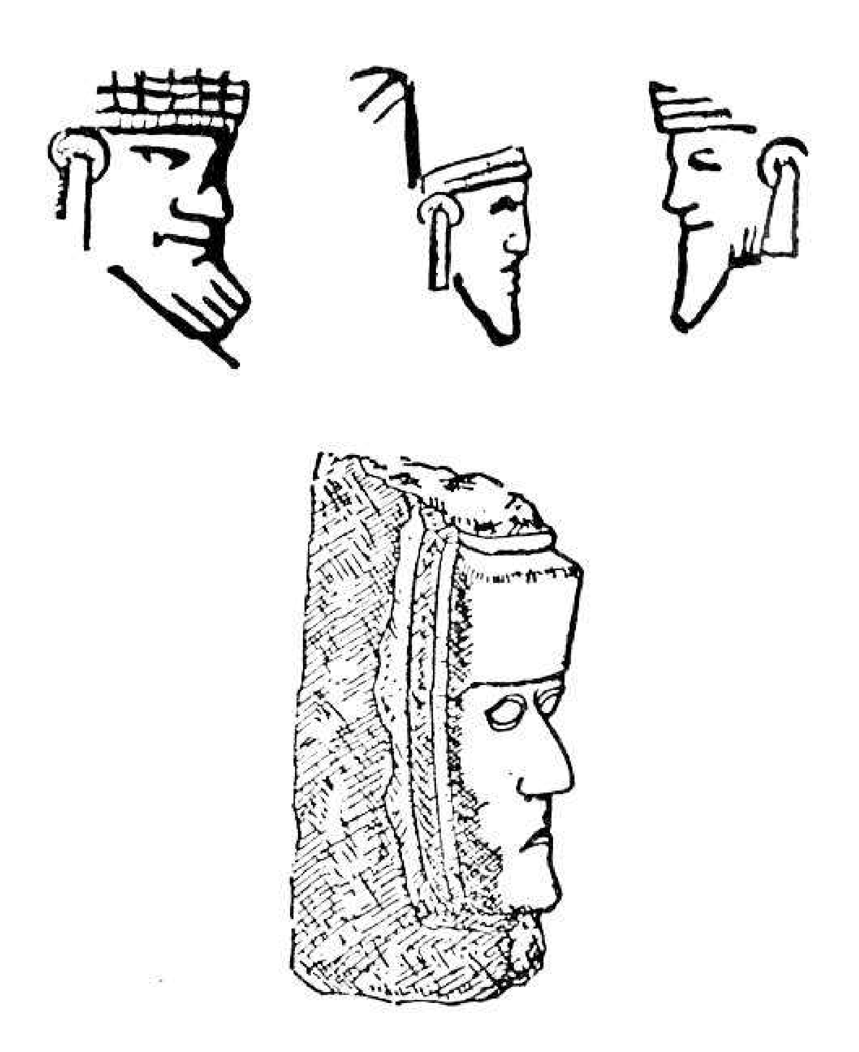


FIG. 25 – *Hombres precolombinos de raza blanca, en Chichén-Itzá y en Tiahuanacu. (Dibujos in Honoré*[17]*).*

Los frescos del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá confirman los testimonios de piedra. El primero nos muestra una escena de combate en la ciudad entre indios y Blancos, la toma de prisioneros Blancos por los indígenas y también, según parece —abajo, a la izquierda— por otros Blancos ataviados a la usanza india y el reembarco de los Blancos en un barco que tiene la forma de un *snekkar* vikingo.

En la segunda lámina, vemos escenas de un combate naval —con otro *snekkar*— entre indios y hombres Blancos y rubios. En la tercera, un prisionero Blanco y rubio es mantenido por dos indios en la piedra de sacrificio. Estos frescos se refieren verosímilmente a la partida —forzosa si nuestra interpretación es exacta— de Quetzalcóatl del Yucatán para el Anáhuac. El pene erecto de los prisioneros Blancos evidencia suficientemente uno de los motivos de queja de los indígenas contra los vikingos. Pues de vikingos se trataba: no sólo el tipo racial sino también la forma tan particular de los barcos lo demuestran.

### 3. El Urbanismo

Todas las ciudades náhuatl y mayas estaban diseñadas según el mismo esquema: dos avenidas en cruz dividían la aglomeración en cuatro cuarteles, que constituían la base de la organización administrativa. Las calles, en toda la medida en que lo permitía la configuración del terreno, eran rectilíneas y paralelas a las arterias principales. De ahí el trazado "en damero", con manzanas definidas por cuatro vías, que caracteriza todavía hoy la mayor parte de las ciudades hispanoamericanas. También el Cuzco estaba edificado según el mismo plano, con cuatro cuarteles, aunque el suelo accidentado no había permitido llegar, en cuanto a lo demás, a una esquematización tan rigurosa como en México. Fuera de América, la edificación "en damero" sólo se encuentra como norma en el urbanismo militar de los romanos y, en la Alta Edad Media, de los daneses. Los campamentos-fortaleza de Trelleborg, en Zelandia, de Aggersborg y de Fyrkat, en Jutlandia, y de Odense, en Fyn, estaban divididos en cuarteles por dos avenidas en cruz y cada cuartel, en manzanas. Si, pues, el urbanismo americano no se debió al azar, su procedencia, del siglo X en adelante, no pudo haber sido sino danesa.

Esta conclusión está reforzada por el análisis de la unidad de medida utilizada en Tiahuanacu, vale decir en un conjunto arquitectónico que, por carecer de toda cultura los indígenas de la región, debió de ser diseñado por los *atumuruna*: caso éste muy diferente del de Mesoamérica y de la costa peruana, donde los Blancos encontraron una arquitectura muy desarrollada. Desgraciadamente, no queda casi nada intacto en la metrópoli del Altiplano. Saqueados por los Conquistadores, convertidos en canteras para la construcción de la iglesia y el pueblo actuales de Tiahuanacu, excavados por arqueólogos improvisados o inescrupulosos y, en fin, prácticamente arrasados por los ingenieros ingleses que utilizaron paredes, pilastras y hasta estatuas como material de relleno para la vía del ferrocarril, los edificios desaparecieron poco a poco y resulta imposible, hoy en día, tomar mediciones exactas de sus restos tan removidos. La dificultad era menor a principios del siglo (XX), cuando Arthur Posnansky hizo el relevamiento de las ruinas. Infortunadamente, la precisión no era la calidad dominante de este ingeniero, y las mediciones que figuran en sus obras son todas aproximadas.

Sin embargo, Posnansky creyó haber encontrado la unidad de medida utilizada por los arquitectos de Tiahuanacu. Comprobó, en efecto, que la pared halconera del gran templo de Kalasasaya tenía "casi exactamente" 4,84 mts., cifra ésta que dividida por tres daba 161,5 cms. Se trataría, según Posnansky, de una unidad de medida antropometrológica aplicada a todos los monumentos. De ser así, nos encontraríamos ante un hecho único en el mundo, y muy poco lógico. Hasta la definición del metro, todos los pueblos, en efecto, emplearon unidades de medida antropométricas: pie, pulgada, palmo y braza, por la sencilla razón de que, primitivamente, las mediciones se tomaban con ayuda de la parte del cuerpo correspondiente.

Nunca se eligió como unidad la altura del ser humano, inaplicable a objetos horizontales. Esto no quiere decir que la medida no haya existido en Tiahuanacu. Pero, si fue utilizada, no constituyó de ninguna manera la unidad básica. En efecto, 161,5 cms. equivalen casi exactamente a 5,5 pies daneses, y la longitud de la pared halconera de Kalasasaya —4,84 mts., según Posnansky— a 16,5 pies daneses. El pie danés constituye la unidad de medida —29,3 cms.— empleada, en particular, en la construcción del campamento-fortaleza de Trelleborg. Es una variante local del pie romano —29,57 cms.— que también encontramos en otras construcciones danesas del período vikingo.

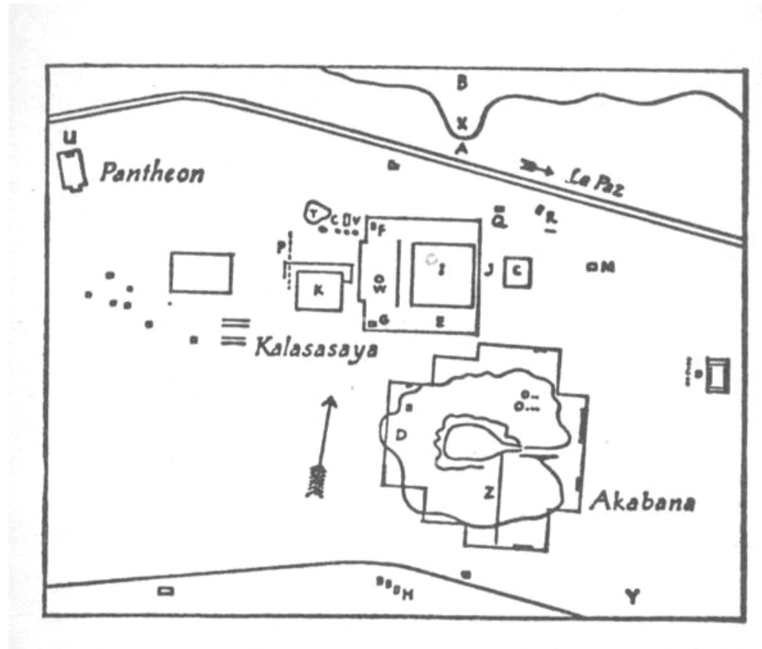



FIG. 26 – *Relevamiento de las ruinas de Tiahuanacu, según Arthur Posnansky* [49].

La utilización del pie de 29,33 cm en Tiahuanacu se comprueba en las demás mediciones de Posnansky. Por ejemplo: recinto exterior del Kalasasaya: 130 mts., o sea, 477 pies daneses; pared exterior del edificio central (el "*Sanctissimum*", según la designación de Posnansky): 64,5 mts., o sea, 220 pies daneses; pared intermedia del mismo edificio: 50,9 mts., o sea, 173,5 pies daneses; pared interior, ibidem, 40,6 mts., o sea 138,5 pies daneses. La conversión de los metros en pies no es del todo exacta (por ejemplo, 219,84 pies, y no 220), pero las diferencias se deben, evidentemente, a la imprecisión de las mediciones de Posnansky, que ni tiene en cuenta los centímetros.

La utilización del pie danés en el Perú como unidad de medida está confirmada por el hecho de que la legua incaica —aproximadamente 6.980 mts.— equivale, con una diferencia de 54 cms., al número redondo de 23.800 pies daneses.

## 4. Los Monumentos Cristianos en Tiahuanacu

Los enormes edificios de Tiahuanacu ya estaban en ruinas cuando los incas ocuparon la región del lago Titicaca. Se encontraban, sin embargo, en mucho mejor estado que hoy hacia 1540, cuando el cronista Cieza de León puedo examinarlos, y hasta, acabamos de decirlo, a principios de nuestro siglo (XX), cuando Posnansky hizo su relevamiento. Dos de ellos, los más importantes, retienen la atención: el *Akapana*, cerro artificial rodeado de poderosos muros de contención y de un foso, que constituía una fortaleza muy semejante, en cuanto al modo de construccion, al Danevirk del Slesvig; y el *Kalasasaya*, o Gran Templo de Sol, como lo llama Posnansky, del que no quedan hoy en día sino los cimientos, las pilastras, la escalinata, una puerta monolítica y una estatua.

Consideremos en primer lugar esta última. Se trata de un monolito de 2 mts. de alto que representa a un ser humano vestido con una túnica y pantalones. Posnansky siempre fantasista, quiere ver en él a una mujer encinta. El sentido común está mucho más cerca de la realidad: nadie, en Bolivia, lo llama de otro modo que "El Fraile". En su mano derecha, este personaje lleva un objeto cilindrico, cuyas formas el desgaste ha hecho imprecisas; en su mano izquierda, un objeto rectangular que tiene todas las características de un breviario medieval. Digamos más terminantemente que no puede ser otra cosa: el cierre metálico está reproducido tan claramente como sea posible, y hasta se pueden notar todos los detalles de sus bisagras. Esto ya sería un hecho extraño, aun cuando el *Fraile* no fuera una reproducción de la estatua de un apóstol no identificado que figura a la izquierda —al salir— del portón central de la catedral de Amiens. El estilo es distinto, pero se trata indiscutiblemente del mismo personaje, con su libro de cierre metálico y un ramo de "mango" cilindrico. Más aún: hasta se pueden notar, en la medida en que lo permite el estado de conservación del *Fraile*, una real semejanza de rasgos fisionómicos y una perfecta identidad de proporciones entre las dos caras cuadradas de frente abombada.

Debemos a Héctor Greslebin, ex profesor de la Universidad de Buenos Aires, esta sorprendente revelación. Este especialista en historia de la arquitectura ha dedicado treinta años de su vida al estudio de los monumentos de Tiahuanacu. Ha tenido a bien autorizarnos a

resumir aquí las principales conclusiones de la obra, aún inédita, que les ha dedicado, las que son, para nosotros, totalmente convincentes. No fue el *Fraile* el punto de partida de la búsqueda de Greslebin, sino la puerta monolítica que se conoce con el nombre de *Puerta del Sol* y que se encontró, caída y quebrada, en el recinto del Kalasasaya. Precisemos de inmediato que no se trata de una especie de arco de triunfo, sino realmente de una puerta, en el pleno sentido del término. Se ve en ella el emplazamiento de los goznes, y d'Orbigny, a principios del siglo pasado (XIX), pudo todavía observar los rastros verdes dejados en la piedra por el bronce. Las cavidades geométricas de la cara posterior muestran, por lo demás, que debía ser incorporada a una pared y la falta de pulido de la parte superior parece indicar que debía ser cubierta con un arquitrabe. Encima de la apertura se halla un friso en bajorrelieve, constituído por un personaje central y cuatro hiladas horizontales de figuras esculpidas. En vano los especialistas le han buscado un sentido. La tarea, por cierto, no era fácil. Pues Greslebin ha establecido que el friso en cuestión representaba, con el estilo peculiar de Tiahuanacu, la Adoración del Cordero tal como figura, según el capítulo V del *Apocalipsis*, en el tímpano de las catedrales góticas del siglo XIII y, más especialmente, encima del portón principal de la de Amiens. No es nuestro propósito reproducir aquí su demostración, y no estamos en condiciones de hacerlo. Limitémonos a indicar algunos de sus aspectos.

El motivo central del friso está constituído por una figura antropomórfica sentada que responde, hasta en sus menores detalles, a la descripción apocalíptica del Cordero. Notamos en él, en efecto, el libro de los siete sellos (Apoc. 5:1), los siete ojos (Apoc. 5:6) y los vivientes y ancianos caídos delante del Cordero (Apoc. 5:8). Las demás indicaciones se refieren al hábito talar (Apoc. 1:13) que lleva el Personaje y que están descriptos en el capítulo 39 del *Éxodo*: las dos hombreras (Ex. 39:4), el cinturón (Ex. 39:5), el pectoral, cuadrado y doble, guarnecido de cuatro hiladas de piedras preciosas (Ex. 39:8-10), las cadenillas de oro, en forma de cordón, del pectoral (Ex. 39:15), las dos cápsulas de las hombreras, situadas entre dos cordones (Ex. 39:18) y la diadema (Ex. 39:30).

Las cuarenta y ocho figuras de las tres hiladas superiores —el mismo número que en Amiens y Chartres— representan los doce apóstoles, los doce profetas y los veinticuatro ancianos coronados de oro (Apoc. 4:4) y portadores de cítaras y de copas de oro (Apoc. 5:8). Debajo se notan (ver Fig. 27) dos ángeles que están tocando la trompeta (Apoc. 7:1 y 8:7-13).

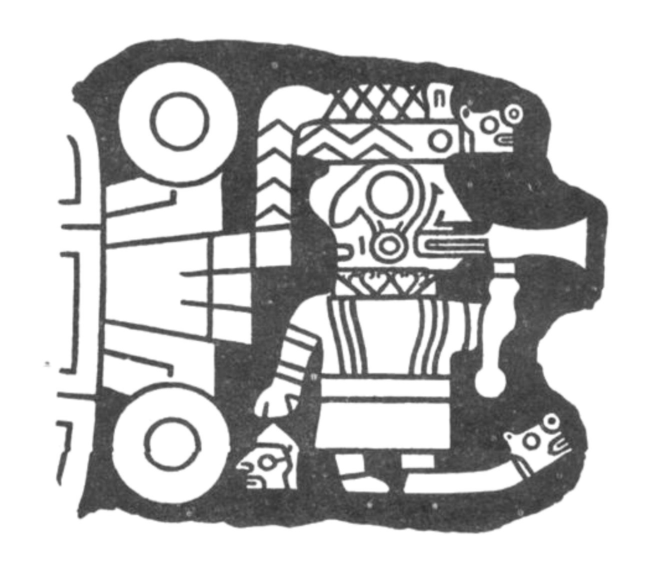


FIG. 27 – *Un ángel corneta de la Puerta del Sol, según Posnansky* [49].

186

Es éste un punto fundamental, pues este tipo de instrumento nunca fue empleado en la América precolombina. Notemos que el perfil de las figuras de cara humana es netamente ario (ver Fig. 28). Si la *Puerta del Sol* —dejémosle su nombre— está ornamentada con un friso cuyo motivo apocalíptico se encuentra esculpido en el tímpano de las grandes catedrales de la Edad Media europea, es lógico suponer que el Kalasasaya era una iglesia cristiana. Esta deducción no se le escapó a Greslebin, y el estudio técnico que hizo —es arquitecto— de las ruinas del monumento le permitió confirmarla. Hasta pudo modelar la maqueta de lo que hubiera sido el edificio una vez terminado. Más aún, comprobó que su plano respetaba la Divina Proporción, vale decir el principio más sabio de la arquitectura griega, que conocían y aplicaban los constructores de nuestras catedrales góticas. Este trabajo fue hecho posible por un descubrimiento complementario.

A un kilómetro de Tiahuanacu se encuentra un gigantesco amontonamiento de bloques de piedra esculpidos en el estilo de la Puerta del Sol, inclusive un arquitrabe, varias puertas monolíticas, etc. Posnansky, llevado como siempre por su imaginación oriental, quiso ver en él las ruinas de un Templo de la Luna. La tesis carece de bases, pues no se hallan en Puma Punku, como los indígenas llaman el lugar, ni trazado de edificio ni cimientos. Greslebin pudo establecer que las piezas arquitectónicas en cuestión estaban destinadas al Kalasasaya y que tenían las dimensiones y formas necesarias para complementar lo que ya se encontraba instalado: cimientos, pilastras, escalinata y portal.

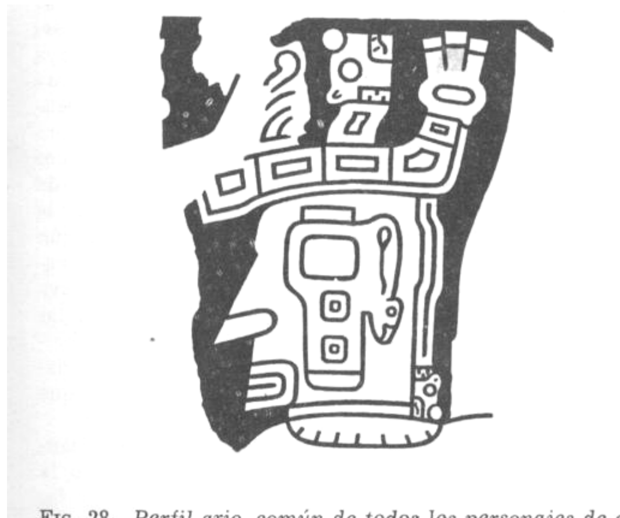


FIG. 28 – *Perfil ario, común de todos los personajes de cara humana de la Puerta del Sol, según Posnansky* (49).

Puma Punku no era sino el obrador donde se tallaban y esculpían los bloques de piedra utilizados para la construcción de la iglesia de Tiahuanacu. Lo cual bastaría para hacernos descartar la hipótesis de José Imbelloni y algunos otros, según la cual el Kalasasaya nunca habría sido sino un alineamiento de piedras erguidas. El nombre aymará que lleva hoy en día tiene este sentido, es cierto, pero se aplica a las ruinas tales como las conocen los indígenas. En los tiempos de los *Atumuruna*, la iglesia debía de llevar, en danés o en latín, el nombre del apóstol no identificado que representa el *Fraile*.

Esta iglesia no estaba terminada en el año 1290, cuando la batalla de la Isla del Sol provocó la muerte o la huída de sus constructores. La fecha de iniciación de las obras y, por lo tanto, de la cristianización de los Blancos en el Altiplano debe de situarse hacia 1250. La catedral de Amiens fue construída, en efecto, entre 1220 y 1288, y su portón central, entre 1225 y 1236.

## 5. El Tapiz de Ovrehogdal

La presencia en la América precolombiana de elementos arqueológicos de neta inspiración europea tiene su contrapartida en el tapiz escandinavo de Ovrehogdal, que se data generalmente de fines del siglo XI pero muy bien podría ser bastante posterior. Esta pieza demuestra, en efecto, que se conocía en Europa, en la Edad Media, la existencia de animales que sólo viven en el Perú.

El tapiz en cuestión está compuesto de cuatro bandas horizontales y de una media banda vertical, situada abajo a la derecha. La tercera banda horizontal, contando desde arriba, reproduce un simple dibujo decorativo, pero con dos "cruces de Tiahuanacu" (ver Fig. 12). En la primera encontramos, además de dos barcos vikingos, varios venados de distintos tamaños, uno de ellos con astas grandes y achatadas que parecen ser las de un alce norteamericano. Se notan también un felino con altas patas traseras que impiden identificarlo, y una llama, camélido peruano fácil de reconocer (cf. Fig. 29) por su alto cuello su cabeza chica, el trazado geométrico de su silueta y su largo pelo, que cae hasta el suelo como una cortina.

En la segunda banda, los animales representados, salvo uno tal vez, que podría ser un caballo cuyo jinete hiciera girar una boleadora, son llamas. En la cuarta, por fin, hallamos ciervos, llamas, un pecarí y un animal más difícil de definir, que bien podría ser un oso peruano. Con la reserva exigida por el caballo de la segunda banda —pero ni hay certeza alguna respecto de tal identificación—, la parte de tapiz que acabamos de describir se refiere claramente a la fauna americana, simbólicamente localizada mediante las cruces preincaicas de la tercera banda.

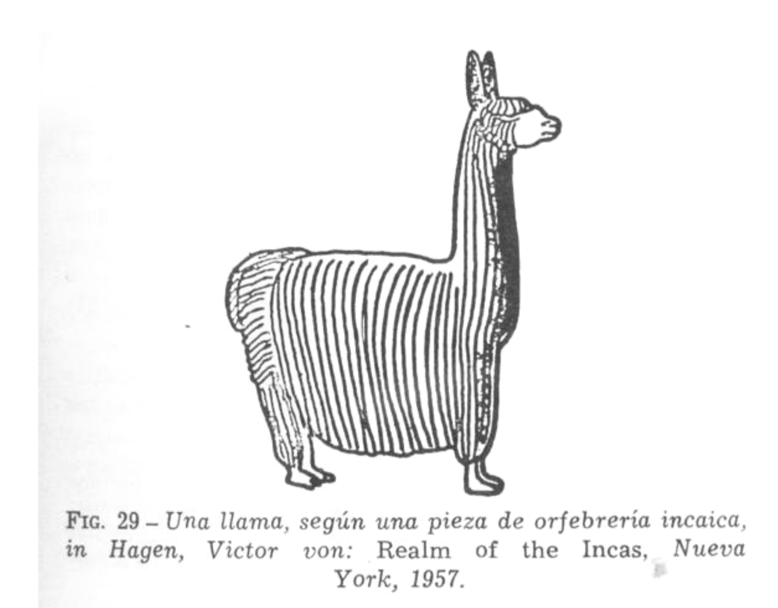



FIG. 29 – *Una llama, según una pieza de orfebrería incaica, in Hagen, Victor von:* Realm of the Incas, *Nueva York, 1957.*

La franja vertical, por el contrario, es netamente escandinava. Vemos en ella un barco vikingo y dos inconfundibles caballos con jinete, además de cruces cristianas y de svástikas. Todo el tapiz, salvo la banda decorativa, está sembrado de caracteres pictóricos, cuya similitud con los que figuran en los *kellka* del Altiplano (ver Fig. 21) salta a la vista. El tapiz de Ovrehogdal se agrega, pues, al mapa de Waídseemüller (Fig. 5) para probar que en la Europa medieval se conocía no sólo la existencia de Sudamérica sino también su fauna.

## 6. Pruebas Tangibles y Definitivas

No volvamos aquí sobre los datos arqueológicos que provienen de los establecimientos escandinavos e irlandeses de Norteamérica: sólo nos interesan de modo indirecto. Limitémonos, pues, a Mesoamérica y Sudamérica. Encontramos en ellas pruebas abundantes y definitivas de la presencia, mucho antes de Colón, de hombres blancos en el Anáhuac, el Yucatán y el Altiplano de Bolivia. Hallamos, en efecto, en estas tres regiones, esculturas que representan a individuos blancos y barbudos cuyos rasgos corresponden a la raza nórdica. Los frescos de Chichén-Itzá nos muestran escenas de batallas terrestre y naval, inclusive un *snekkar* vikingo, que pintan la derrota de los Blancos, conforme a la tradición.

En un orden de ideas totalmente distinto, comprobamos que el trazado "en damero" de las ciudades precolombinas, no tiene, en el mundo medieval, sino un único precedente: el urbanismo militar de los daneses. No nos extrañará, pues, comprobar que la unidad de medida de los edificios de Tiahuanacu era el pie danés.

Es, por otra parte, la ciudad de los *Atumuruna* la que nos reserva la mayor de las sorpresas. Sabemos, en efecto, merced a los trabajos del profesor Greslebin, que el gran edificio habitualmente designado con el nombre de Kalasasaya era una iglesia cristiana en construcción. Su plano respondía a la Divina Proporción de la arquitectura griega y medieval. El friso de su puerta principal reproduce, con otro estilo pero hasta en sus mínimos detalles, la escena apocalíptica de la Adoración del Cordero, tal como figura en el tímpano de casi todas las iglesias medievales. En fin, la estatua del "Fraile" es la copia exacta, estilo aparte, de la de un apóstol no identificado que adorna el portón central de la catedral de Amiens. Hubo, por lo tanto, a mediados del siglo XIII, un contacto entre los daneses del Altiplano de Bolivia y sus compatriotas de Europa. El tapiz de Ovrehogdal trae al respecto una prueba complementaria.

# VIII ¿Quiénes se lo Enseñaron?

## 1. Los Atributos del Poder

La mayor sorpresa que experimentaron los Conquistadores cuando penetraron tierras adentro en México y en el Perú fue la de encontrar no a salvajes antropófagos como en las islas del Caribe sino a pueblos civilizados, cuyas ciudades, palacios, mercados, carreteras, etc., igualaban, cuando no superaban, todo lo que se podía ver en España, y cuyas costumbres eran tan refinadas como las de los europeos. Nada impedía, por cierto, que nahuas, mayas y quechuas hubieran resuelto por su cuenta, del mismo modo que en el Viejo Mundo, problemas que se presentaban en los mismos términos de ambos lados del Atlántico. Pero no fue así. La etnología demuestra que no hubo mera similitud de respuesta a necesidades similares, sino, en algunos aspectos, una identidad de detalles, que no pudo haber sido casual.

Tal es el caso, en primer lugar, de los símbolos del poder. Nada más arbitrario, sin embargo, que los signos e insignias con los cuales se diferencian los titulares de la autoridad, en cualquier campo de la actividad social. No es que los símbolos en cuestión siempre carezcan de historia: a menudo se puede encontrarles un origen lógico, pero no un origen necesario, en el pleno sentido filosófico de la palabra. ¿Por qué es la púrpura el color particular de los cardenales, príncipes de la Iglesia? Porque la tomaron de los césares romanos; como éstos, la heredaron de los *basileis* griegos, que la debían de los persas. Pero cualquier otro color habría podido prestar la misma función simbólica.



FIG. 30 – *Quetzalcóatl, con un báculo, in Soustelle, Jacques:* La vie quotidienne des Aztèques, *París, 1959.*

Llama la atención entonces, que los emperadores aztecas y los soberanos incas usaran la púrpura como signo distintivo de la autoridad suprema, los primeros en su manto de ceremonias, los segundos en su tocado —un grueso cordón de varias vueltas, con una borla en la frente— que algunos confundieron con un turbante. Más lógico hubiera sido que los Hijos del Sol de Tenochtitlán y del Cuzco se hubieran reservado el color amarillo. Es probable que la elección del colorado haya sido de origen cristiano, pues la púrpura no tenía particular sentido para los escandinavos, y sí para la Iglesia. Confirma esta interpretación la mitra, semejante, de frente, a la de los obispos catolicos, aunque menos alta, que usaba el emperador azteca de corona, como lo hacía, por otro lado, su subordinado religioso, el Sumo Sacerdote. Y si los soberanos de México no llevaban el cetro de oro, como los Incas, Quetzalcóatl —el asceta— se representaba a veces con un inconfundible báculo (ver Fig. 30).

El mismo origen pueden tener el trono en el cual se sentaban los monarcas de México Y del Perú e, inclusive, la litera —entonces en uso en toda la Europa occidental, pero, por lo que sabemos, no en Escandinavia— que utilizaban para desplazarse. Más dudosa es la procedencia de los escudos de armas, que encontramos tanto en el Perú como en México. En la Edad Media europea, el blasón nació de la necesidad de distinguir, en el campo de batalla, a caballeros que idénticas armaduras no permitían reconocer. Posteriormente, se convirtió en el símbolo de una

familia, una comunidad o una dignidad. Mejicanos e incas recurrían al mismo procedimiento y la reproducción adjunta (ver Fig. 31) de escudos de armas de ambos orígenes muestra a las claras que se los podría muy bien confundir con blasones europeos. Los escudos americanos son redondos, como los escandinavos. Pero en el siglo X los vikingos no solían pintar símbolos en los suyos. Los islandeses, como todos los occidentales, sí comenzaban a hacerlo.

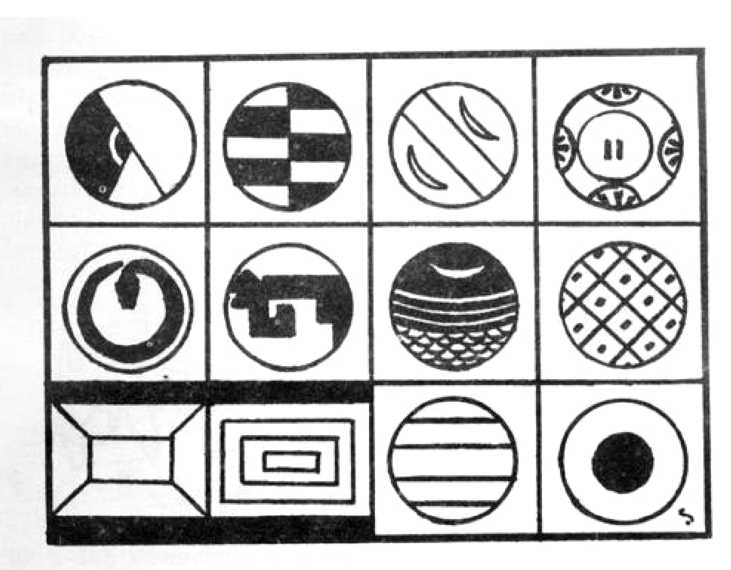


FIG. 31 – *Escudos de armas, en México y en el Perú. (Dibujos de la señora de Rivero, según códices mexicanos y los grabados de Guaman Poma de Ayala [45]).*

## 2. Las Armas

Lo que un pueblo guerrero abandona más difícilmente son las armas a las cuales está acostumbrado, pues constituyen el instrumento de su poderío. Habiéndose impuesto los escandinavos a las naciones mesoamericanas y peruanas, debemos lógicamente encontrar en éstas rastros del armamento de sus conquistadores. Y así es en efecto.

Los vikingos utilizaban una espada ancha, la lanza, el dardo, el arco y, sobre todo, el hacha de combate que el resto de Europa ya había abandonado en el siglo X. Son éstas, exactamente, las armas que encontramos en México y en el Perú, con excepción, en cuanto a este último país, de la espada que los soldados incaicos reemplazaban por una masa de armas. Pero, en ambos casos, figura el hacha que, en el Perú, toma a veces la forma de una partesana. Añadamos que, si el arco mejicano es sencillo, el peruano, por el contrario, está hecho de una madera trabajada estilo europeo. Señalemos, por fin, que la espada mejicana era de madera, con filos de pedernal u obsidiana, y que, para lanzar el dardo, los nahuas recurrían a menudo a un instrumento semejante a la arbaleta, aunque de tamaño mayor.

Los mayas no conocían ni la espada ni el arco, pero sí las demás armas, inclusive el hacha de combate. Ésta, en Mesoamérica, era de obsidiana; en el Perú, de bronce (ver Fig. 33). Para la defensa, mejicanos y peruanos usaban el escudo redondo que ya hemos mencionado y vestían túnicas de algodón acolchado, con cuello abierto en redondo y mangas cortas, como las túnicas escandinavas. El tocado variaba: yelmo de madera o de metal, en el Perú, y de algodón acolchado, en México. Sin embargo, el casco de metal no era desconocido en este último país. Cuando el príncipe Teutitle, enviado de Moctezuma, llegó a presencia de Cortés, pidió que se le regalara el yelmo dorado de un soldado, por parecerse al que usaba Quetzalcóatl. Sabemos, por otro lado, que en la repartija del rescate pagado por los indios de Potonchán, cerca de Panuco, a un tal Juan de Grijalba le tocó en parte "*un casquete de oro, con dos cuernos y cabellera negra*".



FIG. 32 – *Uniformes y arcos: arquero normando del siglo* XI, *según el Tapiz de Bayeux (in Cronau* [2]*); guerrero azteca (Códex Mendoza); arquero mexicano (pintura de Tlaxcala).*

196



FIG. 33 – *Armas precolombinas: aztecas, mayas, incaicas. (Dibujos de Alberto Beltrán, in Hagen, Victor von:* Los aztecas, hombres y tribus, *México, 1964;* El mundo de los Mayas, *México, 1964;* Realm of the Incas, *Nueva York, 1957).*

197

Lo de los cuernos reviste una especial importancia: se sabe que el yelmo vikingo a menudo estaba ornamentado con astas de uro. No sabemos, por desgracia, cómo era el casquete que recibió el español. Pero tenemos un elemento de juicio más preciso al respecto: el retrato de Netzahualcoyotzin [en el Códice Ixtlilxóchitl], rey de Texcoco en el siglo XV. El buen soberano, célebre por su cultura —era poeta, filósofo y orador de fama—, aparece con lo que no tenemos más remedio que llamar un disfraz de vikingo: túnica de mangas cortas, escudo redondo y espada ancha. Pero lo más significativo es su "yelmo" de algodón acolchado, con dos "cuernos" hechos, aparentemente, del mismo material, de los que cuelgan pompones. ¿Qué

podía ser este tocado, sino una casi conmovedora imitacíón del casco escandinavo?. No había uros en México, claro está, ni vacunos de ninguna especie. Para parecerse a sus "antepasados", el príncipe se hizo fabricar "cuernos" de género relleno...

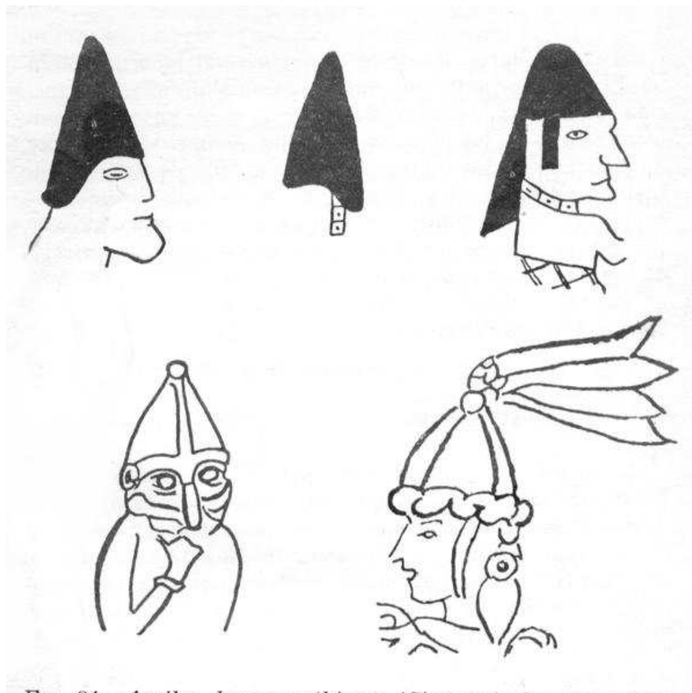


FIG. 34 – *Arriba, bonete vikingo (Sigtuna); bonete azteca (Registros de Moctezuma); bonete de Tiahuanacu, según Posnansky* [49]. *(Dibujos de la señora de Rivero).*

Ya que estamos hablando de vestimenta, abramos paréntesis para referirnos a la gorra puntiaguda, común a los nahuas y a los quechuas (ver Fig. 34), que tiene exactamente la misma forma que la que se usaba en Escandinavia. La misma también, pero con una pequeña variante, que la que encontramos a menudo en México en las imágenes de Quetzalcóatl y, en los países del Norte, en las del dios Frey.

Volviendo al tema militar, nos quedan dos puntos de interés. El primero es la simbolización de la patria —o del soberano que la encarnaba—, tanto en México como en el Perú, por banderas que los soldados defendían al precio de su vida y cuya toma por el enemigo ponía fin al combate. Hasta sabemos que la del Inca Roka era verde claro y azul oscuro. En el imperio incaico, ciertas unidades usaban, en lugar de banderas, insignias semejantes al *labarum* romano.

El segundo punto que queremos señalar es la organización del ejército peruano en decurias y centurias, en todo idéntica a la de las legiones de Roma. Esto, evidentemente no proviene de los vikingos, sino que procede del afán de racionalización de los incas. Pero el sistema decimal era propio de los germanos en la Europa de aquel entonces. Los demás pueblos del Viejo Continente, que, al contrario de los mesoamericanos y los peruanos, ni conocían el cero, utilizaban el cálculo duodecimal, como lo hacemos todavía para contar las horas o los huevos.

### 3. Sauna, *Quipus*, Barcos, Etc.

En el orden civil, la coincidencia más definitoria entre Escandinavia y la América precolombina nos la ofrece el sauna. Todo el mundo conoce las características de este baño de vapor, peculiar de los países del Norte de Europa: en una sala cerrada se introducen piedras previamente calentadas, sobre las cuales se echan baldes de agua. El bañista, después de aguantar lo más posible el vapor caliente, se tira en la nieve o en una piscina de agua fría, y se lo fustiga con una rama de abedul. En México, cada casa de familia tenía su sauna: el *temascal*. El dibujo adjunto (ver Fig. 35), extraído de un códex náhuatl anterior a la Conquista, nos muestra que ni faltaba el detalle de la fustigación. El baño frío se tomaba en algún río cercano, de agua siempre fría, por la altura, en el Anáhuac. Esta última particularidad no existía en el país maya, de clima tropical. De ahí que el sauna local —el *sampulche*— estuviera compuesto de dos piezas: una para el baño de vapor, *ut supra*, y la otra provista de una piscina de agua fría. La instalación era, pues, mucho más complicada. Por ello, el sauna maya no era familiar sino público.

No faltan algunos aspectos secundarios que merezcan ser mencionados aquí: el empleo de platos y cucharas, pero no de tenedores —exactamente como en la Europa medieval—, la similitud de algunos instrumentos de música —tambor, trompa y, en el Perú, flauta de Pan—, el uso de la balanza romana en este último país y, en la misma región, del *quipu*. Ya mencionamos que, a falta de escritura, los pueblos incaicos recurrían a un sistema muy particular de anotación, que consistía en nudos diferentemente espaciados en hilos de distintos colores.

Ahora bien: el procedimiento era conocido en Escandinavia, y solamente en Escandinavia, donde se lo utilizaba, no para sustituír la escritura, que por cierto existía, sino para la adivinación.

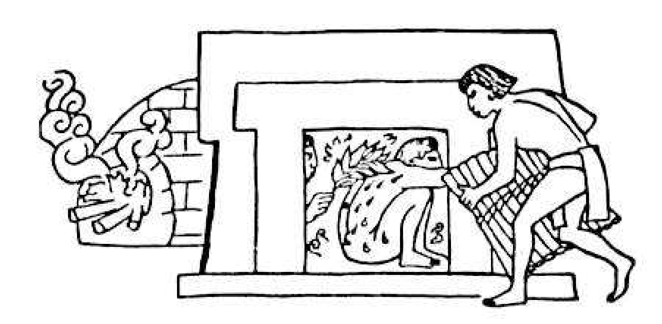


FIG. 35 – *El tamascal, sauna azteca. (Dibujo de Albert Beltrán in Hagen, Victor von:* Los aztecas, hombres y tri bus, *México, 1964):*

200

No podemos dejar a un lado algunos juegos que practicaban los nahuas: el árbol de cucaña y la calesita voladora, que figuraban en todas las *kermesses* de la Europa nórdica, inclusive Francia, hasta principios de nuestro siglo (XX) y que no sería difícil encontrar todavía allá en fiestas pueblerinas. Más interesante aún para nosotros es el *pok-a-tok* de los mayas, parecido al baloncesto y, más inmediatamente, al juego de pelota que los pueblos germanos llamaban *Knattieikr*, *Soppleikr* o *Shofuleikr*, según la región.



FIG. 37 – *Barco vikingo, motivo de una corona de oro encontrada en una sepultura precolombina de Lambayeque, Perú.*

Queda, por fin, el problema de la navegación. Es difícil suponer que la llegada por mar de los grandes navegantes que eran los vikingos no haya dejado rastros en las costumbres de los pueblos costeros por ellos dominados. Efectivamente los mayas —los de Chikin Chel eran conocidos como "los señores del mar"— construían grandes barcos, de hasta cuarenta remeros, algunos de ellos provistos de una vela latina. Las piraguas se hacían habitualmente en un tronco de cedro, pero no los grandes buques, puesto que sabemos que se utilizaba betún para calafatearlos. Por el contrario, los peruanos de la época incaica habían perdido sus antiguas tradiciones y ya no navegaban sino en balsas, con las cuales, es cierto, realizaban largos viajes hasta Panamá, sin hablar de la expedición del Inca Yupanki a las islas de los Galápagos y, tal vez, más allá en el Pacífico.

Decimos que habían perdido sus tradiciones, no sólo porque sabemos que los Blancos llegaron al Ecuador en barcos de piel de lobo, sino también porque tenemos pruebas iconográficas de la existencia anterior de embarcaciones dei tipo netamente vikingo (ver Fig. 37). Los cronistas García, Acosta y Velasco cuentan que los indígenas recordaban viajes de sus

antepasados a las "islas del Ponente", con barcos de piel de lobo marino. Lo cual significa que las costumbres escandinavas perduraron un tiempo y no fueron perdiéndose sino a la larga.

### 4. Un Extraño Paralelismo

La etnología nos aporta pocos datos, pero éstos son importantísimos para nuestra búsqueda. Los símbolos de poder que distinguían a los soberanos aztecas y peruanos eran los que se usaban en los países cristianos y, mucho de ellos, en la Iglesia. Las armas, por el contrario, se parecían en ambas regiones a las escandinavas.

Más significativo, tal vez, que todo lo demás es la existencia del sauna, tanto en el Anáhuac como en el país maya. Pero también tiene suma importancia comprobar, entre otras coincidencias, que los *quipus* incaicos se conocían, aunque con otro uso, en Escandinavia, que los peruanos habían navegado en barcos de piel de lobo y que los mayas practicaban el juego de baloncesto, muy parecido al *Knattieikr* de los pueblos nórdicos.

## IX Las Monarquías Comunitarias de México y del Perú

### 1. Feudalismo y Centralización

Nada más parecido al feudalismo medieval europeo que la organización política vigente en Mesoamérica cuando la Conquista. Su comunidad básica la constituía, en efecto, el municipio, gobernado por un señor hereditario o elegido, a quien asistía un Consejo de Ancianos provisto de atribuciones importantes, al modo de los cabildos españoles. Antes de la llegada de los aztecas al Anáhuac, el Estado comunal era soberano en México, y seguía siéndolo a principios del siglo XVI en el país maya. Las ciudades o aldeas tenían cada una sus propias normas de vida y leyes consuetudinarias y se administraban según esquemas que, si bien eran idénticos en cuanto a los grandes principios del orden social, variaban apreciablemente en lo que atañía a sus matices de aplicación.

Bastante semejantes a las *poleis* griegas, los municipios independientes vivían aislados, se aliaban entre sí o se combatían según las circunstancias, creando así un siempre cambiante cuadro caótico. Cada uno de ellos tenía estructuras políticas naturales, con un órgano rector unitario y fuerte: el orden imperaba en su seno. Pero no existía autoridad soberana alguna por encima de los distintos feudos de una misma región, y el desorden, apenas atemperado por acuerdos momentáneos, constituía la norma de las relaciones intercomunitarias.

Sabemos, por la tradición, que fue Quetzalcóatl quien dio sus leyes a los mejicanos. No nos extrañará, entonces comprobar la similitud existente entre la organización política del Anáhuac y la de los países escandinavos en el siglo X. Ninguno de éstos habían alcanzado aún la unidad monárquica del Estado. Todos estaban divididos en pequeñas comunidades feudales, en cuyo gobierno se mezclaban en proporciones variables, herencia y elección. La jefatura se trasmitía de padre a hijo, pero las grandes decisiones las tomaba el *Thing*, o sea, la asamblea de los jefes de familias nobles, reunidos alrededor del señor.

Es probable que Quetzalcóatl haya intentado, para dar más coherencia y estabilidad al orden social creado por él, federar las comunidades municipales recién organizadas. Evidentemente, no tuvo tiempo de llevar a cabo su tarea y, como muy bien dice Maurras, no hay federación sin federador. Grecia se unificó cuando Alejandro descendió de la montaña; Francia, cuando los reyes Capetos fueron agregando, por la guerra o la diplomacia, provincia a provincia a su feudo originario; Suiza, cuando los viejos cantones se aliaron para poder resistir el avance austríaco. Tal vez, sin la llegada de los españoles, la liga de Mayapán hubiera pasado de la alianza a la confederación y, posteriormente, de la confederación a la federación. No lo sabemos. Pero sí la Historia nos enseña cómo los aztecas, tribu guerrera llegada del Norte a México en el siglo XIII,

fueron imponiendo paulatinamente su autoridad a las comunidades municipales del Anáhuac, primero, y más tarde a todas las provincias de lo que se convirtió entonces en el imperio náhuatl. Lo interesante para nosotros es que la federalización se logró mediante un procedimiento idéntico al que, desde hacía siglos, se estaba aplicando en Europa occidental, vale decir, por establecimiento de vinculos de vasallaje. Lejos de destruír las comunidades vencidas o de transformarlas en colonias, imponiéndoles autoridades y leyes extrañas, los soberanos de Tenochtitlán se limitaron a subordinar a los señores locales, respetando y amparando los fueros municipales.

El príncipe hasta entonces independiente se convertía en *tecuhtli*, como el mismo emperador y los grandes dignatarios federales. Pagaba el tributo a su soberano y le prestaba ayuda militar en tiempos de guerra. Pero, en contrapartida, el poderío imperial respaldaba su autoridad. Claro está que semejante sistema, en México como en Europa, tenía sus inconvenientes. Los vasallos, más poderosos que antes de su sumisión pero menos libres, estaban tentados de alzarse contra el emperador, para librarse de su autoridad y sus imposiciones, o hasta para sustituírlo en su papel de federador. De ahí guerras intestinas frecuentes, que se sumaban a las campañas emprendidas para dominar regiones aún independientes. Pueblo guerrero por su origen, los aztecas tuvieron que seguir siéndolo para conservar y ampliar su poder. Al mismo tiempo, el gobierno del Imperio y la recaudación del tributo iban exigiendo una administración cada vez más frondosa, mientras que la riqueza de Tenochtitlán, producto del tributo, y el lujo que de ella procedía iban orientando hacia actividades artísticas a un número cada vez mayor de sus habitantes.

Como la Roma de los césares, la capital de los aztecas fue convirtiéndose rápidamente en una ciudad aristocrática poblada por altos funcionarios civiles y militares y por los que se dedicaban a servirlos en uno u otro campo. En la época de la Conquista, el Emperador ya no tenía mucho que ver con los jefes de tribu que habían sido sus antepasados. Era un semidiós que pretendía descender del mismo Quetzalcóatl. Elegido en el seno de la familia imperial por el reducido Senado que constituían los cuatro principales dignatarios de la corte –como los reyes escandinavos por el *Thing*–, tendía cada vez más a convertir a éstos de co-gobernantes en meros funcionarios. Los *tecuhtli* y los *calpullec* —jefes vitalicios de barrio, elegidos por los habitantes—, que primitivamente no sólo ejercían la autoridad suprema en su jurisdicción sino también representaban a la población ante el poder central, se iban transformando en simples delegados del Emperador, que siempre debía confirmar su nombramiento para que fuera válido y que, cada vez más a menudo, los designaba directamente. A principios del siglo XVI, el proceso de centralización ya estaba muy adelantado y México, con sus tribunales de dos instancias, sus escuelas y colegios, sus hospitales y asilos de inválidos, su correo, su registro civil y administración fiscal, ya se parecía mucho más a la Roma de los césares que a la Europa feudal. Nada semejante, sin embargo, a la burocracia niveladora y asfixiante de hoy: el Imperio azteca parecería libertario al ciudadano de cualquiera de nuestras naciones contemporáneas.

No sabemos cuáles fueron las estructuras político-sociales del Perú en los tiempos de los *atumuruna* y sólo podemos analizar las que corresponden al Imperio incaico. En éste, la situación originaria era muy distinta de la que hemos observado en Mesoamérica. No existían, cuando Manko Kapak se estableció en el Cuzco, comunidades municipales organizadas y prósperas, sino poblaciones desintegradas y tribus salvajes. Los incas, por otro lado, constituían, como lo veremos en el inciso siguiente, una minoría aristocrática racialmente diferenciada. La creación del Imperio fue, por lo tanto, conquista y estructuración más que federalización. El Cuzco fue capital imperial antes de que tuviera Imperio, y el Inca era dios por derecho propio y casi diríamos por naturaleza. Por ello, no hubo feudalismo en el Perú ni nada que se le pareciera, sino un régimen colonial inteligente. El Emperador respetaba las costumbres de las poblaciones sometidas y confirmaba el poder de sus jefes. Pero, por encima de éstos, se colocaban delegados civiles, militares y religiosos de sangre incaica. Se imponía el quichua como "lengua general" y a menudo se desplazaban grupos de población de una región a otra, de tal modo que se quebrara la unidad étnica de una provincia de lealtad dudosa y se redujeran así sus veleidades de independencia y sus posibilidades de insurrección.

## 2. La Estratificación Social

La diferencia que se nota entre las estructuras político-sociales de Mesoamérica y el Perú procede fundamentalmente de la distinta constitución de las respectivas capas dirigentes. En el Anáhuac y el Yucatán, como en la Europa de la Alta Edad Media, la aristocracia se había ido formando lentamente sobre la base de la selección funcional. En un primer momento, todos los cargos eran electivos y cualquier hombre libre podía aspirar a las más altas posiciones sociales. Nada más natural, puesto que todos pertenecían a la misma raza o a razas afines. Hacía tiempo que la sangre de los compañeros desertores de Quetzalcóatl, de reducido número, se había diluido por mestización. Poco a poco, sin embargo, la especialización funcional había hecho su obra y los más aptos para los distintos cargos fueron, cada vez más frecuentemente, hijos de los titulares anteriores. Así se constituyeron, por lo demás, todas las aristocracias hereditarias sin privilegio de raza. Por otro lado, los nobles tenían mayores facilidades para dar a sus hijos una educación esmerada y una formación adecuada. La aristocracia mejicana de principios del siglo XVI no estaba cerrada a los hombres libres que se destacaban por su yaior, especialmente en el campo militar. Pero la nobleza poseía privilegios hereditarios y sólo sus hijos, con una excepción que mencionaremos más adelante, tenían acceso a los colegios superiores.

La aristocracia incaica, por el contrario, se diferenciaba, desde el punto de vista étnico, de las poblaciones que gobernaba. Los *orejones*, como llamaban los españoles a los nobles peruanos, por la costumbre que tenían estos últimos —como, por otro lado, los nobles mayas— de distenderse las orejas, que llegaban a tocar los hombros, eran de raza blanca ligeramente mestizada, como ya vimos. Los incas, descendientes de Manko Kapak y de sus compañeros, se casaban estrictamente entre sí, y la familia imperial, más prudente todavía, practicaba el matrimonio consanguíneo, entre hermanos. Todos los altos cargos del Estado, el Ejército y la Iglesia estaban reservados a Blancos, en el Cuzco y en las provincias.

Los "incas de privilegio", descendientes de los aliados indios de Manko Kapak, que éste había ennoblecido, se situaban inmediatamente debajo de la nobleza de raza, pero a gran distancia, y por supuesto no se mezclaban con ella por el matrimonio. En fin, una tercera capa aristocratica, la de los *curacas*, estaba constituída por las familias de los jefes indígenas locales, siempre subordinados a un inca. Al contrario de la aristocracia mesoamericana, la nobleza peruana no formaba un estamento, pues, sino una casta, cerrada por definición. No debía su superioridad a su capacidad funcional, sino su capacidad a su superioridad étnica. Al lado de un Hijo del Sol, el más encumbrado de los *curacas* no pasaba de ser un villano, y no había razón humana que pudiera oponerse a la orden de un dios vivo.

Este régimen de castas explica por qué no existían estamentos organizados por debajo de las tres capas aristocráticas o, si los había, por qué los cronistas no hablan de ellos: el socialismo incaico igualaba a todos los que no pertenecían a la minoría Blanca ni a sus colaboradores inmediatos.

En Mesoamérica, por el contrario, nos topamos, también en este campo, con una estructura estamental muy semejante a la que existía en la Europa medieval. Los artesanos estaban organizados en gremios, y los mercaderes, en guildas [corporaciones], cada uno con sus fueros y sus autoridades libremente elegidas. Fiel a su espíritu feudal, el Estado sólo intervenía para mantener el orden y garantizar la recaudación de los impuestos. En todo lo demás, dejaba a los ciudadanos una total libertad de acción. A los ciudadanos, pero no a los esclavos. Prisioneros de guerra o desamparados que buscaban protección, éstos estaban incorporados a las familias, como las mujeres y los hijos, aunque en un nivel inferior. Estaban exentos del servicio militar, se les aseguraba medios de subsistencia, aun en caso de enfermedad y en su vejez, y no se los podía vender, salvo después de tres faltas graves debidamente comprobadas. La esclavitud no era hereditaria y todos los niños nacían libres. Tampoco constituía un sello de infamia, una causa de vergüenza ni un impedimento matrimonial: era común el casamiento entre un hombre libre y una esclava y entre una mujer libre y un esclavo. Ni siquiera la esclavitud era necesariamente vitalicia: uno se podía entregar como esclavo por un tiempo determinado y el esclavo podía comprar su libertad o recibirla en agradecimiento de servicios prestados. Todo eso se explica por el hecho de que no existían diferencias raciales entre ciudadanos y esclavos. En

el Perú, por el contrario, la esclavitud no se conocía: todos los indios eran esclavos del Sol y de sus Hijos, los incas.

## 3. La Organización Comunitaria

Estamento o casta, la aristocracia americana desempeñaba exclusivamente las funciones de mando imprescindibles, en los campos político, militar y religioso, para la conducción de la Comunidad. El principio de su acción era el servicio, y su remuneración, los honores. Se trataba, pues, de una capa funcional en la que se ingresaba por mérito personal o familiar, en Mesoamérica, y por derecho de raza, en el Perú; nunca por la riqueza, que era, por el contrario, la consecuencia de la función. A pesar de que las guildas de mercaderes estaban desempeñando, en México, un papel social cada vez más importante y habían conseguido para sus miembros crecientes privilegios, entre otros el acceso a la enseñanza superior, no había nada, en ningún lado, que se pareciera a la burguesía capitalista. En todos sus aspectos, la sociedad precolombina seguía las normas que, en la misma época, regían el mundo europeo. Esto es cierto especialmente en lo que atañe a la tenencia de la tierra. Ni en el Viejo Continente ni en el Nuevo el señor feudal era propietario, en el sentido actual de la palabra, de las tierras que administraba. Tenía sobre ellas derechos que correspondían a las necesidades de las funciones desempeñadas. Pero el siervo, el aparcero o el "comunero" también era "propietario" de los campos que cultivaba, por tener los derechos exigidos por sus tareas. ¿De quién era, entonces, la propiedad absoluta del suelo? La pregunta no tenía sentido práctico. Pero, desde un punto de vista casi metafísico, se podría contestar que pertenecía a la comunidad. En Europa, buena parte de las tierras permanecían, por lo demás, en estado de indivisión, a la disposición de todos los miembros del municipio, y en América gran parte del trabajo agrícola se hacía en común.

La comunidad azteca se llamaba *calpulli* y sus integrantes pertenecían, primitivamente, a un mismo linaje. Dirigido por sus propias autoridades electas —aunque el nombramiento estaba sujeto a la aprobación imperial—, el *calpulli* gozaba de una completa autonomía interna, con la única condición de pagar los impuestos que se le asignaba y de contribuír con mano de obra —la *corvée* medieval— a la realización de los grandes trabajos colectivos. Disponía de determinada extensión de tierra, que se repartía entre las familias. El joven que se casaba recibía un lote suficiente para mantener a la pareja, y cada hijo le valía una ampliación de terreno. Si moría sin dejar descendencia o si se lo expulsaba por delito grave, su parcela volvía a la comunidad.

La tenencia familiar de la tierra era, por otro lado, salvo en cuanto a la ubicación de la casa, más administrativa que real. En efecto, el trabajo lo realizaban en común equipos de unos veinte hombres. Quien tenía muchos hijos y disponía, por lo tanto, de una extensión mayor de terreno no estaba constreñido a trabajar más que los otros. Simplemente recibía una mayor cantidad de productos, frutos del trabajo colectivo. Esta organización comunitaria existía también, a veces con ligeras variantes, en todas las provincias del Imperio azteca y en el país maya. En este último caso, la variante parece haber consistido en la repartición de las tierras comunales por las autoridades religiosas. Pero no hay seguridad alguna en cuanto a este punto, pues carecemos de informaciones precisas al respecto.

El sistema aplicado en el Perú era básicamente el mismo que en Mesoamérica, pero fuertemente racionalizado por el poder central. También allá la comunidad campesina —el *ayllu*— era colectivamente dueña de la tierra y la dirigía un jefe elegido —el *malcu*— asistido por un consejo de ancianos, o *amautas*. El varón tenía obligación de casarse y, al hacerlo, recibía del *ayllu* a que pertenecía por nacimiento una parcela de tierra suficiente para satisfacer sus necesidades. La repartición del terreno se hacía de nuevo cada año, aumentándose o reduciéndose los lotes en función del número de integrantes de cada familia.

No toda la tierra arable, sin embargo, pertenecía a los *ayllus*. En cada región, en efecto, los campos se dividían en tres partes desiguales, sin que sepamos en qué proporciones. La primera pertenecía al Sol, vale decir a la Iglesia, y servía, como los bienes eclesiásticos de la Edad Media europea, a mantener los templos, las escuelas superiores y el clero. La segunda correspondía a

las comunidades campesinas, y la tercera, al Inca, vale decir al Estado. Se trabajaban en primer lugar, colectivamente, las tierras del Sol; luego, también en común, las parcelas de los ancianos, las viudas, los huérfanos y los soldados en servicio; posteriormente, cada familia se dedicaba a su propio lote, aunque regía la obligación de la ayuda mutua en caso de necesidad; por fin, otra vez colectivamente, la comunidad cultivaba las tierras del Inca. Dicho con otras palabra; los impuestos eclesiásticos y civiles se pagaban en trabajo y no, como en Mesoamérica, en productos.

Por el contrario, el Servicio de Trabajo Obligatorio —la *mita*— era idéntico: cada *ayllu* debía suministrar trabajadores para obras públicas, mineros, pastores y servidores para el Inca y demás autoridades. Estas pesadas prestaciones tenían, por supuesto, su contrapartida: la asistencia social, asegurada por el Estado, cubría todos los riesgos. Nadie podía vivir en el ocio, pero nadie que no pudiera trabajar carecía de lo necesario. Y, en todas las provincias almacenes imperiales llenos de granos y de artículos manufacturados estaban en condiciones de eliminar, por distribuciones gratuitas, las consecuencias de una mala cosecha o de alguna catástrofe. En la teoría, la organización comunitaria que acabamos de describir sucintamente puede haber surgido de modo espontáneo y haber procedido, como también el feudalismo azteca, de condiciones sociales semejantes a las que imperaban en la Edad Media europea.

Otro aspecto del orden social incaico nos muestra, sin embargo, una indudable incidencia escandinava. A la división del país en *ayllus*, con su jerarquía ascendente, los incas sobrepusieron, en efecto, una estructura administrativa de jerarquía descendente. Así diez trabajadores constituían una decuria a las órdenes de uno de ellos, el *cancha camayoc*. Cinco decurias formaban una media centuria, con su jefe; dos medias centurias, una centuria; cinco centurias, una compañía; dos compañías, una aldea (mil trabajadores); y diez aldeas, una tribu cuyo jefe, el *hunu-curaca*, dependía directamente del gobernador de la provincia, el que a su vez estaba subordinado al virrey a cargo de uno de los cuatro cuarteles del Imperio.

En este esquema piramidal, dos puntos llaman la atención. En primer lugar, la utilización del sistema decimal que la alta Edad Media había sustituído, como ya vimos, en la Europa occidental y meridional, por el cálculo duodecimal. En segundo lugar, el ordenamiento piramidal que se agrega, como imposición del Estado colonial, a las estructuras comunitarias preexistentes. Ahora bien: estas dos particularidades se encontraban, en el siglo X, en el área nórdica, muy exactamente entre las islas frisias y la de Oeland, o sea en Dinamarca y en el Sur de Suecia. Allá, la unidad administrativa era el círculo: *Hufe* o *Bohle*, en germano antiguo. Cien círculos formaban un distrito: *Haeret* en Dinamarca y *Hundari* en Suecia. Los incas se limitaron, pues, a ampliar y racionalizar más aún el sistema administrativo de sus antepasados.

### 4. La Organización Militar y las Órdenes de Caballería

La organización militar del imperio incaico estaba calcada de su estructura administrativa, por la sencilla razón de que, fuera de la *guardia de corps* del emperador, los soldados eran campesinos que se llamaban a las armas en caso de guerra, dentro de su marco social y con sus cuadros habituales. Así las decurias, medias centurias, centurias, etc., se convertían en unidades militares, sustituyendo sus herramientas de trabajo por armas, con la simple superposición de jefes incas. Así cada *Haeret* danés proporcionaba uno o varios combatientes, que se organizaban en centurias. En Mesoamérica, por el contrario, los campesinos-soldados —a los que se agregaban, en el país maya, cuerpos de mercenarios— se levaban por *calpulli* o por aldea, formando unidades de estructura muy variada, como sucede en todo régimen feudal o comunero.

Lo que aztecas e incas tenían en común —no así los mayas— era la institución militar que bien tenemos que designar, pese al anacronismo etimológico, con su nombre europeo de *caballería*. Tanto en el Anáhuac como en Altiplano del Perú existía, en efecto, una minoría de formación militar y religiosa que respetaba una escala de valores encabezada por el heroísmo, el honor y el servicio y que ocupaba una posición privilegiada en la sociedad. Sin embargo, su organización no era la misma en ambas regiones.

En México, la Orden de los *Caballeros Águilas* y *Caballeros Tigres* tenía una estructura y un papel en todo semejantes a los que caracterizaban, en la misma época, a las órdenes militares europeas. Sus miembros desempeñaban altas funciones en la Corte y el Ejército. Pero eran monjes-soldados que tenían su propia jerarquía y su propia regla —sin hablar de uniformes especiales— y constituían un factor de poder monolítico, con gran incidencia en la conducción del Imperio. Seleccionados según normas que desconocemos, entre los hijos de las familias aristocráticas, eran formados en monasterios-fortalezas muy semejantes a las *commanderies* del Temple e iniciados en el curso de una ceremonia que el cronista Muñoz Camargo nos describe así:

"*Se armaban caballeros con muchas ceremonias, porque ante todas las cosas estaban encerrados cuarenta o sesenta días en un templo de sus ídolos y ayunaban este tiempo y no trataban con gente más que con aquellos que los servían, y al cabo de los cuales eran llevados al Templo Mayor y allí se les daba grandes doctrinas de la vida que habían de tener y guardar; y antes de todas estas estas cosas les daban vejámenes, con muchas palabras afrentosas y satíricas, y les daban de puñadas con grandes represiones y aun en su propio rostro... En todo el tiempo del ayuno no se lavaban, antes estaban todos tiznados de negro con muestras de grande humildad para concebir y alcanzar tan gran merced y premio, velando las armas todo el tiempo del ayuno según sus ordenanzas, usos y costumbres entre ellos tan celebradas*".

Los Caballeros Águilas y Tigres tenían por función principal la de dedicarse a la "*guerra florida*", cuyo propósito era conseguir prisioneros para los sacrificios. No se trataba de una guerra de odio, ni de conquista siquiera, sino de parte de un ritual que suponía el respeto del adversario y tenía normas que nadie violaba. Nada más extraño a los mejicanos que nuestra guerra total. Ante un *casus belli*, se entablaban negociaciones con el enemigo. Sucesivos embajadores cruzaban libremente las líneas y trataban de conseguir la sumisión del adversario por medio de conversaciones corteses en las cuales se intercambiaban marcas de consideración. Si las negociaciones fracasaban, los últimos embajadores se retiraban, no sin obsequiar a sus interlocutores con escudos, espadas y flechas, "*para que nadie pudiera jamás decir que se los había vencido a traición*".

También en la guerra se respetaban convenciones estrictas. Así, la muerte o captura del general o la toma de la bandera significaba la pérdida de una batalla, y el incendio del Templo Mayor acarreaba la rendición de una ciudad. El mismo espíritu caballeresco presidía el final del conflicto. El vencido conservaba sus autoridades, sus dioses y sus costumbres. Pero su príncipe se convertía en vasallo del vencedor y le pagaba el tributo. Los incas reservaban al vencido un trato idéntico. En el Perú, sin embargo, no existía el equivalente de los Caballeros Águilas y Tigres, que suponían una diferenciación en el seno de la aristocracia. La raza se encargaba, en efecto, de distinguir a los Hijos del Sol, y sólo éstos recibían la formación y rendían las pruebas propias de la orden militar que constituían.

Cuando los jóvenes incas llegaban a los dieciséis años, se los armaba caballeros —Garcilaso emplea esta expresión— después de seis días de riguroso ayuno y de varios ejercicios atléticos y guerreros, en los cuales debían demostrar fuerza, resistencia y, sobre todo, valentía y dominio de sí. Paralelamente, maestros de novicios les dictaban conferencias en las cuales, según el mencionado cronista, les recordaban su ascendencia divina y las hazañas de sus antepasados, "*el ánimo y esfuerzo que debían tener en las guerras para aumentar su Imperio; la paciencia y sufrimiento en los trabajos para mostrar su ánimo y generosidad; la clemencia y piedad y mansedumbre con los pobres y súbditos; la rectitud en la justicia, al no consentir que se hiciese agravio a nadie; la liberalidad y magnificencia para todos, como hijos que eran del Sol*". El heredero del trono era tratado como los demás, pero con mayor severidad: el futuro emperador merecía reinar "más por sus excelencias que por ser primogénito de su padre". Aprobado el examen, los jóvenes, de rodillas, recibían uno por uno, de mano del soberano en persona, "las insignias de caballeros de la sangre real". Luego, se los vestía y armaba al modo de los incas. Hasta el ceremonial se parecía al usado en Europa.

### 5. Un Medioevo Americano

Aristocrático y comunitario, el orden social de los pueblos civilizados de América reproducía, en lo esencial, las estructuras vigentes en la cristiandad medieval. Tanto en el mundo feudal de Mesoamérica como en el Imperio colonial del Perú, autoridad y libertades se complementaban, mientras que los valores caballerescos de lealtad y servicio florecían en las capas dirigentes, desarrollados entre los jóvenes nobles mediante una educación adecuada. En el Anáhuac, una verdadera Orden Militar iniciática agrupaba a una élite debidamente seleccionada y formada. En el Perú, todo Blanco era señor y todo señor, caballero.

Notemos que, en el siglo X, cuando llegó Ullman a México, la caballería aún no se había dado las instituciones que sólo nacerían con las Cruzadas. Pero, en el Occidente cristiano —no así en lo que quedaba del mundo pagano— su espíritu ya estaba vigente, y también algunas de sus formas. Todo parece indicar, pues, que su introducción en Mesoamérica se debió a los irlandeses y no a los escandinavos, y que se desarrolló después por propio ímpetu, adquiriendo estructuras parecidas a las de Europa. En el Perú, las cosas pueden haber sido distintas, y tal vez haya que vincular el ceremonial de la imposición a los novicios de los hábitos y las armas con el aporte cristiano posterior que señalamos en el capítulo VII.

## X El Gran Viaje

### 1. Los Límites de la Casualidad

Salvo el mapa de Martín Waldseemüller (Fig. 5), el tapiz de Ovrehogdal, las momias de Paracas, cuya datación es controvertida, y la estatua del "Fraile" de Tiahuanacu, copia indiscutible de una escultura normanda del siglo XIII, cada uno de los datos que analizamos en los nueve capítulos anteriores puede ser el producto del azar o, por lo menos, de causas distintas de las que establecimos.

Los "indios blancos” pueden ser los descendientes de alguna tribu aria llegada por el Estrecho de Behring junto con la ola migratoria amarilla, y la supervivencia, durante milenios, de sus particularidades étnicas no es inconcebible si pensamos en los judíos de la diáspora y en los gitanos. Las tradiciones indígenas pueden ser fantasías basadas en el fondo común de la prehistoria universal, y hasta el producto de la incomprensión y mala fe de los cronistas que las relataron. La semejanza de tal o cual palabra quiché-maya o quichua con un vocablo danés, alemán o latino puede deberse a la mera casualidad. La coincidencia entre las creencias religiosas de los pueblos precolombinos y la mitología germánica, por un lado, y el cristianismo, por otro, puede venir, en el primer caso, de la prehistórica convivencia asiática de blancos y amarillos y, en el segundo, de un esfuerzo sincretista posterior a la Conquista. El empleo por los quichuas del zodíaco europeo puede ser la consecuencia de una misma interpretación paralela de los mismos fenómenos astronómicos. Las caras de rasgos arios que están representadas en esculturas y frescos de Mesoamérica y del Perú pueden haber sido el producto de la imaginación de los artistas que las crearon, y los símbolos e inscripciones, simples dibujos decorativos carentes de todo significado. En fin, los usos y costumbres y las estructuras sociales pueden haber surgido, idénticos, en dos continentes por imperio de idénticas necesidades.

Sí, cada uno de estos datos, considerado aisladamente, puede ser casual, a pesar de todo. Lo que no es posible es que pueblos que recibieron, antes de la Conquista, aportes de sangre Blanca, como lo prueban la arqueología y la antropología, que recuerdan la llegada y la ida de grupos de raza blanca de alto nivel cultural, que utilizan cientos o miles de palabras de raíces germánicas y latinas, que adoran a dioses que se llaman Thonar, Tiu, Votan, Justus y —en danés— "el Dios Blanco", además de tener, en sus rituales, el bautismo, la confirmación, la confesión y la comunión, que copian estatuas y monumentos medievales europeos, que dibujan svásticas, cruces cristianas y runas, que utilizan el sauna y tienen órdenes de caballería, lo que no es posible es que estos pueblos no hayan tenido contacto alguno con Europa.

No es sin motivo que, desde la Conquista, todos los cronistas y viajeros que enfocaron el problema llegaron al respecto a una misma convicción, aunque sin ponerse de acuerdo, por falta de datos completos, sobre el origen preciso y la cronología de los aportes comprobados.

## 2. La Objeción Neolítica

Muchos de los autores en cuestión se detuvieron, sin embargo, ante un hecho aparentemente secundario: ni los nahuas, ni los mayas ni los quechuas utilizaban la rueda cuando llegaron los españoles. De ahí a deducir que no la conocían no había sino un paso que casi todos dieron descuidadamente. Y se equivocaron.

Consideremos el juego de los Voladores, un juego público náhuatl. La punta del mástil sirve de eje a lo que bien tenemos que llamar una rueda, a pesar de su perímetro cuadrado. Basta pensar que este artefacto se armaba y desarmaba necesariamente con el palo acostado en el suelo para excluír que sus inventores hayan sido incapaces concebir la rueda propiamente dicha y de aplicarla a algún medio de transporte, lo que hacían, por lo demás, en juguetes como los que exhibe el Museo Nacional de Antropología de México. Por otro lado, un dibujo de la Piedra Pintada, en el Amazonas, nos muestra (ver Fig. 38) un carro cargado con dos *snekkar*, al modo de los vikingos.



FIG. 38 – *Carro de dos ruedas, cargado con dos snekkar. (Dibujo de la Piedra Pintada, Amazonas. Según Marcel Homet* [19] *).*

Ya mencionamos en el capítulo VII cuán improbable es que escandinavos radicados en el Perú no hayan intentado bajar por el Amazonas y explorar las zonas adyacentes. Las inscripciones de la Piedra Pintada nos prueban que lo hicieron y el dibujo del carro parece indicar que recurrieron al procedimiento usual entre ellos para pasar de un río a otro.

Otra objeción de la misma naturaleza es la que se refiere al desconocimiento del hierro por los pueblos americanos precolombinos. Thor Heyerdahl va más lejos todavía cuando afirma que los Blancos del Perú pertenecían a la civilización neolítica. Lo último es fácil de desbaratar. No sólo, en efecto, nahuas, mayas y quechuas trabajaban el oro, la plata, el estaño y el cobre, sino que las tradiciones nos indican que las técnicas de la metalurgia fueron aportadas por Quetzalcóatl, Kukulkán y Huirakocha. Sin embargo, es cierto, ninguno de ios puebíos mencionados sabía trabajar el hierro. ¿Esto significa que no conocían su existencia? Por supuesto que no. Bástanos como prueba el hecho de que *k'kellay*, en quechua, quiere decir *hierro* y de que no se trata de una palabra de raíz española que hubiera podido introducirse en el idioma después de la Conquista. ¿Por qué, entonces, los pueblos precolombinos no empleaban la rueda?; ¿por qué no trabajaban el hierro?. La primera pregunta es fácil de contestar: porque no les habría servido para nada. No existían animales de tiro, ni en Mesoamérica ni en el Perú, pero sí una mano de obra abundante y, para los Blancos, gratuita. Sin caballos, burros ni bueyes, la rueda sólo podía aplicarse a carretillas, totalmente inútiles cuando se dispone de indígenas acostumbrados a llevar bultos en la cabeza, como todavía lo hacen hoy, a cuatrocientos años de la Conquista. En cuanto al trabajo del hierro, éste exige una técnica relativamente complicada que verosímilmente no dominaban los guerreros y marineros —ni menos los sacerdotes— que vinieron de Europa.

## 3. La Objeción Polinésica

Lo que sí es exacto es que la Polinesia, a cuyas islas llegaron los *atumuruna* vencidos en Tiahuanacu, nunca superó el nivel de la civilización neolítica. Las estatuas de tipo ario de la Isla de Pascua como los *tiki* de los archipiélagos oceánicos fueron tallados con hachas de piedra. ¿Significa esto que los Blancos que emigraron de América pertenecían, también ellos, a la edad

de la piedra pulida? No necesariamente. Pensemos, en efecto, que los fugitivos de la Isla del Sol constituían una aristocracia guerrera y que de seguro, no tenían gana alguna de convertirse en artesanos, aun cuando dominaran las técnicas de la metalurgia. Si desembarcaran hoy en día algunos cientos de militares de carrera —y sus mujeres— en una isla paradisíaca del Pacífico, sería muy poco probable que se transformaran en mineros, fundidores y herreros. Hasta tenemos un ejemplo histórico de una vuelta completa de europeos —simples marineros, en su mayoría— a la edad neolítica: el de los amotinados del *Bounty*, en Pitcairn.

Queda una segunda objeción "oceánica" que surge del estudio de Thor Heyerdahl: éste cree poder establecer, sobre la base de cronologías indígenas, que la llegada de los Blancos a las islas polinésicas tuvo lugar en el año 50 de nuestra era y, por ello, sitúa en esa fecha la batalla del Titicaca. Nada más frágil que semejantes cálculos. Las más antiguas dinastías europeas son incapaces, a pesar del empleo inmemorial de la escritura, de remontarse tan lejos en sus genealogías y, en cuanto a América, ya vimos cómo el cronista Montesinos, basándose en relatos indígenas más o menos comprendidos, no vaciló en darnos la lista de los reyes preincaicos desde el Diluvio bíblico.

Por otro lado, la tesis polinésica de Thor Heyerdahl está lejos de ser satisfactoria. En efecto, nos muestra a los Blancos, que habrían llegado primero a las islas desiertas, vencidos en 1100 por una segunda ola migratoria compuesta por indios norteamericanos. Sin embargo, el mismo Heyerdahl nos dice que los descendientes de los Blancos —los *arii*— constituían la aristocracia polinésica y que sus antepasados eran adorados como dioses. Hay en eso una contradicción evidente. ¿Cómo explicarse, por lo demás, que los europeos que descubrieron los archipiélagos oceánicos en los siglos XVII y XVIII hayan encontrado todavia allá indígenas de piel blanca y pelo rojo?. ¿Es posible admitir que el tipo nórdico se haya mantenido puro, cuando más no fuera en algunas familias, durante mil doscientos o mil trescientos años, y esto en islas tan chicas, con el clima de los mares del Sur?. De cualquier modo, si los Blancos que poblaron la Polinesia fueron realmente los sobrevivientes de la batalla del Titicaca, no pudieron desembarcar en el año 500 por la sencilla razón de que, en aquella época, no habían llegado siquiera a México. Si, con todo, la cronología oceánica de Thor Heyerdahl fuera exacta, habría entonces que admitir, con Jean Poirier, la hipótesis de una migración nórdica anterior a la que nos interesa, lo cual no cambiaría nada a nuestras conclusiones.

### 4. ¿Quiénes Eran los Hijos del Sol?

A lo largo de nuestros capítulos anteriores y desde los puntos de vista más diversos, establecimos terminantemente que se manifestó en Mesoamérica en el siglo X una doble influencia europea. La primera, cristiana, provino de los *papar*, monjes irlandeses procedentes de Huitramannaland. De ella no sabemos nada, salvo que tuvo lugar y dejó, en las culturas mesoamericanas, indudables rasgos teológicos y lingüísticos. La segunda, más profunda, fue escandinava. No tuvo, sin embargo, nada que ver con las colonias islandesas de Vinland, pues se manifestó casi medio siglo antes del viaje de Leif Eiriksson.

¿De dónde vinieron, entonces, ese Ullman que desembarcó con sus hombres, en el año 967, en la costa del Golfo de México y ese Heimlap —o Heimdallr— que, treinta o cuarenta años después, alcanzó, con sus barcos de piel de lobo, la costa del Ecuador?. La lingüística nos permite contestar la pregunta. No sólo, en efecto, las raíces germánicas que se encuentran en el quiché-maya y en el quichua son en su mayor parte danesas, sino que las que no lo son pertenecen al alemán antiguo, como también los nombres de los dioses Thonar, Tiu y Votan que se incorporaron a la mitología náhuatl y maya. No hay duda, por lo tanto, de que Ullman-Quetzalcóatl venía de la zona sur de Dinamarca, o sea del Slesvig, donde se mezclaban, en el siglo X —y siguen mezclándose en nuestros días— daneses y germanos propiamente dichos. Lo que confirma ampliamente el nombre de Cundinamarca —Marca Danesa del Rey— que tenía y todavía tiene la meseta de Bogotá.

¿Qué camino siguieron irlandeses y daneses para llegar a México? Unos y otros pudieron venir por el Norte —los *papar* estaban establecidos en Islandia desde el siglo VIII—, con el mismo itinerario seguido por Leif Eiriksson un tiempo después, costeando posteriormente el

continente. También es posible que los primeros hayan alcanzado directamente Florida, aprovechándose de los monzones, y que los segundos hayan remontado el San Lorenzo hasta los Grandes Lagos y hayan bajado por el Misisipi hasta el Golfo de México, lo cual no tiene mayor interés para nuestra búsqueda. Los viajes posteriores de Leif y de sus seguidores demuestran suficientemente que era posible, con los barcos de que se disponía en aquel entonces, llegar a América, y por eso los relatamos en el capítulo I.




FIG. 39 – *Mapa recapitulativo: itinerarios escandinavos e irlandeses.*

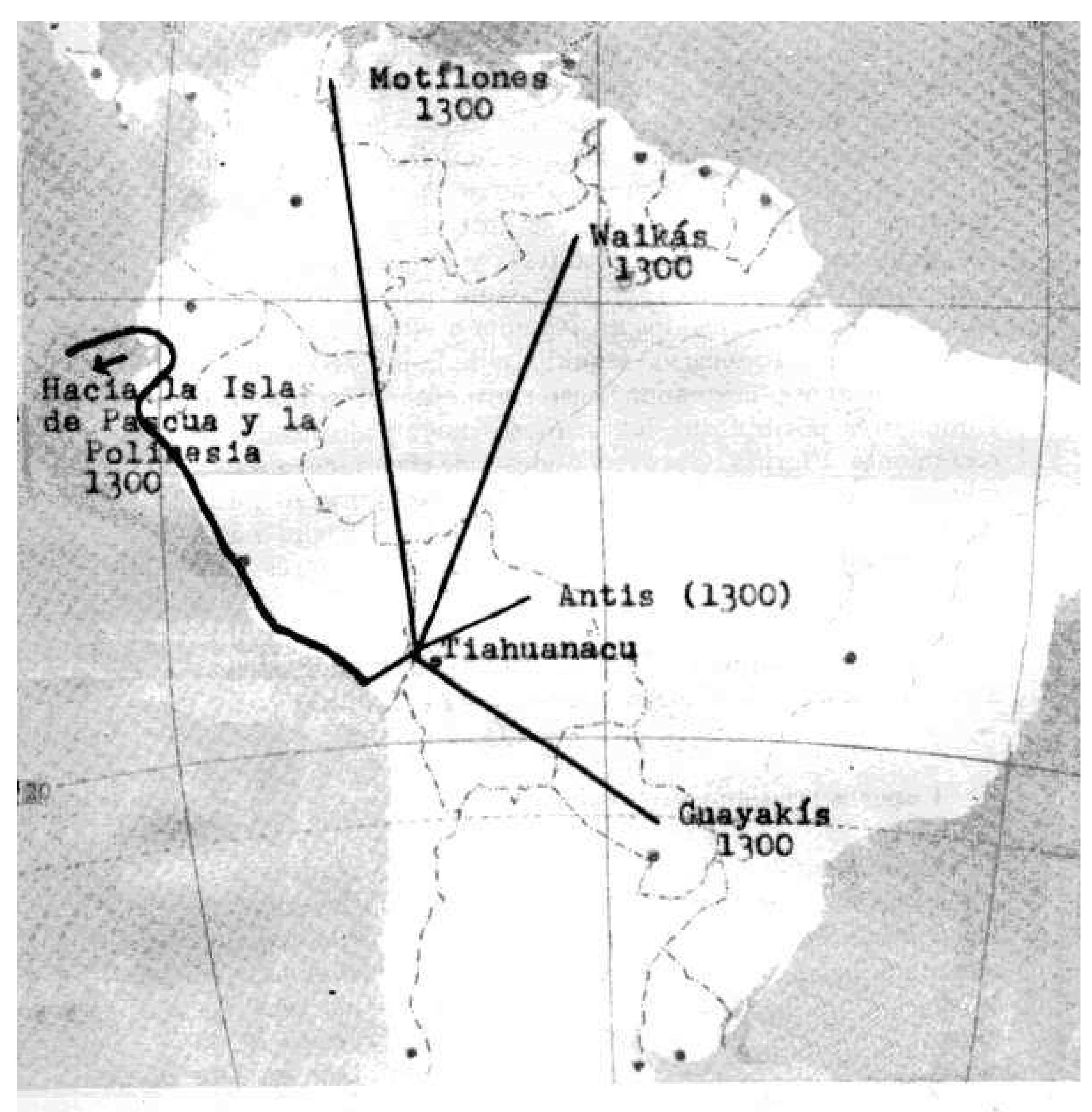



FIG. 40 – *Mapa recapitulativo: dispersión de los daneses de Tiahuanacu hacia 1290.*

**5. El Aporte Cristiano Preincaico**

Una vez establecida la procedencia de los Blancos precolombinos del Nuevo Mundo, el problema de los elementos cristianos y paganos que se encuentran en la teología mesoamericana y el de las raíces latinas y germánicas del quiché-maya quedan resueltos. Pero subsiste una seria incógnita en cuanto al Perú, donde aparecen rastros de la misma doble influencia. Se podría pensar, también en este caso, en dos inmigraciones sucesivas y hasta, a pesar del tradicional antagonismo entre irlandeses y escandinavos, en la incorporación, por solidaridad racial, a la expedición danesa de algunos *papas* aislados en el país maya. Sin embargo, semejante hipótesis no bastaría para explicar la presencia en Tiahuanacu de una copia de un Apóstol de Amiens y de una transposición del "Juicio Final" de la misma catedral. Pues los modelos normandos de ambas esculturas datan de principios del siglo XII. Admitamos por un momento que no haya habido imitación sino simple coincidencia casual, o que los monjes irlandeses hayan traído consigo al Perú imágenes de las cuales se inspirarían, independientemente los unos de los otros, los *atumuruna* y los normandos: tal concesión a una

hipótesis altamente inverosímil aún dejaría sin solución al problema planteado por el mapa de Waídseemüller y el tapiz de Ovrehogdal. Es un hecho que se conocían en Europa, antes de los viajes de Magallanes y de Balboa, el trazado de las costas orientales y occidentales de Sudamérica y la existencia de animales que sólo se encuentran en el Perú. La explicación no puede ser sino una: se estableció, a mediados del siglo XIII —después de la construcción de la catedral de Amiens y mucho antes de la batalla de la Isla del Sol— un contacto entre los daneses del Perú y sus compatriotas del Viejo Mundo. Una expedición, por lo menos, partió de Tiahuanacu para Europa y regresó con algunos cristianos, incluso un arquitecto: probablemente uno de los monjes que habían trazado los planes de las catedrales góticas de Normandía.

El hecho de que tal viaje no esté mencionado en ninguna parte no nos debe extrañar. Soberanos y guildas de mercaderes siempre estaban de acuerdo para guardar el más estricto secreto en lo que atañía a los descubrimientos marítimos. El problema que se plantea es de otra naturaleza: ¿qué camino siguieron los *atumuruna* para ir a Europa y volver?.

El mapa de Waldseemüller nos proporciona, al respecto, una primera indicación útil. Prueba, en efecto, que los vikingos no habían renunciado, al establecerse definitivamente en el Altiplano, a sus costumbres de grandes navegantes y habían relevado el contorno completo de Sudamérica. Su exploración de las costas occidentales es lógica, puesto que habían llegado al Perú por el Pacífico. Por otro lado, no podían desconocer la existencia del Atlántico ya que lo habían cruzado. ¿Pero, cómo lo podían alcanzar desde el Altiplano?. Los jesuítas aluden, en sus *Cartas Annuas*, a una "Senda del Apóstol", conocida por ellos a través de las tradiciones indígenas, que dos miembros de Compañía habrían recorrido en el siglo XVIII y que habían vinculado directamente a Tiahuanacu con la costa del actual Brasil, lo que representa unos 3.000 kms. a vuelo de pájaro. La utilización de tal camino por los *atumuruna* es muy improbable, pues los vikingos del Perú no tenían caballos. Disponían, por otra parte, de una vía de comunicación natural cuyo empleo correspondía mucho más a sus costumbres: el Amazonas. Y sabemos, por las inscripciones que dejaron en la Piedra Pintada, que la utilizaban.

Todo permite suponer, pues, que los "Hombres del Titicaca" construyeron, en algún punto del río, un *drakkar* o *knorr* y se lanzaron en el Atlántico donde les era fácil orientarse por las estrellas, puesto que la desembocadura del Amazonas está situada en el límite del hemisferio Norte. La vuelta no ofrecía, para ellos, dificultad alguna. Tal vez investigaciones sistemáticas en la Amazonía nos permitieran resolver este último problema.

**Postdata**

Esta obra está en prensa y sólo podemos agregarle unas pocas líneas. Habíamos adquirido, en el curso de nuestra búsqueda, la certeza de que, rehaciendo el viaje del Dios-Sol, encontraríamos, en México, en el Perú y en el Amazonas, nuevas pruebas de nuestra teoría. Estas pruebas complementarias, las tenemos hoy, materiales, sólidas, indiscutibles. Pensábamos en tierras lejanas, y las descubrimos en el Paraguay, a mil quinientos kilómetros de nuestro centro de Buenos Aires; a escala americana, la puerta de al lado.

Si los guayakís que estudiamos desde el punto de vista antropológico eran los descendientes degenerados de los vikingos de Tiahuanacu y si, unos seiscientos años después de su migración forzosa, dibujaban aún caracteres rúnicos, no era imposible y hasta era probable que sus antepasados hubieran dejado rastros tangibles de más alto significado. ¿Cómo reencontrarlos?. La selva paraguaya es inmensa, a menudo impenetrable, y bandas caníbales guayakís y amerindias, todavía la recorren.

El azar nos ayudó. Habíamos logrado situar el emplazamiento de una muy antigua aldea de "indios blancos", abandonada a principios del siglo XVII. Hicimos en ella excavaciones y pusimos la mano en un inestimable tesoro: una urna, profundamente enterrada por los fugitivos, que contenía fragmentos de cerámica cubiertos de inscripciones rúnicas y de motivos mitológicos

escandinavos en los cuales ni siquiera falta el elemento cristiano que señalamos en cuanto a Tiahuanacu. Con el inapreciable concurso de un excelente runólogo francés, estamos estudiando estas inscripciones. Algunas ya fueron traducidas. Uno de los fragmentos lleva una fecha, 1305, y el dibujo de una llama.

No nos hemos detenido, por cierto, en tan buen camino. Nos hemos hundido en los textos de los cronistas españoles de la época de la Conquista y de los misioneros jesuítas del Paraguay. Todos mencionan una extraña tradición guaraní: mucho antes de Colón, un hombre Blanco había desembarcado en la costa del Atlántico. Era un sácerdote cristiano que evangelizó el Paraguay y, luego, subió al Altiplano donde se puede ver, todavía hoy, una gran cruz que habría llevado allá. Pudimos descubrir su nombre, establecer la fecha de su llegada, la que coincide exactamente con la del aporte cristiano que señalamos en esta obra, y reconstituír su itinerario. Más aún: nos fue posible reconstruír el trazado casi completo de la "Senda del Apóstol", lo que nos obligará a modificar, en cuanto a este punto, el mapa de la Figura 39. Es demasiado tarde para hacerlo aquí.

Esta senda —toda una red, por lo demás— iba efectivamente desde la costa del actual Brasil hasta Tiahuanacu y se unía allá con los Caminos Reales incaicos y pre-incaicos. En su recorrido, en una encrucijada, relevamos una quincena de inscripciones rúnicas y dos *drakkares*, indiscutibles. Las primeras fotos que sacamos no son plenamente satisfactorías y estamos esperando el final de la estación de las lluvias para volver allá con un material más perfeccionado. Desde ya, sin embargo, pudimos traducir cuatro palabras, más visibles que las demás: son danesas.

No podemos decir nada más. Tememos que algún ladrón de ideas, provisto de los medios materiales que cruelmente nos faltan, se apropie el fruto de veinte años de trabajo. Reservamos, pues, para una segunda obra, *La Agonía del Dios Sol*, los resultados que obtuvimos despues de la redacción de ésta. Esperamos poder ir aún más lejos. Nuestras búsquedas, en efecto, están lejos de haber terminado. Recogimos indicaciones precisas sobre otros yacimientos arqueológicos, considerados inaccesibles, pero que tal vez alcancemos, si Thor, el Barbudo, nos presta ayuda... Nuestra aventura científica es demasiado apasionante para que no la prosigamos hasta sus últimos límites, cualesquiera sean los riesgos a correr.

Agosto de 1971

# ÍNDICE

**VI. El Zodíaco ario de los incas**



**VII. Tiahuanacu, ciudad normanda**



**VIII. ¿Quiénes se lo enseñaron?**



**IX. Las monarquías comunitarias de México y del Perú**



**X. El gran viaje**



